

## ANÉCDOTAS DEL PADRE D'ALZON

### Henri-Dieudonné Galeran

\*\*\*\*\*

Texto original: *Croquis du P. d'Alzon*, par le Chanoine H.-D. Galeran, Maison de la Bonne Presse, Paris 1924, 358 pág.

Traducción: P. Tomás González, a.a.

Foto de portada: P. Julio Navarro, a.a.: Castillo de Lavagnac, torreón cuya habitación ocupaba el Padre d'Alzon

Diagramación: Srta. Loredana Giannetti

Edición: Agustinos de la Asunción Casa Generalicia – Roma. Diciembre 2002

### ÍNDICE DE LA 1ª SERIE

<b>PREAMBULO</b> .....	2	Calcetines de seda.....	24
<b>PROLOGO</b> .....	3	Leal y altivo .....	25
<b>PRIMERA SERIE</b> .....	6	Dignidad declinada .....	25
Henri y Anatole - Diferencia y parecido.....	6	Fidelidad a los principios.....	26
Peonía y Dalia.....	6	Historia de un anillo.....	26
Juicio sobre una predicación.....	7	Cuestión social.....	27
Hacer el pino.....	7	Monseñor Plantier.....	28
"Ese sacerdote es mi hijo".....	7	Las almendras .....	29
Buena redada .....	7	Admirable sencillez .....	30
Los tres cardenales ingleses .....	8	Tres hombres, tres sacerdotes, tres santos.....	31
Nobles palabras y hermoso gesto.....	9	Corazón noble y generoso.....	31
Lección y justificación.....	10	Una noche de Navidad .....	32
Las dos petacas .....	10	Presentimiento .....	33
La mano escaldada .....	11	Charanga de la Asunción .....	33
El arte de tratar con Dios .....	11	En torno a un cántaro .....	34
Su modo de celebrar la misa .....	11	Navegante audaz.....	34
Predicación original .....	11	Hijo pródigo.....	35
Respeto por las cosas santas .....	12	Mirada de águila .....	36
La ambición del Padre .....	12	Libros prohibidos.....	36
Inglaterra y Rusia.....	12	Seamos ahorrativos.....	37
Una humillación con elegancia.....	13	Angeles adoradores.....	38
Instinto de lo bello .....	13	¡Sólo Dios!.....	38
Suspiros y "peccairés".....	15	Cruz de honor .....	38
Pareados.....	15	Conversación íntima .....	38
Hermano y hermana.....	15	Carta misteriosa .....	39
Candidatura al Consejo general .....	16	Lección de etiqueta .....	40
Curitas de azúcar.....	18	Camisa y marmota .....	41
Georges Stephenson.....	19	Franqueza de gentilhomme.....	42
Dos lecturas .....	19	En peregrinación.....	42
Reunión de amigos.....	20	Homenaje agradecido .....	43
Consejos a los novicios.....	21	NOTA .....	44
Director del colegio .....	22		

## PREAMBULO

*Las Anécdotas del Padre d'Alzon que reunimos en este volumen fueron publicadas en la revista Souvenirs. Las raras casas que poseen la colección completa encontrarán allí estas Anécdotas, diseminadas en intervalos muy irregulares, a partir del número del 9 de diciembre de 1893, hasta el del 14 de octubre de 1899. Dos interrupciones, en 1894 y en 1896, más largas e intencionalmente queridas por el autor, motivaron dos reinicios, cada uno de los cuales fue titulado: Serie; de modo que contamos con tres series de Anécdotas. Este reparto en tres series no tiene otra justificación; no hay, pues, que buscar categorías de recuerdos que hubieran sido agrupados metódicamente, según una lógica, o cronológicamente o conforme a algún otro criterio. Se trata de anécdotas, de rasgos de vida del Padre d'Alzon, coleccionados sin orden, sin más relación entre ellos que el talante que les da vida. El señor Galeran nos presenta en ellos al Padre d'Alzon en la espontaneidad y la sencillez de sus relaciones familiares, partiendo de una memoria especialmente fiel y de algunas notas tomadas día a día. Conservaremos para estas Anécdotas su aire indisciplinado y su división en tres series, aunque no sea más que para recordar las circunstancias un tanto caprichosas de su redacción.*

*El autor de estas Anécdotas es el canónigo Henri-Dieudonné Galeran, uno de los primeros alumnos del colegio de la Asunción en Nimes. Fue condiscípulo del futuro cardenal de Cabrières y del futuro Padre Picard, tres amigos cuya profunda amistad celebra en toda circunstancia Galeran.*

*Parece ser que el Padre d'Alzon tenía la esperanza de que Galeran se hiciera Asuncionista, pero éste tenía un carácter demasiado independiente y demasiado imaginativo para plegarse a la vida conventual. Entró en el clero de la diócesis de Montpellier, fue capellán del convento de la Providencia de Montpellier y luego, como párroco de Ceyras, tuvo sus trifulcas con su obispo: le planteó un proceso en Roma, que ganó según él; pero añadía que, por el bien de la paz, Roma misma le aconsejó abandonar la diócesis. Varias de las Anécdotas hacen referencia a tales trifulcas entre Galeran y su obispo, así como a la intervención del Padre d'Alzon. A este respecto ver la Anécdota titulada: Escudo protector<sup>1</sup>.*

*Esto tenía lugar entre 1860 y 1862.*

*Galeran se hizo entonces misionero en Inglaterra, donde su inteligencia, su celo apostólico y sus talentos de orador le granjearon grandes éxitos. Nunca dejó de mantener una relación epistolar bastante seguida con el Padre d'Alzon, del que siempre se mostró, al igual que todos aquellos primeros discípulos del Padre, como un hijo profundamente afectuoso y entusiasta. Tras vivir cerca de treinta años lejos de la Asunción, reapareció entre nosotros por París en agosto de 1892, y le pidió al Padre Picard permiso para pasar en nuestra casa de Jerusalén las vacaciones que le concedía, eso afirmaba, el Gobierno inglés.*

*El señor Galeran llegó a Nuestra Señora de Francia a mediados de agosto de 1892. La revista Souvenirs de entonces (número 118) cuenta la fiesta de san Agustín y dice: "Después de Completas, el señor Galeran nos ha dirigido una deliciosa y arrebatadora instrucción sobre los motivos que habían impulsado al Padre d'Alzon a elegir a san Agustín como patriarca de la Congregación. Aprovechamos cada día los recreos para que nos cuente nuevos detalles sobre nuestro fundador; él se siente feliz satisfaciendo nuestra piadosa curiosidad".*

*El señor Galeran ya no se movió de Jerusalén. Más tarde le pidieron que pusiera por escrito las anécdotas que de tal modo encantaban a la comunidad de Nuestra Señora de Francia, para que toda la Congregación pudiera aprovecharlas. Se hizo de rogar largo tiempo. Finalmente se decidió, y el primer Croquis, o más bien el*

---

<sup>1</sup> Estas trifulcas tuvieron su origen en un abuso de poder por parte del Gobierno de entonces que quería prohibir a los eclesiásticos viajar a Roma sin una autorización previa. Eso bastó para que Galeran emprendiese un viaje a Roma inmediatamente. Esta es la razón por la que fue suspendido por su obispo, sentencia que fue recurrida a Roma por Galeran. El último párroco de Ceyras (que ha gobernado esa parroquia durante más de treinta años y acaba de presentar la dimisión en 1923 por razones de edad avanzada) era seminarista entonces y cuenta cómo durante las vacaciones, habiendo ido un sábado a confesarse como de costumbre con el abate Galeran, éste le dijo:

- Pero muchacho, ya no puedo confesar, el obispo acaba de suspenderme.

Recuerda también la voga extraordinaria de los sermones de Galeran. Acudían a escucharle desde los pueblos aledaños y hasta de Clermont, la ciudad más cercana, de modo que la iglesia de Ceyras se volvía pequeña para tan enorme afluencia y Galeran tenía que predicar en la plaza pública.

*Croquis que sirve de introducción a los demás, salió en el nº 163 de Souvenirs, con fecha del 10 de febrero de 1894. En realidad el número 156 del 9 de diciembre de 1893 ya había publicado algunos, a manera de espécimen destinado a excitar la expectativa de los lectores. El número 405 del 14 de octubre de 1899 publicó el último. Los Croquis cesaron, no porque la memoria del señor Galerán se hubiera secado o la materia agotado (al contrario, decía poseer aún muchas notas sin utilizar), sino porque Souvenirs dejó de publicarse. Era la época de nuestros procesos, de la disolución legal, de nuestra desaparición. Pasamos más o menos a la clandestinidad y hubimos de esconder cuidadosamente todo cuanto pudiera revelar nuestra pertenencia a una congregación.*

*No necesitamos cantar las alabanzas de estas Anécdotas, sobre todo después del bien que de ellas ha dicho y escrito el Padre Picard, secundado por el Padre Emmanuel (Bailly) y los antiguos, que habiendo conocido íntimamente al Padre d'Alzon, podían apreciar en qué grado las notas del señor Galerán pintaban en vivo a nuestro Padre. Habrá que lamentar que todo cuanto hubiera podido escribir aún el señor Galerán no haya salido a la luz, y sobre todo que los papeles, las notas, las cartas que poseía no se hayan conservado.*

*El señor Galerán siguió siendo el huésped de Nuestra Señora de Francia hasta la guerra de 1914. Había envejecido mucho: su avanzada edad (82 años) le hacía acreedor a ello. Fue expulsado sin piedad por los Turco-Alemanes con toda la comunidad, en condiciones de fatiga que iban a resultarle fatales. Pudo arrastrarse hasta Damasco. Allí, exhausto y completamente imposibilitado para proseguir su éxodo, fue confiado por sus compañeros de infortunio a los cuidados de las Hijas de la Caridad que le cuidaron en su hospital con toda la entrega que merecía una tal desgracia. Allí falleció algunos días más tarde. Sus papeles, notas, cartas, etc., si todavía las tenía, se han perdido completamente.*

*La preciosa colección de Souvenirs que contiene los Croquis no hay modo de encontrarla. Pocas casas la poseen, y en adelante, como no existe ningún depósito de esta antigua publicación, no habrá modo de hacerse con ella si no es despojando a los afortunados poseedores (lo que a veces sucede sin demasiados escrúpulos). Por lo tanto, a falta de una biografía del Padre d'Alzon que se pueda poner en manos de nuestros alumnos o de nuestros jóvenes religiosos, que lo ignoran todo de nuestro fundador, ha parecido útil, con la anuencia del Padre General, hacer una publicación aparte de los Croquis del Padre d'Alzon. De ahí la presente publicación.*

*París, 16 de abril de 1924,  
en el 21º aniversario de la muerte del P. Picard.*

\*\*\*\*\*

## PROLOGO

### a mis notas y recuerdos sobre el Padre d'Alzon

#### Los Agustinos de la Asunción

No soy un Agustino de la Asunción, pero soy el hermano de los Agustinos de la Asunción, ya que su fundador ha sido mi maestro, y siempre le he querido y venerado como padre. Soy uno de los más antiguos alumnos del Padre d'Alzon; he tenido el envidiable honor de haber sido amado por él como un hijo: por esta razón me siento responsable de un proyecto que, a mi ver, es un deber. Se trata del proyecto de recoger minuciosamente mis recuerdos, consignarlos en notas precisas para trasmitírselas a nuestros queridos Agustinos de la Asunción. Tengo el deber, así lo siento, de rendir a la memoria de mi Padre el homenaje afectuoso de un hijo que cuenta a los más jóvenes de la familia, mediante conversaciones íntimas, lo que ha visto, lo que ha escuchado de un jefe cuya enorme figura merece ser puesta de relieve. ¿Y quién podría hacerlo mejor que nosotros, los antiguos, que tan a menudo hemos sentido su noble corazón latir contra el nuestro?

Aquí no se trata de dar pruebas de elocuencia, de revestir el pensamiento con formas rebuscadas, ni de excitar la admiración mediante lo efectista: no, seamos sencillos, como el afecto puro; contemplemos los rasgos de nuestro Padre en su expresión más natural, tan atractiva y tan distinguida. ¡Que nada se nos escape, ni el menor detalle!

Quisiera, desde el primer paso de este interesante estudio, responder a una objeción que atañe a los Agustinos de la Asunción, formulada más de una vez por hombres de peso, tales como obispos, superiores de Órdenes religiosos y eminentes laicos. Hablo de lo que se me ha dicho a mí mismo; diré lo que he respondido.

Es siempre la misma objeción, aunque en términos distintos, según las personas que la expresan: *Los Agustinos de la Asunción no son lo que su fundador pretendía hacer de ellos. Tales como son, hay que admirar su celo, pero se han desarrollado según un proyecto que nunca fue el del Padre d'Alzon.*

He aquí en primer lugar mi impresión personal: entre 1846 y 1850, conocí las ideas íntimas del Padre d'Alzon sobre el objetivo de la Congregación que deseaba fundar; más tarde, de 1857 a 1862, seguí el desarrollo de una familia cuya cuna conocía. Después de esta época, lanzado por una tempestad sobre riberas extranjeras, ya no vi absolutamente nada de los Agustinos de la Asunción, a pesar de que el Padre d'Alzon me escribía a menudo a mi destierro, mejor dicho, a mi "nueva patria".

Finalmente, tras una treintena de años de ausencia, siendo ahora un hombre nuevo por las costumbres, el idioma y la posición social, me fue posible tomar un poco de descanso que aproveché para volver a ver Francia, París y Nimes. Vi a los Agustinos de la Asunción en su trabajo; naturalmente observé mucho. Mi asombro fue grande al contemplar los rápidos progresos de una Congregación de cuyo humilde origen había sido testigo. Sin embargo, no me fue difícil identificarme con ella, volvía a mis raíces, me encontraba en mi propia casa en todas partes y con todos. Ahora veía al hombre hecho y derecho que había dejado en pañales. Pasada la primera sorpresa, pude contemplar con claridad, en el hermano crecido, los rasgos, la actitud de mi Padre; escuché el timbre de aquella voz varonil y enérgica que tan bien conocía.

Fui recibido y abrazado como el hijo mayor que vuelve de una lejana región; abracé a los de mi tiempo y a los más jóvenes con aquellos latidos del corazón que son la prueba de que uno ha reencontrado a los suyos. Y echando una ojeada sobre el conjunto de la Congregación y sus obras, he visto la realización de un plan cuyas grandes líneas conocía perfectamente. He quedado maravillado, pero a decir verdad, me lo esperaba, pues sabía lo que el Padre d'Alzon quería hacer.

Todo esto es personal, sin duda, pero no carece de valor argumentativo.

El Padre d'Alzon abrigaba en su pensamiento la idea de todo aquello que luego se ha hecho realidad en su familia religiosa.

El divino Maestro no vio en la tierra desarrollarse y crecer a su Iglesia. En su tiempo, el Cenáculo no dejaba entrever a un San Pedro de Roma; el *Credo* compuesto por los apóstoles no indicaba que un día numerosos Concilios se reunirían para explicitar sus artículos. Viendo pasar a Simón Pedro por las calles de Jerusalén, de Antioquía o de Roma, los primeros fieles no pensaban en la tiara de oro de los papas, en el colegio de los cardenales, en los obispos con cabeza mitrada. ¿Quién osaría decir que la Iglesia no es hoy lo que su divino Fundador quería hacer de ella y que ya no es conforme al plan del divino Maestro? Quien ha hecho el fuego del sol, ¿no ha hecho igualmente sus rayos resplandecientes, pese a que no se propagan sino poco a poco, desde la salida del astro hasta el mediodía?

En una Congregación religiosa pasa lo que en la Iglesia, aunque en proporciones restringidas.

El Padre d'Alzon había echado una semilla en tierra. Sabía por qué sembraba, pese a que sus ojos no vieron todos los prodigiosos frutos del grano de mostaza. Sin embargo, no murió sin haber contemplado el hermoso árbol que brotó de la tierra. En el momento de su muerte, su Congregación estaba formada en su espíritu, organizada en su cuerpo, en su marcha y en sus obras. Ha dejado a sus hijos cuadernos de instrucciones que explican con lucidez el objetivo que deben perseguir, los medios para llegar a él, el valor de los votos que deben unirles y la ciencia sobrenatural que debe ser la forma de su vida religiosa. El precioso escrito que tituló *Novissima verba*, resume su pensamiento. Se parece a aquellos supremos consejos que los patriarcas y los santos daban, al borde del sepulcro, a sus hijos y a sus sucesores.

¿Cuáles son los rasgos característicos de los Agustinos de la Asunción? Es una familia religiosa nueva cuyo fin responde a necesidades nuevas. Es una Congregación mixta que une a la contemplación y al oficio en coro la vida más activa. Esta actividad se manifiesta de tres maneras:

La ciencia *adquirida* mediante el estudio profundo, siguiendo las instrucciones de la Sede apostólica. La ciencia *comunicada* mediante la enseñanza, sea oral, sea escrita, la predicación y la dirección espiritual. La ciencia *aplicada* mediante la influencia ejercida directamente sobre las masas, con el fin de guiarlas y dirigir las hacia la vida sobrenatural.

El error no cambia de naturaleza; varía sus formas. Hay que descubrirlo bajo sus disfraces múltiples, para combatirlo con éxito.

Los apóstoles, a la salida del Cenáculo, echaron un vistazo al mundo; se encontraron frente a tres potencias nefastas: La idea filosófica, cuyo centro estaba entonces en Antioquía; la idea judía, en Jerusalén; la idea pagana, en Roma.

Esto quiere decir que los apóstoles tenían que toparse con el racionalismo, la falsa interpretación y el sensualismo.

En nuestros días la sociedad está atormentada por el naturalismo en las ciencias, las artes, la literatura; por la mentira, en la prensa, bajo todas sus formas; por el sensualismo, en la conducta de los hombres.

Se trata en el fondo de las mismas cosas de siempre, aunque el exterior no sea el mismo. Los medios de ataque y de defensa deben variar según las distintas modalidades que adopta el mal.

Los Agustinos de la Asunción oponen a los adversarios de la Iglesia y de la sociedad: la ciencia basada en la fe; después la prensa y las grandes manifestaciones religiosas o las peregrinaciones, que despiertan el entusiasmo, acercan y unen a todas las clases en actos públicos de fe, de caridad y de esperanza.

¿No es esto luchar directamente contra la idea filosófica, contra la idea judía y contra la idea pagana? Diremos nuestro pensamiento sobre un punto importante: No sería exacto definir a los Agustinos de la Asunción como una Congregación de periodistas y de directores de peregrinaciones. Eso sería confundir lo accesorio con el fin primero y fundamental, ya que, sin la prensa y sin las peregrinaciones, los Agustinos de la Asunción no dejarían de ser ellos mismos. Su objetivo es extender la ciencia, la vida sobrenatural y la entrega absoluta a la Santa Sede. Los medios que emplean responden a las circunstancias, pueden modificarlos o cambiarlos según las variaciones de las mismas circunstancias.

Dios ha bendecido la obra de la prensa y la de las peregrinaciones, y han tenido gran repercusión. Sin embargo, estas peregrinaciones a Lourdes, a Roma, a Jerusalén, que tienen tanta fama y hacen tanto ruido, no ocupan más que una pequeña parte del tiempo de los religiosos; y el número de los que se ocupan de ellas es mínimo, comparado con el de los que se consagran a otros ministerios, tales como la predicación, la enseñanza, la dirección de los alumnados, las misiones occidentales y orientales.

La Peregrinación Nacional a Lourdes exige menos de un mes de trabajo; la de Jerusalén apenas dos meses cada año.

La Casa de la Buena Prensa está dirigida por algunos religiosos de la Casa Madre, pero la mayoría de los religiosos de esta casa se dedica al ministerio pastoral y no tiene nada que ver con la prensa.

Quienes quisieran entrar en la Congregación con la idea de hacerse exclusivamente periodistas o guías de peregrinaciones quedarían muy decepcionados.

Volvamos a nuestra idea principal: Creo que ningún general en jefe habrá trazado jamás un plan de campaña con mayor energía, precisión y claridad que el Padre d'Alzon en una nota dirigida a su sucesor. Hela aquí:

*Recuerdo la divisa de la Asunción: Adveniat Regnum Tuum.*

*1º Trabajar en la restauración de la enseñanza superior cristiana sobre los principios de san Agustín y de santo Tomás.*

*2º Combatir contra los enemigos de la Iglesia encuadrados en las sociedades secretas, bajo la bandera de la Revolución.*

*3º Luchar por la unidad de la Iglesia dedicándome a la extinción del cisma.*

*Para mí en adelante ¡ahí está todo!*

El Padre Picard ha recibido este precioso legado; ha meditado su alcance y se ha atenido a él. Por ello los Agustinos de la Asunción abarcan en sus estudios todas las ramas de la ciencia. Han organizado un sistema de prensa para extender la enseñanza cristiana. Convocan a los pueblos a reunirse a su alrededor; los conducen a Roma, a Jerusalén, a Lourdes, para unirlos y agruparlos alrededor de la Cátedra apostólica, único centro de unidad.

Hay que afirmar, pues, que los Agustinos de la Asunción son lo que su sabio fundador pretendía hacer de ellos. Caminando tras sus ilustres huellas, despliegan en sus obras la amplitud de espíritu, la generosidad de

corazón, el celo que llega hasta la inmolación total del individuo por el bien de los demás. ¡He ahí lo que se da fundamentalmente en la Sociedad religiosa de los hijos del Padre d'Alzon!

Han adoptado esta divisa: *Adveniat Regnum Tuum*. Extender el Reino de Jesucristo, tal es el fin sobre el que se concentran las aspiraciones y las energías de los religiosos de la Asunción.

Mediante la enseñanza y la predicación, combaten la idea filosófica anticristiana; mediante la prensa, ponen al descubierto las maniobras tenebrosas de la idea judía o del espíritu de mentira que descarría a los pueblos; mediante las peregrinaciones, asestan un temible golpe a la idea pagana, es decir al sensualismo y al egoísmo, haciendo caminar a las muchedumbres tras la cruz, por el sendero de la mortificación, del sacrificio y de la abnegación.

¡*Adveniat Regnum Tuum!*

H.-D. Galeran

\*\*\*\*\*

### PRIMERA SERIE

*Las cinco primeras Anécdotas habían aparecido en Souvenirs antes que el Prólogo y no llevaban ningún título especial; ponemos ahora los títulos.*

*Las dos primeras aparecen en el número 159 de Souvenirs; las tres siguientes en el número 156; mientras que la Anécdota-Prólogo se encuentra en el número 163. A partir de la sexta Anécdota, titulada Buena redada, los títulos son del propio Galeran y las Anécdotas en adelante siguen el orden de publicación.*

#### **Henri y Anatole - Diferencia y parecido**

Estamos en 1849, en La Asunción, durante las vacaciones. El Padre d'Alzon, al bajar de su habitación, divisa en el gran patio al alumno Henri Galeran, que vestía el uniforme del colegio: túnica de tela azul de Prusia, pantalón de lo mismo, botones dorados, gorra con galones de oro.

El Padre le dice:

- Ven conmigo.

- ¿Para ir a dónde?

- ¡Curioso que eres! Te llevo para que me ayudes a misa; no te diré adonde vamos.

De camino, por los bulevares, divisamos a otro alumno, Anatole de Cabrières, inclinado sobre el tenderete de un librero. También de uniforme. El Padre le llama:

- Anatole, ven con nosotros.

Sin pronunciar palabra, Anatole se puso en marcha.

- ¿Veis, dice el Padre, la diferencia entre Henri y Anatole?: el uno ha querido saber adonde quería llevarle antes de mover un pie; el otro me ha seguido sin preguntar.

La lección fue aprendida; ¿fue aprovechada?

Pronto llegamos al convento del Refugio, la casa de las Arrepentidas. Nada podría describir la cara de circunstancias de la tornera, cuando vio al Padre d'Alzon atravesar la puerta interior del convento seguido de los dos jóvenes vestidos como oficiales. Peor aún cuando se vio que iban a ayudar a misa: la comunidad no podía creerlo, y sin embargo así fue. El Padre predicó un sermón muy práctico; y, sea dicho de paso, los dos alumnos pusieron mucha atención para retenerlo y luego lo pusieron por escrito. Sabemos que lo han guardado como reliquia preciosa; quizás lo habrán predicado también ellos, ¿quién sabe?

Tras la ceremonia religiosa pasamos a un saloncito para tomar un café con leche. La Madre Superiora llegó luego, seguida por su asistente. Llevaba un aire grave y preocupado; sin embargo saludó muy graciosamente primero al Padre y luego a los dos alumnos; después se quedó callada.

- ¡Ah, Madre!, le dijo el Padre d'Alzon riendo, veo que algo le pasa; no es difícil de adivinar por qué está contrariada. Le extraña verme llegar con estos dos señoritos, y más sorprendida aún de verlos en la capilla, ¿verdad? Pues, bien, le aseguro que antes de elegirlos he pensado en todo; les he examinado y he visto que eran lo suficientemente feos como para poder entrar aquí sin inconveniente.

La risa fue general; lo recordamos a menudo; aún nos acordamos.

#### **Peonía y Dalia**

Un día en el bosque de Campagne, el Padre estaba con estos mismos alumnos. Durante el paseo llegan a un macizo de peonías que desplegaban sus magníficas flores rojas, pero un tanto deshojadas.

- ¡Qué dalia más hermosa!, exclamó alguien.
- No es una dalia, es una peonía, dijo el Padre.
- ¿Qué diferencia hay entre una dalia y una peonía?
- La diferencia que hay entre de Cabrières y Galeran.
- ¿Qué diferencia hay?

- Es muy sencillo, te la diré: la dalia es una flor cuidadosamente cultivada, se mantiene muy erguida sobre su tallo; llama la atención por sus colores, la simetría y la disposición muy regular de sus pétalos. La peonía también es una flor, pero tiene algo de salvaje en su apariencia; sus flores exuberantes de vigor inclinan los tallos, se dehojan y dan en tierra. En una palabra, parece que siempre le falta algo; a pesar de todo se trata de una flor. ¡De Cabrières es una dalia, Galeran es una peonía!

Todos los antiguos que aún viven pueden testimoniar cuán clarividente era el Padre d'Alzon. La dalia es obispo; la peonía sigue siendo... peonía.

### **Juicio sobre una predicación**

Un joven coadjutor talentoso, al bajar del púlpito tras haber predicado un sermón sobre la Pasión, tuvo la infortunada idea de preguntar al Padre d'Alzon qué le parecía. Respuesta:

- Mire, querido amigo, había en él más de una pasión: estaba la pasión histórica contada a su manera; estaba su propia pasión, ya que tenía usted un aire de mucha preocupación; estaba la pasión del auditorio, pues ha sido demasiado largo. Como ve, ¡el conjunto mueve más bien a compasión!

El coadjutor echó un juramento, ¡pero demasiado tarde...!

Uno de sus antiguos alumnos, coadjutor de catedral, le decía un día al Padre, con demasiada complacencia, cuán numerosos sermones, retiros y pláticas había predicado.

- Está muy bien, le dijo el Padre, pero dígame brevemente los temas que ha tratado en tantos discursos.

El sacerdote se los fue enumerando. Cuando terminó:

- ¡Lamento, le dijo el Padre, que haya olvidado de predicar uno sobre *la intemperancia de la lengua!*

### **Hacer el pino**

Un venerable párroco, arcipreste y muy galicano, discutía una vez con el Padre d'Alzon. Agotados los argumentos y las buenas razones, finalmente exclamó:

- Pero, vamos a ver, si el Papa me mandara hacer el pino, ponerme cabeza abajo y los pies en el aire, ¿cree usted que estaría obligado a obedecerle?

El Padre sonrió, se quedó pensativo un instante y dijo:

- Mi querido párroco, si el Papa le mandara hacer el pino, no creo que usted fuera capaz, le veo muy gordo para lograrlo; pero seguro que haría bien intentándolo. La obediencia es obligatoria, el éxito no.

### **"Ese sacerdote es mi hijo"**

Un joven sacerdote, antiguo alumno suyo, tenía un proceso en Roma. El Padre d'Alzon tomó tan a pecho su defensa, que el cardenal Antonelli preguntó:

- Pero vamos a ver ¿qué interés tiene el Padre d'Alzon en un asunto que no le atañe?

El Padre respondió mediante una hermosa carta justificando su proceder; terminaba con esta frase: "Después de todo, Eminencia, ese sacerdote es mi hijo; quien lo toque, me hiere en el corazón".

### **Buena redada**

Estamos en 1845. Un predicador de campanillas debía predicar en la catedral de Nimes, cierto domingo, después del canto del *Magnificat*. El gentío era numeroso, atraído por la reputación del orador. Durante el canto de los salmos, el Padre, entonces todavía abate d'Alzon, divisó desde su asiento a un joven sentado cerca de una columna de la iglesia, de espaldas al altar, que parecía concentrar toda su atención en el órgano. Se le acercó y le tocó el hombro mientras le decía con suavidad:

- Veo, señor, que usted no es católico, por eso me permito indicarle que el altar no está allá arriba sino allí, en el lado opuesto.

- Señor cura, dijo el joven ofendido, discúlpeme pero sé perfectamente a qué atenerme, soy católico.

- Entonces, respondió el Padre con benevolente sonrisa, es usted un católico mal orientado, ya que está en una dirección falsa.

- ¿Qué quiere decir?

- Nada para ofenderle, mucho para servirle. El sermón va a empezar; escúchelo y luego venga a verme, y le daré cuantas explicaciones desee.

Después del sermón, el joven fue a ver al Padre, quien le tomó de la mano, diciéndole:

- Su alma es la que está mal orientada, más que su cuerpo. Tiene que ponerse en la vía recta y confesarse.

- ¿Confesarme? Nunca he pensado en eso.

- Eso es cierto y por eso he pensado yo por usted.

- Pero no estoy preparado.

- Por eso me encargo yo de prepararlo y sin tardar más. ¡Aprovechemos la gracia de Dios que pasa!

El joven, subyugado, vuelto de repente suave y dócil como un cordero, se puso en manos del Padre. Se tornó un cristiano fervoroso y un colaborador de las obras de caridad de su nuevo amigo. Él mismo es quien ha contado los detalles que transcribimos aquí; los ha relatado a menudo con el acento del más vivo agradecimiento.

Existen en la vida del Padre d'Alzon, muchos rasgos de santa audacia que contaremos en esta serie de anécdotas.

### Los tres cardenales ingleses

El Padre d'Alzon conocía muy bien a sus contemporáneos. Sería muy interesante la publicación, fácil de realizar, de una colección con sus apreciaciones sobre los hombres notables de su tiempo. Ya sea por correspondencia o de otra manera, estaba en relación con casi todas las celebridades serias del mundo. No exagero al hablar así.

Más de una vez le ayudé, antes de 1860, a clasificar las cajas que contenían las numerosas cartas que deseaba conservar; con su permiso anotaba cuidadosamente los nombres que desfilaban ante mis ojos. Es asombrosa la longitud de tal lista. Gradualmente me propongo extraer algunos de esos nombres de los que tendré que hablar; entre otros el de Georges Stephenson, el famoso ingeniero inglés que mantuvo en París con el Padre una larga conversación científica del más alto interés.

He conservado el resumen.

En este momento estoy haciendo una selección de mis recuerdos y de mis notas para unir a los tres grandes cardenales ingleses: Wiseman, Manning y Newman, con el fin de mostrar la exactitud de las apreciaciones del Padre d'Alzon cuando expresaba su parecer sobre tan ilustres príncipes. Encontramos en ellas los trazos del hábil lápiz de un maestro.

Había tratado mucho en Roma al doctor Wiseman; había asistido regularmente a sus sabias conferencias en casa del cardenal Weld. Escribió en la *Revue de l'Enseignement Chrétien*, de Nimes, un admirable artículo sobre *Los cuatro últimos Papas*, obra que el cardenal Wiseman acababa de publicar. Decía de este hombre eminente: "Es un sabio fuera de serie, un lingüista completo tanto en las lenguas antiguas como en las modernas, pero es un hombre que prefiere el trabajo tranquilo, al tumulto de la vida pública. Es sacerdote hasta la médula; no es un hombre de Estado; sabe de libros, conoce mucho menos a los hombres. Realiza, por su celo y su ciencia, mucho bien en Londres; veréis sin embargo, cómo Dios enviará a un sucesor muy distinto, cuando haya decidido en su misericordia dar en Inglaterra un mayor impulso a la influencia católica. Wiseman apenas es inglés, se necesita un inglés de pura cepa, salido de Oxford o de Cambridge".

A su antiguo alumno, rector de una parroquia de Londres, escribía: "El cardenal Manning es más teólogo que el cardenal Wiseman, en el auténtico sentido del término; su erudición no es tan amplia. Es hombre de Estado; en él salta a la vista el diplomático. Por cierto sé por un discípulo suyo en Oxford, que estaba destinado a seguir a Gladstone en la carrera diplomática. Ha logrado dar a la Iglesia Católica en Inglaterra una posición eminente. Desde que está al timón, el viejo grito de *No popery* (abajo el Papismo), cuando se lo escucha, lo que es raro, sólo provoca risas hacia quien lo pronuncia. Usted sabe todo eso, usted que tiene la dicha de servir bajo un jefe semejante. Me gustaría ir a veros para poder estudiar de cerca a esta gran nación".

He aquí el resumen de una conversación sobre el cardenal Newman antes de su elevación a la púrpura sagrada:

"Wiseman y Manning serán siempre considerados como dos hombres de un inmenso talento; Newman es un hombre genial. Como escritor, vosotros los ingleses, podéis apreciarlo mucho mejor que nosotros en cuanto al estilo, que dicen es maravilloso por su pureza, riqueza y majestad.

En cuanto pensador, ejerce en Inglaterra y en el mundo una asombrosa influencia.

Gladstone ha dicho: "La mayor victoria de la Iglesia de Roma desde la Reforma ha sido la conversión de Newman". Y lord Beaconsfield: "El mayor golpe que la Iglesia Anglicana haya recibido jamás ha sido la pérdida del doctor John Henry Newman".

Newman no se parece ni al cardenal Wiseman ni al cardenal Manning. Su pensamiento se eleva a alturas sublimes, diría casi inaccesibles. Se sirve de las ciencias como de escalones para subir a las regiones en las que su genio está *at home*, como dicen los ingleses, es decir, en su salsa. Al subir, abre ante su mirada vastos horizontes, pero también sabe descender, suavemente y sin esfuerzo, al examen exacto de los detalles. Encontramos en él una riqueza y una variedad de dones de los que bastaría uno para dar celebridad. Se comprende fácilmente que ese gran doctor ejerza a su alrededor un auténtico magnetismo. En una sede episcopal quedaría desplazado; la administración le mataría, a menos que fuera un obispo *in partibus*. Manning está hecho para conducir hombres mediante la fuerza de su voluntad y su incomparable habilidad de administrador; Newman los ilumina y los fascina por el esplendor de su genio".

Quienes conocieron a los tres cardenales ingleses, sobre todo aquellos que vivieron cerca de ellos, pueden dar testimonio de la exactitud del juicio del Padre d'Alzon. La posteridad hace ya la misma valoración de su memoria.

A propósito del cardenal Newman, permítaseme añadir lo que sigue:

La independencia y sobre todo la sutileza del genio de Newman han llevado a ciertos espíritus a concebir inquietudes sobre la pureza y la solidez de su fe. Está fuera de duda que el célebre doctor era profundamente católico; también es cierto que no siempre se expresaba, en algunos temas dogmáticos, con la precisión de un profesor de teología. Quienes vienen de la herejía o del cisma a la Iglesia no asimilan de golpe las costumbres católicas, menos aún la terminología teológica. Newman tenía expresiones inquietantes; y, en lo que no era expresamente artículo de fe, pero lo tocaba de cerca, se permitía ciertas audacias de pensamiento y de lenguaje.

En 1870, durante el Concilio, escribía a Monseñor Ullathorne, obispo de Birmingham, a la sazón en Roma, una carta que la prensa protestante se dio prisa en publicar. ¡Cosa extraña! Cuando el doctor vio los primeros fragmentos de esta carta en los periódicos, no los reconocía como suyos y hasta negó que fuera él el autor. Al recobrar el borrador entre los papeles de su escritorio, se le abrieron los ojos; y sin más tardar, escribió al *Standard* para declarar que efectivamente había escrito esa carta, pero que era confidencial. Se supo más tarde que un traidor la había copiado de la mesa del obispo en ausencia de éste. Pero a fin de cuentas se había publicado y había producido un efecto que podía ser peligroso.

El Padre me escribió desde Roma pidiéndome "responder inmediatamente a tal carta". Añadía: "la respuesta debe venir de Inglaterra, estar escrita en francés, por mano francesa". Señalaba que había que responder a lo que el doctor había escrito, entre otras, a estas tres proposiciones:

1º Que la definición de la infalibilidad sería un lujo de devoción completamente inútil.

2º Que la Iglesia nunca ha promulgado una definición *de fide* a menos de verse obligada a ello por el cumplimiento de un deber riguroso y penoso.

3º Que Roma se estaba dejando llevar por un clan y el señor Louis Veillot se preparaba para hacernos sufrir en el alma".

La carta solicitada fue escrita inmediatamente. El *Univers* la publicó el 12 de abril de 1870. Su aparición levantó una tempestad en Inglaterra y en Roma. Los dos Oratorios de Birmingham y Londres tomaron cartas en la querrela, en Roma los obispos opuestos a la definición de la infalibilidad encontraban que era una impertinencia que un simple sacerdote se hubiera atrevido a escribir contra un hombre tan eminente como el doctor Newman. El Padre d'Alzon se mostró contento de su alumno y Monseñor de Mérode cuenta que *Pío IX estaba muy satisfecho*.

#### **Nobles palabras y hermoso gesto**

En 1859 me encontraba en Montpellier como capellán del convento de la Providencia. El Padre me escribió desde el castillo de Lavagnac: "Mañana, querido amigo, iré a pedirte el almuerzo y te llevaré al abate Combalot, que ha pasado algunos días aquí conmigo".

El día y a la hora indicados, el Padre llegó de acuerdo con su puntualidad habitual. Traía de la mano al abate Combalot, pero parecía más bien que era éste quien le empujaba: su impaciencia era proverbial.

Todo estaba preparado; nos pusimos a la mesa sin dilación. El abate Combalot, silencioso en un principio, dijo de repente:

- Me estoy haciendo viejo, voy a ahorrar algo de dinero para el resto de mis días. Será cosa prudente; Monseñor de M... me lo ha aconsejado firmemente. ¡Tiene razón, hasta ahora siempre he gastado y dado a diestra y siniestra!

Esta declaración inesperada, hecha con impetuosidad, causó en el Padre d'Alzon el efecto de una bomba. Sus ojos fulguraron, y todavía le estoy viendo volverse hacia el abate Combalot, diciendo:

- *Quantum mutatus ab illo!* (*¡cuánto ha cambiado!*), Padre Combalot, si había en usted algo admirable, era ante todo su desinterés; y ahora, siguiendo un mal consejo, ¡el oro puro se vuelve vil plomo! ¡El Maestro a quien ha servido tan bien no merecía una tal falta de confianza en él!

El abate Combalot saltó de la silla lanzando lejos su servilleta:

- ¡Mira esa serpiente!, exclamó. ¿Ese pérfido consejo me llevaba a la perdición? Mi querido amigo, Padre d'Alzon, se lo agradezco.

Este rasgo describe a estos dos hombres eminentes; quedan ahí como retratados en toda la hermosura de su carácter moral.

### Lección y justificación

El Padre d'Alzon tenía ademanes de gran señor, realizados por la nobleza de su corazón y de su caridad cristiana. Recibía muchas visitas en la Asunción y los invitaba a menudo a comer. Los trataba bien; su hospitalidad era agradable y esmerada aunque sin lujo. Pues bien, sucedió que un alumno de la primera sección, excelente muchacho, por otra parte, se permitió expresar cierto disgusto de ver lo que él llamaba "esta interminable sucesión de festines". El Padre lo supo. En el orden del día siguiente no se privó de hablar de ello, y lo hizo con buen humor y gracia.

- El señor de L..., dijo, ha considerado a mis invitados a través de las rendijas de las contraventanas; se ha fijado sobre todo en los platos servidos en la mesa, ya que ha enumerado algunos a sus amigos. Ha lamentado no estar entre los invitados, si hemos de juzgar por sus comentarios. Parece evidente que no se habría quejado si hubiera sido invitado. Tengo que justificarme ante él, al parecer; lo haré mediante una única reflexión: Soy Vicario general; al Vicario general le define el derecho canónico: *Persona episcopi*. Ahora bien, san Pablo dice del obispo, entre otras cosas: *Oportet episcopum esse... hospitalem* (*el obispo deber ser... hospitalario: Tito 1, 8*); es, pues, lógico que el Vicario general también sea hospitalario. Cuando el señor de L... haya abandonado el colegio y venga como visita, se alegrará de que el Padre d'Alzon conozca un poco a san Pablo, sobre todo en lo tocante a la hospitalidad.

Los alumnos de la primera sección se encargaron, tras el orden del día, de hacer comprender al buen de L... la inconveniencia de su apreciación y, terminado el incidente, no volvió a repetirse.

### Las dos petacas

Monseñor Cart, obispo de Nimes, era un gran aficionado al rapé. Un día que el Padre se quejaba de una cierta fatiga del cerebro, le aconsejó que tomara un poco de tabaco. Efectivamente, el remedio produjo un efecto eficaz y rápido. El prelado, encantado, quiso que el Padre tuviera siempre un poco de tabaco a su alcance; le regaló, pues, una pequeña petaca de plata sobredorada, diciéndole con amable sonrisa:

- Está llena; cada vez que se vacíe, venga aquí a llenarla.

En aquella época, la habitación del Padre se encontraba encima del locutorio, la que actualmente ocupa, creo, el Padre Matthieu.

Yo mismo he visto muy a menudo la hermosa petaca sobre la repisa de la chimenea. Un día desapareció. Le pregunté al Padre qué se había hecho.

- No se lo digas a nadie, me dijo, temo que Monseñor me pregunte y no sé qué decirle. Ha llegado aquí el santo párroco de N...; llevaba su tabaco en una caja, que para abrirla había que tirar de un cordón de cuero. ¡Imagínate! Le he dado la petaca de plata y me he quedado con la caja del cordón de cuero.

Aquella caja, auténtica petaca de zapatero, podría valer no más de 0,15 francos. Nunca supe cómo se arregló la cosa con Monseñor, si es que se arregló alguna vez.

### La mano escaldada

Estaba el Padre en 1849 predicando en la catedral de Nîmes una tanda de sermones. Un día, poco antes del sermón de la tarde, se le derramó en la mano izquierda una cacerola de agua hirviendo. La quemadura le produjo un dolor intenso, la piel se levantó y se le produjo una gran herida que tardó largo tiempo en curarse.

Pero inmediatamente después del accidente había de salir, para subir al púlpito. Se pensó en mandar a alguien a la catedral para contar lo sucedido y hacer ver la imposibilidad para el predicador de predicar aquel día. El Padre d'Alzon no quiso de ninguna manera defraudar a su auditorio. Tras vendarse la mano herida salió; el dolor se hacía más y más insoportable. Hizo que le colocaran en el púlpito una mesita y en ella un recipiente lleno de agua fría, en el que mantuvo su mano izquierda sumergida durante todo el sermón. Sus gestos fueron algo más torpes, pero su elocuencia no perdió nada de su energía ni de su entusiasmo. Sin embargo, los oyentes más próximos al púlpito debieron creer o bien que una mano invisible les asperjaba de vez en cuando o que entraban por alguna fisura de la bóveda algunas gotas de lluvia.

### El arte de tratar con Dios

El Padre d'Alzon dominaba a fondo el arte de tratar con Dios, sobre todo en su devoción hacia el Santísimo Sacramento. En sus largas conversaciones con Nuestro Señor, unía una fe viva con una familiaridad de niño; yo diría que hasta una desenvoltura respetuosa de amigo habituado a la más deliciosa condescendencia.

Un día, debía ser en 1859, de regreso de Lavagnac, el Padre se detuvo en mi casa, en Montpellier. Parecía cansado, triste, preocupado.

- Hijo mío, me dijo, me he detenido aquí porque tengo un asunto grave que tratar con Nuestro Señor. Voy a entrar en tu capilla, detrás del altar. No necesito nada; déjame absolutamente solo.

Entró en la capilla y se prosternó ante el altar, rostro en tierra. Yo me retiré. Al cabo de hora y media, vino a buscarme. Estaba transformado. Su cara tenía una expresión de alegría, una gran sonrisa alentaba en sus ojos húmedos aún por las lágrimas de ternura que debía haber derramado.

- ¡Ah!, amigo mío, me dijo, ¡a qué Amo tan bueno servimos! Con razón le llaman ¡Bonitas infinita! Si comprendiéramos bien lo que tenemos en el Sagrario, ¡pasaríamos la vida a los pies de Nuestro Señor! ¡Qué dicha poder conversar con él, de corazón a corazón!

Jamás olvidaré la emoción con que me dijo aquellas impactantes palabras.

### Su modo de celebrar la misa

El Padre celebraba la misa con suma piedad y dignidad; sin embargo era rápido, nunca superaba los veinte minutos. Había tomado esa costumbre a causa de la gente que asistía a su misa, sobre todo por causa de los que tenían ocupaciones, como madres de familia y sirvientas. Se preparaba largamente; su acción de gracias se prolongaba cuanto le permitían sus deberes del ministerio activo. Los alumnos del colegio de la Asunción se sentían frustrados cuando celebraba la misa o predicaba cualquier otro que no fuera el Padre. En nuestra opinión, nadie podía remplazarle, y era muy cierto.

### Predicación original

El Padre resultaba siempre original, en distintos grados, en su predicación. Nunca veía las cosas como todo el mundo; y sin embargo las veía bien. Tenía siempre una percepción nueva, salidas inesperadas, caídas encantadoras; era ante todo práctico. Desde que salimos del colegio, hace ya tanto tiempo, me he encontrado con muchos antiguos alumnos; me ha llamado la atención con qué fidelidad hemos guardado en la memoria los principales rasgos de las enseñanzas del Padre. Hay que repasar, por ejemplo, el discurso de Monseñor de Cabrières para el cincuentenario, en la *Historia de la Asunción* del canónigo Camille Ferry <sup>1</sup>, para darse cuenta de la exactitud de lo que afirmo. Monseñor de Cabrières no ha hecho sino evocar lo que hubiera podido detallar. Lo lamento vivamente.

Un sábado por la tarde, tras el canto de las letanías, en la antigua capillita cuyo altar acababa de ser cambiado para adosarlo a la pared que da a la calle de Servia, el Padre comenzó su instrucción *ex abrupto* de la manera siguiente:

"Señores, ¿habéis visto alguna vez a Don Matton, antiguo párroco, ya fallecido, de San Baudilio? Don Matton era muy feo; una nariz, digo mal, una cara coloradota sobre una pequeña figura redonda, con forma y

<sup>1</sup> *Histoire de la maison de l'Assomption par un ancien, 1843-1893*, Nîmes, 1893. (Nota del traductor).

color de tomate, con dos ojillos negros como perforados a taladro y el todo coronado de cabellos blancos mal peinados, medio cubiertos por un viejo bonete de cuero. Este retrato es exacto. ¿Qué os parece? ¡Pues bien!, os digo francamente que varias veces he visto a este sacerdote en oración, y sobre todo durante la acción de gracias; me he arrodillado lo más cerca posible y oblicuamente, para poder contemplar la hermosura de aquella fisonomía y la santidad de su expresión. He sido testigo de una auténtica transfiguración. Recordaba entonces ciertas caras humanas irreprochables desde el punto de vista del arte, de la finura de rasgos, de la exactitud de las proporciones; y tales caras no me decían nada, no las había encontrado bellas. ¿Por qué? ¿De dónde procede la belleza? ¿En qué consiste? Tengamos ideas claras una vez por todas. La Escritura tiene una palabra que nos da la respuesta a estas preguntas: *Is qui intus est renovatur de die in diem (el hombre interior se va renovando de día en día)* (2 Corintios 4, 16). La auténtica belleza es el reflejo del alma. Cuanto más se perfecciona el alma, tanto más bella es la expresión externa. En la resurrección nuestros cuerpos serán transformados en proporción directa a la transfiguración de nuestras almas..."

Arrancando de ahí, el Padre se lanzó a consideraciones admirables. Fue una de las pláticas más originales y más interesantes que me haya sido dado escuchar.

### **Respeto por las cosas santas**

Un día el Padre Henri Brun estaba lavando purificadores y corporales a la puerta de la antigua sacristía, a la sazón contigua al despacho del Padre d'Alzon. Me acerqué y se entabló una conversación un tanto ruidosa. El Padre salió de repente de su despacho, y dirigiéndose a mí con aire severo me dijo:

- Muchacho, te creía con un poco más de sentido común y de tacto. Mientras un sacerdote lava los lienzos que han tocado el Cuerpo de Jesucristo, tarea que no es indigna de los ángeles, vienes y te plantas a réirte y a decir sandeces.

La puerta del despacho se cerró; silencio sepulcral y retirada instantánea por mi parte.

Ya hace más de cuarenta años de esto. Si me examino bien, creo que todavía se la guardo al Padre Henri Brun, por no haber salido en defensa mía diciendo que fue él quien comenzó. Si lee esto en *Souvenirs* espero que me presente las disculpas que me debe, porque en *asuntos como éste* no existe prescripción.

### **La ambición del Padre**

En el gran patio de la Asunción, el Padre decía a un joven sacerdote a quien quería mucho:

- Eres fuerte, tienes espíritu aventurero, no te falta valentía ni audacia; deberías ir a Oriente como misionero.

Un religioso dijo entonces:

- Allí le harían obispo.

- No deseo, dijo inmediatamente el Padre, que mis hijos lleguen a obispos, deseo verles llegar a santos. Dadme santos, sobre todo hombres desprendidos y extenderé el Reino de Jesucristo. No tengo otra ambición; ésta sí, lo confieso, y en grado sumo, a *Dios gracias*.

### **Inglaterra y Rusia**

A un amigo en Inglaterra le escribía: "Tiemblo, lo confieso, cuando veo los progresos de la increencia, ¡no querrá Nuestro Señor llevar a Inglaterra la antorcha de Francia!".

Más tarde, el 17 de agosto de 1878, escribía a este amigo, antiguo alumno suyo:

"Estudio mucho a Rusia. Algo irresistible me impele a seguir de cerca los movimientos de este coloso que Dios parece empujar para llevarle allí donde no quiere ir. Cuando la Providencia quiso renovar la sangre viciada de Europa, puso en marcha a los innumerables batallones de bárbaros de los que la Iglesia se adueñó para bautizarlos y hacerlos suyos. Algo me dice que Rusia tiene una misión respecto de la Iglesia Católica y de la Santa Sede. Las razas latinas son infieles; sus gobiernos se han vuelto perseguidores. ¿Veremos venir la salvación de las estepas y de las llanuras heladas del gran Imperio? ¿Cuándo y cómo? Lo ignoro. El ojo cristiano y observador no puede apartarse de aquello que se anuncia como un fenómeno que no ha tomado aún una forma determinada y bien definida, pero que cobra cada día dimensiones asombrosas. Hay ahí una poderosa fermentación, para un gran mal o para un inmenso bien. Me inclino a esperar el bien".

Cuando el Padre d'Alzon escribía esta carta, acababa de procurarse una colección de obras serias sobre Rusia. Estas obras han sido preciosamente conservadas en la biblioteca de la Asunción, en Nimes. Viéndolas, se constata fácilmente que han sido leídas y releídas.

### Una humillación con elegancia

Una señorita de la aristocracia del Mediodía de Francia, muerta como religiosa hace ya algunos años, se había colocado bajo la dirección del Padre d'Alzon. Avanzaba hacia la perfección con celo, incluso con impetuosidad.

Un día, dijo a su director:

- Le ruego me imponga alguna humillación seria.

El Padre la escuchó sin darle respuesta.

Algunos días más tarde, vino a la Asunción para entregar al sacristán una tela de encaje de gran valor, un encaje de seda de varios metros de largo que se había encargado de arreglar. Se encontró en el patio con el Padre d'Alzon, que le preguntó qué deseaba.

- Enséñeme el encaje, le dijo.

Tras contemplar el encaje durante algunos instantes, el Padre movió la cabeza con aire dubitativo, luego dijo a la señorita, perpleja a causa de su silencio y de sus modales:

- Sígame.

Entró en la biblioteca de los profesores y desplegando la tela se puso a medirla con toda exactitud en el borde de la mesa, como hacen los tenderos sobre la medida marcada en el mostrador. Cuando hubo terminado de medirla, se detuvo pensativo, sacudió la cabeza y recommenzó la operación. Tras la segunda medición, la señorita, un tanto molesta, le dijo:

- Pero vamos a ver, ¿qué está usted insinuando? ¿No estará pensando que me he quedado con un trozo del encaje, no?

Silencio, nuevos movimientos de duda con la cabeza; por tercera vez se pone a medir. Entonces la señorita, irritada, fuera de sus casillas, exclama:

- No soy ninguna ladrona. ¡Esto ya es demasiado!

Se lanza hacia la puerta, la abre y la cierra con violencia y desaparece, furiosa. Al día siguiente vino a echarse a los pies del Padre d'Alzon:

- ¡Ah! Padre, perdóneme. Ayer no comprendí la lección que usted me daba. Le había pedido una humillación, y no me esperaba ésa.

El Padre le sonrío diciendo:

- Has de saber, hija mía, que las mejores humillaciones son las que no esperamos y que no hemos escogido. ¿No ha quedado usted servida como deseaba?

### Instinto de lo bello

Es sabido que Monseñor Besson, obispo de Nimes, dirigió a su clero, con ocasión de la muerte del Padre d'Alzon, una Carta Pastoral, admirada, con toda razón, como una obra maestra. El retrato del ilustre sacerdote queda trazado en ella con mano de artista. Se diría un cuadro de Hans Holbein, por la veracidad de la expresión, la vivacidad del colorido, el acabado de los detalles, el vigor de las líneas y ese noble talante que idealiza una cabeza llena de nobleza, conservando el parecido en su reproducción más fiel.

Hay, sin embargo, una frase que no me parece exacta. "El señor d'Alzon, dice el elocuente panegirista, que había recibido tanto de la naturaleza, no dejó de acrecentar mediante el estudio el tesoro de sus conocimientos. *Nada le fue extraño, excepto quizá, la arquitectura y la música...*".

Monseñor Besson ha colocado ahí un *quizá* que me permite señalar una inexactitud sin pretender refutar a un biógrafo tan concienzudo como eminentemente hábil.

El Padre d'Alzon tenía una voz falsa y un oído poco musical; es cierto. Tenía, sin embargo, el instinto de la música, en especial de la música religiosa. En el colegio de la Asunción daba mucha importancia a la belleza del canto de la misa y de los distintos Oficios. Cuando fundó una Congregación de monjes, estableció el Oficio en coro; procuró por todos los medios que la ejecución del canto fuera lo más perfecta posible y la sagrada liturgia tan espléndida como lo desea la Iglesia.

Monseñor de Cabrières ha resaltado una nota que debemos citar aquí:

"¿Quién ignora, poco músico él mismo..., cuánta pompa daba a las ceremonias del culto, a la celebración de las fiestas cristianas, mediante el encanto de los cantos litúrgicos, y mediante la hermosura de los ornamentos? Le gustaba familiarizarnos con las oraciones del Breviario o del Misal y jamás benedictino de tiempos pasados ha degustado más íntimamente la suavidad de las fórmulas consagradas por el uso tradicional de la Iglesia romana".

Una de las glorias, hoy día, de los Agustinos de la Asunción consiste en mantener en todas partes los oficios religiosos conformes con las reglas precisas de la liturgia y haber adoptado un método de canto gregoriano que le conserva su auténtica majestuosidad y toda su pureza de expresión.

Respecto de la arquitectura, afirmo sin reservas que el Padre d'Alzon tenía buen gusto y era un admirador de las artes: de la arquitectura, de la escultura, de la pintura. Hablaba de ellas como un experto conocedor, como un observador distinguido.

En Nimes, siendo yo niño, un día me hacía comparar las graciosas y nobles columnas de la Maison Carrée con las del teatro moderno, que está justo enfrente: éstas, notables por su fealdad, su forma tosca y, de acuerdo con la expresión del Padre, "su falta absoluta de elegancia".

En cuanto a las iglesias, le gustaba el estilo ojival; tenía una marcada preferencia por su luminosidad. Más tarde, tras estudiar las obras del famoso Pugin, el restaurador del gótico en Inglaterra, apreciaba sobre todo el gótico inglés, con sus ventanales en forma de lanceta, con su caracterizada sencillez unida a una noble majestad, cuyo prototipo es Nuestra Señora de Salisbury. Un día, en la sacristía de la catedral de Nimes, un viejo canónigo se creyó en la obligación de decir a propósito de la iglesia románica de San Pablo, con sus soberbios frescos de Flandrin:

- ¡Se parece a una tienda de peluquero!

El Padre tomó inmediatamente la defensa del arte. Impartió al señor canónigo una lección de arte en que la enseñanza se mezclaba con la más fina ironía dirigida al despreciador de una obra de la que los Nimeños se sienten orgullosos con toda la razón. Los presentes han declarado que el Padre d'Alzon les sorprendió por la amplitud de sus conocimientos, por la manera tan brillante como habló de las bellezas del arte románico y del mérito de los murales.

Cuando estaba en Roma, visitaba a menudo las diferentes basílicas y el Vaticano. Hablaba a menudo de la "impresión de triunfo" que se experimenta en San Pedro, de la elegante grandeza de la fachada de San Juan de Letrán, de la belleza de líneas del famoso claustro de Miguel Angel en la Cartuja de las Termas.

Admiraba profundamente la célebre estatua del gladiador moribundo. Le gustaba detenerse largamente ante ella. Decía:

- Cuanto más la estudio más me convenzo de que no se trata de un gladiador sino de un cristiano; a menos que el artista hubiera visto morir a cristianos antes de cincelar el mármol. Esta estatua es quizá la obra maestra de la transición del arte, pasando del ideal humano de la forma al ideal sobrenatural de la expresión y de la actitud cristianas. ¡Mirad, en efecto, esa calma, esa resignación! Este hombre ve cómo brota su sangre; no levanta la mano para pedir al César que le dé la vida. Se inclina suavemente como si fuera a dormirse. ¡Esa no es la muerte de un gladiador! ¡En su frente brilla un rayo de esperanza celestial!

En el Vaticano nunca dejaba de visitar, si tenía tiempo, la capillita de san Nicolás, la parroquia del Palacio pontificio, que está cerca de las *Stanze* de Rafael, y cuyas paredes están cubiertas por los dulces frescos de Fra Angélico.

Tendría mucho más que contar. ¡Qué no hizo por restaurar el buen gusto en nuestras iglesias! ¡Qué no hizo por sustituir las rígidas casullas francesas por ornamentos eclesiásticos más flexibles y graciosos! No ha temido exponerse a los sarcasmos de las personas cuya única norma es la rutina.

Tenía en grado eminente el sentido de la belleza. Su alma poética se dejaba entusiasmar por la hermosura de la naturaleza. En el castillo de Lavagnac, le encantaba pasear en cierta avenida solitaria, bajo enormes árboles de los que admiraba la forma esbelta y las amplias ramas que le cubrían con su sombra apacible y refrescante. Nunca olvidaba de llevar a sus amigos a aquel delicioso retiro.

Quienes han hecho con él la peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort recuerdan su alegría, tan ingenua y tan natural, cuando, tras la caminata nocturna, divisaba los primeros rayos solares despuntando en el horizonte.

Poco a poco la extensa bruma del Ródano y del Durance comenzaba a disiparse bajo la acción del calor mientras la alondra, suspendida muy alta en el aire puro, susurraba su oración matutina.

Entonces el Padre olvidaba el cansancio, canturreaba una canción, se sentía feliz.

- ¡Ah, decía, mirad qué bueno es Dios! ¡Mirad cómo nos manda de nuevo el sol para espantar las brumas de la tierra. Hagamos como la alondra, abramos las alas, subamos por encima de la tierra para acercarnos al sol de Dios. Ni siquiera necesitamos articular una oración, ni más ni menos que el pajarillo; contentémonos con ver, sentir, susurrar, disfrutar dando gracias a Dios por las bellas cosas que nos da!

Sí, el Padre d'Alzon tenía el instinto de la belleza tanto en el arte como en la naturaleza. Era más que puro instinto; razonaba sus impresiones, estudiaba. *Ni la arquitectura, ni siquiera la música le resultaban extrañas.*

### Suspiros y "peccairés"<sup>1</sup>

La piedad del Padre d'Alzon era profunda; amaba apasionadamente a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen. Exteriormente, esta piedad tan franca se manifestaba con una cierta rusticidad.

Detestaba los cuellos torcidos, le causaban horror las devocioncitas de fantasía; en una palabra, para emplear una expresión popular en el Mediodía de Francia: "no confundía a los ángeles con las mariposas" ni los eruptos con jaculatorias.

Me encontraba con él un día en una ciudad que no es Nimes, y que no necesito nombrar. La casualidad hizo que se encontrara con el abate N..., excelente y digno sacerdote, capellán de religiosas, que daba la impresión de salir constantemente de un baño de misticismo; dejaba escapar continuamente suspiros que no eran ni naturales ni sobrenaturales, difíciles de catalogar, y que terminaba casi todas sus frases con una mirada al cielo y un lánguido ¡*peccairé!*

El Padre estaba en ascuas; sin embargo se contuvo hasta el final, como si la conversación le interesara en grado sumo. Al final se le presentó la ocasión; tras haber dicho adiós, se volvió bruscamente hacia el abate N...:

- A propósito, mi querido abate, ¿cuándo toma el velo? ¡Me apunto para predicar el sermón, no lo olvide!

Al marchar, el Padre me decía con su mejor humor:

- ¡Hijo mío, volvámonos santos y pidamos a Dios que no nos deje nunca entrar en la congregación de los santos suspiros y de las insípidas *peccairés!*

### Pareados

He escuchado atribuir al joven abate d'Alzon un epigrama, que quiero traer aquí, tras una palabra de ambientación.

Había una reunión, ignoro con qué fin, en Montagnac, en casa del abate Creisseil, a la sazón párroco de dicha parroquia, más tarde decano de Cette, donde tuve el honor de ser su coadjutor. En la reunión estaba el abate Baraston, de Pézenas, alma sencilla y franca, pero encajado en un cuerpo largo, seco, que se plegaba con dificultad. Los monaguillos de Pézenas decían que el digno abate se había tragado un bastón y ya no podía sacárselo. Tras el almuerzo, les dio por buscar pareados, entre los cuales alguien propuso: *Baraston y bastón*. Se pronunciaba *Baratón* aunque se escribía *Baraston*. El abate d'Alzon empalmó enseguida, entre grandes aplausos, a los que se unió con el mejor humor la víctima del disparo:

Su madre, con gran esfuerzo,  
dio a luz a Baraston;  
creyó que nacía un hombre,  
pero sólo salió un bastón.

### Hermano y hermana

El Padre d'Alzon tenía dos hermanas que murieron antes que él; la señora de Puységur y la señorita Agustina d'Alzon. Ésta, la menor, era su hermana favorita, la amiga tierna y abnegada, la confidente fiel. Comprendía a su

<sup>1</sup> *Pécaire!* o *pecaire!*: exclamación que viene del provenzal y expresa una conmiseración afectuosa o irónica; podría traducirse por ¡*pecador!* (Nota del traductor).

hermano, cuyas virtudes admiraba; servía de mediadora entre padre, madre e hijo, cuando éste debía recurrir a ellos para sus obras y sus numerosas caridades, lo que sucedía a menudo.

He leído cartas de la señorita Agustina al abate Vernière, el amigo de la familia d'Alzon. En ellas habla muy a menudo de su hermano, ya estuviera en Roma, en París o en Nimes. Le seguía por todas partes, con los ojos y con el corazón; se percibe que su hermano era la preocupación de su alma después de Dios. En una carta que tengo ante mis ojos, pero que no está fechada, escribe del castillo de Lavagnac al abate Vernière, párroco de Montferrier:

"Dese prisa en venir a Lavagnac pues mi hermano va a llegar de Roma. ¡Qué alegría tenemos! Usted sabe mejor que nadie cómo mi corazón se llena de consuelo. Venga a tomar parte en esta fiesta de familia; usted tiene todos los derechos del mundo por el bien que le ha hecho a nuestro querido curita, que se pondrá triste si no le encuentra aquí cuando llegue.

Mamá me insiste en que le diga que no se olvide de informarnos del día en que va a llegar. Quisiera enviarle el carruaje, pero por desgracia se le ha roto algo y ha habido que enviarlo a Montpellier para su reparación. Le enviaremos a Gignac un caballo.

¿Sabe que después del día en que usted predicó ante mamá sobre los deberes de las hijas, nos trata como si ya no fuéramos sus hijas, con la disculpa de no mimarnos? Dese prisa en venir a predicar otro sermón sobre los deberes de las madres para con sus hijas, sin olvidar decir que al menos han de tratarlas con caridad.

¡Bueno!, mi hermano va a llegar. Todo se arreglará. Se me hace largo. Cuento los días, las horas, los minutos. Viajo con él de Roma a casa; ¡mi pensamiento no le abandona...!"

El afecto de la señorita Agustina era correspondido. La confidente del joven sacerdote se volvió la consejera del sacerdote. ¡Ojalá que la correspondencia entre hermano y hermana se hubiera conservado! Encontraríamos en ella tesoros de afecto, de piedad y de celo.

La muerte de la señorita Agustina fue un golpe terrible para el corazón del Padre d'Alzon. Fue la muerte de una santa; no quita que para él fue un dolor profundo que nada podía calmar, si no es el pensamiento de una sumisión absoluta a la voluntad de Dios.

En aquella época le vi a menudo en su habitación, con la frente entre las manos, derramar abundantes lágrimas al solo recuerdo de su hermana. Repetía a menudo aquella palabra que acudió a sus labios en el momento de su propia muerte:

- ¡Sometámonos a la voluntad de Dios! ¡El es el Dueño!
- Mira, me dijo una vez, tengo aquí algo que me consuela.

Sacó entonces del cajón de su mesa un pequeño grabado que representaba una hermosa cabeza de Cristo muriendo en la cruz.

- ¿Ves esta expresión, con sus ojos cerrados y sus labios entreabiertos? Es exactamente la actitud de mi hermana Agustina tras su muerte.

Añadiré aquí que el Padre era fiel a la memoria de los difuntos, a los que no olvidaba en sus oraciones. La última palabra escrita que me haya dirigido, enviada desde la Cartuja de Valbonne, en 1880, casi en vísperas de su muerte, reza así: "¡Por desgracia todo decae, sobre todo la caridad, incluso para con los muertos!"

### **Candidatura al Consejo general**

En 1859, los electores de Montpellier pidieron al Padre d'Alzon que presentara su candidatura al Consejo general. Aceptó.

Se formó un Comité, a la cabeza del cual estaba como presidente el señor de Ginestous. Las reuniones políticas tenían lugar en sus salones, y es allí donde el Padre pronunció varios discursos notables. Tuve la buena suerte de escuchar el primero, cuyos principales pasajes reproduzco aquí a partir de notas tomadas inmediatamente después de la sesión.

Hay que señalar ante todo que la candidatura fue rigurosamente combatida por el Gobierno imperial representado por el señor Gavini, prefecto del Hérault; por la administración diocesana y por varios miembros del clero; finalmente, por el partido antilegitimista. El Padre sabía que no tenía ninguna probabilidad de éxito; sin embargo, no dudó en dar un paso al frente para aprovechar una ocasión de proclamar los auténticos

principios sociales y políticos que reposan sobre el espíritu cristiano. He aquí la postura que adoptó desde el principio:

Era por la tarde, después de las horas de trabajo, en el amplio salón del señor de Ginestous. La asamblea era numerosa, compuesta por miembros de la aristocracia, de la burguesía y de un número considerable de obreros. El Padre, de pie a la esquina de una mesa, dominando con su hermosa estatura esta simpática reunión, habló así:

"Señores,

Ante todo, he de darles las gracias por el honor que me hacen al aceptarme como candidato suyo. Digamos francamente, de entrada, que las probabilidades de éxito son dudosas. Ustedes y yo procedemos abiertamente; no tenemos ni el arte de la intriga ni el manejo de ciertas influencias, y añadido con orgullo: ni la voluntad de utilizar aquellos medios que dan la victoria al precio del honor.

Todo cuanto nuestros adversarios han dicho o escrito se resume en estas tres preguntas:

1º ¿Por qué el señor d'Alzon ha presentado su candidatura para el Consejo general?

2º ¿Qué servicio puede hacer un sacerdote en el Consejo general?

3º El abate d'Alzon es legitimista; ¿pretende oponerse al Gobierno imperial?

He aquí mi respuesta:

Me he presentado porque mis conciudadanos, usando su libertad y los derechos que les reconoce la ley del país, me han pedido que acepte la misión de defender y proteger sus privilegios en el Consejo general.

He aceptado la candidatura porque tengo un gran interés, un interés tan considerable al menos como el de los más grandes propietarios. Hablemos con claridad; es bien sabido -mis adversarios no lo ignoran y mis amigos tampoco- es bien sabido, digo, que soy uno de los sacerdotes más ricos del Mediodía, y que la fortuna de mi padre, cuyo hijo único soy, no consiste solamente en capitales que producen intereses, sino también en inmuebles, viñedos, campos y bosques cuyo conjunto, solamente en el Hérault, sin mencionar los demás departamentos, forman una propiedad considerable.

Tengo, pues, un auténtico interés en el Consejo general, que ha de ocuparse sobre todo de la agricultura y de los bienes raíces.

Otra razón por la que me presento pertenece a otro orden de cosas. ¿Somos o no somos un pueblo libre?

¿Somos iguales ante la ley? Si es así, les recuerdo a mis contradictores que una rama de los La Rochefoucauld lleva en el escudo una sirena que se baña diciendo (es la divisa que lleva el blasón): *C'est mon plaisir!* (¡porque me da la gana!). Dejemos ahora a la sirena con su baño, tomemos solamente la divisa. Me presento al Consejo general ¡porque me da la gana!, eso es lo que le diría a la oposición. Me presento porque no retrocedo ante el deber cuando mis conciudadanos me honran llamándome a representarles, y eso es lo que les digo a ustedes, señores electores.

Pasemos a la segunda pregunta:

La acción del sacerdote, se quiera o no, no se encierra entre las cuatro paredes de una sacristía. El Rey de reyes, el Señor de los imperios no abrió a sus primeros sacerdotes la puerta de una sacristía. Les abrió el mundo diciéndoles: "Id, enseñad".

No había Consejos generales en tiempos del Salvador. Si los hubiera habido, ¿creéis que les hubiera prohibido la entrada a sus discípulos? Un sacerdote africano, Tertuliano, escribió un día al César: "¡Estamos en todas partes, sólo os dejamos vuestros templos!".

No veo que los intereses de la eternidad y los del tiempo presente estén tan reñidos que quien se ocupa de los unos no tenga nada que hacer con los otros. El tiempo lleva a la eternidad; mediante las cosas temporales preparamos las de la vida futura.

La Iglesia Católica nunca ha descuidado las cosas de las que han de ocuparse los Consejos generales. Desde siempre los monjes han plantado viñas, bosques, árboles frutales. ¿No se debe a Dom Pérignon, administrador de la abadía de Hautvillers, a un monje, el modo de preparar el vino de Champagne y de hacerlo espumoso? ¿Cuántos puentes, caminos, canales, estanques desecados, marismas saneadas, son obra de los monjes!

Un sacerdote no está fuera de lugar en un Consejo general.

Mi contrincante, es cierto, ha introducido el azufre sublimado para la curación de la viña. Le estamos todos agradecidos por ello; pero ¿sólo hay que cuidar de las viñas? La viña está sulfatada pero las clases obreras y pobres están sufriendo... Perdón por un juego de palabras involuntario<sup>1</sup>, pero lo mantengo, pues expresa mi pensamiento.

<sup>1</sup> *soufrée* = sulfatada y *en souffrance* = en sufrimiento (nota del traductor).

¿No tenemos que pensar en la educación de los niños, vigilar la moral pública, proteger el desarrollo de la industria, mantener el orden, la paz y el bienestar entre los trabajadores? ¿No debemos ser los amigos del pueblo? ¿Y quién conoce y ama al pueblo mejor que el sacerdote, que siempre está en contacto con él?

El señor d'Alzon, dicen, es un legitimista; busca oponerse al Gobierno.

El señor d'Alzon, diría yo, conoce bastante bien su catecismo para saber que hay que respetar los poderes establecidos. No ignora que un hombre con gran sentido práctico, que era nada menos que san Pablo, dijo: "Obedeced a vuestros amos, incluso a aquéllos cuyo humor no es nada agradable".

No soy yo quien se opone al Gobierno, es el Gobierno quien se opone a mi candidatura mediante sus agentes, que envía a todas partes para influir en los electores. Incluso utiliza al clero, al que intimida o arrulla mediante promesas que probablemente nunca cumplirá.

Señores electores,

Si pese a todo, resulto elegido, estad seguros de que seré fiel a mi mandato. Sabré mantenerme independiente y digno porque seré el representante de hombres independientes y dignos.

Como cristiano y como sacerdote, soy de aquella raza que no se oponía al César en las cosas que pertenecían al César. Pero igualmente, en las cosas que son de Dios, cuyas joyas más ricas son las almas que él ha rescatado, no doblaré la rodilla ni ante el César ni ante nadie.

Combatiré por la libertad, porque siento con san Columbano, el célebre monje irlandés, que "¡quien me quita la libertad me quita la dignidad!". Esta dignidad es la que quiero defender en las clases obreras y pobres. Y siento en mi corazón, señores, que estoy dispuesto a todos los sacrificios, resuelto a pelear todos los combates, para procurar a mis conciudadanos, de todos los estados de vida y de todas las posiciones sociales, la libertad cristiana que es la única que puede dar, junto con la paz y la alegría, el honor y la dignidad".

Releyendo estas notas largo tiempo enterradas, aplaudo diciendo: "¡Bravo!". Aplaudid, hermanos míos Agustinos de la Asunción y decid: "¡Bravo!".

El Padre d'Alzon no resultó elegido. Ya se esperaba una derrota, pero había que felicitarle por haber provocado una reacción y haber escuchado los magníficos discursos de un candidato ilustre por su patriotismo y su conocimiento profundo de las cuestiones sociales y políticas.

### **Curitas de azúcar**

Antiguamente, los curitas de azúcar se vendían en todas las ferias del Mediodía de Francia; el Norte tenía sus hombrecillos de mazapán.

La feria de Gignac, no lejos del castillo de Lavagnac, era célebre por sus curas de azúcar, que superaban a todos los demás en estilo y sabor. Por otra parte, tenían algo que los distinguía: llevaban el famoso bonete cuadrado de antaño, coronado por una vistosa borla.

Hay que imaginarse, pues, un trozo de azúcar del tamaño de un dedo, tallado o fundido en forma de cura en sotana, con fajín, alzacuello y birrete cuadrado. Puntos negros representaban los botones, dos puntitos ennegrecidos marcaban los ojos, dos manchas rojas daban a las mejillas un aire saludable y fresco. Aquellas caras redondas y rubicundas eran el toque maestro del confitero y la prueba concluyente de su talento de artista.

El Padre d'Alzon se regocijaba contando que de pequeño le gustaban con locura los curitas de azúcar. Se hubiera ronchado docenas si le hubieran dejado. Con la promesa de un cura de azúcar le calmaban sus enfados, le volvían dulce y alegre.

La pasión de Manuel por este confite era tan fuerte que cuando más tarde llegó a sacerdote y a Vicario general, los auténticos curas, de los que él era el superior, no le dejaron nunca olvidarse de los dulces curitas de Gignac.

Si por casualidad pasaba por esa ciudad durante la feria, se detenía a contemplar con delicia los pequeños curas de azúcar, pero ya nunca los compraba.

Había en el colegio de la Asunción un excelente alumno, nacido no lejos de Gignac, H. R...., que un día tomó la sotana en el seminario de Montpellier. Pocos días después de haber tomado el hábito eclesiástico vino a Nimes para visitar a sus antiguos maestros.

El Padre estaba en el patio cuando el pequeño abate H.R...., se presentó. Al verlo, me acuerdo bien, el Padre d'Alzon exclamó:

- ¡Ah, he aquí uno de mis curitas de azúcar de Gignac!

Y se echó a reír con todas sus ganas.

De hecho, el querido abate H. R... era bajo de estatura; tenía una cara redonda, dos ojos pequeños y sobre todo dos mejillas rubicundas, como si un confitero de Gignac hubiera pasado por allí con su pincel y su carmín.

A partir de aquel momento, el Padre no le llamaba sino "mi querido curita de azúcar". ¡Y el abate H. R..., cuyo buen humor era proverbial, aceptaba de buen grado ser el querido cura de azúcar del Padre d'Alzon!

Este querido H. R..., que los alumnos querían tanto que le habían puesto el mote de "le bon roi" (el rey bueno), volverá a aparecer en la anécdota *Lección de etiqueta*.

### Georges Stephenson

El Padre d'Alzon estando en París en 1845 y 1846, tuvo una entrevista con el célebre ingeniero inglés Georges Stephenson, el inventor, en 1814, de la primera locomotora que podía recorrer 7 kilómetros por hora; luego, en 1829, de una máquina más perfeccionada, el "Rocket o Cohete volador", que recorría 38 kilómetros por hora.

El Padre d'Alzon quedó muy impresionado por las maneras y la conversación del señor Stephenson. Había anotado cuidadosamente lo que el gran ingeniero le había dicho sobre el arte de construir máquinas. Más tarde, comunicó aquellas notas a algunos de sus alumnos. Aquí va el resumen, escrito en 1848; habla el propio Georges Stephenson:

"Me pregunta usted ¿cuáles han de ser las cualidades de una máquina perfecta? Helas aquí. Dada la mayor potencia posible, una máquina es perfecta cuando tiene: precisión, sencillez, duración y silencio.

La *precisión*, para producir exactamente el efecto deseado.

La *sencillez* en su construcción, sus engranajes, las partes que la integran.

Ahora bien, note esto: la multiplicidad de las partes, su combinación, su acabado, muestran la habilidad del obrero; la sencillez denota al hombre genial. La máquina sencilla se avería poco, y si se avería se la repara fácilmente. Por lo tanto tendrá *duración*.

Cuando la máquina es potente, precisa, sencilla y funciona bien, si es *silenciosa*, entonces es perfecta. El ruido en el universo es prueba de un desorden, como la tormenta, el viento, la tempestad. Dios no está en la *conmoción*. He ahí lo que he buscado en la construcción de mis máquinas. Estoy lejos de haber triunfado plenamente; sin embargo, ¿ve usted este reloj de precisión que siempre llevo? En Newcastle, en mi gabinete de trabajo, que se halla en el centro de los talleres, lo pongo sobre la mesa y, con todas las máquinas funcionando, oigo con toda claridad el tic tac de mi reloj.

No olvide que una máquina es como una persona: quienes la sirven han de conocerla bien para servirla eficazmente. La máquina tiene sus cualidades, sus defectos, su temperamento. Quien la conozca bien le sacará rendimiento, mientras para los demás será sólo un mueble a menudo inútil.

Desde el punto de vista moral, la máquina completa al hombre como la espada completa al soldado; de ningún modo debe remplazarlo. Así como el soldado cuando maneja su espada es respetado, así el hombre que sirve a la máquina no debe ser considerado por los que le emplean como un muelle o una pieza, aunque sea esencial, de la máquina: se le debe tratar con respeto, no dejar que se torne semejante a una máquina sin corazón y sobre todo sin luz religiosa. Porque la práctica de cualquier virtud moral vale más que todos los inventos...".

Las notas son más extensas de lo que aquí se dice; contienen detalles que serán publicados algún día. Cada *Anécdota* no puede transformarse en un tratado, se entiende.

### Dos lecturas

El Padre leía admirablemente. Su dicción era pura, su acento distinguido. Acentuaba las palabras sin declamación; dominaba el arte de hacer resaltar los pasajes más bellos; una especie de corriente eléctrica se establecía entre él y sus oyentes. Como cuando predicaba, volcaba su alma entera sobre el alma de los que le escuchaban; su unción traspasaba, cautivaba y fascinaba. Su rostro reflejaba todas las impresiones de su espíritu.

Los antiguos guardan el recuerdo sobre todo de dos lecturas públicas. La primera, hacia 1847, con motivo de la primera visita a la Asunción del abate Cazalès, el traductor de Catalina Emmerich. El Padre leyó a los alumnos, en la antigua capillita del colegio, el capítulo sobre la Flagelación. Llorábamos todos; el Padre estaba

profundamente emocionado; nuestros corazones desbordaban amor a Nuestro Señor, maltratado por nosotros con golpes tan crueles.

Otro día, en la sala de estudio de los mayores, después de la hora de historia eclesiástica que nos daba el Padre en aquel entonces, nos leyó, de los *Anales Filosóficos*, esa obra maestra literaria del abate Gerbet, el "Diálogo entre Platón y Fenelón" en el que se hace contar al arzobispo de Cambrai la muerte de Albert de La Ferronnays. Esta lectura y los comentarios del Padre, que había conocido a casi todos los personajes de esta escena sublime, nos dejó una impresión imborrable. Quien esto escribe, escuchó en Londres el mismo pasaje leído por Pauline de La Ferronnays, a la sazón señora Craven; pero aunque la lectura resultó emocionante, no igualaba la manera única, difícil de describir, del Padre d'Alzon.

### Reunión de amigos

El Padre Monsabré había venido a Nimes a predicar el retiro anual a los alumnos del colegio de la Asunción. El futuro orador de Notre-Dame brilló en él como brillaba por todas partes. Maestros y alumnos quedaron encantados por aquella elocuencia masculina, por aquel fuego penetrante, aquellas enseñanzas elevadas, pero revestidas de formas sencillas que las hacía claras para los alumnos más jóvenes. Las conferencias de la tarde, chispeantes de gracia y de humor, eran interesantes sobre todo por la variedad de rasgos y de anécdotas que el Padre Monsabré sabía contar con un encanto y un sabor en los que era genial.

Después de los ejercicios de la noche, el Padre d'Alzon recibía en su despacho a un grupo de amigos íntimos. Por entonces se alojaba en aquella ala del colegio que llamábamos *Le Pavillon*, cuyas ventanas dan a la avenida Feuchères. La habitación era pequeña, incómoda, y tan mal dispuesta que siempre nos encontrábamos sentados en una corriente de aire entre la puerta y la ventana. Tenía una chimenea con un hogar muy estrecho, que devolvía el humo cuando hacía viento, excepto si era nordeste. Cerca de la chimenea había una alcoba para la cama de campaña, con un reducido armario empotrado en la pared, a la cabecera de la cama.

Entrando en la habitación se podía ver, a izquierda, una mesa de trabajo de madera de abeto blanco; y enfrente, a derecha, una colección de cajas de cartón verde bien ordenadas unas encima de otras, llenas de papeles, de notas, de numerosas cartas. ¡Una rica mina de preciosos documentos perdidos para siempre, quemados por el Padre poco tiempo antes de su muerte!

Entre los cartones y la ventana, en un rincón, había una biblioteca con algunos libros muy escogidos: San Agustín, Bossuet, Bourdaloue, Thomassin, algunos volúmenes del doctor Newman y media docena de raros elzeviros<sup>1</sup> con los principales clásicos. En la repisa de la chimenea, dos candeleros de madera de alerce, traídos de Chamonix, constituían toda la ornamentación.

El mobiliario era modesto y escaso y sin embargo dejaba poco espacio para las sillas; el Padre sólo podía recibir a tres visitantes sentados. Resultaba incluso bastante difícil colocar cuatro sillas para poder conversar cómodamente. Pero terminábamos por conseguirlo y entonces pasábamos veladas de lo más delicioso escuchando a aquellos tres hombres ilustres: el Padre d'Alzon, el Padre Monsabré y el señor Germer-Durand.

El Padre siempre se mostraba de una alegría encantadora, pese a que por entonces sufría de una tos pertinaz. A pesar de eso, intentó cantar una tarde la canción de *Magali*, del *Mireio*, de Mistral:

*O Magali, ma tant aimado!*

El Padre tenía una voz poco musical, de una falsedad crónica; añadid una gripe pasajera, pero violenta, y podréis haceros una idea de la armonía de los sonidos que salían de su pecho y caían de sus labios al interpretar la suavidad del canto provenzal. Sin mencionar la pronunciación que el Padre nunca logró captar. El Padre Monsabré se torcía de risa a carcajadas; el Padre d'Alzon se interrumpía a menudo para reír también a gusto, hasta que finalmente abandonando la empresa dejó al señor Germer-Durand la tarea de terminar la canción.

El Padre Monsabré improvisó aquella noche una canción para celebrar el talento y sobre todo la buena voluntad del *virtuoso* de la voz falsa, del oído poco afinado, del corazón franco y la buena voluntad. El primer verso de dicha canción, el único que sobrevive en mi memoria, decía:

*¡Objeto querido de mi pasión más pura!*

con la música de:

<sup>1</sup> *Elzeviros* o *elzevirios*: nombre dado a los libros impresos por los célebres impresores holandeses, los *Elzevier*, de los siglos 16 y 17 (nota del traductor).

*¡Allí están los que duermen bajo la nieve  
Y ni el tambor los puede ya despertar!*

Se parecía más o menos a una canción de cuna con la música del *Dies irae*. ¡Para morir de risa!

En otra velada nadie cantó. Hubo entre el Padre d'Alzon y el señor Germer-Durand un auténtico recital a base de finura, de erudición y de ciencia. Se trataba de improvisar una novela de corte histórico al estilo de *Fabiola* del cardenal Wiseman. Empezó el Padre, la continuó el señor Germer-Durand; luego alternativamente los dos narradores retomaban el hilo del relato hasta su desenlace. Sus narraciones se iban combinando admirablemente y lograron un todo tan armonioso como completo.

Se trataba de una familia patricia y cristiana que huye de Roma ante la persecución y viene a establecerse en Nîmes. La integraban el padre, Bulbus, la madre Flavia, dos muchachos y una hija. Compraban cerca de *Nemausus* una propiedad que hoy se llama el *Mas de Boulbon*, del nombre de Bulbus.

El señor Durand hizo entrar en su relato sus amplios conocimientos arqueológicos y epigráficos; el Padre metió toda su pasión, su fe y la descripción de la Roma de las catacumbas.

Los dos hijos de Bulbus se hicieron sacerdotes, la niña consagró a Dios su virginidad. Uno tras otro todos los miembros de aquella ilustre familia recibieron la palma del martirio.

La narración resultó palpitante de interés. Era una maravilla ver a aquellos dos hombres distinguidos abriendo su inteligencia y su corazón para crear las admirables escenas de la más brillante y sabia improvisación.

Se me agradecerá, así lo creo, que introduzca al lector en estas interioridades de la vida íntima. Los hijos del Padre d'Alzon, mis queridos Agustinos de la Asunción, conocerán así mejor el corazón, la finura y el humor agradable de su santo fundador, porque nada supera en encanto y en interés lo que podemos llamar con exactitud estas escenas de familia. Bendigo a Dios cada día por haber sido testigo de ellas. Un detalle característico: en aquellas veladas tomábamos un excelente té que el Padre tenía a gala preparar él mismo en la chimenea, a veces con ayuda de una lámpara de alcohol. Lo servía en tazas de porcelana muy comunes; sacábamos el azúcar de un bote redondo de madera de alerce, como los candelabros, y lo revolvíamos con una cucharilla de la misma madera.

Dulce alegría de los viejos tiempos, ¿no volverás nunca más? ¡Por desgracia!

### Consejos a los novicios

Ahora una confidencia. Quien esto escribe sabe muy bien que va a meter los dedos entre dos piedras o el pie en un avispero. Asume su responsabilidad, ya que ha emprendido la tarea de dar a conocer el lado íntimo de la bella personalidad del Padre d'Alzon, cueste lo que cueste, aun cuando haya que constatar que ha aprovechado mal las enseñanzas recibidas.

El Padre era un original; es cierto y él mismo lo ha confesado en múltiples ocasiones. Quien quiera convencerse sólo tiene que leer sus *Mémoires d'un ancien*<sup>1</sup>. Hay que aclarar el valor y el alcance de los términos. ¿Qué es un original? Aquel que no es copia de nadie, se sale de lo trillado y se singulariza precisamente porque es distinto de la mayoría. Los santos han sido unos originales. Los hombres llamados a cumplir la gran misión de poner a la sociedad en el camino recto son unos originales. Si Nerón hubiera escrito un diario de su vida no hubiera dejado de señalar que Pedro y Pablo eran unos originales de talla de los que había que deshacerse.

Los santos tienen sin embargo un modelo sobre el cual se moldean: Jesucristo, Dios y hombre. El Padre d'Alzon tenía aquel divino modelo constantemente ante sus ojos; se dejaba guiar por la Iglesia con la sencillez de un niño; luego tiraba para adelante sin tener muy en cuenta la opinión de los hombres. Así es como el Padre d'Alzon era un original.

Ha querido dejar tras de sí discípulos impregnados del mismo espíritu; por lo tanto, según el mundo, ha instituido una Congregación de originales. Y estos originales, notadlo bien, son acompañados en sus obras y en sus peregrinaciones por multitudes a quienes arrastran, lo que prueba que el número de los originales es bastante crecido en la sociedad y, gracias a Dios, con tendencia a aumentar.

Pío IX, hablando un día a unos Oficiales franceses por Navidad, comenzó su discurso con esta palabra: *Aux primordes de l'Eglise...*(en los comienzos de la Iglesia...). La palabra no era francés, pero la encontraron muy

<sup>1</sup> Serie de artículos, de recuerdos suyos, que el Padre d'Alzon escribió para la revista *L'Assomption de Nîmes* entre 1875-1879. (Nota del traductor).

bien colocada y expresiva. Que se nos permita, pues, decir aquí: *Aux primordes* de la Congregación de los Agustinos de la Asunción, cuando todavía no había ni Constitución, ni Reglas, ni Costumbrero, ni hábito determinado, cuando todo estaba aún en ese caos que precede a toda bella creación, el Padre se había elegido discretamente algunos discípulos a quienes iniciaba en sus proyectos. Se ocupaba especialmente de los niños que había elegido. Los tomaba aparte para instruirlos y dirigirlos; regulaba sus ejercicios de piedad, sus lecturas, sus pequeñas mortificaciones.

He aquí el resumen abreviado de algunos de sus consejos espirituales, anotados por uno de los primeros cuasinovicios a comienzos del año 1846:

"Evitad singularizaros y también toda exageración; no os enfurruñéis; tened siempre un talante ecuánime. Sed dignos en vuestros ademanes, sin rebuscamiento ni afectación. Nada de cuellos torcidos, ni de poner los ojos en blanco cuando rezáis, meditáis o contempláis. Al meditar dejaos llevar suave y sencillamente; no intentéis construir tratados sobre el tema de vuestra meditación.

Apreciad sobre todo las devociones de la Iglesia, que debéis preferir a las prácticas de devoción de pura fantasía; amad la liturgia, el canto y el Oficio divino. En todas las cosas conservad la libertad de espíritu, la suavidad y el buen humor; un santo religioso que conocí, decía sonriendo: "*Hay que acostumbrarse a rezar rondibiliter quoniam bon train; quia hilarem datorem diligit Dominus (rezar con naturalidad y a buen paso, porque Dios ama al que da alegremente).*

Tomad vuestro alimento sin avidez; no como animales que se agachan o se tumban sobre la hierba que pastan en los campos.

Aprended el arte de tratar con Dios; no seáis mezquinos con Nuestro Señor; servid a Su Majestad con generosidad y amor leal. Aprended a conversar con él, escuchadlo. Decidle a menudo: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus (habla, Señor, que tu siervo escucha)*, y oiréis su voz; o más exactamente sentiréis cómo algo suave entra en vuestra alma iluminando vuestro espíritu. Tened la fe de aquella superiora que iba a llamar suavemente a la puerta del sagrario diciendo: "Señor, te aviso que ya no queda pan en la artesa".

Tened vuestras mortificaciones preferidas. Por ejemplo: hace calor, camináis por el campo, la sed os abrasa bajo un sol ardiente. De pronto, he ahí aguas frescas de un manantial que brota de una roca, a la sombra de un árbol frondoso. ¡Oh, qué suerte! Pero vuestro corazón se acuerda del Salvador crucificado, que experimentó las angustias de la sed. Os decís entonces: "No, Dios mío, no beberé". Y pasáis sin beber.

Usad vuestros pequeños trucos por el estilo. Desconfiad de vosotros mismos; contad con la gracia de Dios, sin la que nada podéis. Dadle gracias continuamente de haberos preservado del pecado, de haberos levantado cuando habéis caído. Tened los sentimientos de san Felipe Neri: cuando se enteraba de algún escándalo, se ponía de rodillas y exclamaba:

-¡Oh, Señor Jesús, yo haría cosas peores si tu gracia no me sostuviera!".

El Padre le decía a uno de sus alumnos con ciertas rarezas, con tendencia a la misantropía:

- Vamos, ánimo, amigo mío, ¿estás siempre en guerra contra la humanidad entera? Todo el mundo tiene que soportar tus defectos y te crees con derecho a quejarte de las faltas de los demás. ¡Si fueras un poco hábil, dirigirías ese humor agrio exclusivamente contra ti mismo y te harías un santo! Las pasiones son fuerzas; aprende a usar esas fuerzas a tu favor y no en tu contra.

Podríamos escribir todo un libro, y muy útil, recogiendo los pensamientos del Padre d'Alzon. Formaríamos una magnífica gavilla de consejos prácticos.

En mi caso escribo las que he espigado yo mismo. El Padre Emmanuel (Bailly) debe tener almacenado un tesoro inmenso que espero nos muestre algún día. Por eso evito decir lo que él debe saber tan bien y mejor que yo.

Espero publicar algún día un ramillete de trozos de cartas de dirección espiritual del Padre, dirigidas, sea a personas del mundo o bien a religiosos y religiosas, documentos preciosos que circunstancias particulares han hecho llegar a mis manos.

### **Director del colegio**

Cualquiera que sea el ángulo bajo el que se mire la hermosa fisonomía del Padre d'Alzon, nos asombra la suma de sus dones, tan variados como eminentes, que han hecho de él un gran carácter.

Para completar su retrato, tendríamos que presentarle sucesivamente como predicador, profesor, confesor, hombre de sociedad y de conversación, conferenciante de cuestiones políticas y religiosas, fundador y legislador. Tomémoslo, para empezar, como *director del colegio de la Asunción*.

Considero este estudio muy importante, porque en él encontramos aquellas maravillosas cualidades que ha infundido en todas sus obras y cuyo conjunto forma lo que llamamos: el espíritu del Padre d'Alzon o el espíritu de la Asunción.

Ernest Daudet ha dicho de él: "Todos sus alumnos le han amado apasionadamente". Sí, sin embargo no todos han sido perseverantes en seguir sus ejemplos. El mismo Ernest Daudet se ha descarriado muy lejos de la casa de un Padre, cuyo recuerdo sigue siendo para él muy querido.

Amábamos al Padre, también le temíamos; tan bueno como era su corazón, tan firme era su voluntad y su mano enérgica.

Mantenía con vigor la más firme disciplina; era rápido y severo si se trataba de reprimir un desorden; era inexorable cuando, tras madura reflexión y escrupuloso examen, creía que debía descargar un golpe ejemplar para castigar una falta grave.

Los antiguos de la Asunción deben recordar aún tres circunstancias memorables, cuyo relato presento aquí:

En primer lugar, el despido de L. de Gr... por un serio acto de desobediencia. Era uno de los mejores alumnos del colegio, tan apreciado por los profesores como por los alumnos. La sentencia que le castigaba era justa; nos aterró, y esparció por todo el colegio un velo de tristeza. Sin exageración, todo el mundo lloraba. El pobre L. de Gr... debía quedarse algunos días en casa antes de su definitiva partida. Cualquier comunicación con él estaba prohibida; se le mantenía en un severo secuestro.

Profesores y alumnos aprovecharon el corto plazo; se pusieron de acuerdo para cubrir de firmas un recurso de gracia. Íbamos a rezar a la capilla como para hacer cesar una calamidad pública. La clemencia pudo con la estricta justicia; el Padre se dejó doblegar por las súplicas unánimes de sus hijos. Perdonó; el alumno fue reintegrado y devuelto a sus camaradas, que aclamaron a su Padre por un acto de generosidad que nunca tuvo que lamentar.

He aquí el segundo hecho:

Los músicos de la banda del colegio tuvieron la mala fortuna de caer en desgracia. Fueron acusados de faltar gravemente al respeto a uno de los profesores, que era el prefecto de disciplina. El castigo cayó esta vez rápido y aplastante como el rayo. La banda de música fue disuelta; los nombres de los músicos aparecieron con tinta roja, lo que conllevaba una mala nota, en el tablero de clasificación que pendía de las paredes del recibidor; además todos los miembros de la infortunada banda de música fueron privados de la salida mensual. Los detalles de tan doloroso acontecimiento serán relatados en otra de nuestras *Anécdotas*.

¡Y queríamos apasionadamente al hombre que sabía castigarnos tan bien! ¡Aceptábamos que tenía razón en las mismas cosas que más nos contrariaban! ¡No, jamás maestro alguno tuvo tal ascendiente ni gozó de tal prestigio entre sus discípulos!

He aquí ahora, según mi observación, algunos de los principios que regulaban su conducta como director del Colegio.

El Papa León XIII decía: "Hay dos maneras de gobernar a los hombres: con la mano escondida en el corazón, o con el corazón encerrado en la mano". O bien el vigor haciendo sentir la suavidad; o la suavidad haciendo comprender que la fuerza viene detrás.

En el Padre d'Alzon se veía el corazón; se intuía que detrás del corazón había una mano vigorosa. Se encontraba en él la feliz combinación de dos caracteres: el Padre de familia y el jefe de ejército. Hacía respetar la autoridad, nunca desairaba a un profesor en presencia de un alumno.

Era observador; se hacía rendir cuenta de todo; veía mucho por sí mismo, con su ojo vivo y penetrante.

Quería una vigilancia digna; detestaba el espionaje que, como decía, "hace a los niños simuladores".

Es sabido cómo su ojo vigilante seguía abierto durante la noche; tenía la costumbre de recorrer los dormitorios con una linterna en la mano. Bendecía a sus niños mientras dormían.

Su tacto era perfecto; pronto se daba cuenta del estado de desmoralización o desánimo en que caían algunos alumnos por culpa de maestros, bien intencionados, pero incapaces de comprender el carácter peculiar de tal o cual alumno. Mediante sus sabios consejos, pronto las aguas volvían a su cauce normal.

La sección de los mayores, la sección modelo, también tuvo su día nefasto. Olvidando sus gloriosas tradiciones, infiel, por una vez, a su buen espíritu, se permitió murmurar contra una orden del prefecto de disciplina. El ejemplo de lo que podía tomarse como amotinamiento por parte de los mayores, podía causar un escándalo y podía provocar gran daño a las dos otras secciones, la de los medianos y la de los pequeños. El castigo se hacía necesario; no se hizo esperar.

El Padre d'Alzon -cosa inaudita hasta entonces- condenó a la primera sección en masa a un día sin salida. Era una enormidad, aunque bien merecida; sin embargo, el colmo del castigo llegó cuando anunció que él mismo haría la vigilancia.

Cuando llegó el momento de la ejecución, el Padre subió al púlpito del vigilante. Ahí estaba, de pie, rostro severo, ojos chispeantes. Todos temblábamos, nadie osaba mover ni pie ni mano; incluso temíamos hacer ruido con la pluma mientras escribíamos rápidamente el *pensum*, la tarea del castigo. Resultaba evidente, por otra parte, -todos compartíamos esta impresión- que el terrible vigilante buscaba la ocasión para un escarmiento, y que mantenía el ojo atento a los alumnos más distinguidos por su buena conducta habitual. De hecho el rayo cayó sobre la cabeza de quien es hoy obispo de Montpellier. Se había vuelto hacia su vecino de la derecha -el que escribe estas líneas- como para pedirle algo. No le dio tiempo a abrir la boca; era la víctima ideal; fue tomada y lavada de pies a cabeza con un *jabón* en que se mezclaban las esencias más mordaces y más amargas, prodigadas con finura y sarcasmo.

Fue, de parte del Padre, un auténtico derroche de elocuencia; pero fue el golpe postrero; finalmente podíamos respirar; la descarga había agotado la electricidad.

Respetaba al niño; trataba a sus alumnos de modo que les quedara siempre un profundo sentimiento de la dignidad personal.

Tenía el talento de volver a poner al descarriado en el buen camino; le ayudaba a recuperar sus buenas notas y su reputación, con tal suavidad, que el niño no pensaba sino en reformarse a sí mismo por su propio esfuerzo. ¿No obra así la gracia divina, que nos ayuda poderosamente, al mismo tiempo que nos deja el mérito de santificarnos?

Cuando hacía un reproche, siempre dejaba un resquicio a la esperanza, como un bálsamo en el fondo del alma.

Nunca desalentaba; si necesitaba resaltar los defectos, tampoco olvidaba hablar de las cualidades que dejaban la esperanza de una rehabilitación completa. Mantenía siempre al alumno a flote, fueran cuales fueran las malas disposiciones. Con él nadie se sentía *hundido*, a menos que lo deseara absolutamente él mismo. Sabía inspirar a todos un sentido razonable y verdadero de amor de sí mismo.

Combatía las amistades particulares con un tacto admirable. En tales casos se servía de su habilidad para tornar risible la situación, y lo hacía con una gracia y un humor encantadores; curaba sin ofender, *castigat ridendo*.

Nos recordaba más de una vez ciertos consejos de san Bernardo, por ejemplo: que un superior ha de tener el ojo en todas partes, pero que existen cosas que debe saber y actuar como si las ignorara, y otras que ha de saber y mostrar enérgicamente que las sabe.

No he querido hablar aquí del sacerdote, del profesor y del conferenciante, para pintar exclusivamente al director del colegio.

### **Calcetines de seda**

La señora vizcondesa de d'Alzon solía aprovechar las visitas de su hijo a la casa paterna para renovar el ajuar. Siempre llegaba a casa desarrapado, porque lo daba todo y no sabía negar nada.

Ahora bien, los pobres de Nimes esperaban puntualmente al abate d'Alzon cuando volvía de Lavagnac; se apostaban a la puerta de su casa, en la calle Margarita, seguros de conseguir siempre algo.

Un día, el abate volvió con su maleta llena de ropa nueva, de excelente calidad y marcada con sus iniciales. Su madre lo había colocado todo cuidadosamente para su querido "mendigo". Entre otras cosas había metido una docena de calcetines de seda negra.

El abate llega a casa, sus pobres habituales le tienden la mano; está sin dinero pero no sin recursos. Abre la maleta y distribuye cuanto contiene.

Todos los calcetines se fueron con el resto; sólo quedó la maleta para ser llenada de nuevo. Algunas piezas del ajuar fueron rescatadas por personas de su afecto, puestas al corriente a tiempo, y devueltas a su dueño que las necesitaba más que algunos de los pobres.

Hay quien cuenta que se pudo ver cerca de la Maison Carrée a un mendigo en andrajos pero con unos magníficos calcetines de seda cubriéndole las piernas, de los que presumía y de los que nunca quiso desprenderse a ningún precio. Los mostraba con orgullo sin ocultar de dónde procedían.

Así es como algunos pobres estrenaban, mientras el señor Vicario general se contentaba con lo usado y remendado. Dicen que era extravagancia y locura. ¡Ciertamente tales locos son extraordinariamente cuerdos! Al menos eso pensamos nosotros de nuestro Padre.

### **Leal y altivo**

Hubo en otro tiempo en Nimes un hombre rico, muy rico, que heredó de repente una inmensa fortuna. El pueblo decía que sus bodegas reventaban de oro.

Ahora bien, este hombre se había construido un palacio; se había vuelto poderoso entre sus conciudadanos, a quienes sobrepasaba en muchos millones. No era mala persona ni ingrato; tenía buen corazón, con una buena dosis de ambición: primero en fortuna, deseaba ser el primero en influencia. Esta última preeminencia no estaba vacante, el Padre d'Alzon la ocupaba desde hacía mucho tiempo; su "sombra que gana batallas después de muerto", sigue conservándola.

El hombre rico deseaba ser amigo del Padre, cuyo carácter admiraba y respetaba, al tiempo que envidiaba su posición social. Estaba dispuesto a hacer mucho por las obras de la Asunción; y podía permitírsele desde el punto de vista pecuniario. ¡Pues bien!, el Padre d'Alzon no vaciló en romper con aquel Cresco; lo dejó de lado y se alejó de él en cuanto tuvo claro que no caminaba con rectitud por el sendero francamente católico, con absoluta entrega al Papa.

En aquel mismo momento el Padre andaba sin dinero; acababa de arruinarse una vez más en obras de apostolado y de caridad. Hubiera preferido vivir a pan y agua, mendigar de puerta en puerta, antes que plegar sus principios y confraternizar con alguien que, rico o poderoso, podía ayudarle en sus dificultades, pero que no era sinceramente católico en todos los aspectos y colocaba al César antes que al Papa.

Este ejemplo no es el único en la heroica vida del Padre d'Alzon. ¡Bravo! Sí, ¡bravo, a la memoria de nuestro Padre! ¡A aquella alma noble tan bien templada! ¡Ojalá todos sus hijos se le parezcan!

Ahí está realmente el espíritu caballeresco de la Asunción, que es el de "aquel sacerdote de alma altaiva, independiente, intrépida, *de un tan grande talante sacerdotal*"<sup>1</sup>.

### **Dignidad declinada**

Es muy probable que, de la conflagración general de su preciosa correspondencia, nuestro Padre no haya salvado una carta de Monseñor Affre, el arzobispo mártir de París. Me siento feliz de recuperar de entre mis notas del colegio un detalle que merece su lugar en este anecdotario. Desgraciadamente, no conservo la fecha de la carta, pero mis notas son de 1848, después de la gloriosa muerte del arzobispo. Por aquellas fechas será que el Padre puso bajo mis ojos la carta de la que he conservado el extracto siguiente:

"Señor y muy querido abate d'Alzon, apelo a su amor a la Iglesia, a su entrega a la causa del bien, para pedirle que acepte el puesto de Vicario general de París. Me sentiría feliz de tenerle a mi lado; me ayudaría a llevar la pesada carga del episcopado. Usted conoce París, donde ha estudiado; el recuerdo de su señor padre se conserva aquí fielmente; vuestro nombre, vuestros talentos y vuestra influencia garantizarían el éxito de vuestro ministerio, sobre todo entre cierta clase social y entre la juventud. Le ofrezco un vasto campo de acción; no será nunca demasiado amplio para vuestro celo..."

<sup>1</sup> Monseñor de Cabrières, *Discurso para el cincuentenario*. Las palabras en cursiva son de Lacordaire.

El Padre no aceptó; prefirió quedarse en Nimes. Vivió sin ambición; quiso seguir siendo humilde, él que tenía todas las posibilidades de subir alto y de "sentarse en un trono en una Iglesia ilustre", como ha dicho tan acertadamente Monseñor Besson. Hizo muchos obispos; colocó en más de una cabeza la mitra de oro; la suya la cubrió con el capuchón del religioso. Sí, así es, pero su noble frente se halla aureolada por los rayos de la inmortalidad.

### **Fidelidad a los principios**

Nuestro ilustre Padre era fiel a sus principios políticos e inflexible sobre los principios religiosos, que eran los móviles de su conducta.

Para quienes le conocieron no existe ni la sombra de una duda de que hubiera aceptado y seguido la línea política trazada por León XIII. No sólo se hubiera sometido, sino que hubiera considerado como un deber defender, explicar y sostener el pensamiento del Soberano Pontífice. Su lealtad a la Santa Sede no era a medias o con reservas.

Su obediencia al Papa no conocía límites, lo mismo que su respeto por la cátedra apostólica. He aquí dos ejemplos:

En Roma había tratado mucho al Padre Ventura, de quien era tiernamente amado. Llegó el día en que el célebre teatino se opuso a Pío IX en cuestiones políticas y hubo de abandonar Roma. Vino a Francia; avisó al Padre d'Alzon de su paso por Nimes y de su próxima llegada al colegio de la Asunción. El Padre mandó prepararlo todo para recibirle, pero se retiró al castillo de Lavagnac, para no tener que acoger personalmente a un sacerdote que había osado oponerse al Papa, aunque fuera en temas que no atañen a la doctrina religiosa.

Uno de sus alumnos, párroco en una parroquia del Hérault, había debido recurrir a la Santa Sede por causa de ciertas dificultades. Llegado a Roma se topó con obstáculos planteados por la diplomacia del cardenal Antonelli, Secretario de Estado. Extrañado de tener que pelear contra la diplomacia en un asunto que estimaba puramente eclesiástico, el joven sacerdote se quejó en voz alta del cardenal. Escribió, a este propósito, una larga carta al Padre d'Alzon. Creyéndose tratado injustamente, describía la actuación del Secretario de Estado en un tono fuerte y desmedido. El Padre le respondió con una nota severa de la que destacamos este significativo aparte:

"No entro en tu manera de distinguir entre lo que llamas ámbito religioso y ámbito diplomático. Me atengo, por lo que me atañe, al ámbito del respeto absoluto que debemos al Papa. El Cardenal Antonelli es un ministro del Papa; eso es lo que yo considero. Si tienes la pretensión de tratar de poder a poder con el ministro del Papa a eso lo llamaría, dulcificando mucho los términos, una impertinencia. Y te dejo bien claro que si persistes en seguir ese camino, me alejaré de ti y abandonaré tu causa".

He ahí al auténtico Padre d'Alzon. A menudo le han acusado de inconstancia. Es cierto, la confianza que depositaba en ciertas personas, incluso en sus amigos más íntimos, variaba según que seguían o se apartaban de aquellos principios que para él eran inmutables. Vivió y murió fiel a su lealtad absoluta a la Iglesia y al Papa, sin restricciones, sin olvidar nunca que era un cordero ante Pedro, un discípulo, no un maestro; un hijo que obedece a la primera indicación de su Padre. Este es el espíritu católico que ha legado a sus hijos como la más hermosa herencia. ¡Bendito sea Dios! ¡En esto sobre todo somos fieles a nuestro Padre y maestro!

### **Historia de un anillo**

Monseñor Cart tenía un precioso anillo episcopal cuya piedra principal, un rubí, había sido sacado de la casulla de santo Tomás de Canterbury, que se conserva en Sens. El rubí, rodeado por un círculo de flores o de estrellas hechas de perlas y turquesas, está engarzado en el sello de una sortija de oro; alrededor del anillo, por el lado externo, hay escritas estas palabras en francés: *De la casulla de santo Tomás de Canterbury*.

Monseñor Cart legó este anillo, una cruz pectoral y su rosario, "a su querido vicario general". El Padre, siempre tan generoso, donó dos de tales objetos a sendos conventos; el anillo se lo regaló al abate de Cabrières.

Éste, no menos generoso que su Padre, lo regaló a las Damas de Besançon. Allí, ignoro cómo, pasó a ser propiedad de su capellán; pero tras su muerte fue reclamado por el abate de Cabrières, a instancias de un antiguo alumno que pensó que el anillo que llevaba el recuerdo de santo Tomás debía ser ofrecido al arzobispo de Westminster. El Padre d'Alzon estuvo de acuerdo.

En efecto, la reliquia fue confiada al Padre Picard, que debiendo viajar a Londres para tratar de algunos asuntos con las Religiosas de la Asunción, se la entregó a Monseñor Manning. El anillo se conserva en la capilla del palacio episcopal de Westminster, al lado de las reliquias de santo Tomás y de una mitra del gran pontífice mártir, llegada también de Sens.

### **Cuestión social**

El Padre d'Alzon tomaba la Sagrada Escritura como base de sus estudios sociales. Como lo hizo Bossuet, en su *Política sacada de la Sagrada Escritura*, gustaba de buscar en los libros inspirados, los principios fundamentales sobre los que debe reposar el orden social.

No poseo más que notas sueltas sobre algunas de sus explicaciones; es fácil sin embargo resumir sus puntos de vista, por ejemplo sobre la parábola de los viñadores del capítulo 20 de san Mateo. He aquí su modo de interpretarlo:

"Encontramos, decía, en esta parábola los elementos siguientes: los patronos y los obreros; el trabajo, las horas de trabajo, el salario y el contrato. Los derechos del obrero están definidos, lo mismo que los del patrón que ofrece un salario conveniente, reservándose el ir más lejos que la estricta justicia, según las circunstancias.

Al rayar el alba el patrón se va a la plaza pública donde los hombres esperan para ser contratados.

Naturalmente elige a los más robustos y se compromete a pagarles un denario al día; era un salario razonable. Los viñadores aceptan las condiciones; se van a la viña.

Probablemente se necesitaban más trabajadores y el patrón vuelve a buscar a otros hacia las nueve. Elige a algunos, pero como el día está avanzado no hace contrato alguno, no fija ningún salario y dice sencillamente: "Id y os daré lo que sea justo".

Vuelve a mediodía, y a las tres de la tarde; elige a algunos y les envía a su viña sin estipular nada.

Hacia las cinco de la tarde encuentra aún a algunos obreros que esperan. Movido a compasión al verlos les dice: "¿Qué esperáis aquí sin hacer nada?" - "Nadie nos ha contratado, no encontramos ocupación".

Es evidente que los mejores brazos habían sido contratados primero. Los de la hora undécima -una hora imprecisa que no era sino parte de una división legal del día- eran hombres más débiles, viejos y mal equipados. Sin embargo, también necesitaban comer, ellos y sus hijos, como los demás. El buen patrón los envía prometiéndoles lo que sea de justicia.

Las horas de trabajo comenzaban, pues, al romper el día y se prolongaban hasta las seis de la tarde, o la duodécima hora, teniendo en cuenta las horas de comida, el tiempo de ir al campo y del regreso al final de la jornada.

Cae la tarde; el intendente va a pagar a los trabajadores, dando a todos el mismo salario, siguiendo las instrucciones del patrón. Además llama primero a los últimos en llegar y les hace pasar antes que a los primeros, siguiendo las órdenes recibidas.

En esta circunstancia se da una situación que merece un tratamiento delicado, un respeto particular: los pobres, los débiles, los abandonados, que a su pesar no han podido realizar sino poco trabajo.

En esto encontramos aquella justicia cristiana mayor que la de los fariseos. La justicia estricta da a cada uno lo que se le debe estrictamente. Pero cuando la justicia se eleva al nivel de la perfección, como es el caso de Dios, mediante una mezcla de misericordia y de caridad, el patrón se hace amigo de los desempleados. Así a los primeros se les paga por el trabajo que han realizado y para el que habían sido contratados; los otros, los últimos sobre todo, que se habían remitido a la generosidad de un buen corazón, reciben la paga de un trabajo que no han podido realizar porque no han sido contratados sino a una hora avanzada del día, a pesar de haberse presentado en la plaza para encontrar trabajo.

Anotad lo siguiente: los de la tercera, sexta y novena horas, no están celosos ni se quejan del modo como los últimos son tratados. Los que fueron al rayar el alba murmuran injustamente; no porque no están bien pagados, sino porque les parece que a los otros se les ha pagado demasiado. ¡Como si tuvieran bajo su control los fondos del capitalista!

No consideran que sus pobres compañeros no tienen ni sus fuerzas ni su habilidad; y que sin embargo, tienen que vivir y hacer vivir a su familia, y que es bueno que la generosidad cristiana restablezca el equilibrio.

No ven, porque su ojo es malo. ¡Ahí tenéis a los socialistas reclamando la igualdad y murmurando contra quien realmente restablece la igualdad! No ven las cosas así. El patrón, muy justificadamente, le dice al que se hace portavoz, al orador de la banda: "Amigo mío, no te hago ninguna injusticia. Toma lo que te pertenece. ¿Es tu ojo malo porque yo soy bueno? ¿No tengo derecho a hacer lo que quiero con lo mío? Si hubiera doblado tu paga y si hubiera dado sólo la paga de una hora a los que no han trabajado sino una hora, ¿hubieras murmurado y reclamado en favor suyo?"

Patrones y obreros harían bien conociendo el Evangelio. Muchas cuestiones sociales, cuya solución desafía a los más grandes hombres de Estado, se volverían claras y fáciles de resolver si el Evangelio fuera bien comprendido y bien meditado. Los economistas hacen grandes teorías; escriben libros, elaboran tablas estadísticas; y sin embargo no avanzamos; los problemas permanecen oscuros. Van a buscar luces a todas partes menos allí donde Dios las ha puesto. San Mateo les enseñaría muchas cosas a quienes nos dirigen si consintieran solamente en leer a san Mateo".

La cuestión social de los obreros no era el mayor tema de actualidad en la época en que el Padre d'Alzon explicaba este Evangelio de esta manera; ¿no es interesante constatar con qué penetración percibía las tendencias populares?

Este comentario práctico está anotado en mi diario con fecha de mayo de 1847; se trataba de una conversación.

### **Monseñor Plantier**

En su magistral discurso pronunciado ante la estatua del Padre d'Alzon, en Nimes, Monseñor de Cabrières, nos dijo estas palabras:

"Monseñor Plantier y el Padre d'Alzon se mantenían cada uno en su esfera. Su entendimiento mutuo era tan perfecto que algunos han ido hasta afirmar que el celo del Monseñor de Nimes por las causas romanas le había sido comunicado, impuesto casi, por el carácter dominante de su Vicario general".

Si el Padre d'Alzon era dominante, Monseñor Plantier lo era tanto o más, y estaba menos que nadie dispuesto a aceptar "un celo comunicado, impuesto casi" por nadie, incluso un Vicario general. Sin ninguna duda, el Padre ejerció una gran influencia en su obispo; se trataba de la influencia de la oración, del ejemplo y también de la palabra oportuna, dicha en el momento oportuno. Añadió a ello una paciencia admirable en los momentos de sufrimiento; nunca hubo nada inadecuado en su manera de actuar, ya que su respeto por su superior era profundo y sincero.

A propósito de esto, citaré con precisión algunos hechos interesantes capaces por sí solos de proyectar una auténtica luz sobre el tema que nos ocupa:

Unos días después de la muerte de la señora d'Alzon, el Padre vino a Montpellier para asistir a la misa llamada de "salida", celebrada en la iglesia de San Roque por el abate Recluz, cura de dicha parroquia. Recuerdo que el Padre manifestó su descontento, y con razón, cuando vio que el cura apareció con casulla amarilla cuando la rúbrica prescribía el ornamento negro.

Después de la misa, de regreso a la casa donde había expirado la señora d'Alzon, estábamos en el salón, junto con el Padre, el abate Barnouin y yo. Nos dijo:

- ¿Sabéis que Monseñor Plantier me ha dicho lo siguiente?: "Ahora que su padre está solo, supongo que no seguirá de Vicario general".

A esa cortante observación respondí:

- Monseñor, no me hice sacerdote para mi padre y tampoco Su Excelencia me hizo Vicario general para él. Continuaré, pues, sirviendo a la Iglesia en el cargo que mi obispo ha tenido a bien confiarme, si así me lo permite.

En aquel momento la señora de Puységur entró en el salón y la conversación cambió de tema. Sin embargo, a partir de aquel día las relaciones entre el obispo y su Vicario general se tornaron cada vez más afectuosas; este afecto mutuo duró toda la vida.

Escuché de labios del Padre lo que voy a referir a continuación.

Estando un día solo con Pío IX -en Castelgandolfo, creo- vio sobre la mesa del Papa la fotografía de Monseñor Pie de Poitiers. Tenía en su breviario un retrato de Monseñor Plantier; se lo enseñó al Papa, rogando a Su Santidad que lo aceptara y lo pusiera al lado del de Monseñor Pie. El Papa dijo sonriendo:

- ¡Pero, si es un galicano!

- Es cierto, pero le sentará bien la compañía, bajo vuestra mirada.

El Papa aceptó el retrato y lo colocó al lado del obispo de Poitiers.

- Y ahora, Santo Padre, dijo el Padre d'Alzon envalentonado, dígnese decirme para mi obispo unas palabritas que pueda transmitirle de su parte.

- Ah, dijo Pío IX, ¿debo felicitarle por su galicanismo? ¡Vamos, dígame de parte mía que le bendigo y que le admiro por la elocuencia de sus escritos en defensa de la Iglesia!

Cuando Monseñor Plantier supo lo que el Papa había dicho y lo que había hecho aceptando su retrato, se emocionó hasta el fondo del alma.

He ahí los procedimientos del Padre d'Alzon para sacar de su galicanismo a un ilustre prelado y para dar a la Santa Sede un defensor intrépido, que se entregó por entero y sin restricciones, como todos sabemos, siguiendo las doctrinas ultramontanas. Él mismo explicó las razones de su cambio de actitud en una carta muy bella dirigida a Monseñor Maret.

He tenido gran cuidado aquí, como en todas las demás *Anécdotas*, de reproducir textualmente las palabras del Padre d'Alzon. Mi memoria es fiel; sin embargo recurro siempre a mis notas, tomadas en la época en que ocurrieron los hechos o cuando me han sido contados.

El señor obispo de Montpellier llevaba un diario en el que escribía, cada día, sus impresiones y sus recuerdos. Las páginas de ese diario contienen, lo sé, tesoros que Su Excelencia dará quizá un día a los Agustinos de la Asunción, que son sus hermanos y los míos. Que llegue pronto ese día, *quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies!* (porque atardece y el día ya ha declinado).

### Las almendras

El Padre se preocupaba muy poco de la comida. Era sobrio y frugal como un anacoreta; comía muy rápido, demasiado rápido para el bien de su salud, ya que el estado ordinario de su estómago no era bueno; sufría dolorosos calambres.

Era muy aficionado a aquella variedad de almendras de cáscara blanda que en el Mediodía llaman "almendras de damas". Se cosechaban muchas en sus dominios de El Vigán y Lavagnac. Más de una vez el pequeño Manuel, buscado en vano por todo el parque, era descubierto subido a algún almendro, comiendo almendras como las ardillas. Un viejo servidor del palacio de El Vigán contaba que no era difícil averiguar a qué árboles había estado subido el señorito Manuel, bastaba mirar la cantidad de cáscaras esparcidas por el suelo alrededor de los troncos, en la época de la cosecha. Esta pasión por las almendras no se extinguió nunca en el Padre; pero, pese a que era una pasión bastante inocente, representaba un punto flaco que sabía mortificar. En más de una ocasión pude constatarlo; sólo daré aquí un ejemplo:

Un día, en la época en que yo era capellán de la Providencia de Montpellier, me encontré con el Padre d'Alzon en la plaza de Canourgue. Salía de casa del abate Barre y bajaba hacia la catedral. Eran las nueve de la mañana.

- Padre, le dije, si está libre hoy vendrá a almorzar conmigo, ¿verdad?

- Hijo mío, temo que te haría esperar, tengo varias visitas que hacer.

- Le esperaré con gusto. ¿A qué hora?

- Hacia la una; declinaré toda invitación para poder ir a tu casa... Sin embargo, creo que sería mejor por esta vez.

Se le veía vacilante; entonces dije, seguro de ganar la partida:

- Padre, he recibido de Gignac una provisión de aquellas deliciosas almendras... ya sabe.

- ¡Ah!, en ese caso, espérame a las doce y media.

La victoria era mía; a las doce y media nos sentábamos a la mesa. Los diferentes platos vienen y van. Finalmente, ¡llegan las almendras!; una cesta llena del fruto es colocada en el centro de la mesa. Miro al Padre, que no alarga la mano a la cesta. Estábamos solos él y yo; entonces me dijo con sencillez:

- Mi querido hijo, déjame hacer. No tocaré las almendras, que me gustan con locura, lo sabes. Cuando me invitaste cedí a un viejo reflejo de gula, al que he cedido muchas veces en mi vida. Es hora de poner orden en esas fantasías de las que terminamos siendo esclavos; ¡seamos sus dueños!

Luego, riendo de buen grado, dijo:

- Haz que traigan el café y no olvides el vasito de *Gloria*.

Temía haberme dado una idea demasiado elevada de su espíritu de mortificación. Certifico que ni el café ni el coñac borraron en mi espíritu la lección de franca y delicada mortificación que el Padre acababa de darme. Queda demostrado en este momento, que tras más de cuarenta años, no lo he olvidado.

Estos detalles, como se ve, son íntimos. No por ello dejan de ser interesantes. Y, pese a que al contarlos me veo en la inevitable necesidad de ponerme en el proscenio -lo que desearía sin embargo evitar- no es razón para ocultar estos admirables rasgos que nos permiten penetrar en el corazón mismo de nuestro amado Padre.

### **Admirable sencillez**

El Padre d'Alzon había nacido para mandar; su lugar estaba siempre en la cabecera. Era vivaz, entusiasta, naturalmente imperativo y decidido. La inclinación de su carácter le llevaba a ser brusco, incluso tajante cuando se le contradecía. Por virtud, había llegado a ser completamente dueño de sí mismo, pese a que tenía a veces salidas impetuosas que reprimía inmediatamente.

Mil rasgos de su vida hacen resaltar su sencillez de niño, tan admirable como sorprendente en un hombre así. Citaremos dos:

Había escrito un largo memorandum contra un prelado que no viene al caso nombrar aquí. Era una denuncia aplastante que iba a enviar a Roma, pero había resuelto con toda lealtad enviar copia previamente al interesado mismo; el Padre estaba satisfecho con su trabajo: lo había escrito bajo el impulso de su entrega absoluta al Papa, para parar y paralizar una mala influencia.

Iba a mandarlo cuando llegaron a su habitación tres visitantes: dos Padres dominicos y el abate G..., antiguo alumno suyo.

- Llegáis en el mejor momento, dijo el Padre al recibirlos. Os voy a leer un memorandum que envío a monseñor N...

Lo leyó, era una terrible acta de acusación; las palabras que la componían parecían perforar como flechas. Terminada la lectura, uno de los dominicos dijo:

- Pienso, lo confieso, que este memorandum, tal como suena, hará más daño que bien. En lugar de irritar, ¿no sería mejor intentar primero con el lenguaje de la dulzura? Todo cuanto dice es cierto, no es nada exagerado, aunque expresado con términos muy acerados. Pero quizá lo ha escrito usted bajo la impresión de un sentimiento personal contrariado, tras haber sido tratado injustamente por ese prelado, como resulta evidente que así ha sido.

Las palabras del Padre dominico recibieron aprobación.

- Tenéis razón, dijo el Padre, os lo agradezco, pues vuestro parecer me parece cuerdo.

Y sin perder un minuto, desgarró el famoso memorandum y en vez de enviarlo al correo lo mandó a la papelería en mil pedazos.

En otra ocasión, el Padre vino a Montpellier expresamente para quejarse a un joven sacerdote de gran talento -después llegó a ser un prelado distinguido- de su conducta y de sus palabras en un asunto que atañía a la Santa Sede. Dicho sacerdote, al parecer deslumbrado en algún momento por ciertas promesas o descarriado por pérfidos consejeros, se había alineado del lado de los partidarios del César. Incluso había criticado públicamente

la conducta del clero de Nimes, "arrastrado, había dicho, por el entusiasmo del señor d'Alzon" en la cuestión romana.

Al llegar a Montpellier, el Padre fue primero a casa de un antiguo alumno para descansar unos minutos. Le contó el objeto de su visita.

- Padre, le dijo su antiguo alumno, no se le ocurra; en el estado de irritación en que se encuentran los ánimos, su visita al abate N... causaría más daño que bien.

El Padre se dejó convencer; luego, con su mejor humor dijo:

- ¡Y sin embargo había venido de Nimes solamente para mostrarle al abate N... todo el daño que su comportamiento causa al Papa! ¿He de volver a Nimes sin haberle dicho nada?

- Sí, Padre, al menos por esta vez.

- ¡Entonces vente conmigo hasta la estación!, querido amigo; charlaremos mientras esperamos el primer tren para Nimes.

"El justo que camina en la sencillez dejará tras de sí hijos que serán felices" (Proverbios 20,7). Este no sería probablemente el texto que elegiría un panegirista del Padre d'Alzon. Los que le han conocido íntimamente saben sin embargo que actuaba con el corazón en la mano, con Dios y con los hombres, con sencillez; por eso ha tenido éxito en sus empresas. La fecundidad, en las cosas de Dios, es proporcional a la sencillez.

### **Tres hombres, tres sacerdotes, tres santos**

Entre las gracias que plugo a Dios concederme, coloco entre las más preciosas, la de haber estado en relación con tres hombres fuera de serie: el venerable Juan María Vianney, cura de Ars; Don Juan Bosco y el Padre Manuel d'Alzon.

Relaciono estas tres figuras contemporáneas para compararlas. Estos tres sacerdotes trabajaron por el mismo objetivo, de modo diferente, en diversos campos de la Iglesia de Jesucristo. No intentaron encontrarse en la tierra; cada cual realizó valientemente su obra; cayó luego en el surco en el momento señalado por el Dueño, que los reúne ahora en el reposo eterno.

El Cura de Ars, modelo de humildad, nunca abandonó su modesta parroquia; Don Bosco, ejemplo de dulzura, pasó su vida rodeado de niños; el Padre d'Alzon, cuyo temperamento lo constituía la audacia por el bien, lo ha osado todo, lo ha abrazado todo; ha lanzado hacia Oriente y hacia Occidente las aguerridas legiones de sus hijos.

Las multitudes han corrido a Ars para arracimarse en torno al humilde Juan Vianney; Don Bosco ha recorrido las ciudades y los campos para recoger a los niños y salvarlos; Manuel d'Alzon, con una fuerza y una actividad increíbles, ha extendido las olas de su caridad por los colegios, los alumnados y las misiones lejanas.

Estos hombres han dejado tras sí huellas profundas e imborrables. Son sin duda, y no los únicos, productos del siglo XIX, cuyos nombres venerados atravesarán gloriosamente de generación en generación. He querido reunir a estas tres hermosas personalidades que me ha sido dado estudiar de cerca, para compararlas y llegar a la conclusión de que, aunque diferentes en su expresión, nos presentan cada cual a su manera los rasgos singulares de lo que forma a un hombre, a un sacerdote, a un santo.

### **Corazón noble y generoso**

Un antiguo alumno del Padre d'Alzon, misionero apostólico en un país extranjero pero no de infieles, había realizado una gestión que le había disgustado profundamente. Estaba muy descontento y apenado. Por otra parte, tampoco era la primera vez que esto le acontecía.

Ahora bien, sucedió que poco después de tan enojosa circunstancia, el misionero hubo de venir a Nimes. Escribió, pues, al abate de Cabrières, su camarada y amigo, para anunciarle el día y la hora de su llegada. Pero ignoraba absolutamente cuán irritado estaba el Padre contra él; ni siquiera lo sospechaba.

El abate de Cabrières, a quien encontró al salir de la estación, le dijo tras el primer abrazo:

- Escucha. He venido para avisarte. El Padre d'Alzon está enfadado contigo; esta vez le has ofendido seriamente; ha prometido hablarte severamente en la primera ocasión. Sabe que llegas; prepárate para una recepción fría; acepta la humillación y todo se arreglará.

Tras un largo viaje, recibir una comunicación semejante resultaba más que desagradable, justo en el momento en que la idea de hospedarse en la Asunción le sonreía. Imposible eludir el chaparrón, a menos de no aparecer por el colegio, lo cual hubiera empeorado las cosas. Había que armarse de valor, no sin temblor, contando cada paso que conducía a la presencia del juez en verdad amado, pero temible en aquella hora.

Atravesada la avenida Feuchères; las calles Pradier y Servia quedan atrás. ¡He aquí la puerta de la Asunción! Esta vez se abre pronto, al primer toque de campanilla. Allí, en medio del gran patio, está de pie el Padre y a poca distancia los dos Padres Bailly y el Padre Pernet.

La parábola del hijo pródigo -aunque no se trataba exactamente de lo mismo- acude a la mente del pobre viajero, que sin embargo avanza esforzándose por parecer tranquilo. Pero he aquí que el Padre d'Alzon, apenas lo ha visto, se lanza hacia él con los brazos abiertos:

- ¡Oh!, hijo mío. ¡Ya estás aquí! ¡Qué alegría verte!

Y le abraza tiernamente. El abate de Cabrières, estupefacto, desconcertado ante tan calurosa acogida, se queda mudo de asombro. Sin embargo, él mismo enternecido, sonrío diciendo:

- ¡Padre, esto es una auténtica cobardía de su parte! ¡Después de todo lo que ha dicho, todavía lo recibe así! ¿Estos son los reproches que usted le hace?

- ¿Qué quieres que haga?, respondió el Padre. Me había preparado muy bien; pero luego, al verle, todo se ha derrumbado. No he sido capaz. El corazón ha podido más. ¿Me lo vas a reprochar?

No, claro está, el abate de Cabrières no se lo iba a reprochar; mucho menos quien cuenta esta hermosa escena. Los Agustinos de la Asunción para quienes la escribo tampoco se enfadarán con este tierno recuerdo de su Padre; al contrario, lo aprobarán llenos de admiración, de eso estoy seguro.

### Una noche de Navidad

Encuentro en mi *Diario* de antaño algo que me parece ser el resumen más que el texto completo de una exhortación. Debió ser en 1850, en la actual capilla de la Asunción, en la primera Misa de Medianoche celebrada en aquel querido santuario. Era mi último año de colegio. En el momento de la Comunión, tras haber recitado el *Domine, non sum dignus (Señor, no soy digno)* el Padre d'Alzon, manteniendo la Hostia encima del copón, llevado por un irresistible impulso de amor y de fe, nos dirigió estas encendidas palabras:

"¡Helo aquí, mis queridos niños, este Jesús de Nazaret, Hijo de Dios, Hijo de María la Virgen! ¡Helo aquí presente bajo las apariencias de este pan que es su cuerpo y que contiene su sangre, su alma y su divinidad! ¡Aquí está, lleno de vida; sus divinos ojos os miran; su corazón sagrado palpita de amor hacia vosotros! Decidle: "¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!" ¿No le oís que os responde en el fondo de vuestra alma: "Qué me pides que hagas por tí"?

Exclamemos: "Señor, no te pedimos que nos ames, eso es ya un hecho; lo has probado derramando por nosotros tu preciosa sangre; lo pruebas además de un modo sensible entregándote a nosotros en la Comunión. Pero, ¡Señor, Salvador, Amigo!, ¡concédenos poderte amar! ¡Dilata nuestro corazón para llenarlo de tí! ¡Sé el comienzo, la prolongación y la consumación de todo en nosotros!" .

¡Ah, queridos niños! ¡Qué inefable misterio contemplamos aquí! ¡En un instante, el Verbo encarnado, el sacerdote que ofrece el sacrificio y vosotros que váis a comulgar, no seremos más que una sola cosa! La vida de Cristo, Hijo de Dios, será nuestra vida; su respiración será nuestra respiración; los latidos de su corazón regularán los latidos del nuestro.

Venid, acercaos, uníos a vuestro Dios. Durante vuestra acción de gracias, decid y repetid esta oración de la Iglesia en la liturgia de la misa: "*A te nunquam separari permittas!* ¡No permitas que me separe de tí!".

¡Quién pudiera describir el ademán del Padre y transmitir el acento penetrante de su voz!

Al hojear mis recuerdos personales, me doy cuenta de que he anotado muchos más sermones, instrucciones y exhortaciones del Padre de lo que creía; porque, durante los largos años de un ministerio laborioso, estos recuerdos han sido para mí un libro sellado, cuyos sellos nunca había roto. Me parece imposible publicarlos como anécdotas. Quizá un día, si Dios quiere, confeccione un libro aparte.

He anotado exclusivamente lo que he escuchado yo mismo.

Monseñor de Montpellier, a quien el Padre colocaba a menudo en un lugar destacado en San Carlos, en Santa Perpetua o en la catedral, para que tomase notas mientras él predicaba, debe tener documentos preciosos.

Espero que haya guardado el elocuente panegírico de las santas Perpetua y Felicidad, al que asistimos juntos en la vieja iglesia, en tiempos de don Goubier, su párroco. Tengo el resumen; Monseñor de Cabrières debe tener el texto completo, que me dejó leer tras haberlo redactado en papel de gran formato.

### Presentimiento

En una sencilla nota, sin fecha, el Padre me escribía:

"Mi querido amigo, dile a Monseñor Manning que he creído mi deber presentar la dimisión como Vicario general; es lo que acabo de hacer. Me voy a consagrar enteramente a mi Congregación. Tendré que asumir, pienso, la defensa de las Congregaciones religiosas en Roma, frente a la tendencia de ciertos obispos que temen lo que ellos llaman invadir sus atribuciones y quisieran verlas suprimidas o fusionadas bajo una regla común.

Créeme que si Dios quiere la existencia de Congregaciones diversas, sabrá, mediante acontecimientos imprevistos y que sólo él conduce, llevar a los mismos obispos a defender valientemente, contra los enemigos futuros, a estas mismas Congregaciones de las que les gustaría quizá deshacerse. Quien conduce a la Iglesia es Dios...".

Estas palabras, escritas antes de las leyes que expulsaban a los religiosos, son dignas de retener nuestra atención. Los acontecimientos las han confirmado plenamente.

### Charanga de la Asunción

Vuelvo sobre un hecho ya mencionado, con el fin de resaltar la cordura y la severidad del Padre d'Alzon. Tenía el mejor de los corazones: afectuoso, abierto y generoso. Sin embargo, era severo, incluso terrible cuando se trataba de reprimir una falta contra la disciplina, una falta de respeto a un profesor, o sobre todo una falta contra el honor. He aquí un ejemplo:

La vieja Asunción tenía una banda militar en la sección llamada de *los mayores*. No quiero omitir que, de entre los mejores músicos, el mejor era el abate Charles Laurent. Como instrumento se había elegido el fígle alto, de los que lograba sonidos poderosos como el rugido del león, dotado como estaba de potentes pulmones y labios vigorosos. Incluso salía de paseo, ocultando su sotana en medio de los músicos y su tricornio detrás de los fígles, pero los niños gritaban:

- Mira, ¡llevan un cura!

Sucedió que un día, aciago en grado superlativo, los artistas de la banda -el abate Charles Laurent no estaba con ellos, por supuesto- fueron acusados de un acto de bajeza, de inconveniencia, incluso de insulto hacia un profesor. Inútil decir en qué consistió el hecho. He de afirmar, sin embargo, que los encausados no tuvieron ninguna mala intención, pese a que las circunstancias se pusieron desgraciadamente en su contra. Los hechos sucedieron en 1849; declaro aún hoy, en 1894, que no éramos culpables.

Sin embargo, la justificación era difícil y terminó haciéndose imposible; había que agachar las orejas y enfrentar la tormenta.

El Padre, tras un discurso de la más aplastante severidad, decretó la disolución de la charanga y condenó a los desventurados músicos a ver sus nombres en tinta roja en el tablero del recibidor. Además, privación de la próxima salida mensual.

Todo se daba menos la culpabilidad; éramos víctimas de un desafortunado error judicial, pero nada faltó al castigo. Fue completo. Sin embargo, nada fue tan profundamente lamentado como el pensamiento de haber apenado al Padre d'Alzon. El resto era poca cosa en comparación; este pensamiento resultaba insoportable al corazón de los alumnos.

Decidimos ir a ver al Padre d'Alzon para decirle francamente que se aceptaba de buena gana el castigo pero se le suplicaba devolver su afecto a los que le pedían perdón por haber, *a su pesar*, afligido su corazón. Este *a su pesar* lo estropeó todo.

El alumno H.-D. G..., encargado de ser el portavoz, cometió la malhadada imprudencia de insertarlo en su discursito y la jornada fue un desastre.

La delegación encontró al Padre sentado en la biblioteca de los profesores. No se levantó; se incorporó en su sillón, ojo llameante: signos precursores de una tormenta formidable. Viendo esto, el orador perdió la compostura, empezó a tartamudear, finalmente como pudo llegó a su *a su pesar*. El efecto fue rápido como el rayo:

-¿*A su pesar?* dijo el Padre, interrumpiéndole, ¿*a su pesar*, osas decir? ¡Mira a estos inocentes que primero pegan y luego vienen diciendo que sólo querían acariciar! Señores, vuestra conducta ha sido de lo más desafortunada; habéis faltado al respeto, a la caridad, al honor. ¡En el discurso, mal preparado, que acabo de escuchar, hay casi tantas expresiones inexactas como antaño notas falsas en vuestra música! ¡Id!, no es con palabras, sobre todo mal redactadas, como vais a reparar, sino con una conducta en adelante ejemplar. ¡Salid!

Cada palabra penetraba en el alma como un dardo. ¡Qué desastre! Nos retiramos las orejas gachas y derretido el corazón.

¡Pues bien! el Padre terminó haciéndonos olvidar su severidad y dándonos muestras del más delicado afecto.

Siguió sin embargo convencido de la culpabilidad de los acusados hasta 1859. Durante ese año, encontrándose en Montpellier en casa del infortunado abogado de la charanga, ahora sacerdote, abrió sus oídos a las explicaciones esta vez más lúcidas y más calmadas. Se rindió a la evidencia exclamando:

- ¿Por qué no me lo expusiste así la primera vez? ¿Qué pretendías con aquel *a su pesar*? En fin, más vale tarde que nunca.

### En torno a un cántaro

Le escuché al Padre en persona el siguiente relato de costumbres.

En Lavagnac, cerca de la granja, había un viejo establo que había sido acondicionado, blanqueado con cal y luego llenado de paja para que sirviera de refugio por las noches a los pobres mendigos.

El Padre tuvo un día la curiosidad de observar sin ser visto la conducta de aquellos pobres durante la comida que les servían. Ahora bien, sucedió aquel día que los pobres (sólo hombres, ya que las mujeres tenían un refugio separado), habían encontrado entre la paja un cántaro de barro, olvidado sin duda por algún viajero. El que lo había visto primero lo reclamaba; el que lo había recogido defendía que era suyo. Se armó una gran disputa; se llegó a los puños; luego, en un momento de calma, el más viejo de la banda expuso que, habiendo sido encontrado el jarro en un lugar común, pertenecía a todos y había que repartirlo. ¿Repartir un cántaro, cómo hacerlo? Se puso a votación; los votos se inclinaron por el reparto. El cántaro colocado en el centro de los pretendientes fue roto a bastonazos y todo el que quiso pudo quedarse con algún trozo. Así se restableció la concordia.

- He ahí, decía el Padre, una regla de sociedad que da que pensar, como la de *la ostra y los litigantes*.

### Navegante audaz

Durante una estación de Cuaresma que predicaba yo en la diócesis de Nimes, en Sommières, el señor canónigo Rédier, antiguo secretario general del obispado, me enseñó una carta de Monseñor Cart, fechada en Toulouse, en la que se encontraban estas palabras:

"El abate d'Alzon acaba de escribirme desde Lavagnac diciéndome que se aburre de no hacer nada, que va a volver a Nimes para poner por obra ciertos proyectos que ha meditado durante su reposo. ¡Querido amigo, recemos a Dios! Nos va a llegar con alguna nueva obra que fundar, se va a lanzar a ello con su fogosidad de siempre; se nos acabó la tranquilidad para mucho tiempo; lo va a remover todo".

Monseñor de Cabrières, en su magnífico discurso para las fiestas del cincuentenario de la Asunción, ha pintado con tanto acierto el carácter del obispo y el de su Vicario general, que voy a citar un párrafo notable:

"Monseñor Cart... había adquirido por virtud ciertos hábitos de suavidad y moderación que contrastaban con la vivacidad impetuosa y la ardorosa temeridad de su joven Vicario general. Ambos querían el bien, pero no siempre lo buscaban por los mismos caminos; así, a veces, como un corcel impaciente por devorar el espacio y babeando bajo la mano que lo conduce, Manuel d'Alzon se quejaba de las riendas, ligeras y flojas sin embargo, mediante las que el obispo trataba de retenerlo y calmarlo".

Está admirablemente expresado. Monseñor de Cabrières tiene mucho de Monseñor Cart; en expresión del Padre Edmond, es un *dulcissimus Emmanuelis filius*. Sin embargo, el ardor del Padre d'Alzon no era ni efervescente, ni temerario, ni irreflexivo. Con riendas sueltas o con riendas tirantes, no dejaba de devorar el

espacio, pero sólo cuando veía un bien que hacer o una meta que alcanzar para conseguirlo. Monseñor Cart tenía la suavidad de un san Francisco de Sales; a menudo era demasiado tímido. El Vicario general tenía, por fortuna, fuego y audacia, ¡y bendito sea Dios! Los amigos bien intencionados pero timoratos ¡no consiguieron moderar su empuje, ni extinguir su ardor! Si hubiera seguido los consejos de ciertas personas buenas, abnegadas, pero temerosas, no tendríamos ni a los Agustinos de la Asunción, ni a las Oblatas, ni a las Hermanitas, ni los Alumnados, ni tantas otras instituciones cuyos orígenes han sido tachados de temeridad e incluso de locura. El Padre había lanzado su barquichuela sobre las olas agitadas por vientos contrarios. No lo había hecho sin meditar seriamente, sin consultar la voluntad de Dios, estrella que siempre guió sus movimientos. Pero una vez convencido de que había que navegar mar adentro, saltaba valientemente sobre las olas, manteniendo la proa enfilada hacia la meta; sólo se detenía cuando el vigía a bordo gritaba "¡tierra!, ¡tierra!". ¡Sentía entonces que había acostado en el muelle!

### Hijo pródigo

El señor abate de Chareire, de la diócesis de Mende, había venido a pasar unos días en la Asunción con el Padre que era su amigo.

Le pidieron que predicara a los alumnos un sábado después de las letanías. Aceptada la propuesta, el tema del sermón fue la parábola del Hijo pródigo.

El tema fue admirablemente expuesto, con sencillez de estilo y sobre todo con emoción. Era como si el relato evangélico fuera actualizado en un drama moderno. Los personajes eran los mismos, pero al hacerlos actuar y hablar, el orador parecía tener en mente a ciertas personas conocidas suyas. La partida, la permanencia y el regreso estaban conformes con el relato inspirado de san Lucas; y sin embargo, muchos detalles se parecían curiosamente a escenas sacadas de la sociedad del siglo XIX.

El discurso resultó interesante en grado sumo; se habló de ello entre los alumnos de todos los cursos. El Padre d'Alzon lo había escuchado desde el coro del órgano.

Al sábado siguiente, hubo intercambio de roles; el abate de Chareire estaba arriba, el Padre abajo: el primero escuchaba, el otro predicaba.

Los alumnos esperaban que se aludiera al sermón del Hijo pródigo. No iban descaminados.

"El pasado sábado, dijo el Padre, escuchasteis un discurso que nos interesó a todos profundamente. Sin embargo, tras haber buscado durante ocho días me parece que no habéis dado con la clave para comprender ciertas alusiones que os han intrigado. Os daré la clave. Pido para ello permiso al abate de Chareire, que está allá arriba en el coro, donde estaba yo mientras él predicaba.

Escuchadme: El pródigo que os pintó tan vivamente, abandonó la casa paterna sin pedir su parte de la herencia. Su madre aún vivía y el padre no era hombre de dividir su hacienda antes de tiempo. Tomó sin embargo una suma bastante considerable, que sacó en parte de la madre y de una o dos tías. Así pertrechado se fue *in regionem longinquam* (a una región lejana), hablando en sentido moral; porque de hecho, no fue más allá de París. Para él no hubo ni granja, ni cerdos, ni bellotas.

No obstante, el pobre hijo estaba muy lejos, muy lejos de Dios y de su fe. Su madre y su padre rezaban y hacían rezar por él.

Un día, como por distracción, entró en una iglesia. Algo le impresionó; quedó transformado; se trataba del *in se reversus* (volvió en sí mismo), seguido del *surgam!* (¡me levantaré!). Se levantó, efectivamente; y para ponerse bien en pie, se fue al confesonario, donde con mano vigorosa lavó toda su ropa sucia. Salió limpio, fresco y presentable a los ojos de Dios como a los de los suyos.

Volvió donde su padre, con gran alegría para todos; no mataron el ternero cebado, ya que el día en que llamó a la puerta daba la casualidad que era viernes, me lo han asegurado. No hizo falta vestirlo con un traje de fiesta; su alma estaba vestida de blanco por la absolución recibida tras un sincero arrepentimiento; su cuerpo no necesitaba sedas ni bordados, ya que tomó la resolución de vestir la sotana, lo que hizo efectivamente poco después.

En cuanto al calzado, eligió zapatos de hebilla; en cuanto al anillo, trataron una vez pero en vano de ponerle el anillo episcopal, siempre lo ha rechazado.

He aquí el resumen del sermón; para tener la clave, ahora, mirad allá arriba hacia aquel digno sacerdote, el señor abate de Chareire; él es el pródigo, cuyo retrato os ha trazado con mano maestra".

### Mirada de águila

El Padre d'Alzon tenía unos ojos muy bonitos: de un castaño casi negro, vivos y penetrantes, pequeños sin exageración y ligeramente hundidos. Dicen de León XIII que su ojo fija y penetra; cuando se le habla parece sondear hasta los pliegues más profundos del alma; si os dirige la palabra, os fascina y os mantiene bajo un encanto irresistible. Estos rasgos se aplican sin exageración al Padre d'Alzon. Cuando predicaba, sobre todo cuando se animaba, se los veía saltar como relámpagos; cuando había de dirigir algún reproche severo, el destinatario se sentía atravesado de parte a parte. En conversación, parecía adivinar con la mirada todo lo que tu pensamiento encerraba; ejercía así una influencia prodigiosa en las almas y en los corazones. Bajo el fuego de aquellos ojos uno se sentía subyugado, vencido, reducido a la impotencia; le pertenecías, era dueño de ti, uno se sentía adivinado a fondo.

Se trataba realmente de aquella palabra del Evangelio que nos describe la mirada del divino Maestro. Cuando Simón le fue presentado, le contempló antes de hablar: *intuitus autem eum Iesus (fijando su mirada en él)* (Juan 1, 42). Cuando alguien le pregunta sinceramente qué debe hacer para conseguir la vida eterna, el Maestro le fija con su mirada, le adivina y le ama: *intuitus eum, dilexit eum (fijando en él su mirada, le amó)* (Marcos 10, 21). Y también en la memorable circunstancia de la caída de Pedro, nos recuerda la mirada de Jesús, rápida, pero de una fuerza tal que el alma del apóstol culpable queda atravesada: *et conversus Dominus respexit Petrum... et egressus foras Petrus flevit amare (y el Señor se volvió y miró a Pedro... y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente)* (Lucas 22, 61-62).

¿Qué pintor genial, y más que nada hombre de fe, nos mostrará un día el rostro de Jesucristo con la auténtica expresión de sus ojos divinos en las escenas memorables que acabamos de evocar?

Los santos han sido dotados de un prodigioso poder en su mirada. Quienes hayan visto de cerca al venerable Cura de Ars y a Don Bosco no pueden haber olvidado la fuerza penetrante de los ojos del primero, ni la dulzura impresionante de los del fundador de los salesianos. La música hace experimentar emociones realmente indecibles, que la palabra articulada no es capaz de expresar ni suscitar; la mirada tiene un lenguaje más elocuente y más subyugador que el verbo. Los ojos del Padre d'Alzon, profundos y expresivos, parecían en ciertos momentos lanzar llamas; atravesaban a veces como una espada. Tenían la fuerza del imán, porque atraían tu alma hacia él; te influenciaban luego tan poderosamente, que su alma parecía pasar a la tuya. Su expresión habitual era la suma del reflejo de un espíritu superior unido al de un corazón que ama en grado superlativo.

### Libros prohibidos

Hablando de un hombre con criterio tan amplio para ver las cosas, puede parecer extraño decir que el Padre d'Alzon era severo en la elección de los libros de lectura e incluso estricto y escrupuloso.

Me pedía un informe detallado de mis lecturas. Se reservaba el derecho de darme los libros de lecturas especiales. Así, durante las vacaciones me prestaba un volumen de su hermosa edición de Bourdaloue y después me pedía un análisis oral de los sermones que me habían llamado la atención. Gradualmente me hizo leer las obras completas de ese gran predicador.

Todavía era yo alumno, cuando un día en Montpellier el Padre vino a sorprenderme en mi pequeña habitación. Vio sobre mi mesa *Los Mártires* de Chateaubriand:

- ¿Qué haces con ese libro?

- Voy a leerlo.

- ¿Quién te dio permiso?

- El abate O..., coadjutor de la parroquia, me lo ha prestado.

- ¿Tienes un poco de hilo?

- Aquí tiene.

Se puso entonces a amarrar un fajo de páginas y luego me dijo:

- Lee, pero salta las páginas que he marcado.

Se trataba del episodio de Veleda.

- Me pone usted Padre ante una terrible tentación. El interés de la narración, la curiosidad y pienso que también "el impulso de algún demonio", me pueden llevar a cortar el hilo y saltar la barrera. Prefiero devolver el libro sin leerlo.

- Es precisamente a donde yo quería llegar, mi querido amigo; devuelve ese libro. Ese sacerdote joven no debió prestártelo; puedes decírselo de mi parte.

Cuando ya era yo sacerdote, coadjutor o capellán, cada vez que el Padre venía a visitarme, examinaba mi biblioteca. Por cierto que un día, habiendo descubierto un magnífico Breviario *in totum*, encuadernado a lomo partido, en marroquinería de Oriente, color Lavallière<sup>1</sup>, con letras repujadas, que acababa de recibir de París, se entusiasmó con él. Me ofreció cambiármelo por el suyo: ¡un *Totum* de Malinas, mal encuadernado, mal rotulado, pesado y grueso, que para colmo había sido forrado por una religiosa con un forro negro de terciopelo, provisto de un broche!

Me dejó semejante adefesio y tomó sonriendo de gusto mi pequeña obra maestra de encuadernación. Desgraciadamente, poco después, en Nimes, vi mi Breviario en manos del abate B..., que había sabido hacérselo regalar. Todo esto queda lejos, muy lejos. No le guardo rencor a nadie, al Padre menos que a nadie.

He de mencionar que el célebre señor Martín d'Agde, cura de San Denis en Montpellier, a quien conté la aventura de mi Breviario, me suplicó que le regalara el libro que el Padre me había dejado a cambio.

- Le asignaré un sitio de honor en mi biblioteca, dijo. Un Breviario del que se haya servido el Padre d'Alzon es una reliquia.

Cedí el libro al señor Martín.

### Seamos ahorrativos

Al Padre le daban repentinos ataques de economía. Sólo se trataba de una breve crisis, muy breve. Ejemplos:

Cuando vino a Montpellier para presentar su candidatura al Consejo general, se alojó en primer lugar en el hotel Nevet. Era el epicentro de las reuniones de sus adversarios. Me mandó recado para que fuera a verlo. Cuando llegué me pidió que le hiciera un servicio:

- Mi vista se debilita; lo noto sobre todo cuando escribo. Te ruego que vayas y me consigas un par de anteojos.

Explicué el estado de sus ojos a un óptico experto y le compré los mejores cristales y la mejor montura. Cuando se los probó, se mostró plenamente satisfecho.

- ¿Cuánto has pagado por estos anteojos?

Si mal no recuerdo, creo que había pagado unos veinte o veinticinco francos.

- ¡Desventurado!, exclamó el Padre, ¿veinticinco francos por un par de gafas para mí? Vete inmediatamente y cámbialas por algo más barato.

- No haré tal; los vidrios son de primera calidad y la montura es de baquelita; es lo que necesita.

Aceptó por fin quedarse con ellas cuando le hube probado, bien o mal, que en esto no había nada contra la pobreza religiosa, ya que no había ni un tornillo de oro; sólo se trataba de plata vulgar y corriente, etc.

Algunos días más tarde el Padre almorzó en mi casa. Le comuniqué que una buena persona que había servido como criado en la granja de Lavagnac vendría a verle para pedirle un servicio.

- Padre, le dará usted cinco francos, es todo lo que desea.

- ¿Cinco francos? Le daré veinte céntimos, tengo que hacer grandes ahorros, no puedo darle más.

Después del almuerzo llegó el buen hombre y le dejé a solas con el Padre, que le recibió muy bien, como de costumbre. Cuando salía le dije:

- Le ha dado algo, estoy seguro. Quizá no tanto como esperaba, porque tiene grandes gastos en estos momentos.

El buen hombre abrió la mano sonriendo. ¡Tenía un hermoso y brillante luis de oro de veinte francos!

¡El Padre sabía colocar sus fondos en un banco que no teme las quiebras ni las revoluciones; habrá encontrado allá arriba el capital con sus intereses acumulados y con las bendiciones de cuantos disfrutaron de su liberalidad!

<sup>1</sup> *Lavallière*: color de hoja seca; el marroquín o cuero lavallière se emplea en la encuadernación de libros valiosos (nota del traductor).

### **Angeles adoradores**

He oído contar cierta historia que me permito la osadía de insertar aquí. Sin embargo, hay que tomarla por el buen lado, sonriendo y viendo en ella el buen talante que el Padre ponía en ello, y el excelente humor con que la broma era acogida.

En la iglesia de cierta parroquia de la diócesis de Nimes había, y probablemente hay todavía, dos ángeles adoradores colocados en el altar mayor, a ambos lados del sagrario. He aquí su respectiva postura: el de la derecha, de rodillas, las manos juntas, inclina la cabeza hacia la derecha y mira hacia lo alto de un modo particular. El otro, también de rodillas, se inclina, mira hacia abajo, parece dejar caer los brazos, que mantiene abiertos con las manos extendidas.

El buen párroco de entonces -ya hace de eso mucho tiempo- preguntó un día al Padre qué podían significar tales ademanes. El Padre respondió sin titubeos:

- Es muy sencillo: el de la derecha mira hacia arriba y sacude sus manos juntas diciendo: "¡Dios mío, qué t... es nuestro párroco!". El de la izquierda responde inclinándose, con los brazos abiertos y con aire desesperado y resignado: "¿Y qué que quieres que haga yo?".

Pido a los lectores que se rían como lo hicieron el Padre y el buen párroco; dos buenos y fieles amigos que se querían lo suficiente para poder bromear así entre ellos.

### **¡Sólo Dios!**

Al enterarme por el abate de Cabrières de la muerte de la señora de Puysegur, le escribí al Padre. Me respondió:

"Mi querido amigo, tu carta me ha hecho auténtico bien. Tienes razón, hemos de estar unidos en las alegrías y sobre todo en las penas, nosotros sacerdotes que tenemos el consuelo de subir al altar por los vivos y por los difuntos.

¡Que Dios me conceda una santa muerte como la de los míos a quienes he cerrado los ojos! A medida que el vacío se agranda a mi alrededor, me uno más firmemente a Nuestro Señor y a las obras que se ha dignado confiarme. Amigo mío, sólo él permanece el mismo cerca de nosotros en el tiempo; no varía ni en presencia ni en amor. Permanezcámosle fieles para encontrarle y no abandonarle ya nunca más en la eternidad, donde será nuestra recompensa y nuestra alegría. *¡Oh, sursum corda!*

Me das muchas ganas de ir a verte a Inglaterra. Dios te ha tratado como a un niño mimado llamándote a trabajar en un país en que hay tanto bien que hacer. ¡Aquí, vemos formarse tormentas en el horizonte; se avecinan grandes sufrimientos, pero Dios y su Iglesia están ahí!

Adiós, querido amigo, escíbeme a menudo y puedes estar seguro de mi inalterable afecto en Nuestro Señor".

Esta carta no lleva fecha; sólo se lee como encabezamiento: "Lavagnac, jueves".

### **Cruz de honor**

El Padre d'Alzon no rechazó la cruz de la Legión de Honor; la evitó. He aquí el modo:

Cuando Luis-Napoleón, por entonces príncipe presidente, vino a Nimes, en 1852, colocó la primera piedra de la iglesia de Santa Perpetua. Había decidido aprovechar la ocasión para condecorar al abate d'Alzon y al párroco de la parroquia, don Goubier. El Padre habiéndose enterado, abandonó la ciudad la antevíspera del día de la ceremonia y volvió después de la partida del príncipe. Era entonces miembro del Consejo Superior de la Instrucción Pública; pero muy pronto un decreto borró su nombre de la lista del areópago universitario.

Pocos días antes del decreto, el cardenal Matthieu, arzobispo de Besançon, escribiéndole para pedirle un favor, terminaba su carta con esta frase: "Con todo lo cardenal que soy, ya ve que me presento ante usted sin ropaje alguno; ¡usted es quien tiene el cetro universitario!". Esta carta del cardenal es una de las pocas que escaparon de la pira en la que el Padre inmoló toda su preciosa correspondencia, al mismo tiempo que las voluminosas notas cuya pérdida es, por desgracia, irreparable.

### **Conversación íntima**

En 1858, era yo coadjutor en la catedral de Montpellier. El Padre d'Alzon vino un día a darme una sorpresa. Siempre era bienvenido, por supuesto.

Encuentro en mi diario el relato de la conversación que allí tuvo lugar entre el Padre y yo. He vacilado antes de darla a *Souvenirs* debido a su carácter íntimo. Pero al fin y al cabo escribo para hermanos; ¿por qué dudar en decir, en la intimidad de la familia, cosas que no desvelaría delante de extraños? Experimento una fuerte repugnancia en ponerme en evidencia, pero ¿cómo evitarlo cuando he de contar recuerdos personales? ¿Quién más puede contar lo que sólo yo sé? Entremos, pues, valientemente en materia:

Al entrar en mi habitación, el Padre me encontró ocupado leyendo un libro.

- ¿Qué libro es éste?, me dijo.

- *La mística* de Görres.

- ¿Qué buscas en ese libro?

- Evidentemente, el arte del discernimiento de espíritus, ya que este libro trata del espiritualismo y de las manifestaciones diabólicas.

- Eres un gran original.

- No es extraño, ya que tengo el honor de ser su discípulo.

- Tienes el don de la impertinencia.

- Usted, Padre, me ha dicho algunas veces que tengo el espíritu de la Asunción.

En esto nos dio un ataque de risa; la conversación quedó suspendida para dar lugar a la hilaridad más sincera.

- Siempre quieres tener la última palabra, me dijo el Padre. Muy bien, quédate con ella, te la cedo. He venido para pedirte un servicio. Enséñame a rezar el Rosario.

- ¿A usted?

- Sí, a mí. Tienes un método que quiero adoptar. Escríbeme la fórmula en un trozo de papel y enséñame la manera de servirme de ella.

El método, hoy muy conocido, lo había aprendido del Padre Corail y consiste en intercalar la mención del misterio correspondiente en el *Ave María*. Por ejemplo, para el primer misterio gozoso, se dice: *Ave María... benedictus fructus ventris tui Iesus, quem virgo concepisti... Sancta Maria... (Dios te salve, María... bendito es el fruto de tu vientre, Jesús, a quien siendo virgen concebiste... Santa María...)*. Todo el mundo lo sabe hoy día.

### Carta misteriosa

Mientras era alumno de la Asunción, leía yo un día, a la sombra de una morera del gran patio, una carta cuya lectura me absorbía. El Padre d'Alzon pasó cerca de mí. Al primer vistazo reconoció la escritura; se paró de repente.

- Conozco esa letra de lejos, dijo, ¿de dónde viene ese papel?

Era una carta del famoso abate de Lamennais, de fecha muy reciente. No me estaba dirigida, me había sido comunicada; como aquella tenía varias más. ¿De dónde me venía aquella comunicación? No he de decirlo aquí.

El Padre entró en su despacho sin añadir una palabra. Observé sin embargo que parecía preocupado. En efecto, aquella misma tarde, durante el tiempo de estudio, me mandó llamar.

- La carta que estabas leyendo, me dijo, es del abate de Lamennais. ¿Te estaba dirigida?

- No.

- ¿Quién te la ha dado a leer?

- No lo puedo decir, he empeñado mi palabra.

- En ese caso no insistiré. ¿Has visto otras cartas?

- Sí, varias.

- ¿Las tienes?

- No, pero me han autorizado a copiar algunos pasajes.

- ¿Tendrás inconveniente en mostrarme esos extractos?

- Creo poder dejarle leer la carta que ha visto entre mis manos. Sólo deseo que la comunicación sea confidencial.

- Te lo prometo. Has de saber, sin embargo, que creo saber de dónde te han llegado esas cartas.

En 1894 -ya puedo hablar de ello sin indiscreción- la carta (la última que me fue dado leer) reprochaba a su corresponsal el haber puesto su confianza incluso en un amigo. Decía: "Cuando se es joven, se experimenta la

tentación de la confidencia; gusta volcar el propio corazón en el de otro. ¡Pero qué raro es encontrar un amigo fiel! Cuando la juventud ha visto refluir la última ola, uno se encuentra a menudo solo sobre la arena húmeda. En medio de la multitud entre la que mi vida se ha agitado, he aprendido a mantenerme en guardia frente a todos. Esta desconfianza ha sido penosa, pero las decepciones la han sembrado en mi alma...". También se leía esta frase notable: "Me preguntas si soy el autor de un panfleto titulado: *¡No más Tiara!* No, no lo soy. No lo leas; no, no lo leas". Cuando apareció el escrito anónimo, todo el mundo lo atribuyó al señor de Lamennais.

Ante esta última frase dijo el Padre:

- No, el señor de Lamennais no ha escrito tal panfleto. ¿Lo has leído?
- No.
- ¿Sabes quién es el autor?
- No.
- Prométeme no hablar de estas cartas en el colegio.
- Se lo prometo.

El señor de Lamennais conocía al autor del panfleto. Lo sé por el propio autor; publicó aquel escrito en un momento en que el fuego de la juventud le había conducido lejos de la Iglesia. Volvió hacia la Madre con el arrepentimiento en el alma; consagró los años de su madurez y de su vejez a la defensa y glorificación del Papado. Cuantos han tenido la fortuna de conocerlo han visto en él al tipo del católico ferviente, entregado en todo al Padre d'Alzon y a la Asunción. Original, lleno de buen humor y de verba, su silueta sigue viva en más de una generación de Asuncionistas. Se trataba del querido y venerado señor Allemand, cuyos restos descansan en el cementerio de San Baudilio, en la tumba que habíamos construido a medias, para depositar en ella a los que nos eran más queridos.

Encontrarán entre los papeles del Padre Alexis el original del Breve pontificio, solicitado por el señor Allemand, concediéndole con paternal perdón la bendición apostólica de Pío IX.

Durante los últimos años de su vida, este venerable amigo me escribía a menudo. Más de una vez me manifestó el deseo de que su error fuera divulgado, para que el ejemplo de su retorno sincero y leal sirviera de ejemplo a otros. La reparación ha sido prolongada y generosa; lo sabemos, nosotros a quienes tanto ha edificado.

En otra serie de *Anécdotas* habré de hablar ampliamente del Padre Ventura, dando detalles sobre sus relaciones con el Padre d'Alzon, lo que me obligará a volver sobre el señor de Lamennais.

### Lección de etiqueta

En 1848, fue proclamada la República. La *Marsellesa* se añadió a los cilindros de los organillos callejeros, los bonetes rojos se pusieron de moda y más de una cabeza perdió uno o varios "círculos", como dicen en el Mediodía.

H. R..., de Clermont-l'Hérault, a quien llamábamos *le bon roi* (*el rey bueno*), alma simple y cándida como no hubo otra, se dejó llevar por la corriente general. Se imaginó, en su inocencia, que habiendo cambiado el Gobierno, las antiguas costumbres, así como la vieja etiqueta, quedaban abolidas *de jure*.

Estaba en casa de su padre tomando unas breves vacaciones tras una enfermedad, cuando escribió al Padre d'Alzon, comenzando su carta con estas palabras: *Señor Alzon...*, y luego como dirección: *Al Señor abate Alzon*, etc.

Se le pasaban muchas al buen rey, pero lo de quitar la *de* al apellido del abate d'Alzon, director de un colegio cuya inmensa mayoría de alumnos pertenecía a la nobleza, era demasiado.

El Padre tomó las cosas con muy buen humor; leyó la carta públicamente, en el orden del día, añadiendo la siguiente reflexión:

- Mi padre se llama *d'Alzon*, lo mismo que el honorable padre de H. R... se llama M. R... He ahí por qué yo soy Emmanuel d'Alzon como mi corresponsal es H. R... Antiguamente se decía en Francia que el rey era la fuente de toda nobleza; pero *el rey bueno* de la Asunción se atribuye, al parecer, el derecho de abolir la nobleza. Se torna impertinente sin darse cuenta. Habrá que tener cuidado, ¡no sea que se ponga a soñar que es un Danton o un Robespierre! Ruego a los alumnos de su clase que le envíen una carta colectiva, moderada y afectuosa, para devolverle a las filas del sentido común de las que se ha extraviado. Y decidle esto: no podemos escribir "Querido *de R...*"; pero así como la ausencia de esta pequeña partícula en nada disminuye la estima en que le tenemos, así la presencia de tal partícula delante del apellido del señor abate d'Alzon, o de quienquiera que tenga

derecho a emplearla, no debería llevarle a olvidar las leyes de la decencia y del respeto que debe a cualquier mortal que lleva honradamente el apellido que ha recibido de su padre.

El pobre *rey bueno* se apresuró a reparar su error. Más tarde llegó a ser el abate H. R..., párroco en la diócesis de Montpellier. Su celo, su piedad, su gran caridad le granjearon el cariño de su pueblo. Murió joven; su corta vida fue fecunda en buenas obras; ha dejado tras de sí la memoria de un buen y santo sacerdote.

### Camisa y marmota

Hace ya tiempo, mucho tiempo de esto; era yo entonces novato e ingenuo como José: "Era yo sencillo como en la juventud". He aquí una historia que hizo reír mucho al Padre y que me la recordaba todavía cuando yo era cura, incluso canónigo.

Estaba yo de vacaciones en Montpellier. El Padre me escribió desde Lavagnac:

"Querido hijo, gracias por tu carta que acaba de llegarme. Guardo todas tus cartas en *un pliegue de camisa* que les he reservado. Cardenne está aquí conmigo; pasado mañana salimos de Lavagnac. Ven a cenar con nosotros al Hotel Londres, a las cinco. Pero antes reserva para nosotros dos pasajes de cupé o de interior para El Vigán. Paga la cuenta y te lo reembolsaré cuando nos veamos. El que te lleve esta nota te entregará mi *marmota*. Cúdalas bien; me la llevas al hotel. Te abrazo con el pensamiento a la espera de poder hacerlo en persona y de todo corazón pasado mañana".

Todas las plazas estaban ocupadas salvo en la imperial. Tuvieron que viajar en la imperial para El Vigán. La misma *imperial* que R. de R..., de la clase de los pequeños en el colegio de la Asunción, había puesto como traducción de *Summa diligentia (con la mayor diligencia)* de un viaje de César a Roma. Pero eso no era lo peor. Estaba yo intrigado por la carta del Padre: *¡pliegue de camisa y marmota!* ¿Por qué guardaba mis cartas en una camisa? ¿Sería una prueba de cariño? Ahora sé a qué atenerme. Lo aprendí a mi costa cuando osé pedir explicaciones al Padre. ¡Y además el Víctor Cardenne! ¡Lo que se rió! ¡Lo que se rió de mí! ¡Con qué sarcasmo ridiculizó mi simpleza!

Por desgracia, eso no fue todo; ¡quedaba aún la famosa *marmota!* Me habían entregado una hermosa caja cuadrada, forrada en cuero verde, con refuerzos de cobre dorado. Dos correas la cerraban; tenía una cerradura cuya llave no me dieron.

La caja pesaba; la *marmota* debía ser un animal respetable. Pero, ¿cómo darle de comer y de beber, etc?

Por fortuna conocía lo suficiente de historia natural para acordarme de que las marmotas duermen durante varios meses al año; pero eso es en tierra o en un tronco de árbol. De todos modos, ¿qué idea tenía el Padre d'Alzon para cargar con un animal semejante? ¿Qué iría a hacer?

A las cinco estaba en el Hotel Londres, donde ya habían llegado el Padre y el señor Cardenne. Después del bochornoso incidente de la *camisa*, con toda mi candidez y confusión, entregué la caja de cuero.

- Como no tenía la llave no he podido darle de comer.

- ¿Darle de comer?, dijo el Padre, ¿a quién?

- A la marmota.

- ¿Qué marmota?

- A la que está en la caja.

El Padre y Víctor Cardenne comprendieron inmediatamente la situación. Casi se mueren de risa. Abierta la caja, apareció lo necesario para dormir, por supuesto, y nada más.

Hace mucho de aquello, mucho tiempo, y mientras escribo este relato, aún me parece que estoy tan avergonzado como entonces. ¡Imaginaos! Incluso en 1879 el Padre me escribía a Inglaterra, con cierto retintín: "¿Hay marmotas en Devonshire? ¿Te has enterado de que las *camisas* de antaño se llaman ahora *carteras*? ¿Dónde guardas mis cartas?".

Los lectores de *Souvenirs* me dirán: "¿Por qué contar estas historias?". Me guardaría mucho de contarlas a lo que llaman el gran público. No son para él. Son exclusivamente para la familia. Admitiréis que estos detalles íntimos parecen colocar en plena vida a nuestro Padre muerto. Ésa es al menos mi opinión. ¿No la compartís, hermanos queridos? ¿No habéis tenido vosotros, en una u otra forma, alguna *camisa* o alguna *marmota*? Saco de

mi diario a diestro y siniestro, porque lo que pretendo es conversar con vosotros en total y confiado abandono. ¡Tengo tantas cosas que decir! ¿Habrá alguna censura en los *Souvenirs*?

### **Franqueza de gentilhomme**

Un gobernador departamental del Imperio le formulaba un día ciertas amenazas, suavizadas sin embargo mediante algunas consideraciones halagadoras como las siguientes:

- Usted es un hombre distinguido, un sacerdote muy rico e influyente, el Gobierno tiene puestos los ojos en usted; su puesto está entre las filas del episcopado francés.

El Padre respondió:

- Señor Gobernador, no deseo el episcopado; lo único que deseo es continuar mis obras en paz, con toda libertad. Usted me hace un favor diciendo que soy rico e influyente. Le declaro francamente que si el Gobierno entorpece mis obras y me impide consagrarles mi fortuna y mi actividad, me serviré de mi fortuna y de mi influencia para hacerle la guerra al Gobierno. ¡Escoja!

Estas valerosas palabras las escuché de los propios labios del Padre, mientras viajábamos juntos entre Nîmes y Montpellier. No precisaré la fecha, pues no está marcada en mis notas, escritas en una hoja suelta y seguramente en cuanto dejé al Padre, llegados a Montpellier. Debía ser antes de 1860.

### **En peregrinación**

Los Agustinos de la Asunción tienen una predilección muy marcada por las peregrinaciones, se trata de una herencia de familia; les viene de su intrépido fundador.

En 1849, durante las vacaciones escolares, el Padre d'Alzon organizó una peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort. Se puso a la cabeza de un grupo integrado por los señores Jules Monnier, Víctor Cardenne, L. Ferry, E. Légier, el abate Blanchet y el alumno H.-D. G... El señor Germer-Durand había debido ir a Uzès, desde donde se dirigió a Rochefort y llegó al mismo tiempo que los demás.

A las tres de la tarde recitamos las oraciones del peregrino en la capilla de la Asunción, luego nos pusimos en marcha, ágiles de pies y con el corazón lleno de entusiasmo. ¿Pies ágiles? El Padre no caminaba, corría; antes de llegar al albergue de Lafoux, donde debíamos cenar y dormir algunas horas, estábamos literalmente reventados, después de una caminata a marcha forzada. De hecho, para algunos la cena les resultó cara, dos de ellos "devolvieron hasta la papilla".

El número de habitaciones disponibles en el albergue de carretera no era suficiente; el Padre tomó consigo en su habitación al "alumno peregrino". Entonces tuvo lugar una escena que ya conté en otra parte. El alumno hubo de ocupar la cama; el Padre, con un tono de autoridad que no admitía réplica, le obligó a obedecer; él se contentó con un pie de cama, un viejo cojín y una manta, el todo llevado al otro extremo de la habitación.

Tras una breve oración, el Padre puso en hora su gran despertador, a las tres de la mañana, dio las buenas noches "a su pequeño pachá" acostado en el colchón y se dispuso a dormir lo mejor que pudo.

Detalle curioso, este despertador de plata, hecho expresamente de acuerdo a un boceto y a petición de un donante, llevaba artísticamente grabada en el dorso la imagen de la Inmaculada Concepción. El Padre presumía de ello, lo que no le impidió, poco después de esta peregrinación, regalárselo a un profesor del colegio, el abate Pradelles. Para sí mismo no guardaba más que las preocupaciones.

A las tres y media, en ayunas, atravesábamos el río Gardón y emprendíamos la subida hacia Rochefort. Era evidente que el Padre sufría; arrastraba un pie y guardaba silencio tras la meditación. De repente le vimos sentarse sobre un montón de piedras.

- Amigos míos, dijo, aquí me quedo; no puedo más. Continúad vosotros, descansaré y os alcanzaré más tarde como pueda. G... se quedará conmigo, pues veo que no está mucho mejor que yo.

Brillaba la luna; a su pálido resplandor examinamos los pies del peregrino. Nos dimos cuenta de que llevaba zapatos nuevos, demasiado estrechos, que habían herido sus pies. ¿Qué hacer? El señor Ferry tuvo la ingeniosa idea de cortar en tiras el empeine de los zapatos, al estilo de las *alpargatas*. El Padre se calza, se levanta, da algunos pasos y estalla en carcajadas con el mejor humor exclamando:

- ¡Me habéis salvado la vida! ¡Es delicioso! Puedo hasta bailar. ¡Adelante!

Cerramos filas para rezar el rosario. El disco solar aparece en el horizonte, la alondra se eleva entonando su canto; nuestro guía interrumpiendo el rezo, en éxtasis ante la hermosa naturaleza que nos sonríe, levanta los ojos al cielo brazos abiertos:

- ¡Oh! Dios mío, ¡qué magnífico eres en tus obras y qué bueno con nosotros!, dijo. Amigos míos, saludemos a la Santísima Virgen con el *Angelus*, pues las campanas deben estar sonando a estas horas.

Finalmente llegamos al pie de la colina santa; comenzamos la ascensión. El Padre quiere absolutamente subir descalzo; nos oponemos unánimemente; logramos a duras penas impedirselo. Celebra la misa con una devoción impactante, tras habernos invitado a unir nuestras oraciones a las suyas para que se cumpla un voto que le ha traído hasta el santuario de la Madre de Dios. ¿De qué voto se trataba? No nos lo dijo; todos pensamos que se trataba de su Congregación religiosa aún en pañales.

Tras el almuerzo, presidido por el Padre León, superior de los Maristas, la piadosa banda se divide en dos: el Padre, el abate Blanchet, los señores Germer-Durand, J. Monnier y Víctor Cardenne se dirigen hacia la Cartuja de Valbonne; los señores L. Ferry, E. Légier, y H. G... se fueron a dormir a Aviñón tras una larga marcha de cuatro horas por un camino polvoriento e interminable. De Aviñón, por Tarascón y Beaucaire, retornaron a Nimes, quemados por el sol, muy fatigados, pero felices de haber realizado una peregrinación que les dejaba en el alma recuerdos impreciosos.

### Homenaje agradecido

¿Qué se han hecho aquellos días felices en que, niños, estábamos en el colegio de la Asunción bajo la autoridad del señor d'Alzon, su director, y del señor Tissot, el subdirector? Un poeta oriental ha dicho: "La felicidad germina y crece en la tierra; sólo florece en el cielo". Alguien podría estar tentado de preguntarse con un filósofo moderno: "¿Merece la pena la vida?". Sin embargo, puesto que la vida nos permite realizar acciones libres que la gracia de Dios hace meritorias, es cierto que los muchos años son una bendición. ¿No resulta dulce, no ya como un sueño transitorio, sino como una realidad que ha dejado hondos surcos, saborear aquellos días de nuestra infancia protegidos bajo los techos de nuestra querida Asunción?

¿Podríamos separar el recuerdo de aquellos dos hombres cuya fisonomía descuella sobre el conjunto de maestros venerados: el Padre d'Alzon y el Padre Tissot?

Todavía vive fresco en mi memoria aquel día en que, a finales de 1844, fui llevado a la Asunción; tenía yo once años. El señor Tissot vino a acogerme al recibidor. Le estoy viendo aún: alto, delgado, un tanto encorvado; vestido con una sotana muy larga, demasiado amplia para él; llevaba su birreta desplegada debajo del brazo izquierdo, como un libro. ¡Qué dulce y hermosa fisonomía! Una auténtica mamá en sotana.

- Hijo mío, me dijo, ¿quieres entrar en la Asunción? Está bien, te acepto, no olvides esto: en la capilla, reza bien; en el estudio y en clase, trabaja; en el comedor, come con buen apetito; en el patio, diviértete con todas tus fuerzas; así todo marchará bien.

Fui llevado después ante el vigilante de mi sección, el humilde y suave abate León d'Everlange; era diácono, en espera de la edad para ser ordenado sacerdote.

Al día siguiente, vinieron a llamarme para ser presentado al señor d'Alzon. Nunca le había visto de cerca; a la sazón yo era muy tímido; sólo de pensar que iba al despacho del señor director me hacía temblar. Casi me desmayo cuando llamé a la puerta y escuché el "adelante" pronunciado en un tono de voz tan diferente al del abate Tissot.

Entré; estaba sentado delante de su escritorio, en el que había un gran crucifijo de marfil. Me miró atentamente; me miró de arriba abajo sin pronunciar palabra, sus ojos me perforaban. Leyó mi turbación, sonrió, puso su mano sobre mi cabeza con gesto amigable, luego me dijo:

- Irás a la clase de francés; el señor Cusse y el señor Guiot serán tus profesores; el señor Durand te examinará para saber cómo andas en estudios. ¿Es cierto que quieres ser sacerdote?

- Sí.

- Entonces hay que aprender latín; bueno, reza mucho y arreglaremos lo demás. El señor Monnier me ha hablado de ti; estaba presente cuando representaste a *Atalía*. Dice que te salió muy bien; pero entonces no debías tener tanto miedo como ahora, ¿no?

En éstas recobré un poco de aplomo para decir:

- Entonces yo no me sentía tímido; ¡no le tenía a usted delante!

El Padre me abrazó, se rió de buena gana y me despidió.

Desde aquel momento quise mucho a este hombre; conquistó mi corazón; se quedó en él para siempre. ¿Tiempos pasados, no volveréis? En el cielo, Padre, nos encontraremos; ¡que Dios me conceda tal gracia!

La bondad divina nos conserva aún a "Mamá Tissot"; hace provisiones abundantes para el cielo; atesora para la eternidad; debe haber juntado una hermosa fortuna. No ha olvidado lo que el Cura de Ars le dijo un día:

- ¡Vamos, nos veremos en el cielo!

Esta palabra vale más que el oro. Le hará subir más rápido que si el Padre Tissot tomara uno de sus famosos globos. ¡Oh, aquellos globos de la fiesta de San Carlomagno! Yo era su confidente cuando los confeccionaba. En el dormitorio de los mayores, sobre las baldosas, había trazado sus líneas. Tras haber cortado los papeles, vino el momento de pegarlos, esto se hizo en secreto en una habitación que ya no existe, en *el Arca de Noé*.

Llegado el día, partimos hacia el Mas Boulbon. Los alumnos ven que llevan tres envoltorios. ¿Qué será? ¿Qué hay dentro? Todo el mundo lo ignora. Por fin, después del almuerzo, proclaman a trompetazo limpio: "elevación de globos". Hay tres, dos pequeños para las pruebas y uno grande, *el de verdad*.

Inflan el primero, con un calentador que lleva; se incendia y se deshace en humo. El segundo sube unos cinco metros, luego cae, y el incendio lo devora en un abrir y cerrar de ojos. Los ensayos resultan un desastre, pero en fin son sólo intentos. ¡He aquí el grande! Se llama *Asunción*. Se infla, su forma es graciosa; sus costuras están cubiertas por bandas de papel azul; es blanco y azul, los colores de la Patrona del Colegio.

Se coloca el calentador lleno de estopas impregnadas de alcohol. ¡Está a punto de elevarse! El señor Tissot para la maniobra. Premunido de una gruesa jeringa le inyecta agua para que no se prenda como los otros. Desgraciadamente, la inyección ablanda el papel. Pese a todo empieza a elevarse, acompañado por las aclamaciones frenéticas de los alumnos. Para impulsarle a despegar, he aquí que el señor Tissot abre sus grandes brazos y le propina dos vigorosos puñetazos de abajo hacia arriba. Resultado catastrófico: los puños rompen el papel mojado; el aire caliente escapa por los dos huecos; el calentador resulta impotente para elevar todo aquello. Todo se derrumba, prende fuego...; la decepción se dibuja en todos los rostros, menos en el del señor Tissot; impasible dice sencillamente:

- ¡A jugar a la barra!; la próxima vez saldrá mejor.

"Mamá" Tissot nunca ha cesado de subir al cielo; aún no le hemos perdido de vista, a Dios gracias, pero debe de haber llegado muy alto. No os preocupéis, no bajará como sus famosos globos, el fuego que le anima es el que le da vida y lanza sus llamaradas hasta el hogar del amor divino.

## NOTA

Aquí termina la Primera Serie; contiene sesenta *Anécdotas*.

El Padre Picard me escribía tiempo ha: "*¿Por qué no pones por escrito tus recuerdos a medida que se presentan sin preocuparse mucho de ordenarlos? Un rasgo, una palabra, un hecho trazados en pocas líneas quedarían consignados y llevados inmediatamente a todas nuestras casas. Nuestro deber de auténticos hijos del Padre d'Alzon es hacer vivir a nuestro Padre en las generaciones futuras. Nadie como él tenía la inteligencia de su tiempo. Recordando sus hechos, estamos seguros de causar un gran bien*".

He seguido el consejo de mi antiguo compañero y viejo amigo. He escrito sencillamente, sin pretensiones, sólo preocupado de ser exacto y de evitar las exageraciones. He querido presentar a los queridos religiosos de la Asunción la fisonomía de nuestro Padre en toda su belleza natural, en su auténtica expresión. Es un trabajo para la intimidad de la familia. Si lo he logrado, doy gracias a Dios que ha conservado en mi memoria los recuerdos del pasado, permitiéndome también dar a mis amados Agustinos de la Asunción una prueba de afecto fraterno.

Ahora esperaré, antes de retomar la pluma, el parecer de quienes deben decirme con total franqueza si he de continuar garrapateando nuevas *Anécdotas*.

**ÍNDICE DE LA 2ª SERIE**

<b>SEGUNDA SERIE</b> .....	45	El confesor .....	71
Los cuatro puntos cardinales .....	45	El predicador.....	71
Observaciones y apreciaciones íntimas .....	47	La letra del Padre .....	74
El Profesor.....	49	La primera carta del Padre .....	75
Hablando de zapatos.....	51	Extraña lógica característica .....	75
El busto de Cristo docente.....	53	Escenario y bastidor.....	76
Influencia sobre el pueblo .....	53	"La venturosa silueta de su rico pensamiento" ..	76
La pobre habitación del Padre en el "Arca de Noé"55		El Padre d'Alzon en casa de la sabihonda .....	77
El dormitorio .....	56	Sabios consejos de un Padre .....	78
Los deslumbramientos de la mitra.....	57	Recreos literarios .....	78
El Padre d'Alzon y el Oriente .....	58	El ojo del piloto .....	79
Una casulla con dibujos "leguminosos" .....	59	Controversia familiar .....	81
Transiciones y transformaciones .....	60	Salidas y gracias .....	82
El Padre atraca a un viajero.....	62	Un padre orgulloso de sus hijos .....	83
Lo que pudo ser - Lo que prefirió.....	63	Adioses a un misionero.....	84
Audaz, pero franco .....	65	Escudo protector .....	85
Retrato de un fundador.....	66	Ambiciosos sin cabeza.....	86
Réplica pronta y acerada .....	66	Nuestro Padre según el espíritu.....	86
Discurso de circunstancia.....	67	Aristocracia religiosa .....	87
Lamennais, Ventura, d'Alzon .....	67	Florilegio de apreciaciones sobre el P. d'Alzon ..	88
Los primeros asuncionistas en el juego de petanca	68	Primera piedra de la capilla.....	91
Danza, esgrima, borrachera .....	69	NOTA .....	92

**SEGUNDA SERIE**

*Encabezando la Segunda Serie, en el número 194 de Souvenirs, del 21 de noviembre de 1894, encontramos la nota siguiente del señor Galeran:*

El autor de las *Anécdotas* escribía tras la publicación de la *Primera Serie*: "Ahora esperaré, antes de retomar la pluma, el parecer de quienes deben decirme con total franqueza si he de continuar garrapateando nuevas *Anécdotas*". Esta nota es del 19 de agosto de 1894. El Padre Picard, tras haberse tomado su tiempo y madurado sus observaciones, escribía el 26 de octubre siguiente:

"Mi querido amigo, hubiera debido: 1º darte las gracias por las *Anécdotas* tan interesantes y tan asuncionistas que has enviado sobre nuestro querido y venerado Padre d'Alzon. Han sido muy gratas para todos los religiosos y yo las he leído con gran alegría. Hubiera debido: 2º darte las gracias por la amable insinuación que cerraba la última *Anécdota*, y pedirte inmediatamente que continuaras tu obra. Lo que no hice inmediatamente, lo hago hoy y te ruego con toda insistencia que nos envíes lo antes posible la nueva serie.

¡Qué memoria la tuya y qué orden para ayudar a tu memoria! Te envidio las notas tomadas día a día. Me hacen revivir la vida tan agradable de alumno de la Asunción. Ya que posees tal tesoro, comunícalo a los hijos del Padre d'Alzon...".

Con una carta semejante, que le acredita semioficialmente ante los Agustinos de la Asunción, el autor no duda en comenzar una segunda serie de *Anécdotas*; pero antes quiere repetir esta declaración: escribe exclusivamente para los Agustinos de la Asunción.

H.-D. G.

\*\*\*\*\*

**Los cuatro puntos cardinales**

En 1850, al final del año escolar, cuatro alumnos del colegio de la Asunción, de los cuales tres muy distinguidos, se encontraban casualmente reunidos en la habitación del Padre d'Alzon. Esta habitación se encontraba encima del recibidor. Todavía existe.

Cuando salían, el Padre d'Alzon los retuvo de repente en la antecámara. Tomándolos de la mano, colocó a los cuatro jóvenes en forma de cruz, de dos en dos, de manera que quedaran uno frente a otro. François Picard quedó al Norte; Anatole de Cabrières, ya alumno en Issy y vestido con su primera sotana, al Sur; Paul de Pèlerin al Oeste; Henri Galeran al Este. He aquí los cuatro puntos cardinales. Entonces el Padre, con solemne emoción trazó un signo de cruz yendo de un pecho al otro; de Sur a Norte y luego de Este a Oeste. Sonrió diciendo esta sencilla palabra:

- Resulta extraño ¿no?

El pensamiento del Padre -se lo explicó por cierto más tarde a H.G.- era el siguiente: Anatole y François quieren seguirme; Henri y Paul van a tomar otro camino. Estos cuatro hijos van a partir, de dos en dos, para vocaciones diferentes, con toda probabilidad.

En aquella ocasión memorable me enteré por primera vez de la determinación de François Picard. Eramos muy cercanos pero no había hablado de ello con nadie si no es, no me cabe duda, con Paul de Pèlerin, su fiel confidente.

He aquí la situación actual de los cuatro puntos cardinales; es muy curiosa teniendo en cuenta lo que acabo de decir: al Norte, el Padre Picard, Superior general de los Agustinos de la Asunción, sucesor del Padre d'Alzon; al Sur, Su Excelencia Monseñor de Cabrières, obispo de Montpellier; al Oeste, el señor de Pèlerin, ex magistrado íntegro y severo, alma de numerosas obras de celo apostólico y de caridad, no puede fijarse en ningún punto determinado; su caminar grave y solemne parece incesante, sin reposo, siempre en la dirección de algún bien por hacer; al Este, en Jerusalén, el Reverendo Padre Galeran (es su único título), misionero apostólico, escarba en el tiempo pasado de la Asunción para enseñar a los jóvenes y recordarles a los antiguos los detalles íntimos de la hermosa vida de un hombre a quien veneran como Padre y fundador. El Padre d'Alzon le dijo un día:

- Deberías ir a Oriente; terminarás yendo.

Pese a lo cual partió a Inglaterra, por deseo de Pío IX. Pero helo aquí en Oriente, y allí es donde encuentra en sus notas de 1850 lo que escribe desde Jerusalén en 1894.

Volvamos atrás para relatar un hecho interesante que nos mostrará a "los cuatro puntos cardinales" reunidos alrededor de un festín. Los Agustinos de la Asunción se enterarán aquí de la primera llamada a la vida religiosa de su Superior general.

Era una tarde de verano, mucho antes del encuentro fortuito en la habitación del Padre; los cuatro alumnos mencionados se encontraban sentados a la mesa, en Saint Gervasy, en la casa paterna de François Picard. Me acuerdo como si todavía estuviera allí; la escena está viva ante mis ojos; me imagino a los personajes animados por el fuego de su juventud, como hace más de cuarenta años. Entonces estábamos lozanos, ágiles, despreocupados; nuestros cabellos aún negros, nuestra tez si no sonrosada al menos resplandeciente de buena salud. ¿Qué queda de todo aquello?

Vayamos a los hechos. Con un apetito aguzado por una larga caminata, comíamos estofado de conejo, tan succulento, tan sazonado, tan delicioso, que nada de él quedó en la amplia fuente. En nuestros platos nada sino los huesos más limpios que el marfil pulido. Todo esto se parece más que nada a un recuerdo de glotonería; pasemos, pues, raudos y lleguemos al punto.

Durante la comida, después del conejo, Anatole y Henri, ya iniciados en los planes del Padre d'Alzon en lo tocante a su futura Congregación, conversaban en voz baja sobre ciertas intimidades. Paul pensaba muy serio en algo; ¿en qué? Nada dice. Pero François, tranquilo y pausado, parece muy intrigado, aunque no lo demuestra, por ciertas palabras que de labios de Anatole y de Henri llegan a sus oídos. Pronto captó el hilo y comprendió de qué se hablaba. Para él era la revelación de proyectos que ignoraba completamente. Sin mostrar sorpresa alguna, sin preguntar nada a sus amigos, guardó en su corazón cuanto había escuchado; pero desde aquel momento su atención quedó orientada hacia la vida religiosa. Sin precipitación, con la calma que le caracteriza, maduró su resolución; luego, un buen día, vino a ofrecer su entrega al Padre d'Alzon. Sabemos lo que sigue. Muchos ignoran sin embargo lo que el Padre Pernet -a quien apelo como testigo- sabe muy bien, a saber que tras el discurso del alumno François Picard en un día de Inocentes, discurso memorable por su claridad, sentido común y lógica, el Padre d'Alzon, maravillado, exclamó señalando al orador:

- ¡Será mi sucesor!

Sin entrar en largas consideraciones, la vocación de François Picard fue una rica indemnización para el Padre tras la defección de los dos primeros elegidos. Digo defección, pero esta palabra hay que suavizarla y explicarla. El obispo de Montpellier y el misionero apostólico nunca se alejaron de su Padre, de aquel sacerdote venerable cuya mano ha dejado en sus almas una marca tan profunda; de aquel guía, de aquel amigo, a quien han amado y cuyas obras admiran

con aquel afecto que sobrevive a la muerte, y no pierde, sino acrecienta su fuerza y su amplitud del otro lado de la tumba, ¡por la gracia de Dios!

Pese a la diversidad de sus vocaciones, Anatole, François, Paul y Henri, colocados por el Padre en los cuatro extremos de la cruz, conservaron siempre su lugar en el corazón generoso de aquel hombre ilustre que les amaba como a sus hijos. Han seguido fieles a sus enseñanzas; su memoria es bálsamo que perfuma y fortalece sus almas; su espíritu es el fuego concentrado que les impulsa y les lleva por camino seguro.

El último y más pequeño de ellos es quien escribe esto, para la edificación de los más jóvenes de la familia asuncionista. Los viejos se sentirán reverdecer con el recuerdo de los tiempos pasados y el Padre Picard acaba de escribir: *Estos recuerdos me hacen revivir la vida tan agradable de alumno de la Asunción.*

### Observaciones y apreciaciones íntimas

El poder del arte es limitado. El artista que se esfuerza por reproducir los rasgos de un hombre no puede, pese a su genio y a sus recursos, expresar de una vez sino una única actitud, en una circunstancia concreta. Se esfuerza por captar a su modelo, precisamente en una pose que le resulte la más habitual y ventajosa: lo idealiza, lo engrandece, le confiere aquella nitidez de líneas, aquel esplendor de colorido, aquel maravilloso acabado de los detalles, que hacen exclamar a los admiradores de la obra maestra: "¡vive, respira, sólo la falta hablar!". Pese a todo, el *Tomás Moro* de Hans Holbein; el *Richelieu* de Philippe de Champagne; el *Bossuet* de Rigaud, con toda su perfección artística, sólo representan una pose, una actitud, una expresión; nunca lograrían dar a conocer a estos grandes hombres si no supiéramos por otros cauces los detalles de sus vidas; carecen de movilidad.

Ni la pintura, ni el mármol, ni la fotografía darán a conocer al Padre d'Alzon. Al tomar la pluma para describir alguno de sus rasgos hay que retornar al pasado. Hay que tener al Padre delante: se mueve, mira, habla; la escena que uno quiere describir está viva ante los ojos: démonos prisa en captarla sin inmovilizarla. Se trata sólo de un anecdotario, ya lo sé; pero el retrato magistral que nos promete el Padre Emmanuel, terminará la obra.<sup>1</sup>

Sin embargo, al lado de ese trabajo literario finamente elaborado, las humildes *Anécdotas* tendrán su utilidad y completarán el todo aportando las actitudes familiares de la vida íntima, al lado de las poses majestuosas de las grandes circunstancias. Las *Anécdotas*, nos hacen ver al Padre en casa; la obra del Padre Emmanuel, en su gloriosa marcha al exterior.

He aquí una larga perorata, querido lector, ¿no es cierto? ¿Y para qué? Para justificar la audacia de lo que voy a escribir ahora sobre algunas particularidades del Padre, cosas que los historiadores siempre dejan de lado cuando escriben la vida de un hombre; cosas sin embargo que siempre nos encanta encontrar cuando leemos una biografía interesante.

Escuchad, pues:

El Padre, al revestirse para celebrar misa, echaba la estola hacia atrás, dejando por delante justo lo necesario para sujetarla con el cíngulo.

Sus genuflexiones eran amplias, en sentido que echaba el pie derecho hacia atrás tan lejos que a menudo quedaba fuera del peldaño, a menos que el peldaño fuera de dimensiones excepcionales.

Tenía la costumbre de tomar al cáliz por la copa durante el ofertorio, e incluso durante la consagración.

Juntaba las manos bien arriba en el pecho, casi junto al cuello.

Leía distintamente y con rapidez. Para responder el *Suscipiat* había que estar atento, pues el *Orate fratres* lo terminaba en un santiamén.

En el evangelio de san Juan, al final de la misa, siempre me resultó imposible seguirle. He oído a muchos otros la misma apreciación.

Sus movimientos eran solemnes y dignos, nada precipitados. Su rostro expresaba los rasgos de una fe viva, de una piedad tierna y sincera.

Los signos de cruz sobre las especies sagradas eran trazados con precisión y solemnidad. Era un placer ver su hermosa mano blanca trazarlos sobre el cáliz, sobre la Hostia y sobre el pueblo, en la bendición final. Todos sus gestos tenían un aire de grandeza que impresionaba.

<sup>1</sup> El señor Galeran escribía esto a fines de 1894. El Padre Emmanuel (Bally) ya había publicado dos volúmenes de *Notes et Documents*, que debían servir según su proyecto para escribir más tarde una biografía del Padre d'Alzon. A este proyecto alude el señor Galeran. Esta esperanza no ha sido cumplida aún. Por una serie de circunstancias el Padre Emmanuel sólo llegó a escribir cuatro volúmenes y medio de *Notes et Documents*, que no pasan de 1850.

Conocía muy bien las rúbricas y las observaba cuidadosamente; el canónigo Reboul, del Capítulo de Nimes, afirmaba:

- En la diócesis sólo hay dos que conocen las rúbricas: el señor d'Alzon y yo.

Un día -ya era yo sacerdote para entonces- me preguntó el Padre:

- ¿Celebra bien la misa el Padre Hippolyte?

- Sí, con mucha piedad.

- No quiero decir eso. Es un sacerdote nuevo y lo que pregunto es si realiza bien las ceremonias observando las rúbricas.

- No está todavía muy fuerte en ceremonias y ciertas rúbricas dejan que desear.

- Está bien, escríbeme tus observaciones y dámelas por escrito. Le haré las recomendaciones pertinentes.

- Pero, Padre, ¿no le va a decir que tales observaciones proceden de mí?

- ¡Mira éste! Y ¿por qué no se lo voy a decir si lo estimo conveniente? ¿Tienes miedo que te encarcele por ello? Te vuelven los miedos de antaño.

Cuando el Padre era Vicario general, se ponía bajo la esclavina sólo un sencillo roquete de tela, mientras los demás señores canónigos se adornaban con puntillas de vistosos y "leguminosos" bordados. Era la expresión del Padre que decía riendo:

- Estos bordados, tras haber reproducido todas las flores de los jardines, han terminado por agotar la colección; ahora reproducen hortalizas.

Durante su famoso curso de comentario de las Cartas de san Pablo, en la misa de los domingos, hablaba sentado desde el altar, con el misal abierto sobre las rodillas. Dicho misal, de pequeñas dimensiones, procedía de Roma, de la imprenta de la Propaganda. Llegó en el momento en que estaba en Nimes Monseñor Vérolles, Vicario apostólico en Manchuria, gran amigo del Padre Hippolyte. El Padre quiso que el santo prelado misionero lo estrenara en la catedral. Estaba yo presente en la misa con otros alumnos. Antes de abandonar el altar, el obispo consagró un cáliz para la Asunción; todavía está allí.

Volvamos a nuestro tema. Como el Padre predicaba sus comentarios sentado y con la casulla puesta, le habían hecho según sus indicaciones un sillón sin brazos, con respaldo muy bajo y asiento forrado de terciopelo rojo. Este sillón seguía siendo el del celebrante todavía en 1891. No sin emoción me senté en él cuando celebré la misa en el undécimo aniversario del Padre. Los recuerdos del pasado invadieron entonces mi espíritu; ¡estar allí en aquella capilla, frente a aquel altar donde tantas veces le había ayudado a misa!

El Padre empleaba habitualmente la mano izquierda. Basta observar cualquier fotografía suya para darse cuenta de que tiene la raya del pelo a la derecha, como los que se peinan con la izquierda.

Se afeitaba varias veces por semana. Conservó hasta su muerte la costumbre de dejarse las patillas largas<sup>1</sup>; era la costumbre de los sacerdotes en la época en que se ordenó. Recordemos que el Padre Alexis imitaba a su Padre, en esto como en lo demás.

Su cabello negro caía en bucles sobre el cuello. Lo llevó corto a partir del momento en que se puso el capuchón. Caminaba recto, cabeza alta, un poco inclinada hacia atrás. Oí una vez a un habitante de Nimes decir, al verle pasar:

- El señor d'Alzon lleva la cabeza como si fuera el Santísimo.

Quería decir, como si fuera la Custodia.

Caminaba rápido; su paso era corto y precipitado. El busto tomaba un ligero movimiento de derecha a izquierda no carente de gracia.

Era tenido por buen jinete; ésta era su reputación en los alrededores del castillo de Lavagnac.

Era excelente nadador y buceador. De esto podemos testificar nosotros los antiguos, pues le vimos tanto en las agitadas olas del mar, como en las impetuosas aguas del Ródano y en las más tranquilas del Gardón. Sin mencionar al fangoso Vistre, en el que se bañó más de una vez, pero bastante lejos de Nimes.

---

<sup>1</sup> No hay que imaginarse que llevara mechones de barba a medio carrillo, como era la moda entre magistrados y almirantes de aquel tiempo. Se trata sencillamente de una especie de patilla que prolongaba el cuero cabelludo desde la sien hasta media oreja. Era la moda después de la Restauración, como se ve en los retratos de entonces.

Era ágil corriendo. Me viene a la memoria un día de verano, durante el paseo de la noche, cuando le vino la idea de ponerse a la cabeza de sus divisiones y de correr hasta el "Mas Boulbon" para darle una sorpresa a Monseñor Cart, obispo de Nimes, que estaba veraneando allí, cuando saliera del comedor. En efecto, el santo obispo, al oírnos llegar, exclamó:

- ¡Ah, ésa es la Asunción!

Exactamente lo que hubiera dicho hoy de los Agustinos de la Asunción, luego de cualquiera de sus peregrinaciones, si hubiera vivido para conocer la Asunción de 1894: ¡Ésa es la Asunción!

Los lectores de estas *Anécdotas* no han de olvidar que soy uno de los antiguos y que he sido testigo de las transiciones. Quiero decir con esto que habiendo vivido con el señor Vicario general d'Alzon y luego con el Padre d'Alzon, monje, me resulta fácil establecer contrastes entre estas dos mitades de una grande y hermosa vida. Pocos son los que pueden hacerlo todavía.

Continuemos hurgando en esta mina, que se torna más rica y más abundante a medida que progresamos.

En el momento del orden del día, cuando el Padre llegaba al nombre de un alumno que merecía una severa reprimenda, hacía una pausa y dejaba la hoja de observaciones sobre la mesa. Levantando los ojos y frotándose las manos envolviéndolas una con otra, guardaba un momento de silencio. Eran los signos precursores del estallido de una bomba. Ahora bien, un día, el Padre Corail, jesuita, que nos había predicado el retiro, asistía a la sesión. Comprendió rápido, por los ademanes del Padre, que algo iba a caer sobre alguien. Levantó la voz para decir:

- Por hoy, concédame la gracia de dejar pasar sin reprimenda los nombres señalados con mala nota. Por esta vez, *Requiescant in pace* (que descansen en paz).

El Padre sonrió inclinándose gentilmente; en efecto no hubo reprimenda. Pero hubo algo equivalente a la venganza, si me puedo expresar así, pues cada vez que aparecía el nombre de un pobrecillo en la lista, el Padre lo leía en alta voz y añadía, mirando al Reverendo Padre Jesuita:

- ¡Ah! también éste ¡*Requiescat in pace!*

Esto me hace recordar que, por la época en que el Padre Corail estaba en la Asunción, una señora, cuyo hijo acababa de llegar del Japón, regaló al Padre un soberbio cofrecillo de sándalo finamente esculpido. ¿Qué hizo el Padre? Lo sé muy bien; metió en él su disciplina, su cilicio y sus cadenas de penitencia. Guardó la llave en el bolsillo. Cuento lo que he visto, tocado y oído. ¿Quién hubiera ido a buscar allí instrumentos de tortura?

Un rasgo más para terminar esta *Anécdota*, que está resultando un auténtico mosaico. Sólo he asistido una vez en mi vida a la comida de los antiguos alumnos. Ahora bien, sucedió que en 1857, mientras era yo vicario en la catedral de Montpellier, llegué a Nimes sin sospechar que era la víspera misma del banquete. Alguien creyó, naturalmente, que venía para la reunión fraterna. Me presentaron la lista y pagué mis veinte francos. Pero estaba decidido a regresarme muy de mañana, antes del banquete, para evitar la reunión. ¿Por qué? ¿Qué sé yo? El Padre me había dicho muy contento:

- Esta vez, por fin, te tenemos.

Mi respuesta fue evasiva y probablemente embarazosa, el hecho es que infundió sospechas al Padre, que me miró sin decir palabra. Creía haberme librado y, la mañana misma del día del gran banquete de los amigos, me dirigí a la estación para tomar el tren expreso. Pero... ¡Oh!, pero... en el momento en que me dirigía a la boletería, allí lo vi, bien plantado, al Padre d'Alzon riéndose maliciosamente:

- ¡Ah!, ¡helo aquí! Ya me parecía que tenías la maligna intención de jugarme una mala pasada. Vamos, querido amigo, no te suelto. Almorzamos dentro de algunas horas y los viejos amigos estarán encantados de volver a verte.

Me dejé conducir al colegio, humilde, sumiso y pasablemente avergonzado.

### **El Profesor**

Hemos hablado en la *Primera Serie* del director del colegio de la Asunción. Tratemos ahora de bosquejar al profesor.

Durante el año escolar de 1848-1849, el Padre d'Alzon, emprendió la tarea de dar a los alumnos de la primera sección, todos los jueves, a las once horas, un curso de historia eclesiástica. Los que tuvieron la suerte de asistir a él han deplorado siempre que las múltiples e importantes ocupaciones hayan impedido a un profesor tan distinguido, tan interesante, cuya erudición tan vasta les maravillaba, continuar esta enseñanza, que sólo duró unos meses. Todos ganamos una cosa sin embargo: aprendimos la auténtica manera de estudiar la historia, elevándonos desde los detalles hasta aquellas visiones de conjunto, a aquellos resúmenes generales que muestran la acción de Dios manteniendo entre

sus manos las riendas de los acontecimientos humanos, sin abdicar jamás de su realeza suprema, siendo siempre el Señor, y al mismo tiempo respetando en el hombre, mientras está sometido al tiempo, la libertad que le ha dado.

He aquí el método del Padre; llegaba a clase con su cuaderno de notas, de formato in-4º, y un volumen de Alzog, nuestro manual. Las páginas de su cuaderno estaban divididas en dos; escribía el resumen de su lección en la derecha; en la izquierda insertaba las notas o escribía los pensamientos que le venían a menudo mientras hablaba.

Permítaseme decir que, durante estos cursos, el Padre se presentó por primera vez con la cabeza cubierta por un bonete negro de raso. Doy este detalle porque no lo he olvidado nunca, a causa de la neuralgia de que sufría entonces. Pese a esa desventurada neuralgia nunca abandonó sus clases. Tenía una voluntad de acero bien templado, es cosa sabida.

Sentado en la cátedra del estudio, comenzaba dando el resultado de las redacciones de los alumnos en la clase precedente. Sus observaciones caían a propósito; casi siempre sazonadas con finos comentarios encantadores.

Seguía la lección. Mientras el profesor hablaba tomábamos notas. Sin embargo, su enseñanza era tan clara, su dicción tan armoniosa y bien acentuada que la mayoría de los alumnos escribía directamente en su cuaderno, de modo que su redacción estaba hecha cuando la clase terminaba. Al Padre le gustaba eso, pero no se lo permitía a todos.

El tiempo restante se consagraba a las objeciones y a las preguntas. Entonces es cuando se apreciaba al profesor. Respondía a todo como si lo hubiera previsto todo. Nunca lo sorprendíamos desprevenido; era como una enciclopedia viviente en la cátedra. Le escuchábamos encantados y maravillados de su ciencia, pendientes de sus labios, de los que fluían tan hermosas palabras.

Los alumnos a veces presentaban objeciones por escrito que suscitaban la admiración del Padre. Eran auténticos modelos de redacción, de elocuencia y de poderosa dialéctica. He conservado algunas de ellas: las más notables son las de Edgar de Balincourt, de Numa Baragnon, de Anatole de Cabrières. El Padre las conservaba cuidadosamente; poseía una colección.

Conservo en mis recuerdos escritos algunas bellas consideraciones de nuestro ilustre profesor y conferencista. Ya que expresan las grandes líneas de su enseñanza indicando su método, las copio aquí, sin alterar una sola palabra. Estas palabras fueron pronunciadas en la apertura del curso:

"Dios es el Dueño único y absoluto. Hizo al hombre para él; hacia él retornan las oleadas de vida de las que él es la fuente y también el fin: *Pricipium et finis (Principio y fin)*.

Siempre ha tenido en la tierra un representante oficial: Adán en primer lugar, luego los patriarcas. Después de Moisés el oficio de representante se desdobra: el sumo sacerdote con el jefe del Estado, unidos bajo una misma ley, separados en sus funciones. Aparece Jesucristo, el Mesías. Une en su persona el sumo sacerdocio y la realeza. El sacerdocio nuevo le viene directamente de Dios, no por vía de generación; la realeza le es transmitida naturalmente por la sangre de su Madre virgen, de la estirpe de David; legalmente por José, el último de los patriarcas, hijo y heredero de David. José muere en el momento en que el Mesías inicia su misión pública. Éste se presenta, pues, como sacerdote y como el heredero legítimo de los derechos de David. Los judíos lo saben y nunca le niegan el título de Hijo de David, que pertenece al Salvador. "¡Jesús, hijo de David, exclama Bartimeo, el ciego de Jericó, ten piedad de mí!". Ninguna voz se levanta para protestar.

Después de la Ascensión, el sumo sacerdocio y la dignidad patriarcal y real pasan a Pedro, para ser transmitidos después de él a sus sucesores. No se puede negar este hecho: el Papa es el primer hombre del mundo, el auténtico *primogenitus*, por derecho propio. Es también sacerdote y jefe soberano de este inmenso imperio más vasto y más sólido que el imperio romano, es decir, de la gran Iglesia Católica. Además, su jurisdicción se extiende sobre todos los bautizados; e indirectamente, tiene a su cargo a los no bautizados, ya que ha sido establecido para hacer entrar a todos los hombres en el redil de Jesucristo. Estos últimos son, de acuerdo con Inocencio III, las *alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovile, et illas oportet me adducere...* (tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir) (Juan 10, 16).

Habéis notado en el Evangelio aquella palabra del Señor a sus discípulos: *Expedit vobis ut ego vadam?... (Os conviene que yo me vaya)* (Juan 16, 7). Mientras el Salvador estaba en la tierra, los apóstoles eran sus hijos, discípulos formando un grupito. Después de la Ascensión, sobre todo después de Pentecostés, se presentaron ante el mundo como herederos en posesión de su herencia, como otros tantos jefes bajo un jefe supremo. Lejos de continuar siendo un grupito, ampliaron el círculo, se repartieron el mundo y establecieron aquella sociedad universal que es la Iglesia Católica. San Agustín ha dicho: *Spiritus Sanctus in Pentecoste adveniens, ipsos ex discipulis fecit magistros eosque*

*orbis doctores creavit (Cuando vino el Espíritu Santo en Pentecostés, hizo de los discípulos maestros y los constituyó doctores del universo).*

Así es como los patriarcas sucedieron a los patriarcas, así es como José murió en el momento preciso para dejar aparecer a Jesús en la plenitud de sus derechos y en todo el majestuoso esplendor de su personalidad; así es como el Salvador desapareció para hacer de los apóstoles otros tantos príncipes.

Todas las generaciones humanas, agitadas por acontecimientos diversos, se suceden como las olas del océano, en torno a la roca inmovible sobre la que se asienta el representante de Dios, el auténtico monarca del mundo, el primogénito de la raza humana, por derecho de mayorazgo transmitido, el sucesor de san Pedro, el Vicario de Jesucristo.

Antes de la Encarnación todo confluía hacia el pueblo de Dios; después de la Encarnación, todo converge hacia la Iglesia. Una palabra lo resume todo: Jesucristo es el comienzo, la continuación y el final de la historia. Nunca tendremos la clave de los acontecimientos y de las revoluciones, ni la ciencia del gobierno; no caminaremos con pie firme, nos faltará previsión, caeremos de falta en falta, mientras no se adopte la única política cuerda y segura: estudiar la voluntad de Dios para inclinarse bajo su autoridad dirigiendo a los pueblos por este camino, el único que conduce a la felicidad y a la salvación".

He aquí mis notas, en las que nada he cambiado, ni siquiera para corregir lo que es mío, o alguna expresión poco precisa o una falta de nitidez de estilo. He querido presentar tal cual un ejercicio de un alumno del Padre d'Alzon, que escribía rápidamente mientras el maestro distinguido hablaba. Era en 1848; y en 1894 se me puede creer si digo que encuentro en estos viejos recuerdos, tanto tiempo silenciosos, un encanto que desearía comunicar a mis simpáticos lectores.

¡Qué de horas deliciosas transcurrían así! Entonces aprendimos a conocer y amar a esta Iglesia Católica que nos presentaban tan grande y tan bella. Allí tuvimos la feliz suerte de sondear y admirar la asombrosa variedad de los conocimientos del Padre. Su enseñanza era tan límpida, tan viva, tan atractiva, está tan clara en mi memoria, que me parece que reproduciría sin esfuerzo aquellas preciosas conferencias, puros fragmentos, desgraciadamente, de un vasto plan que nunca se completó.

¡He ahí al profesor! ¡Santo Dios!, ¡cuánto bien hizo este hombre a nuestras inteligencias y a nuestros corazones! ¡Bendita sea su memoria! Con gran gozo le rindo este homenaje sincero ante sus hijos más jóvenes.

### **Hablando de zapatos**

Estamos en 1861, en el mes de junio. En un compartimento de primera clase del expreso que corre de Nimes a Montpellier, se encuentran solos el Padre d'Alzon y su alumno, el abate H.-D. G... Ya conocemos al abate; más vale para la fluidez del relato que se salga de sus iniciales.

El Padre, un tanto cansado, había apoyado los pies sobre la banqueta de en frente. Estaba calzado con aquella clase de zapatos que llevaba habitualmente, que llamaban descubiertos, sin hevillas; nunca las había llevado incluso antes de ser religioso. Pero, en lugar de adornos, el zapato del pie derecho tenía dos piezas bastante rústicamente cosidas, una a cada lado.

Miraba yo atentamente aquellos remiendos, cuando me dijo el Padre:

- Querido amigo, tu contemplación es un tanto larga y tu asombro bastante ridículo. ¿Qué tienes que decir? ¿En tu opinión el zapatero no ha hecho bien su trabajo? Si había dos agujeros, se necesitaban dos piezas ¿no?

- Tiene usted razón, Padre, se necesitaban dos piezas, sobre todo visto que los agujeros estaban bastante lejos el uno del otro.

Mientras tanto iba yo pensando:

- He ahí a dónde ha venido a parar el señor abate d'Alzon, Vicario general y canónigo, en otros tiempos tan cuidado en su presentación, aunque siempre fue sencillo.

Luego en voz alta:

- ¿Qué diría la señora vizcondesa d'Alzon, si viviera para ver lo que yo veo?

- ¡Oh!, amigo mío, estate tranquilo, mi pobre madre ya ha visto otras, incluso cuando su hijo era, como dirías tan bien, el señor abate d'Alzon, Vicario general y canónigo, cosa que sigue siendo, mal que te pese, aunque con un capuchón de más. Has de saber por otra parte que mi miseria era siempre de corta duración; mi excelente madre me enviaba regularmente ropa nueva.

- Ya lo sé, y sé también que en cuanto esa ropa nueva llegaba, la distribuía usted a los pobres.

- Eso a ti no te importa. ¿No podía yo hacer con lo mío lo que me diera la gana? ¿Va a ser tu ojo malo porque yo he querido ser bueno?

- ¡Dios me libre! Pero mi ojo ha visto y mi espíritu ha comprendido con cuánta liberalidad ha obrado, bajo el supuesto legítimo de que usted era dueño y señor de esos bienes para derrocharlos y perderlos, siempre en beneficio de los demás. Es lo que sigue haciendo y hará con toda probabilidad.

-Te agradezco, querido amigo, la observación y admiro el tono profético que empleas.

- Volvamos al punto de partida, Padre.

- ¿A Nimes?

- No, a los zapatos. ¡Me obsesionan esos dos remiendos!

- Si no es más que eso, dame los tuyos y toma los míos.

- No me atrevería a salir por Montpellier con unos zapatos como los suyos.

- Escucha, hijo mío, eres un orgulloso, y si no eres un orgulloso, es que eres vanidoso; y si no eres ni un orgulloso, ni un vanidoso, eres un coqueto. Créeme, podemos llevar zapatos remendados y sotanas raídas, siempre que los zapatos estén lustrados y la sotana bien cepillada y limpia. Al fin y al cabo soy un religioso, he abrazado la pobreza; ¿no debo predicar con el ejemplo a mis religiosos? Si vas a tener que hablar de mí cuando esté muerto, estarás más contento de poder decir: llevaba zapatos remendados, una sotana que mostraba la hilacha, un sombrero "consternado" (es su propia expresión), que de tener que decir que yo estaba muy preocupado por el cuidado de mi persona, de mis sotanas, de mis zapatos, de mi cabellera. Créeme, no olvides nunca lo que te digo: bajo el pretexto fútil de no contrariar a la sociedad, de presentarse de un modo decente y digno, nos dejamos llevar a cuidados superfluos e inútiles. Mis zapatos mal cosidos no impedirán a un solo pecador venir a confesarse, aunque parezcan escandalizarte a ti, a ti sacerdote que deberías tener ideas más sanas. ¿Te imaginas a Pedro y Pablo pasando por la peluquería, comprando una toga nueva y blanca como la nieve antes de presentarse ante Nerón o ante los jueces de Roma? Quiero imbuir en mis discípulos -y en ti también, si puedo conseguirlo- el espíritu de absoluto desapego; con hombres desprendidos de todo, se puede volver el mundo del revés, como lo hicieron los apóstoles.

El tren llegaba a la estación de Montpellier. Al bajar del vagón el Padre añadió:

- No seas difícil de contentar, querido amigo. Quizá llegue el día en que tengas que llevar zapatos más remendados que los míos; y remendados no por mano de un zapatero sino por tu propia mano. Entonces se verá un hermoso trabajo. Pensarás con envidia en los zapatos del Padre d'Alzon. No olvides este último consejo.

El Padre iba a la ciudad por algunos asuntos. Yo me fui a mi casa, repasando en mi espíritu, para conservarlas, aquellas palabras que había escuchado. Las últimas me impactaron hondamente.

No pretendo atribuir valor profético a estas últimas palabras. Sin embargo me volvieron a la memoria en la época en que, estando encargado como misionero en el distrito de Llanherne, en las Cornouailles inglesas, tenía que hacer grandes trayectos a pie para visitar a mis católicos diseminados en un vasto territorio entre la Mancha y el Atlántico. Más de una vez, tuve que remendar yo mismo mis zapatos, no pudiendo encontrar ni la sombra de un remendón. Y como no tenía a mano las herramientas apropiadas, hube de recurrir a una cuerda vulgar y corriente para hacer las costuras. No quedaba bonito, pero sí fuerte. En tales casos me acordaba de la escena que acabo de describir, me representaba los zapatos del Padre d'Alzon y me reía con ganas.

A este propósito quiero añadir aquí una nota que considero importante.

No creo que sean numerosos los lectores de estas *Anécdotas*, fuera de los antiguos de la vieja Asunción. Pero en fin, quienes tengan la paciencia de seguirme se darán cuenta del cuidado que pongo en evitar cuanto parezca milagroso. Sin embargo, he oído contar del Padre muchas cosas extraordinarias. Yo no lo he visto todo; no he tenido que constatar nada. Confieso francamente que no necesito milagros. San Ignacio de Loyola, el beato Juan Bautista de la Salle y otros, a quienes honramos con culto, no realizaron ni un solo milagro en vida.

Me basta haber visto en el Padre d'Alzon la práctica heroica y constante de las virtudes cardinales y de las demás virtudes anejas, coronadas en lo sobrenatural por las virtudes teologales. Esto lo he visto, lo he constatado, y estoy dispuesto a afirmarlo bajo juramento. Dios me libre de adelantarme en nada al juicio de la Iglesia. Puedo decir, sin embargo, que no aprovechamos lo suficiente del Padre d'Alzon en los casos en que su intervención podría manifestarse.

### **El busto de Cristo docente**

En la sacristía del colegio de la Asunción en Nimes, se puede admirar, encima de un armario, un busto en escayola del divino Maestro. Al menos allí estaba en 1891.

Este busto es un vaciado de la magnífica estatua del Cristo docente que se admira en el tímpano central de la catedral de Amiens. Fue traído por el abate de Cabrières, al regresar de las fiestas de Arrás en honor de la beatificación de José Benito Labre, a las que había acompañado a su obispo, Monseñor Plantier. ¿Cómo llegó esta imagen a la Asunción? Lo ignoro, pero sé muy bien que el abate de Cabrières tenía costumbre de regalar sus tesoros tras haberlos disfrutado algún tiempo. El busto que está en la Asunción perteneció ciertamente a mi viejo amigo; el recordado Padre Alexis me lo confirmó en 1891, durante mi visita al colegio.

Un día, en el obispado de Nimes, me encontraba yo con el Padre d'Alzon, en el despacho del abate de Cabrières. El busto acababa de llegar; estaba allí sobre una mesa. Las reflexiones que hizo entonces el Padre me sorprendieron, y me di prisa, según mi antigua costumbre, a ponerlas por escrito. Helas aquí:

"¡Mira, amigo mío, he ahí al Verbo encarnado! Contempla la nobleza de esta imagen, a la vez divina y regia, pese a una cierta rigidez que el cincel del artista no ha sabido o querido evitar. ¿No te admira esa calma, esa dulzura?, ¿esa mirada tranquila, tan límpida, llena de vida, de suavidad y de amor? Uno se siente atraído por la influencia de un encanto irresistible, de una fascinación misteriosa y deliciosa a la vez.

Esta imagen de Cristo es soberbia, en su sitio, en el centro de la puerta principal de la antigua catedral. El Salvador está sentado, rodeado de apóstoles y de obispos que forman un semicírculo ante él. Parecen escucharlo con embeleso, mientras los ángeles descienden para admirarlo y adorarlo.

He aquí el hermoso tipo de ideal que desde la Encarnación sustituyó la grandeza material del arte griego, tan admirable de todos modos. Ya no hay término medio; si puedo servirme de una expresión de Pascal, el arte ya no puede ser sino "ángel o bestia". Es bestia cuando no es cristiano. Definitivamente, no se podrá superar la escultura antigua en lo que respecta a la perfección de la forma; se la sobrepasará si nos elevamos a la expresión sublime que Jesucristo ha dado a la naturaleza humana desde el momento en que asumiéndola, la ha moldeado de nuevo de un modo tan eminente a imagen de Dios.

Jesucristo y la Virgen Inmaculada, he ahí en adelante los tipos perfectos del ideal artístico; podrán aún esculpir cuerpos, torsos, trabajar el desnudo en gran variedad de posturas; no se logrará hacer nada de auténticamente hermoso si le falta la irradiación del rostro divino del "más bello de los hijos de los hombres". La pureza virginal y la dulzura son virtudes cristianas..."

No puedo olvidar la emoción que experimenté el día en que, tras veinticinco años de ausencia, en el momento de revestirme para la misa en la sacristía de la Asunción, mis ojos toparon con aquel busto mudo que despertó inmediatamente en mi alma los recuerdos de un lejano y encantador pasado. Era por el tiempo del undécimo aniversario de nuestro venerado Padre.

### **Influencia sobre el pueblo**

La influencia del Padre d'Alzon sobre el pueblo era prodigiosa. ¿A qué se debía? ¿De dónde procedía su prestigio? ¿De su nombre? ¿De su fortuna? ¿De su hermosa prestancia o bien de su elocuencia? No; sin duda estos dones externos llaman la atención y pueden ser causa de una fuerte atracción, pero de ordinario sólo excitan la admiración, el respeto y aquel sentimiento de deferencia que se experimenta ante un hombre superior.

La influencia del Padre d'Alzon llegaba más lejos y calaba más hondo; reinaba en los corazones. El pueblo le quería porque se sentía querido por él; comprendía al pueblo al que se había entregado con todas las potencias de su alma grande. Entre los hombres era un auténtico jefe; sus deseos eran órdenes, sus palabras electrizaran a las multitudes; se le seguía con entusiasmo, con pasión, con delirio. ¿No es cierto que su recuerdo ejerce aún hoy una asombrosa fascinación?

Pero igualmente, ¡con qué tacto, con qué respeto sabía tratar al pueblo, con qué amor de su corazón grande en generosidad y profundo en desinterés! Hablaba a los más humildes con la cortesía de un gentilhomme, en un lenguaje sencillo, familiar y simpático.

Los más pobres sobre todo eran los destinatarios de sus atenciones más delicadas; porque a sus ojos la pobreza era una dignidad. Parecía conocer a todo el mundo; se mostraba a gusto con todos, todos se sentían felices de tratar con él y orgullosos de recibir una palabra suya. Se ocupaba ante todo de las almas; también velaba con ternura por las privaciones materiales y los sufrimientos corporales. Más de una vez se le vio cuidar a los enfermos con sus propias

manos y realizar tareas propias de una Hermana de la Caridad. He escuchado a algunos pobres contar, entre lágrimas de agradecimiento, cómo aquel sacerdote se había prestado como enfermero para lavar sus cuerpos y curar sus llagas.

¿Qué no ha hecho por el pueblo de Nimes? ¿Qué obras no ha creado para ayudar, aligerar y consolar a los desgraciados? Por eso los pobres han seguido siendo sus amigos fieles, incommovibles en su afecto, mientras que en las clases acomodadas, sin exceptuar al clero, ha habido hombres que se han opuesto a sus empresas, le han criticado en su celo y ridiculizado en sus actos, cuya pureza y grandeza no comprendían.

Los pobres le han comprendido siempre; tenía para con ellos las atenciones más tiernas y las más delicadas. He aquí un ejemplo:

Había en el colegio de la Asunción, y sigue habiendo, una Conferencia de San Vicente de Paúl. Los alumnos iban a visitar a los pobres a domicilio. Paul de Pèlerin estaba encargado con uno de sus camaradas de aquella parte de la ciudad de Nimes, poblada de tejedores, situada entre el camino de Uzès y el de Aviñón.

Allí vivía con su hija un anciano paralítico. Habitaban detrás de una casa destaralada, al final de un patio lleno de barreduras y estiércol, en una especie de cueva sucia, húmeda, sin aire, una auténtica pocilga. El único mísero camastro lo ocupaba el lisiado, su hija dormía en el suelo sobre un montón de viejos andrajos y paja mohosa. ¡Era un espectáculo desolador! He visto a Paul de Pèlerin sacudir aquellos andrajos en el patio, le he visto lavar al paralítico y tender aquella cama repelente sólo de verla. He asistido en aquel cuchitril a una fiestecita, una comida familiar que había llevado mi digno amigo y que, sentado en una caja a guisa de silla, animaba a comer a padre e hija. Su alegría daba gusto verla; reían hasta las lágrimas: risas de gozo, lágrimas de agradecimiento.

¡He ahí cómo formaba a sus alumnos el Padre d'Alzon!

Se decidió buscar en algún sitio un alojamiento más apropiado cuyo alquiler sería abonado por la Conferencia y trasportar allí al enfermo. Finalmente se encontró una habitación en un segundo piso, cerca del colegio de la Asunción. ¿Pero cómo trasladar a un hombre paralítico de todos sus miembros? Se decidió alquilar un carretón y transportar en él al anciano, cubierto con una manta. Imposible pensar en un coche; los cocheros se negaban a hacer el servicio en cuanto se enteraban de qué se trataba. El Padre d'Alzon oyó hablar del proyecto de sus alumnos.

- ¡Cómo!, dijo, ¿un carretón? Ni hablar. Hay que tratar a los pobres con mucho más respeto. ¿Acaso no son los amigos de Jesucristo? Dejádme a mí, tengo una idea que resolverá el asunto.

Sin perder un minuto, fue a casa de la señora condesa de B... para pedirle que le prestara su silla de mano, de la que por otra parte nunca se servía. Le explicó lo que quería hacer y su petición fue atendida con la mejor gracia.

Fue de ver entonces al pobre paralítico, en un estado repelente, sentado en un asiento de terciopelo verde, en un carruaje dorado, tras cristales biselados. Las pinturas del exterior representaban genios alados, gordos como hortelanos, revoloteando y persiguiéndose por entre guirnaldas de flores. En las portezuelas se podían ver los escudos de nobleza realzados con la corona de conde.

Era tan rico y brillante que se tuvo por cosa prudente colocar al menos una alfombra sobre la silla para cubrir al menos una parte. El cortejo atravesó la ciudad de Nimes, escoltado por un grupo de alumnos de la Asunción.

¡Así es como trataba el Padre d'Alzon a los pobres de Jesucristo! Con este ejemplo que se juzgue lo demás.

Paul de Pèlerin, a quien yo evocaba esta escena con motivo de mi último paso por París, parecía no haber conservado más que un vago recuerdo. Lo comprendo, ha olvidado el hermoso papel que desempeñó en esta historia; no tomaba notas del bien que hacía; las he tomado yo en su lugar y no lo lamento en este momento.

Para captar correctamente el auténtico carácter del Padre, nunca hay que perder de vista que la única preocupación de su alma era el Reino de Jesucristo; veía a Dios en todo y en todas partes. Fundó el colegio de Nimes, reunió en él a los herederos de la aristocracia del Mediodía, no para rodearse, él noble, de la nobleza. Pero pensaba que formando para Dios, para la Iglesia y para la patria a los hijos de las clases superiores, prepararía para el porvenir influencias saludables para el bien del pueblo.

Sus esfuerzos no han carecido de éxitos. Sin embargo, su ambición no ha quedado satisfecha; hubiera deseado reclutar entre la aristocracia y las clases superiores, numerosas vocaciones para el sacerdocio y la vida religiosa. Las posiciones brillantes de muchos de sus antiguos alumnos le daban cierto orgullo pero no le deslumbraban. En la milicia del apostolado es donde hubiera deseado ver enrolarse a sus discípulos en gran número.

Este pensamiento sobrenatural le dominaba de tal forma que un día, hacia el final de su vida, abrió su alma ante el colegio reunido en la capilla. Quienes estaban presentes han contado que el Padre, en aquella circunstancia memorable, había alcanzado las cimas de la elocuencia del corazón. Los oyentes se vieron transportados por una emoción imposible de describir. Él mismo, emocionado, conmovía a las almas hasta en lo más profundo. He aquí algunos pasajes del notable discurso que un amigo tuvo a bien enviarme a Inglaterra.

"Después de tantos años transcurridos desde la fundación del colegio, después de tantos éxitos que han recompensado los esfuerzos de los profesores, en esta hora en que muchos de los antiguos alumnos ocupan en la sociedad puestos elevados y honorables, he de decir con desaliento en el alma, pese al bien ya alcanzado, que no he logrado, como eran mis deseos y mis planes, dar a la Iglesia las vocaciones que tenía la ambición de darle.

Diré, pues, con san Pablo y san Bernabé: "A vosotros es a quien el Verbo de Dios debía ser anunciado en primer lugar, pero ya que lo habéis rechazado... nos volvemos a los paganos" (Hechos 13, 46).

He resuelto volverme hacia las clases inferiores de acuerdo con la estimación del mundo, es decir a aquella juventud robusta, sencilla, entregada, enérgica; a aquellos hijos del pueblo cuya fe no retrocederá ante los sacrificios. Allí espero, con la gracia de Dios, encontrar los recursos que busco para entregar a la Iglesia de Jesucristo sacerdotes y religiosos según el corazón de Dios. Escucharán mi voz, comprenderán mi llamada, como está escrito: *Se alegrarán, glorificando la Palabra del Señor...*".

La voz del Padre d'Alzon fue oída; su llamada fue comprendida. Miremos a nuestro alrededor para constatar su éxito realmente milagroso.

Los Alumnados, florecientes con la bendición del cielo, envían cada año enjambres llenos de ardor que se dirigen a los Seminarios o a las distintas Órdenes religiosas. La magnífica Congregación de los Agustinos de la Asunción surge, casi en su totalidad, de los Alumnados. La fecundidad de estos establecimientos es asombrosa; la valía de los que de ellos proceden nos hace bendecir a Dios por haber inspirado a nuestro Padre el pensamiento de abrir estas fuentes inagotables de celo, de entrega y de fe, al tiempo que de inteligencia, de energía y de intrépida valentía. Tales son los rasgos de la auténtica nobleza. La sabia resolución del fundador queda confirmada por los hechos. ¿Cuántos alumnos del colegio de la Asunción, incluyendo al antiguo Clichy, todos unidos al Padre d'Alzon mediante un cariño sincero, le han seguido sin embargo hasta el final por el camino del heroísmo y del sacrificio, vistiendo el hábito religioso? ¿Una quincena?

Añadamos una veintena de sacerdotes diocesanos y tendremos el total de vocaciones sacerdotales entre 1845 y 1895, ¡en un período de cincuenta años! Pero he aquí las apretadas filas de los hijos más jóvenes de los Alumnados, muchos de los cuales no han conocido al Padre d'Alzon, que caminan con entusiasmo, como un valiente ejército bajo su gloriosa bandera, repitiendo su grito de guerra: *¡Adveniat Regnum Tuum!*

¿Qué razón tenía el Padre cuando escribe el 15 de octubre de 1875!: "¿Cómo dudar de la inspiración providencial de los Alumnados, cuando se piensa en sus oscuros comienzos y en su maravilloso desarrollo?".

### **La pobre habitación del Padre n el "Arca de Noé"**

Había antiguamente en el colegio de la Asunción, en el cuerpo de edificio llamado el "Arca de Noé", una serie de habitaciones, en el primer piso, subiendo a derecha. Las ventanas daban al patio de los "mayores", menos la última que daba al patio de los "medianos".

La primera de tales habitaciones al entrar en el pasillo era la del Padre; la segunda la del señor Tissot, la tercera la del señor Víctor Cardenne y el señor Cusse habitaba en la última.

Durante las vacaciones de 1849 los tabiques fueron derribados para hacer un segundo dormitorio destinado a los de la primera sección. Sólo la historia de Jerusalén, ciudad que ha sido destruida y reconstruida dieciocho veces, puede dar una idea de los cambios experimentados por el "Arca de Noé" de la Asunción de Nimes. Las remodelaciones de Jerusalén parecen terminadas, las del pabellón central de nuestro colegio tendrán que aguantar tantos asedios como nuevos directores tenga, ayudados por su prefecto de disciplina. La tradición de los prefectos es ser los Nabucodonosor del "Arca de Noé". Nadie debería asombrarse si, mientras se escriben estas líneas, la pica, el martillo y el hacha se estuvieran aplicando a hacer una sala de estudio de lo que fue un comedor, o un comedor de lo que fue una clase. Es bastante curioso que los saqueos sólo hayan devastado el interior. El caparazón sigue siendo en 1895 lo que era en 1844; con la campana en el lado derecho del balcón y las persianas verdes en todas las aperturas.

Pero de lo que quería hablar es de la habitación del Padre d'Alzon. Sufría, como todo el mundo sabe, de violentos calambres estomacales, cuyos ataques, intermitentes, eran de duración y gravedad variables.

Tenía la costumbre de barrer él mismo su habitación y tender su cama. Sin embargo, cuando los ataques de su mal se tornaban demasiado dolorosos, me solía llamar para que le ayudara, o bien me mandaba la llave con el ruego de que le arreglara el cuarto. Era raro que permitiera a alguien entrar en aquel recinto.

He aquí la descripción de aquella auténtica celda de monje, de muros blanqueados a la cal.

Entrando, a la izquierda, estaba la cama, compuesta de dos bancos, tres tablas, un jergón de paja muy duro, una almohada rellena con paja trillada. Frente a la puerta, contra la pared, había una cortina de tela verde, con anillas de cobre que le permitían deslizarse sobre una barra de hierro, para esconder los hábitos colgados de unos ganchos. A la derecha, al fondo y frente a la cama había una mesa de madera blanca con un crucifijo, una estatuilla de la Virgen y una calavera. Luego había una cómoda con cajones y un velador como los de los dormitorios. Encima de la cómoda una pequeña biblioteca de tres estantes con varios libros de piedad, entre los que hay que señalar una Biblia, las *Confesiones* de san Agustín, el *Tratado del Sacrificio de la misa* del cardenal Bona, una hermosa *Imitación*, edición elzevir, y un cierto número de libros de Regla de diversas Órdenes religiosas.

Además había dos sillas ordinarias y un felpudo que le servía de pie de cama. No había sillón; no recuerdo haber visto nunca un sillón en el dormitorio del Padre.

Creo ser preciso en mi descripción, pues a menudo hice el inventario de aquella querida celda cuando me encontraba solo en ella. ¡Cuántas veces realicé "mi viaje alrededor de aquella habitación"!

Nadie se sorprenderá si añado que he visto muy de cerca los instrumentos de penitencia de nuestro Padre: su disciplina recién ensangrentada, sus brazaletes y cinturón de hierro, su cilicio de pelo de cabra, en forma de amplio escapulario, que iba de espalda a espalda y bajaba hasta por debajo de la cintura. Hablo de ello hoy sin escrúpulo; antaño estaba obligado al secreto más absoluto.

Había también otro cilicio de dimensiones más modestas, más fácil de disimular bajo el hábito durante el día.

Sucedía a veces que el Padre era incapaz de levantarse, debido a sus dolencias. En ese caso mandaba llamarme para que le ayudara a rezar el Breviario o para hacerle una lectura espiritual. Interrumpía a menudo tales lecturas para decirme:

- Vamos a ver, ¿comprendes bien lo que lees?
- Eso creo.
- Entonces, ¿cuándo lo vas a poner en práctica para hacerte un santo?

Un día -no lo he olvidado- la lectura estaba tomada de las *Confesiones* de san Agustín y el Padre me interrumpió de repente después de cierto pasaje y me dijo:

- ¡Hijo mío, qué lejos estás tú de eso!

Un tanto molesto por la aplicación, me permití replicarle:

- Padre... estoy leyendo para usted no para mí.

La respuesta fue fulminante:

- ¡Ah, ya te has picado! He dado en el clavo. Escucha, amigo mío; si llegas a ser sacerdote algún día, ¿vas a predicar para los demás sin aprovechar tú mismo tus enseñanzas? ¡Valiente apóstol vas a ser! ¿Tendrás la osadía de decir a tus oyentes: "Esto es para vosotros y no para mí"? Menudo predicador que estoy preparando para el mañana.

¡Cuántas veces a lo largo de mi ministerio me ha venido a la mente este reproche! No sé si habré subido al púlpito una sola vez sin pensar en ello.

### **El dormitorio**

Me dan ganas de pasar de la habitación que acabo de describir, a nuestro dormitorio, que ocupó su emplazamiento a partir del inicio de curso de 1849-1850. En este dormitorio durmieron alumnos que han llegado a ser hombres ilustres. Allí se encontraban Anatole de Cabrières, Albert de Courtois, Octave de Camaret, Léon Conte, Edgard de Balincourt, Marcel Murjas, Numa Baragnon, Raymond Pansier, Henri Dassas y otros.

Se trata de una magnífica constelación de estrellas, de brillo y tamaño diverso: un obispo, un senador, un miembro de la Corte de Apelación, un cónsul general, dos párrocos decanos, un vicario distinguido, un coronel de artillería, un jefe de escuadrón de dragones, todos ellos hombres de fe y de piedad. ¿Suficientemente hermoso?

Que todas estas celebridades, las que aún viven, recuerden aquellas camitas del colegio, alineadas una al pie de la otra en tres filas a lo largo del dormitorio. ¿Cuántas veces habrán echado en falta aquellas noches tranquilas, aquel sueño apacible, aquel despertar sin inquietud en el "Arca de Noé"?

¿Habrán olvidado aquella camisa de dormir de color rosa que cada alumno debía enfundarse antes de acostarse? ¿Y la revista del señor Hippolyte, hoy venerable Padre Hippolyte, yendo de improviso de cama en cama para asegurarse de que lo rosa no ocultara lo blanco, es decir la camisa de noche a la ropa de día? Hoy habrán remplazado todo eso por

habitaciones, tal vez suntuosas, con camas anchas y muelles. El uniforme del colegio, el gorro galonado de oro y la túnica azul de Prusia, se ha trocado en mitra de oro y capa bordada, en toga de terciopelo y túnica roja, en esclavina bordada de armiño, en uniforme de brillantes charreteras, en casco resplandeciente. Y sin embargo, quienes llevan tan ricas vestiduras, signo de su rango y dignidad, se encaminan por la senda que muchos ya han recorrido, hacia hileras de camas en las que cada cual no tendrá sino un lecho bien estrecho y sólo llevará un traje muy sencillo y muy prosaico: ¡un ataúd y un sudario!

Ni campanas ni tambores les despertarán hasta el amanecer de aquel gran día en que la trompeta les llame a todos; y vendrán obispos, coroneles, sacerdotes, magistrados ante el soberano Juez, para rendir cuenta pública y solemne del modo como han desempeñado su papel sobre el escenario del mundo, poniendo en práctica las enseñanzas de aquel hombre eminente, aquel santo, cuyos discípulos hemos sido.

### Los deslumbramientos de la mitra

Yo estaba presente, pero no diré ni dónde ni cuándo, y me guardaré muy bien de revelar el nombre del actor principal de la escena que voy a describir. Un joven sacerdote, virtuoso, con mucho talento, cuyo porvenir no podía ser sino brillante, pero no carente de cierta ambición, todavía ingenua, antes de llegar a su expansión, que es el cálculo y a la intriga, decía:

- Quisiera llegar a obispo para disfrutar durante toda la eternidad de la plenitud del sacerdocio.

Al escuchar esto, el Padre d'Alzon puso una expresión que habría que pintarla; había en ella algo de asombro, de estupefacción, y los signos de una lucha interior entre la indignación y la risa. Se quedó un momento silencioso, como un hombre que no sabe qué hacer ni qué decir. Reponiéndose de su sorpresa dijo:

- ¡Amigo mío, qué fina, sutil, elevada y al mismo tiempo qué profunda tu salida! ¿Te ha venido con toda naturalidad, sin esfuerzo? Yo hubiera necesitado mucho tiempo para encontrar algo así. Te confieso que por un momento me has dejado perplejo. ¡Qué ilusión óptica! Abre bien los ojos para ver; porque a fin de cuentas si hay "plenitud del sacerdocio" en el cielo, no es temerario decir que las habrá igualmente en el infierno. ¿Dónde has encontrado alguna palabra sagrada que pueda justificar esos deseos que expresas? ¿Será en el *bonum opus desiderat* (*desea una noble función*: 1 Timoteo 3, 1) de san Pablo? ¿Pero no te parece que san Juan da el verdadero sentido de esta palabra en el Apocalipsis cuando escribe: *opera enim illorum sequuntur illos*? (*porque sus obras los acompañan*: Apocalipsis 14, 13).

He ahí lo que hay que ambicionar para gozar de ello durante toda la eternidad. Creo que en el cielo la "plenitud de las buenas obras" aventaja a la "plenitud del sacerdocio". ¿No te parece? Y la práctica de la humildad forma parte, me parece, de la plenitud de las buenas obras. En cuanto a los lugares y a las dignidades del Reino de Jesucristo en la tierra, hay que dejarle libre disposición al Rey, y no forzar la mano de sus ministros, repartidores de tales cargos. Y esto so pena de no llegar más que a la exterioridad del episcopado, con un carácter sagrado usurpado o forzado, pesando sobre una mala conciencia. Conoces demasiado bien la Biblia para no haber notado esta palabra de un ilustrísimo obispo: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo...* (*Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios...*: Hebreos 5, 4). Los ambiciosos, tras haber llevado la mitra durante quince días y haberse contemplado en el espejo, se dan cuenta pronto de que un arzobispo es algo más que un obispo, y un cardenal más todavía. Entonces comienzan las inquietudes; intrigan, honradamente en lo posible; se engañan a sí mismos tratando de formarse la conciencia para adaptarse a la situación...; finalmente lo consiguen. Pero en el momento en que lo han alcanzado, no habiendo nada más que desear porque no hay nada más que obtener, el fuego de la ambición continúa ardiendo, recaen sobre sí mismos, se repliegan, dejan de ser felices, se hacen inconstantes, el humor se avinagra, y se vuelven insoportables para los demás. Y he aquí que la muerte se aproxima..., el Juez avanza para pedir severa cuenta..., y mitras y capelos de nada sirven si no hay obras..., porque no se habla ni de mitras ni de capelos en aquel texto del Espíritu Santo: *opera enim illorum sequuntur illos* (*porque sus obras los acompañan*). Llegaremos totalmente desnudos, con nuestras obras. Escucha, amigo mío, déjate conducir, estoy de acuerdo; pero no hagas nada por subir. Un obispo que había hecho a muchos obispos, Monseñor de Frayssinous, escribía al conde de Estourmel: "Por favor no les desee la mitra a sus amigos; sólo es una pirámide de espinas bien afiladas en la cabeza...". Reboul, nuestro poeta nimense escribe: "Una corona en la frente, es una espina en el corazón". Ten en cuenta que no hablo de ambiciosos del calibre de los Nestorios o los Focios.

He ahí al Padre d'Alzon fotografiado en uno de aquellos hermosos momentos suyos en que se revelaba el fondo de su alma. Aquel a quien se dirigía no llegó a ser obispo. Tampoco es el fotógrafo.

¿No tengo razón de contar estas cosas que pueden parecer confidenciales? Me creo asegurado por el hecho de que escribo exclusivamente para los *Souvenirs*. Diré incluso que si continúan siendo discretos, me animaré a revelarles cosas que ni siquiera sospechan.

He aquí un rasgo que me viene a la memoria al terminar esta *Anécdota*; viene como anillo al dedo.

Cuando fui nombrado canónigo honorario, hace muchos pero muchos años, escribí al Padre, que estaba en Valbonne, estas sencillas palabras: "Me han nombrado canónigo honorario". Respuesta a vuelta de correo: "Hazte un santo, será mucho más valioso para ti y mucho más ventajoso".

### El Padre d'Alzon y el Oriente

Un poeta oriental escribía a un hombre ilustre de Occidente: "Ven..., tu sombra será grande bajo el sol de Oriente".

El Padre d'Alzon pasó por Oriente. Su sombra ha cubierto y fecundado aquella tierra de recuerdos inmortales; su influencia continúa allí mediante el apostolado de sus hijos; poco a poco los pueblos, suavemente empujados por la brisa del cielo, acuden a reposarse junto a la frescura que comunica paz y salvación.

¡Vino..., y su sombra crece cada vez más bajo el sol glorioso de Oriente!

Le pregunté al Padre al regreso del largo viaje:

- ¿Cómo ha podido consentir en visitar Constantinopla y Asia Menor sin llegar hasta Jerusalén?

- Estate tranquilo, querido amigo, algún día *llegaremos* hasta los Santos Lugares.

Esta fue su respuesta. Subrayo el *llegaremos* porque lo acentuó firmemente, seguramente con toda intención.

No he olvidado las palabras que el Padre pronunció con motivo de la distribución de premios en el colegio de la Asunción, presidida por Monseñor Plantier, el 1 de agosto de 1862. El Padre José Maubon las ha citado en su admirable discurso con ocasión del cincuentenario. Helas aquí, ya que conservan una actualidad impresionante:

"En Roma, escuché al Soberano Pontífice bendecir lo que él llamaba: *nuestras obras de Oriente y Occidente*. El sentimiento indecible que experimenté entonces debía ser sobrepasado sin embargo por el que sentí unas horas más tarde al verme citado para una audiencia personal que no hubiera osado solicitar del Soberano Pontífice, vista su sobrecarga de trabajo. El Papa tuvo a bien hablarme de Oriente. Lo que sucedió en los preciosos instantes que me fueron concedidos, no lo puedo repetir por respeto, lo comprenderán ustedes, pero salí con el derecho, diré más, con la misión de estudiar este asunto grave de la vuelta a la fe de las poblaciones orientales y de buscar con la ayuda de personas eminentes, los medios para conseguir la meta propuesta...".

Estas fueron las palabras del Padre d'Alzon. ¿Se puede pedir una declaración más franca, más clara, y al mismo tiempo más discreta?

Pues bien, ¿sabéis el efecto que estas palabras produjeron sobre todo en el clero? Unos decían: "¡Ya tenemos al Padre d'Alzon en marcha, llevado por su imaginación...!". Otros: "Ha tomado como una orden del Papa una palabra dicha sin intención formal". O aún: "¡Qué extravagancia pensar que va a conquistar el Oriente con los cuatro o cinco monjes que componen toda su Orden...!".

¿Eso es todo? No; los amigos se decían en voz baja: "¡Qué lástima, siempre se lanza en cosas extraordinarias! ¡Da pena verle malgastar así su tiempo y sus bienes!...".

No estoy repitiendo cosas que me han contado, sino lo que he escuchado yo mismo.

De 1862 pasemos a 1895 y contemplemos la gran sombra del Padre d'Alzon bajo el sol de Oriente, o mejor, bajo la bendición de dos Papas, Pío IX y León XIII. ¡Y cómo se ha extendido esta sombra! ¡Cómo es amplia y cubre un vasto espacio! ¡Cómo son numerosas las almas que vienen a buscar y encontrar la salvación en ella! ¡Oh, extravagancia, imaginación, locura a los ojos de los hombres, que ha probado en los hechos en qué medida el Espíritu de sabiduría guiaba a nuestro Padre!

Se habrá apreciado, sin duda, la prudente reserva que estas palabras indican: "Lo que sucedió en los preciosos instantes que me fueron concedidos, no lo puedo repetir por respeto, lo comprenderán ustedes...".

Creo, sin embargo, que un ángulo del velo, un pequeñito ángulo, fue levantado para mí en un momento de confidencia. Aquí podría decir muchas cosas sobre las intenciones del Padre, lo que explicaría su confianza y su apertura, pero es demasiado personal, y por otra parte no interesa demasiado. Me permito aludir a ello para dar a entender la razón de una conversación de la que voy a dar algunos fragmentos.

Era durante las vacaciones de 1862, por lo tanto, poco tiempo después del discurso citado al inicio de esta narración. Estábamos sentados una noche, el Padre y yo, en el banco de piedra que estaba adosado al lado del patio

grande, contra la pared que servía de base a la reja verde que separaba entonces el gimnasio del patio de los mayores. En el lugar en que estaba el banco es donde ahora, me parece, se eleva la estatua del Padre d'Alzon.

La conversación fue larga, animada, interesante. El Padre me hablaba de Oriente con entusiasmo. Abría ante mis ojos vastos horizontes. La historia de Rusia, la del Bajo Imperio y la del imperio Otomano desfilaban por su palabra animada, con una lucidez tal que se podía ver el pasado cobrando vida y moverse como un drama viviente ante los ojos de espectadores maravillados.

¡Qué memoria! ¡Qué asombrosa capacidad de síntesis! ¡Qué inteligencia!: "viva, rápida, a la vez especulativa y práctica, siempre vuelta hacia las ideas generales, pero hábil para distinguirlas de las aplicaciones particulares...". Decía el Padre:

"Dios había enviado a los cruzados a Oriente para establecer allí, no el reinado de ellos sino el Reino suyo; el Papa se lo había advertido. A la larga corrompieron sus caminos y olvidaron su misión. Hay que recomenzar de un modo nuevo; necesitamos cruzadas de celo, de oraciones, de sacrificios. Es lo que está pidiendo Pío IX.

¿Crearás que el cardenal Barnabo, prefecto de la Propaganda, se ha opuesto al principio a mi misión en Bulgaria y en Oriente? Me declaró que estaba resuelto a combatir este proyecto, en términos tan convencidos que creí deber informar al Papa. El Santo Padre me respondió inmediatamente: "¿Ah, Barnabo no quiere? *Ma se io dico che lo voglio?* ¿Pero si digo que yo lo quiero?".

Le pregunto si me estaba permitido informar al cardenal de las palabras del Santo Padre. El permiso me fue dado con toda bondad; me presenté ante el Prefecto de la Propaganda. En cuanto escuchó la palabra del Papa: "Oh, me dijo, mi norma es la siguiente: estudio concienzudamente la cuestión, luego presento mi observación al Papa, diciéndole mi modo de pensar. Pero en cuanto el Jefe de la Iglesia ha tomado su decisión, me alineo inmediatamente a su parecer y su punto de vista se torna el mío, sin la menor vacilación por mi parte".

A estas palabras del Padre añadiré yo esta reflexión: la conducta del cardenal Barnabo muestra el admirable talante de los auténticos servidores de la Iglesia y del Soberano Pontífice. ¿Acaso no hemos encontrado este talante en el cardenal Ledochowski, prefecto de la Propaganda en 1895, y en todos los preladados romanos que han tenido que ocuparse de la cuestión de Oriente con el Padre Picard?

Terminemos con esta frase del Padre Emmanuel (Bailly): "¿Cómo hubiera disfrutado el Padre d'Alzon si hubiera escuchado a los cardenales decir al Padre Picard que el *Papa cuenta mucho con la Asunción para la unión de las Iglesias!*...".

¡El Padre d'Alzon ni se hubiera extrañado; lo sabía, ya que Pedro le había hablado, y Pedro es fiel a su palabra, ya hable por Pío IX, ya sea por León XIII, ya sea por cualquier otro Papa!<sup>1</sup>

### **Una casulla con dibujos "leguminosos"**

Un antiguo párroco de Lunel había recibido como regalo un antiguo vestido de seda, de estilo y arte rococó. El dibujo era extra llamativo: grandes flores amarillas sobre un fondo morado. Le vino la idea de hacerse confeccionar una casulla. Una sobrina, recientemente salida del convento, emprendió la tarea y lo logró... bastante mal; pero en fin, si el corte no era un éxito, la costura al menos era sólida.

El buen cura, orgulloso de su ornamento, no dejaba de usarlo cuando las rúbricas lo permitían; cuentan incluso que de Septuagésima a Pascua y en Adviento se reservaba cantar la misa vestido con aquella abigarrada casulla, mientras los coadjutores asistentes llevaban dalmáticas sencillas, de un morado raso.

El Padre d'Alzon vino a pasar por allí y hubo de asistir a la exhibición de esta obra de arte e incluso de la sobrina que la había confeccionado.

- ¿Qué le parece?, le dijo el cura. Quiero ser enterrado con este ornamento cuando llegue el momento.
- Mi querido párroco, respondió el Padre riendo, no espere a morir, entierre cuanto antes este ornamento.
- ¡Cómo!

- Es la más atroz amalgama de berenjenas sin pelar y de rodajas de calabaza que un artista de mal gusto haya podido soñar nunca. Si os entierran con eso, el cementerio se volverá una huerta.

¿Saben quién me ha contado la anécdota? El bueno y digno párroco en persona, cuando era canónigo titular de la catedral de la que yo era coadjutor. Y añadía:

- El señor d'Alzon es un erudito, pero todo el mundo sabe que carece de gusto.

<sup>1</sup> Esta *Anécdota* es una de las pocas que están fechadas. Se cierra con esta nota: "Jerusalén, en la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo, 1895".

¡Y pensar que he visto a este buen canónigo, en su ataúd, revestido con la dichosa casulla! Los versículos de mi *De profundis*, lo confieso, formaban en aquel momento una amalgama de oraciones y de visiones de berenjenas y calabazas. Era involuntario, eso espero, ¡pero inevitable!

El calificativo de "leguminoso" del que me he servido, era una de las expresiones preferidas del Padre cuando deseaba caracterizar ciertas puntillas y bordados modernos introducidos en la Iglesia. Ciertamente, tenía el instinto de lo artístico; su gusto era seguro y fino.

### **Transiciones y transformaciones**

El título de esta *Anécdota* se irá clarificando para los lectores y para el propio autor -eso espero al menos- a medida que la narración se vaya desarrollando. Tomo la pluma sin haberme trazado ningún plan, con la cabeza llena de recuerdos que aún no están clasificados, pero que progresivamente se irán colocando en orden cronológico.

Mi meta es mostrar mediante qué transiciones y transformaciones fue avanzando el Padre d'Alzon, sin retroceder nunca un solo paso, hasta el estado de religioso, perfeccionándose por las vías de la santidad. Al mismo tiempo hablaré del origen y de los progresos de su Congregación, porque el Padre y su familia religiosa son inseparables en lo que yo llamo: sus evoluciones.

Si no me equivoco, vi por primera vez al Padre d'Alzon, entonces señor abate d'Alzon, en 1842. Predicaba el Adviento en la iglesia de los Carmelitas, San Baudilio, en Nimes. Entre semana, por la tarde, reunía a solo hombres; y con varios de mis pequeños camaradas se nos ocurrió la idea de ir a escucharle. Se hablaba mucho de él, de sus sermones, de su éxito en los Carmelitas. Los hombres llenaban la iglesia, ya ocupada mucho rato antes de la hora de la predicación. Ya no había sitio cuando entré con mis amigos; pero los niños siempre encuentran el modo de colarse. Junto con los demás me deslicé en una capilla frente al púlpito; allí estábamos muy bien situados.

Por fin apareció en el púlpito y nuestras miradas se concentraron en él. Llevaba la esclavina de canónigo y en la mano izquierda el bonete plegado. ¡Estaba magnífico! Tenía treinta y dos años; su cabeza la coronaban hermosos cabellos negros, largos y ligeramente ondulados, y se erguía gallardamente sobre sus anchas espaldas; parecía muy alto y muy majestuoso.

Hizo una solemne señal de la cruz y comenzó su sermón con una voz penetrante. No tengo el discurso, era yo demasiado niño para recordarlo. Por lo demás, yo no había ido a escuchar el sermón, sino a ver a aquel abate d'Alzon de quien se hablaba tanto. Recuerdo, sin embargo, que habló sobre el respeto humano con fuerza y con finura y humor. No he olvidado que tras haber contado a su modo la entrevista de Nicodemo con el divino Maestro, pareció habérselas con algunos de su auditorio a quienes interpeló de este modo:

- ¡Oh, amigos míos!, ¿tenéis miedo de presentaros como cristianos y católicos, en plena luz del día? ¿Sabéis lo que sois? ¡Unos Nicodemos! ¡Unos grandes Nicodemos! Seguid, pues, al Nicodemo del Evangelio en su conversión y en su valentía; sin eso, al veros pasar, los muchachos dirán, mostrándoos con el dedo: "¡Ése, es un gran Nicodemo!".

El predicador popular, el hombre de las buenas obras, el confesor lleno de celo de sirvientes y obreros, el brillante Vicario general, llevado por su ardor de apóstol, dio pronto un paso de gigante y le encontramos, a partir de finales de 1844, instalado como director en el colegio de la Asunción, sin haber abandonado ni uno solo de sus varios ministerios.

Allí, se transforma en Maestro vigilante, cuya firmeza se ve templada por un corazón de padre. Ama a sus niños, que le adoran; su solicitud vela sobre ellos día y noche. ¿Cuántas veces no le vimos, en plena noche, recorriendo los dormitorios, con una pequeña linterna en la mano, vestido con una túnica de lana blanca? Bendecía a los alumnos dormidos, murmuraba una palabra a los que estaban despiertos. Durante aquellas visitas nocturnas podíamos hablarle en voz baja. Habíamos tomado la costumbre de colocarnos en la frente un trozo de papel, sujeto por el gorro de dormir, con estas palabras: "Padre, despiérteme", cuando deseábamos decirle algo. Aceptaba nuestros deseos expresados de esa manera. Nos escuchaba con bondad y luego, tras decirnos una palabrita que llegaba al corazón, trazaba con el pulgar un signo de cruz sobre nuestra frente. ¡Aquella señal de la cruz! ¡Cuántos alumnos se hacían despertar sólo por aquella señal de la cruz!

A partir del momento en que entró en el colegio, el Padre d'Alzon empezó a practicar cada vez más las costumbres del religioso. Por entonces tomó como habitación la pobre celda que ya he descrito.

Su regularidad y su puntualidad eran proverbiales. Así, participaba en los oficios de la catedral y volvía siempre a tiempo para celebrar él mismo en la capilla del colegio. La noche de Navidad, por ejemplo, asistía a Maitines y Laudes en San Cástor y a medianoche comenzaba la misa en la Asunción.

Ahora necesito que mis lectores me permitan hablar con toda franqueza y sin dejarme frenar por el escrúpulo de que me dejo ver demasiado, ya que estoy contando mis impresiones personales y mis recuerdos.

¡Pues bien!, desde el momento de mi entrada en el colegio, ignoro realmente por qué, el Padre me cobró un afecto particular que me permitió seguirle de cerca y observarle con minuciosa atención. Confieso que no veía a nadie como él; era a mi ver, el ideal de la perfección; yo centraba en él mi estudio especial. Diré la palabra: ¡soñaba con él!

Noté que estaba haciendo una colección de libros de Regla y de Constituciones de todas las Órdenes religiosas. Pero los libros más a menudo leídos por él eran las Constituciones de los Benedictinos, de los Dominicos y de los Agustinos.

Supe más tarde que "no quería establecer reglas nuevas sino injertar su Congregación en un viejo tronco vigoroso, como una nueva rama, que con la ayuda de una savia fecunda diera flores y frutos de nueva especie". Cito sus propias palabras. Sabemos que el tronco elegido fue el de san Agustín. Basta abrir los ojos para quedar maravillado por los esplendores de la joven rama injertada. Una vez hecha la elección, elección que fue fruto de largas oraciones y de sangrientas mortificaciones, el Padre buscó discípulos.

El primer paso en esta dirección fue el siguiente: en 1846, reunió en su despacho a algunos profesores escogidos. Les expuso sencillamente su idea de fundar una Congregación para la enseñanza, declarando que los planes estaban aún incompletos y las Constituciones en estudio. Deseaba saber si, en caso de establecer una Congregación, se sentirían dispuestos a ayudarlo en su proyecto.

Estaban presentes con el abate d'Alzon, los sacerdotes Tissot, Henri, Surel, y los abates Fournéry y Blanchet, simples tonsurados. Al escuchar su respuesta afirmativa, el Padre se levantó y fue a arrodillarse ante cada uno para besarles los pies.

He ahí, pues, a mi entender, el primer paso adelante de la Congregación de los Agustinos de la Asunción. Era un ensayo; los abates Henri y Surel murieron como sacerdotes; al abate Fournéry poco después se lo llevó un aneurisma durante la noche, en nuestro dormitorio; el abate Blanchet, viejo tonsurado de treinta y cinco años, terminó dejándose ordenar y marchó a las misiones entre los iroqueses, donde murió.

Por esa misma época el Padre formaba una Sociedad religiosa de profesores laicos, con Jules Monnier, Víctor Cardenne y dos o tres más.

Al mismo tiempo se fijaba de cara al futuro en dos alumnos muy diferentes uno de otro: A. de C. y H.-D. G... Inútil nombrarlos<sup>1</sup>.

No inmediatamente, pero sí poco después, los eclesiásticos se reunían para recitar el Oficio, durante la noche, en las vísperas de fiestas de la Santísima Virgen. Habían adoptado el Oficio propio de Roma.

Los laicos recitaban, también en la capilla, el Oficio parvo de "Las Grandezas de Jesús". Víctor Cardenne se unió pronto a los eclesiásticos para el Oficio canónico.

Los niños seguían una regla particular. Así, por ejemplo, cuando había permiso general de salida, debían solicitar un segundo permiso del Padre, en tanto que su director espiritual.

Cada miembro de ambas Sociedades había recibido del Padre un magnífico pequeño crucifijo de hierro esmaltado en negro. Más tarde fueron suprimidos porque el hierro no podía ganar indulgencias; fueron remplazados por otros.

Poco a poco el número de discípulos aumentó, y henos aquí llegados a la época en que el Padre recibió en el colegio a quienes la Providencia destinaba a ser sus fieles colaboradores y auténticos fundadores de la Congregación de los Agustinos de la Asunción, quiero decir: Hippolyte Saugrain, el abate Henri Brun y Esteban Pernet. ¡Los estoy viendo llegar! Yo estaba allí cuando entraron en el colegio, en distintas épocas.

Hippolyte pasó de una sola zancada desde la puerta de entrada hasta la mitad del patio. Sus zancadas eran gigantescas; sus movimientos daban a entender que sus miembros eran de acero y que su sangre contenía una mezcla de

<sup>1</sup> Tanto más inútil cuanto que todo el mundo lee bajo estas iniciales: Anatole de Cabrières y Henri-Dieudonné Galeran.

plata viva. Su tez era sonrosada, sus ojos pícaros. Llevaba un sombrero de copa de fieltro negro, una levita de color oscuro, un pantalón a rayas negras verticales sobre fondo marrón. Tengo todo esto por escrito.

¿Cómo he conservado estos detalles? Los tengo copiados en mi Diario. ¿Por qué los anoté entonces? ¿Qué sé yo? ¿Acaso te molesta, querido hermano Agustino de la Asunción, para quien escribo? ¿No te permite esto conocer al venerado Padre Hippolyte en el inicio de sus transformaciones? Era el encargado de la vigilancia.

El abate Henri Brun, de Langogne, nos llegaba de Mende. Tímido, envarado, plegado en una sotana con bordados de astrakán, cabellos rubios y lisos que le caían como agujas, voz un tanto temblorosa. En fin, un exterior que no indicaba el tesoro escondido en aquel pecho de digno sacerdote que llegó a ser un religioso tan santo. Fue nombrado prefecto de disciplina en sustitución del abate Henri.

He aquí a Esteban Pernet: un auténtico hijo del Francocondado, suave, simpático y bastante tímido. Llevaba barba y tomaba tabaco; su larga levita era de un marrón muy intenso. Le encargaron la vigilancia de la primera sección; mi querido y muy amado vigilante, y también de François Picard y de Paul de Pèlerin.

¿Qué transformación en estos tres hombres, que llegaron a ser los Padres Brun, Hippolyte y Pernet! He aquí, junto con Víctor Cardenne, a los primeros fundadores de la Congregación. He aquí a hombres de élite que firmaron y depositaron entre las manos del Padre d'Alzon, en 1850, una promesa formal de seguirle y adoptar las reglas, cuando fueran aprobadas por Roma. El Padre Brun, en tanto que sacerdote, firmó el primero; luego Víctor Cardenne, Hippolyte y Pernet estamparon sus nombres.

Esta fórmula de promesa ha sido publicada en los *Souvenirs*. Contiene, en realidad, los primeros votos de la Asunción. Los votos públicos, como es sabido, no fueron emitidos sino en la noche de Navidad de 1851.

No hablaré aquí de mi querido y muy amado Padre Laurent, porque tengo la intención de dedicar una *Anécdota* especial a la fisonomía de los cuatro asistentes. Diré sin embargo, para no olvidarlo más tarde, que cuando el abate Charles Laurent entró en la Congregación, los sacerdotes de la diócesis de Nimes decían:

- Si el abate Laurent se une al Padre d'Alzon, esa Congregación debe ser algo serio.

En 1851, la Congregación de los Agustinos de la Asunción quedaba definitivamente fundada. Las transiciones sucesivas y las transformaciones completas en el fundador y en los discípulos habían desembocado, pues, en este magnífico resultado.

Volviendo, en el pensamiento, a los años transcurridos, me doy cuenta de la fuerza del carácter del Padre, de su perseverancia pese a tanta oposición, de su perfeccionamiento admirable, y bendigo a Dios por haberme permitido asistir de cerca a tan maravilloso desarrollo.

He seguido al Padre de 1842 a 1880; pero sobre todo y de modo más íntimo de 1844 a 1850. Luego, de 1850 a 1880, mediante relaciones continuas o mediante correspondencia ininterrumpida; nunca he dejado de disfrutar del espectáculo de tan grande alma, que tanto bien me ha reportado.

He asistido a las transiciones, soy un viejo testigo de las primeras transiciones, y mis ojos maravillados contemplan hoy, injertado en el tronco de san Agustín, esta soberbia rama que transforma la antigua savia en ramitas vigorosas, en flores espléndidas y en frutos abundantes de santidad<sup>1</sup>.

### **El Padre atraca a un viajero**

Una mañana de septiembre de 1859, con los primeros rayos del sol, vi la diligencia de Montagnac pararse ante mi puerta, en Montpellier. De ella saltó ligero y fresco un viajero: era el Padre d'Alzon. Llegaba de Lavagnac y deseaba celebrar misa antes de tomar el tren para Nimes. Mientras desayunábamos juntos me dijo:

- ¿Podrías venir conmigo hasta Nimes?
- Sí, siempre que pueda volver esta misma tarde. ¿Por qué desea que le acompañe?
- Necesito un cómplice.
- ¡Un cómplice! ¿Y para qué malvada acción?
- Para saquear a un viajero en algún vagón del tren expreso.

Comprendí que se trataba de alguna broma.

- Padre, le dije, ¿va usted a dar un golpe?
- Sí, yo; y tú me vas a ayudar si es preciso.

<sup>1</sup> Los *Souvenirs* subrayan esta *Anécdota* con la nota siguiente que es una fecha: "Es una auténtica alegría para la redacción poder ofrecer esta *Anécdota* en el décimoquinto aniversario de la muerte del Padre d'Alzon". Hay que señalar, sin embargo, que la fecha de esta publicación es necesariamente posterior a la del envío desde Jerusalén.

- Pero ¿de qué va usted a despojar a ese viajero? ¿Cómo? ¿Por qué?
- De su dinero, por supuesto, si no de todo al menos de una buena parte; y empleando medios legítimos pero expeditivos con un fin completamente honrado. Deseo no perder el tren de las nueve; démonos prisa. ¿Estás decidido?
- Lo estoy, ¡vamos!

Mientras íbamos a la estación, el Padre me expuso su plan:

- Me he encontrado en Pézenas, dijo, con uno de mis antiguos compañeros del colegio Stanislas, de V..., hoy riquísimo propietario del Hérault. Me ha dicho que hoy estaría en Montpellier, de donde partiría a las nueve para Marsella, tras haber recogido dinero en casa de su banquero. La ocasión es única; se trata de saltarle a nuestro hombre al cuello.

Tuvimos la fortuna de encontrarnos solos, los tres juntos, en el mismo compartimento, es decir el señor de V..., el Padre d'Alzon y yo. Hasta Lunel se habló de la cosecha, del comercio, del gobierno, de todo un poco.

Después de Lunel me di cuenta de que el Padre iba a comenzar la maniobra en serio y atacar a su hombre. Dicho y hecho; se volvió vivamente hacia la víctima designada:

- Dime, mi querido de V..., ¿has tenido una espléndida cosecha, no?
- Sí, a Dios gracias.
- ¿La has vendido a buen precio?
- He vendido el vino en la cuba a un precio más que aceptable, dentro de lo posible.
- Habrás sacado del banco una suma bastante considerable.
- Algunos miles de francos.
- ¿Y vas a gastarlos a Marsella?
- No, los he tomado porque volveré de Marsella pasado mañana sin detenerme en Montpellier.
- ¿Y no tienes miedo a los ladrones?
- No.
- ¿No te importaría prestarme una parte de esa suma para colocarla al ciento por uno, es decir produciendo el céntuplo?
- ¡Ah! eso sí que sería una operación lucrativa; pero ya sabes, mi querido Manuel, que en materia de finanzas tú estás dotado sólo a medias. Gastar se te da muy bien, pero para los ingresos eres más bien nulo. ¡Tu operación es imposible!

- ¡Imposible! Dame mil francos para tu anciano Padre, el Papa.

- ¡Ah, bueno! eso es otra cosa. Aquí tienes.

Y un billete de mil francos pasó a manos del Padre d'Alzon, quien dio las gracias en estos términos:

- Dios te lo pague, mi viejo amigo; y reconoce que si sé gastar muy bien, también sé a veces ingresar, ¿verdad?

Nos reímos un buen rato. Los tres viajeros estaban satisfechos.

Al llegar al colegio de la Asunción, el Padre se dirigió derecho a la capilla. Depositó el billete sobre el altar y dio gracias a Dios. Su cara, radiante, expresaba al mismo tiempo agradecimiento por el donativo y alegría por haberlo logrado tan pronto y tan bien. ¡Cuántos rasgos parecidos en aquella hermosa vida! Para el bien, tenía audaces recursos muy difíciles de resistir. ¡Era maestro en el arte de ganarse a la gente, con sus modales siempre tan nobles y tan francos!

### **Lo que pudo ser - Lo que prefirió<sup>1</sup>**

Jules Simon, siendo ministro, dijo un día:

- El abate d'Alzon es mi enemigo, ya que siempre ha combatido contra la Universidad; pero admiro su gran carácter; voy a hacer de él un obispo.

Las intenciones del ministro le fueron reportadas al Padre, que exclamó:

- ¿Yo obispo? No, jamás; tengo hecho voto de no aceptar el episcopado.

<sup>1</sup> El señor Galeran colocó la nota siguiente para introducir la presente *Anécdota*:

El proyecto de publicar una serie de *Anécdotas* para formar como una vida del Padre d'Alzon en cuadros vivos, fue aprobado por el Padre Picard. Para animarme, me escribió estas palabras, de su puño y letra, el 27 de mayo de 1893.

Decía: "*Su proyecto de escribir una vida del Padre me sonríe altamente...; denos esta vida lo antes posible..., una vida original, en la que usted no ahorrará los rasgos, las anécdotas, las citas... Todos hemos amado al Padre con sus salidas, que los mediocres llamaban sus grandes defectos, y que hacían resaltar su gran carácter. Una vida que fuera como el tesoro íntimo de la familia tendría un enorme atractivo. Hágalo, nos dará a todos una enorme alegría...*".

El autor se ha, pues, propuesto escribir cuanto sabe y cuanto se puede decir sobre el Padre d'Alzon, sin exagerar nada, pero sin callar aquellas salidas a las que el Padre Picard hace alusión.

Y ahora, retomemos el hilo.

H.-D. G.

He ahí descrita toda la vida del Padre d'Alzon. Los hombres han querido elevarle; él sólo ha buscado hacerse humilde y oscuro. El Estado y la Iglesia han rivalizado en rendirle honores y dignidades; ha resistido para vivir y morir como sencillo sacerdote, bajo el capuchón del monje.

¿Hasta dónde no hubiera subido con solo consentir a inclinarse ante Luis-Napoleón? Por un instante tuvo entre sus manos el cetro universitario, en el Consejo Superior de la Instrucción Pública. No dudó en sacrificar esta alta posición, que conducía hacia él "a los propios cardenales, sin ropaje alguno", según la expresión del cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon, antes que aceptar la cruz de la Legión de Honor de manos del Príncipe-Presidente.

Varios Gobiernos intentaron ganárselo decorando su frente con la mitra de oro; cinco veces al menos tuvo la oportunidad de "tener su trono en una iglesia ilustre"; siempre rechazó las propuestas de los hombres en el poder.

Monseñor Besson nos informa de que Pío IX "apreciaba su rectitud ingenua, su sencillez, su valentía, su magnífico desinterés". Se decía incluso que el Pontífice había pensado "llamarle a Roma y hacerle miembro del Sacro Colegio". A propósito de esto, contaré que, durante mi estancia en Roma, en 1861, las cuestiones que me habían llevado ante el Soberano Pontífice me pusieron en relación con varias Eminencias y preladados, entre otros el cardenal Antonelli y el cardenal Villecourt, Monseñor Franchi, por entonces arzobispo de Tesalónica y Monseñor de Mérode, ministro de los ejércitos. De varias conversaciones con estos tres últimos señores, saqué la conclusión de que el Papa hubiera deseado ver al Padre d'Alzon cardenal y viviendo en Roma.

De regreso a Francia, traté de sondear al Padre y sonsacarle del fondo de su alma lo que deseaba saber sobre el tema. El único éxito que coronó mis tentativas, el que no buscaba, fue una severa reprimenda por parte del Padre, una de las más severas con que me haya gratificado, él que nunca desperdició ninguna de las numerosas ocasiones que le he brindado para castigarme, con amor, pero también con nervio y vigor.

Estoy convencido de que el Padre fue lo suficientemente hábil para rechazar la púrpura durante cierta audiencia íntima, más o menos como san Felipe Neri había hecho antaño con los Papas Gregorio XIII y Clemente VIII. Nunca sabremos las cosas hasta el fondo: el secreto está perdido.

¿Cuál hubiera sido el destino de Manuel d'Alzon si hubiera seguido en el mundo como buen cristiano, pero como laico? ¿Es acaso difícil hacerse una idea de ese porvenir, que no podía ser sino brillante?

Poseía dones naturales excepcionales, que es difícil encontrar reunidos en un mismo individuo. Inteligente, cordial, apuesto en su ademán, noble en su presentación; amable en la conversación, lo que hacía atractiva su instrucción sólida y variada, llamaba la atención y se granjeaba la viva simpatía de cuantos se le acercaban. Añadid a estas cualidades una audacia invencible que supo orientar hacia el objeto de su ambición: el Reino de Jesucristo. Su gran aire aristocrático, la belleza de su persona, su ademán digno, que no excluía una agradable familiaridad, su generosidad y su tacto exquisito le ganaban todos los corazones. ¡Oh! ¡cómo castigó a aquel cuerpo que había guardado intacto en los severos caminos de la virtud!

Añadid a estas ventajas una ilustre cuna -ya que pertenecía a la prosapia de los Montcalm y de los de Assas- y una fortuna que le hacía propietario de más de seis millones, sin contar los inmensos bienes raíces y el castillo de Lavagnac.

Dentro del estado eclesiástico, si el Padre hubiera permanecido sacerdote diocesano, con su nombre, su fortuna y sus maravillosas cualidades personales, ¡qué influencia hubiera ejercido! Para darse cuenta de ello basta estudiar los años transcurridos desde su ordenación, el 26 de diciembre de 1834, hasta 1850. A partir de 1835 Monseñor de Chaffoy, obispo de Nimes, le ofreció ser canónigo titular; al rechazarlo le nombra Vicario general honorario.

Así, a los veinticinco años, tras un año de sacerdocio, el abate d'Alzon era Vicario general. Muy pronto fue nombrado canónigo honorario, no sólo de Nimes, sino también de Montpellier, de Lyon y de varias otras diócesis. Y aunque al principio tales honores hayan suscitado cierta extrañeza entre el clero, la opinión pública comprendió muy pronto que el abate d'Alzon, orador distinguido y sacerdote eminente, aunque joven, era un hombre superior, hecho para las mayores dignidades.

A sus veintisiete años, el abate Maurice de Bonald, pariente de Manuel, había sido elevado a la sede del Puy. Ciertamente su padre era ministro del rey. Pero el vizconde d'Alzon era poderoso en París, no sólo bajo Carlos X, sino también bajo Luis-Felipe. He leído cartas que prueban que a la influencia del vizconde d'Alzon se debe el que el abate Coustou, Vicario general de Montpellier, fuese promovido al obispado de Grenoble, rechazado, es cierto, por este digno sacerdote.

También se debe en gran parte al señor d'Alzon la nominación de Monseñor Thibault para el obispado de Montpellier. Fue ayudado por la señora Elisabeth, hermana del rey Luis-Felipe, porque tanto la princesa como el vizconde deseaban apartar al abate Lecourtier, quien pese a todo, más tarde bajo el Imperio, sucedió a Monseñor

Thibault. El rey había decidido elegir a uno de estos dos candidatos; se trataba pues de hacer recaer la preferencia sobre quien ofreciera mayores garantías de hacer bien en Montpellier después de Monseñor Fournier.

El señor vizconde d'Alzon, con la ayuda de sus poderosos amigos y su influyente parentela, ¿no iba a poder conseguir una sede episcopal para su hijo?

Y este mismo hijo, que hizo avanzar hacia el episcopado a tantos sacerdotes distinguidos, mientras cerraba el acceso a otros a quienes juzgaba incapaces, ¿no hubiera podido elegirse una catedral? ¿Acaso no poseía en grado eminente las cualidades y las virtudes que hacen a un obispo, a un gran obispo?

¿Acaso no atraía la atención de todos durante la consagración de su alumno, Monseñor de Cabrières, cuando le asistía en calidad de Capellán, con tanta dignidad, con tanto respeto, él que para entonces ya había rechazado más de una vez la mitra y el báculo que le suplicaban aceptara?

¿Y qué eligió, pues, nuestro Padre? ¿Qué prefirió a tantos honores legítimos que tan digno era de llevar?

Se hizo monje. En vez de la mitra se puso el capuchón; prefirió el hábito sombrío del religioso a la púrpura de los grandes dignatarios.

Lejos de buscar los aplausos de los hombres, se dejó tratar de original, de extravagante, de loco. Él que había gobernado una diócesis bajo tres obispos, se vio rechazado durante la sede vacante y privado de toda autoridad en la administración. Entró en la vida privada con la majestad serena del sol que desciende para volver a ascender. ¿No habían impuesto a un obispo de Nimes, antes de su consagración, la condición de despedir al abate d'Alzon del Consejo episcopal? Condición que el prelado, hombre inteligente y sensato, se felicitó de no haber aceptado. ¿Quién había dado tal consejo? Un primado, pariente del abate d'Alzon, asustado por el ardor emprendedor del gran Vicario de Nimes.

¿Acaso no obstaculizaron al Padre en todas sus empresas? ¿No profetizaron que sus obras no se sostenían sino gracias a su nombre y a su fortuna, y que, muerto él, todo se hundiría? Lo veía todo, lo escuchaba todo, sin jamás desviarse. ¿Acaso no intentaron sembrar la división entre sus primeros discípulos, religiosos y religiosas? Más aún, ¿acaso no alentaron, alimentaron y desarrollaron en algunos corazones de mujeres, antiguas colaboradoras del Padre, sentimientos de ingratitud que desembocaron en tales rupturas que abreviaron los días de este santo sacerdote? Pese a su gallardía natural, su amor al sacrificio y al desprendimiento, nuestro Padre llevaba en su pecho un corazón extremadamente sensible. En lo externo, poco dejaba trasparentar los sufrimientos y amarguras de su alma. En lo íntimo, a menudo estaba agobiado bajo el peso de sus padecimientos; estaba triste de aquella tristeza que había traspasado el alma del Salvador en Getsemaní.

¡Ah! si la celda de la Cartuja de Valbonne tan a menudo ocupada por nuestro Padre hablara, veríamos las lágrimas y la sangre rezumar de sus paredes, testigos de largas y dolorosas agonías.

Sé de qué hablo, pues más de una vez el Padre me escribió desde su retiro, y la última carta que me dirigió, poco antes de su muerte, está fechada en Valbonne: tiene huellas de lágrimas.

He dicho a qué hubiera podido aspirar nuestro maestro y lo que eligió voluntariamente. No he trazado sino un rápido boceto; me contento con esbozar, porque no soy el historiador del Padre d'Alzon y no pretendo escribir su vida. Mi objetivo es revelarlo a sus hijos más jóvenes que no le conocieron, ya que me fue dado observarlo de muy cerca en una época que llamo de transformación, es decir, en el paso de una vida de sacerdote secular a la de religioso.

En 1846 es cuando pude leer en su alma por primera vez; no era yo más que un niño; sin embargo, habiéndole escuchado predicar en la profesión de una religiosa, quedé tan encantado de su sermón, del que no entendía todo, que con la ayuda de un condiscípulo muy inteligente que estaba presente, escribí las hermosas palabras que acababa de escuchar. Quizá escriba algún día una *Anécdota*.

Francamente, ¿no es mejor seguir al Padre d'Alzon en eso que él prefirió? Es la hermosa herencia de los Agustinos de la Asunción; y es envidiable.

### **Audaz, pero franco**

Se ha dicho a menudo que el Padre se servía a veces, sea en conversaciones e incluso en sus predicaciones, de palabras audaces, crudas, de una franqueza demasiado fuerte. Es cierto; Monseñor Besson lo constata en términos muy atenuados cuando escribe en su Oración fúnebre del Padre, bajo la forma de una Carta pastoral: "Era a veces demasiado familiar, pero siempre capaz de remontar el vuelo de un solo golpe ...". Este golpe de ala, digámoslo con total franqueza, no siempre era inmediato y rápido. Pero al Padre d'Alzon se le perdonaba mucho; no perdía nada de su

prestigio allí donde cien otros se hubieran hundido. Su estilo podía causar asombro, pero no llegaba a chocar a sus oyentes, que conocían la nobleza de su alma y la pureza de su corazón.

¿Digo yo mi impresión? Cuando tenía que hablar de cosas delicadas, me causaba la impresión de un hombre que encuentra de repente a su paso un reptil venenoso, sibilante y levantando su horrorosa cabeza. En vez de huir para evitarlo, lo toma valientemente por la cola, lo hace dar vueltas en el aire y luego lo lanza impetuosamente por encima de los espectadores estupefactos. Habrán seguido los movimientos de este hombre con inquietud, pero al fin nadie ha sido picado por el aguijón peligroso, ni el hombre audaz ni los que le observaban. El Padre d'Alzon llamaba a ciertas cosas por su nombre para liberarse de ellas lo antes posible.

### **Retrato de un fundador**

He aquí un extracto de un sermón del Padre, predicado en 1847 y anotado en aquella época. Encuentro este mismo pasaje en otro cuaderno, de 1857; pero esta vez con un texto de santo Tomás, que posiblemente no había sabido retener en mi memoria en 1847. Hablaba de san Norberto de Magdeburgo.

"¿Qué es un fundador? Cuando Dios quiere un fundador, toma a un hombre, lo pule, lo trabaja como a los patriarcas. Le prepara de lejos, le llena de su espíritu; le comunica la intuición clara de su voluntad y de la misión que deberá cumplir.

Para ello, le inflama el corazón, fortifica su voluntad dirigiéndola hacia una meta confusa al principio, pero iluminándola poco a poco con claridades sobrenaturales.

Dios añade sabiduría, santidad y paternidad. Sabiduría, para la elección de los medios, la redacción de las normas y de los reglamentos disciplinarios; santidad, para ser un buen ejemplo, *forma gregis (modelo del rebaño)*; paternidad o fecundidad para que vengan muchos hijos a cooperar en la obra y la perpetúen.

Hacer y perpetuarse, es el sello de una misión superior; es el auténtico carácter de un fundador. El divino Maestro decía a sus apóstoles: *Qui credit in me opera quae ego facio, et ipse faciet, et maiora horum faciet (el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún)* (Juan 14, 12).

Por eso santo Tomás establece este principio: *Non est minoris potestatis, sed maioris, facere aliquid per alios, quam per seipsum (no se necesita menor poder, sino mayor, para hacer las cosas por medio de otros que para hacerlas por sí mismo)* (P. III, q. 42, art. 1, ad 2m).

Dios salvó al mundo por medio de su Hijo, añadiéndole la cooperación de la Virgen Inmaculada. El Hijo perpetúa su obra mediante los apóstoles y sus sucesores en la Iglesia. Las misiones especiales y extraordinarias confiadas a los fundadores de Órdenes son continuadas por sus discípulos, también en la Iglesia, siempre bajo la autoridad del Pastor supremo...".

### **Réplica pronta y acerada**

Al Padre d'Alzon no le gustaba que le llevaran la contraria. Era naturalmente vivo, impaciente; y en sus finos labios siempre estaba pronta a partir la palabra que se clavaba como un dardo. El brillo repentino de sus ojos precedía la salida del golpe; era como el relámpago que sigue siempre a la descarga del rayo. ¡La de victorias heroicas que ha debido de conseguir sobre su fogoso temperamento, antes de llegar a ser un modelo de paciencia en los sufrimientos!

Asistía yo, allá por 1860, a una reunión de sacerdotes en el colegio de la Asunción presidida por el Padre d'Alzon, en aquella sala que después se transformó en círculo de los soldados. Habló largo tiempo, pero -cosa rara en él- no le salió bien; le faltaba empuje, método y claridad; no llegaba al meollo de la cuestión, bordeaba sin poder enfilear la entrada del puerto. Cediendo para mi desgracia a una vieja y mala costumbre, que me había merecido tan severas reprimendas, me permití interrumpir al Padre, diciendo:

- Sería conveniente, sin embargo, ser un poco más preciso.

Se volvió vivamente, fijando en mí una mirada llameante:

- ¿Quieres que precise? dijo enderezándose en su silla. Con toda precisión te declaro descortés, importuno y pretencioso al osar interrumpirme, tú, el más joven de la asamblea, cuando otros mayores que tú, y de más valía, guardan silencio.

¡Qué triunfo jugó! Sé que entré en mí mismo avergonzado y plegado como *uter in pruina (como odre expuesto a la helada: Salmo 119, 83)*; sólo que fue bajo la acción del fuego y no de la helada. Pese a todo, la interrupción dio su fruto: puse de nuevo al orador sobre sus rieles y a pleno vapor. El Padre retomó su discurso, enfocó la cuestión en la buena dirección y concluyó con lucidez. Me lo confesaba más tarde él mismo, riendo con su risa tan franca y encantadora; pero sin el menor arrepentimiento de haberme aplastado en plena sesión.

### **Discurso de circunstancia**

Una notable originalidad del Padre fue la de subir al púlpito, después del Evangelio, con motivo del servicio fúnebre por los caídos en la batalla de Castelfidardo, revestido de casulla y todos los ornamentos sacerdotales. Era en la catedral de Nimes.

He aquí algunas de sus palabras, recogidas por alguien que estaba presente:

"Estaréis seguramente extrañados de verme subir al púlpito revestido de ornamentos de misa. En un servicio tan excepcional como el que estamos celebrando por las víctimas de la más culpable de las traiciones, me he creído autorizado a derogar los usos litúrgicos. Los ornamentos que llevo son simbólicos, y este simbolismo da a los acontecimientos una solemne actualidad.

Los enemigos del Papado han matado a sus heroicos defensores. El Vicario de Jesucristo ha sido entregado a lo que hay de más vil y más bajo en el mundo entre los hombres. Las dolorosas escenas de la Pasión se reproducen: las burlas, los insultos, las espinas, el manto de púrpura, la venda, las cuerdas para atarle las manos, todo reaparece, de un modo u otro, en los vergonzosos malos tratos infligidos al Soberano Pontífice.

¡Quieren terminar con el catolicismo! No terminarán ni con el Papa, ni con la Iglesia, como tampoco pudieron terminar con Nuestro Señor, pese a todo. ¿Y sabéis por qué? ¡Mirad ese inmenso ejército que cubre el mundo entero, y cuyo jefe es el Papa! ¡Mirad el sacerdocio católico, desde el Pontífice de Roma, hasta el último sacerdote revistiendo cada día, al subir al altar, esta poderosa armadura, símbolo de una invencible fuerza moral!

El amito, es el casco cuyo brillo debe paralizar los esfuerzos diabólicos; al alba, cuya blancura viene de la sangre del Cordero, sangre que lava las conciencias, da la pureza y fortifica la voluntad; el cingulo, esos lazos misteriosos que ciñen los riñones y significan la fuerza moral que mana de la castidad y de la victoria sobre las pasiones; el manípulo de las lágrimas y de la penitencia, que asegura el triunfo de quienes saben rezar y sufrir; la estola, símbolo de la inmortalidad, porque quienes combaten por Dios, tras los sufrimientos, quedarán llenos de alegría; la casulla o yugo del Señor, yugo suave y tanto más ligero cuanto más a gusto se lleva; yugo honorable que atrae hacia nosotros la abundancia de la gracia, es decir, de una ayuda sobrenatural que produce héroes y vencedores.

La Iglesia, ya veis, está bien armada, nadie puede quitarle sus armas. ¡Matan, asesinan a sus hijos... le quedan muchos más! Pero mirad a lo alto, ¿no veis alrededor del trono del Cordero, a esos héroes cubiertos de heridas gloriosas? ¡Oh, helos ahí, vivos con una vida que ya no pueden perder y revestidos con un poder protector contra el que no prevalecerán jamás los impíos, ni los apóstatas, ni los hipócritas, ni los asesinos!..."

No estaba yo presente; cito las palabras del orador tal como las he recibido.

### **Lamennais, Ventura, d'Alzon**

He aquí a un grupo de tres hombres notables, que en nada se parecen; sus caracteres difieren y su género de vida está lejos de haber sido el mismo. Sin embargo, se han encontrado, se han relacionado frecuente e íntimamente; se han estimado y querido mutuamente, aunque han debido separarse en varios puntos de opinión y de conducta.

D'Alzon es quien ocupa mi pensamiento, él es quien ha de ser puesto a plena luz para hacer resaltar la hermosura de su fisonomía. Por eso pongo junto a él a Lamennais y a Ventura, como en un cuadro el artista dispone alrededor del tema principal aquellos objetos que contribuyen a ponerle de vivo relieve. Los nombres de estos tres personajes son colocados en orden cronológico, según la fecha de su muerte: 1954, 1861, 1880.

El primero, tras haber proyectado sobre el mundo ese brillo que León XII llamaba "la luz del último Padre de la Iglesia", llevado de un orgullo indomable, se precipitó de caída en caída y vio cómo los fulgores de su gloria se apagaban en las tinieblas de una obstinada rebelión.

El segundo, cegado un instante por su popularidad, tuvo el desacierto de oponerse abiertamente a la política de su rey, Pío IX. Hubo de abandonar Roma y salir incluso de los Estados Pontificios. Sin embargo, el ilustre teatino no erró nunca en la fe. Si, llevado por el ardor de su sangre siciliana, osó criticar el gobierno de su príncipe, siempre siguió fiel al Soberano Pontífice, jefe de la Iglesia. Su muerte, en Versalles, fue la de un buen sacerdote. En el postrer momento, se incorporó para abrazar al obispo, de pie al lado de su cama, diciendo:

- ¡Monseñor, en usted abrazo a la Iglesia!

El tercero de estos hombres, nuestro venerado Padre, inmovible en su fe, seguro en su doctrina, firme en su entrega, no vaciló nunca ni un solo instante en servir al Soberano Pontífice en todo, sin preguntarse hasta dónde podía ir su celo.

Su obediencia era la del niño que nunca pone en tela de juicio las órdenes de la autoridad y no busca interpretarlas a su antojo. Por el contrario, incluso en cosas que no atañen directamente a la fe, el Padre d'Alzon se aplicó con constancia a captar las intenciones del Papa y a assimilarlas para hacer de ellas su propia regla de conducta.

¿Acaso no son admirables las palabras que pronunció cuando, tras poner de lado sus opiniones, su manera de ver y sus ideas independientes, firmó, de rodillas, una declaración que deseaba el Papa?

- No he dudado, dijo, he obedecido. Un Superior de Congregación no tiene otro papel cuando el Papa ha hablado. ¿Qué es un coronel que discute en el campo de batalla? Es un rebelde que merece ser fusilado.

Se trataba, es bien sabido, de un acto mediante el cual las Congregaciones religiosas se sometían a la autorización oficial del Gobierno.

En 1849 el Padre Ventura se retiró a Francia para establecerse en Montpellier. Pasó por Nimes y se alojó en el colegio de la Asunción. No encontró allí al Padre d'Alzon, que se había retirado al castillo de Lavagnac para no tener que recibir personalmente a un sacerdote que había apenado el corazón de Pío IX. Pero antes de alejarse dio órdenes precisas para que el Padre Ventura recibiera una hospitalidad perfecta.

El religioso desterrado habitaba en Montpellier, cerca de la iglesia de Santa Eulalia. Vivía allí, solo, en un modesto apartamento, con un Hermano lego que le servía. Durante las vacaciones veía yo a menudo al Padre Ventura a quien el Padre d'Alzon había tenido a bien presentarme por carta. Hablábamos a menudo de Roma, y así es como supe muchos detalles interesantes de la permanencia allí de nuestro Padre.

El Padre Ventura hablaba de él con ternura; profesaba la mayor admiración por la nobleza de su carácter. Me decía:

"La conducta del abate d'Alzon en Roma le había granjeado la estima de todos, en todos los estratos de la sociedad. Me gustó desde nuestro primer encuentro. Era el preferido del cardenal Micara, del doctor Wiseman y del Padre Marchi. Sé que el Papa Gregorio XVI le había distinguido y tenía de él una idea muy alta.

Su brillante inteligencia, su porte aristocrático, su franqueza, la distinción de su persona, de un exterior tan digno y tan simpático, habían causado la más feliz impresión en la sociedad romana. Sólo hubiera dependido de él entrar en la prelatura; pero era modesto, y sus costumbres eran las de un religioso.

Se sabía que Lamennais le había amado como a un hijo. Por eso le hicieron firmar, antes de su ordenación, una declaración en la que condenaba los errores de su antiguo maestro...".

Estas últimas palabras están confirmadas en una carta del abate d'Alzon a su amigo y director, el abate Vernières. Yo tenía esa carta, la envié con otras a Monseñor Besson, obispo de Nimes. Estos documentos parecen perdidos. Felizmente tomé la precaución de guardar copias y he aquí lo que el Padre escribía por la época de su ordenación, en diciembre de 1834: "Es probable que me vayan a pedir, de parte del Papa, un acta de sumisión a los diversos decretos que condenan a Lamennais. Esté seguro de que no vacilaré ni un minuto en firmar...".

Ya que estoy hablando de Lamennais, añado algunas reflexiones del Padre Ventura con ocasión de un paseo por el bosque de la Valette, en los alrededores de Montpellier: "Algunos miembros del Sacro Colegio, dijo, fueron demasiado severos al principio del asunto Lamennais. Lo sé bien; expresé abiertamente mi pensamiento a ciertos prelados, que tenían demasiada prisa en terminar con el asunto. Ya en tiempos de León XII, había entre los cardenales y el alto clero quienes criticaban al Papa, por entonces admirador del ilustre sacerdote. Es sabido que León XII había decidido elevar a Lamennais a la púrpura sagrada; le tenía reservado *in petto*...". El cardenal Wiseman en su libro titulado *Los cuatro últimos Papas*, declara también que León XII había guardado a Lamennais *in petto* y no al historiador Lingard, como muchos, sobre todo los ingleses, pensaban. El Padre Ventura me contaba además: "León XII decía a propósito de Lamennais que hay dos maneras de tomar a los hombres y de conducirlos: con una mano encerrada en un corazón, o con un corazón escondido en una mano. Es decir: con suavidad dejando sentir la fuerza, o con energía dejando adivinar la bondad...". El Padre d'Alzon comprendía muy bien esta manera de conducir a los hombres. Todos sus antiguos discípulos pueden atestiguarlo.

### **Los primeros asuncionistas en el juego de petanca**

La petanca es un juego muy popular en el Sur de Francia; lo es sobre todo en Nimes. Quien quiera hacer un estudio de las costumbres y conocer el espíritu del pueblo nimeño, sólo tiene que dirigirse al "viaducto" y observar a los jugadores y a la galería de los espectadores.

El juego interesa naturalmente a los jugadores, pero apasiona también a los espectadores que forman una galería en dos filas. Éstos conocen el nombre de cada jugador y su habilidad como *tirador* o como *apuntador*. En los casos dudosos es la galería quien decide en un arbitraje sin apelación. Un golpe bien dado, una bola bien *apuntada* provocan

aplausos; pero los torpes, sobre todo cuando son novatos, recién venidos, provocan burlas, ocurrencias mordaces, como sólo saben dispararlas las lenguas de los meridionales.

La galería es soberana; se permite ser ruidosa cuando le parece; a veces se vuelve insolente, suscita reyertas, provoca un intercambio de puñetazos; luego se vuelve otra vez sensata, tranquila, se restablece la paz y el juego retoma su alegre desarrollo.

Es muy curioso ver, cuando la bola de un buen apuntador es lanzada, cómo los espectadores la siguen con la mirada, en silencio, el corazón palpitante, imitando con los movimientos del cuerpo, los de la bola que rueda, se desvía a izquierda, a derecha, y finalmente llega a su meta. Cuando se detiene, todos los cuerpos se enderezan y entonces las lenguas se ponen en movimiento para vociferar aprobaciones si el éxito ha sido pleno o burlas si el golpe ha fallado.

La Asunción es de origen nimeño; la Asunción tenía, pues, su cancha de petanca. Antaño, cuando los religiosos eran poco numerosos, se celebraban partidas de petanca en el espacio cerrado donde hoy se encuentra la piscina, del otro lado del viaducto.

Después del almuerzo, al salir del *Miserere*, el Padre d'Alzon, seguido de su pequeña banda, se dirigía al campo de combate. Caminaban rápido, como Asuncionistas, se apoderaban de las bolas y el juego comenzaba.

No nombraré a todos los presentes; los hay que tras haber triunfado en la petanca han desfallecido en las cosas más serias de la vida religiosa, han *apuntado* mal y han terminado rodando fuera de la arena. La galería les ha perdido de vista.

El Padre d'Alzon era *tirador*, pero tirador capaz de partir en dos la bola sobre la que caía la suya. Tenía una ventaja, según los expertos: era zurdo para jugar.

El Padre Hippolyte era un terrible tirador. ¿Quién no lo hubiera adivinado? ¿Podía ser de otro modo?

Víctor Cardenne, con sus ojillos de garduña de un azul intenso, cuyo ángulo visual parecía estar dirigido por una nariz semejante a la proa de un navío, era el primer *apuntador*. Quien iba con él estaba seguro de ganar. Pero sólo estuvo al principio del torneo: la enfermedad y luego la muerte temprana se lo arrebataron a sus hermanos.

El Padre Tissot apuntaba. Se había formado un sistema propio (era lyonés y no nimeño); apuntaba científicamente, según ciertas reglas que había meditado, por eso fallaba siempre.

El Padre Brun era un valiente; cuando levantaba la bola en el aire antes de apuntar, hubierais dicho que estaba seguro de lo que hacía. Así lo creía él también, y en tal medida que cuando fallaba, según su invariable costumbre, no podía comprender por qué. O bien había llovido, o el suelo estaba demasiado seco, o la cancha se había estropeado desde la última vez; pero nunca era por culpa propia. Era un apuntador de esperanza y de porvenir, ya que varios de sus antiguos alumnistas me han asegurado que llegó a ser muy buen jugador.

### **Danza, esgrima, borrachera**

¡Vaya un título tratándose del Padre d'Alzon! ¿Qué querrá decir? Os lo diré, queridos lectores, si os avenís a seguirme paso a paso, sin adelantar juicios.

En heráldica, cuando un blasón está formado en contra de las reglas, poniendo por ejemplo, metal sobre metal, o esmalte sobre esmalte, hay que *investigar* la razón histórica de tal desviación de las leyes. Por eso se llama a tales escudos: *armas de inquirir*. ¡Pues bien! el título que lleva esta *Anécdota* es un *título a inquirir*. He aquí la explicación:

El hijo del vizconde d'Alzon, heredero de un nombre ilustre y de una considerable fortuna, debía -se comprende- recibir una educación lo más completa posible, para brillar en la alta sociedad. Se le procuró, mientras seguía el curso de sus estudios, los maestros más nombrados para la enseñanza de las artes de sociedad compatibles con sus gustos y sus aptitudes.

El Padre me contaba un día, en un momento de confidencias, cómo en París, mientras estudiaba derecho: 1º había recibido lecciones de baile; 2º había aprendido esgrima; 3º se había emborrachado una vez en compañía de los señores de Tessan y de la Bouillerie.

Para satisfacción de impacientes lectores, y para mejor comprensión del título, voy a tomar las cosas al revés y comenzar por el final.

Se trata de artes de sociedad; pero la borrachera no es precisamente un arte de sociedad. Si, pues, hablo de ello en esta *Anécdota*, es porque me resultaría engorroso contarle en otro lado.

Repito, pues, la palabra: borracho. Y eso, con dos amigos de los que uno llegó a ser canónigo y Vicario general y el otro obispo de Carcasona en primer lugar y luego arzobispo y coadjutor de Burdeos. Se emborracharon pues..., pero con un garrafón de agua helada. He aquí cómo:

Los tres jóvenes estudiantes habían realizado una salida a pie hasta Versailles, un día de verano. De vuelta, fatigados, chorreando de sudor y devorados por la sed, se detuvieron a la puerta de un café de los bulevares. Cometieron la imprudencia de hacerse servir tres helados de vainilla y una jarra de agua "frapéé". Como insensatos sin experiencia, se precipitaron sobre la jarra y se bebieron sendos vasos grandes de agua helada. El efecto fue fulminante; sorprendidos por el hielo cayeron en un estado de auténtica ebriedad, no pudiendo aguantarse ni en pie ni sentados y divagando a cual más. Rápidamente llamaron a un médico. Vino, vio la jarra vacía y adivinó sin dificultad la causa del incidente. Con los cuidados adecuados hizo volver en sí a los jóvenes.

- ¿Querrás creer, decía el Padre contando la aventura, que vueltos a nuestros cabales lo primero que buscaron nuestros ojos y nuestra lengua... fueron los helados de vainilla? El prudente doctor los había hecho retirar. En su lugar nos hizo servir un vasito de *fino champagne* y nos llevó él mismo a nuestros respectivos domicilios.

Nada hay en este accidente sorpresivo que pudiera escandalizar ni a un novicio. Sí contiene una buena lección que hay que aprovechar y que recordaré al terminar el relato.

La enseñanza de la esgrima tenía como finalidad, no la de aprender a batirse sino, como la gimnasia, desarrollar los músculos dándoles vigor y elasticidad.

La danza debía dar al joven Manuel gracia en el porte, elasticidad en el ademán, dignidad y soltura en todos sus movimientos. Durante los primeros ejercicios el maestro hacía calzar a sus alumnos unos zapatos cuyas suelas eran de plomo. Así, según él, cuando tras los ejercicios iniciales uno se ponía los zapatos ligeros de baile, tenía la sensación de saltar como una pelota de goma.

La danza no tuvo mayor influencia sobre el joven Manuel; él hubiera preferido los ejercicios del soldado bajo la guía de un viejo sargento. Su porte, su ademán, su manera de caminar tenían algo de original, exclusivo de él. Sin embargo, algo debió aprovechar las lecciones recibidas, pues le encontramos un día en el castillo de Lavagnac abriendo un inocente baile con los empleados. Escribía así a un amigo: "Puedes estar seguro que el más hermoso baile de la Ópera o de alguna otra parte no se puede comparar con el que ha tenido lugar aquí esta tarde, lunes de carnaval, en el comedor del personal de servicio. Como músicos, sólo teníamos a un montañés con su flautín, pero teníamos nuestras piernas para bailar y las hemos empleado del mejor modo".

En cuanto a la esgrima, el manejo de las armas concordaba muy bien con su temperamento combativo; y el día en que por última vez colgó de un gancho en la sala de ejercicios florete, guantes, peto y máscara, su valiente mano asió otra espada que ya nunca abandonó. Ha sido toda su vida un hombre de armas, guerrero intrépido, batallador sin tregua ni reposo para extender el Reino de Jesucristo.

Cuando los obispos mueren, se coloca sobre el catafalco, junto a su cuerpo, el báculo pastoral. Me hubiera gustado ver al Padre, después de su muerte, con la mano izquierda apretando el crucifijo contra su corazón y con la derecha puesta sobre la empuñadura de una espada desnuda. Después de los funerales, hubiera puesto esta espada en manos de su sucesor, como el símbolo más expresivo de su investidura.

La espada de la Asunción, manejada unas veces por la mano del General y otras por la de un monje, no cesa de lanzar destellos. No tiene vaina; no la necesita, porque está sin cesar en combate contra los enemigos de Dios, de la Iglesia y de la patria. No es una daga pequeña de fina hoja parecida al agujón de una avispa, sino la grande y pesada espada que se maneja a dos manos, de doble filo, la de los antiguos cruzados. Arma noble y poderosa, cuya empuñadura está formada por una cruz y cuyo acero atraviesa *ad divisionem animae et spiritus (hasta la coyuntura entre el alma y el espíritu)*. Tizona terrible que los bravos hijos de d'Alzon manejan tan bien al grito de guerra temido por el infierno: ¡*Adveniat Regnum Tuum!*

Conclusión de cuanto precede:

1º Evitar beber agua fría, demasiado helada, cuando se está bañado en sudor. Saber esperar, con espíritu de mortificación, el momento de desalterarse sin ansia y sin peligro. En la paciencia se preserva el alma y la salud.

2º Si no se han recibido lecciones de baile, resignarse a renunciar a ellas, sabiendo que quien se estudia y se vigila logra darse una compostura digna e incluso distinguida, sin afectación. Las Órdenes religiosas tienen para eso normas que valen más que las lecciones de baile y más que la disciplina militar. Se las llama reglas de modestia.

3º ¡Imitemos a nuestro Padre en la bravura y la audacia; demos a nuestras almas el temple de su espíritu caballeresco; seamos, como él, sin miedo y sin reproche, y seremos estimados dignos de combatir los combates del Señor!

### El confesor

Monseñor de Cabrières ha hablado así del Padre d'Alzon como confesor:

"El Padre d'Alzon ganaba nuestro corazón y nos llevaba a reformarnos y a gobernarnos a nosotros mismos, mediante su acción paternal, al mismo tiempo dulce y firme, vigorosa y suave, tierna y sin blanduras". ¡Felices confesiones las de aquellos años ya lejanos!, ¿las habremos olvidado? Nada de palabras inútiles, nada de largas explicaciones, una palabra corta y penetrante, que estimulaba el arrepentimiento, se adelantaba al desaliento, elevaba la conciencia y le devolvía la serenidad..."

En el colegio de la Asunción casi todos los alumnos se confesaban con él. Había varios sacerdotes y por lo tanto amplia posibilidad de elección, con la más absoluta libertad de dirigirse a quien se quisiera. Pese a todo, al Padre d'Alzon es a quien la mayoría de los alumnos, sobre todo los mayores, se dirigían para confesarse.

No sólo ejercía este ministerio en el colegio. Tenía un confesonario en la catedral y era confesor de varias comunidades. Y jamás hubo confesor más puntual para estar en su santo tribunal, ni más paciente para permanecer en él y escuchar a quien quisiera hablarle.

Dirigía así las conciencias de una gran variedad de personas, desde los pecadores de largos años, hasta las almas privilegiadas ascendidas a grados diversos de vida perfecta.

En todos los casos el Padre era un director perfecto. Era maestro experimentado en la ciencia de los santos y las vías de perfección le eran familiares.

Además del estudio de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, se había alimentado con la doctrina de los grandes místicos. San Juan de la Cruz, santa Teresa, san Francisco de Sales eran sus autores predilectos.

Confesaba a los alumnos preferentemente los sábados, durante el estudio de la tarde, después del canto de las Letanías de la Santísima Virgen y tras la instrucción que tenía costumbre de impartir.

Había instalado su confesonario en la tribuna del órgano, en la capilla nueva, es decir, revestido de una sobrepelliz de grandes mangas, sentado en una silla, en un rincón, nos escuchaba arrodillados a su lado, tras envolvernos en los pliegues de aquella manga.

Su moraleja corta, precisa, iba directamente al grano. Imposible olvidar lo que había dicho; era como una sentencia lacónica, pero clara y completa, que se grababa en el espíritu y se tornaba una norma de conducta.

Muchos jóvenes le escribían, en vacaciones, para que les dirigiera en sus problemas de conciencia. Respondía sin tardar, mediante notas encantadoras, que releíamos a menudo y guardábamos religiosamente.

Aquellas notas eran pequeñas obras maestras de ciencia espiritual. Contenían citas de la Escritura, de los Padres, de los escritos de los santos, lo que prueba la amplitud considerable de la ciencia de nuestro Padre, porque las notas que nos enviaba salían de su pluma de una vez, no las trabajaba como un sermón de estilo.

Tenía, pues, en su mente, dispuestos para el uso en cuanto los necesitaba, numerosos pasajes de los Padres y de los místicos.

Se ha dicho mucho, en memorables discursos, del Padre d'Alzon como confesor y director, pero nunca se han dado detalles de su ministerio entre sus alumnos; eso justifica la publicación de estas notas.

### El predicador

El título de esta *Anécdota* no indica la pretensión de trazar un retrato acabado del Padre d'Alzon como predicador. Lo que el autor pretende presentar aquí es un simple florilegio de reminiscencias y de apreciaciones personales.

Para entrar en materia, permítasenos citar algunos extractos de obras de jueces competentes que han estudiado al Padre d'Alzon como orador, haciendo resaltar lo que le caracterizaba tanto en cuanto al fondo como a la forma.

Monseñor Besson ha dicho: "La palabra del Padre d'Alzon revestía, de acuerdo con el tema, los colores más vivos. En sus sermones y discursos era sucesivamente firme y preciso, rico y abundante, osado y prudente, mezclando los sentimientos más nobles con las consideraciones más elevadas, era desigual y a veces demasiado familiar, pero siempre capaz de remontar el vuelo de un solo golpe y arrebatar a sus oyentes hasta lo más sublime..."

Monseñor de Cabrières habla en estos términos de los discursos dirigidos a sus alumnos del colegio de la Asunción: "Cuando llegaban las instrucciones de los sábados por la tarde o bien los momentos del orden del día en la sala de ejercicios, los domingos por la mañana, ¡qué interés excitante en sus discursos siempre improvisados, cuya gama subía o bajaba, desde los acentos más sublimes de la elocuencia hasta las osadías más familiares! Sacaba de ellas las enseñanzas más luminosas y eran como el choque inevitable de una chispa eléctrica que encendía nuestras voluntades".

Escuchemos al canónigo Ferry: "En las alocuciones semanales del sábado, abordaba con mayor espontaneidad las cuestiones que atañían a la situación moral de la casa. Las salpicaba de rasgos vivos y picantes que penetraban

profundamente en el alma de sus oyentes. A estos servicios regulares añadía a veces, según las circunstancias, instrucciones seguidas sobre temas que le parecían oportunos de tratar. Así es como nos hizo durante varias semanas, una serie de comentarios sobre las epístolas de san Pablo..."

Al final de un retiro pastoral, el cardenal Pie decía a sus sacerdotes, hablando del predicador, el Padre d'Alzon: "Hasta aquí había oído la elocuencia caballeresca del gentilhomme, la elocuencia ardiente del tribuno, la elocuencia llena de unción del orador sagrado, la elocuencia sobria del apóstol, la elocuencia magistral del obispo; en estos días las he escuchado todas a la vez y han brillado una tras otra y a porfía en la palabra de quien os ha predicado y que las reúne todas".

He aquí algunos trazos de la ágil pluma del Padre Edmond, agrupados en ramillete: "El Padre d'Alzon, hombre de acción, tenía el genio latino, firme y vigoroso... Su estilo era como él mismo: firme, enérgico, impetuoso, a veces familiar, y a menudo sublime... Mientras Lacordaire "exponía la religión en sus relaciones con la necesidad de los hombres y de las sociedades, dibujándola por decirlo así desde el exterior y mediante sus aristas externas" (De Broglie, *Elogio de Lacordaire*), el Padre d'Alzon por el contrario, entraba de lleno en el dominio de la fe, abordaba el dogma de frente y mostraba a su auditorio, unas veces las oscuridades adorables y otras los esplendores íntimos del misterio".

El Padre d'Alzon tenía ideas elevadas y justas sobre el ministerio de la predicación. Él mismo escribe en su *Reglamento de vida*:

"Apóstol, debo dar a conocer la verdad, debo estudiarla... Apóstol, amaré la verdad, cuyo principio es Jesucristo, Palabra eterna de Dios, Dios mismo... Apóstol, recordaré siempre el respeto que debo tener a la Palabra de Dios...

Predicaré a Jesucristo; pero ya que Jesucristo ha sido niño, hombre adulto, pobre, rey, pontífice, doctor, en una palabra ha pasado por todas las etapas de vida, al darle a conocer lo presentaré en la faceta que le permita ser aceptado más fácilmente. Esto implica para mí la obligación más absoluta de estudiarlo, tanto como sea capaz... El apóstol no es nada sino por quien le envía..."

El tema de estudio favorito del Padre d'Alzon, como base doctrinal de sus sermones, era, junto con la Sagrada Escritura, santo Tomás, san Agustín, san Juan Crisóstomo, Bossuet y la Historia de la Iglesia.

Mantén un hermoso ademán en el púlpito: noble, con gran naturalidad, y con gracia en sus movimientos. No podría compararlo mejor que con el célebre Mac-Carthy. Éste, ¡cosa curiosa!, debía su porte majestuoso, en el púlpito, a una ligera desviación de la espina dorsal, que le obligaba a mantenerse un poco echado hacia atrás y ladeado de manera perceptible, pero no sin gracia, hacia el lado izquierdo. Presentaba así un pecho bien abierto y una cabeza que dominaba con gallardía, sin rigidez. El Padre d'Alzon no tenía ningún defecto corporal: su talla, su porte señorial, su ancho pecho, su cabeza hermosa, en una palabra, el conjunto de su persona daba a su ademán un carácter de majestuosa dignidad.

El gesto era sobrio, amplio, expresivo, sin precipitación. Era natural; el Padre nunca fue amigo de las poses ni un actor dramático apuntando al efecto calculado. En sus grandes sermones, a medida que su pensamiento se elevaba a alturas sublimes, tenía un modo de abrir los brazos poco a poco, balanceándolos con gracia, como las alas de un ave que se levanta del suelo para volar hacia las regiones de la luz.

Algunas veces, cuando iba a lanzarse, llevado por el fuego de su alma, elevaba la mano a la altura de la boca y la ondulaba ligeramente como si planeara sobre el auditorio. Gradualmente, moviéndose como para seguir las ondulaciones de la frase, la mano se alejaba, el brazo se alargaba y le salía aquel magnífico gran gesto bastante fielmente reproducido en las estatuas que hay del Padre en Livry y en la Casa Madre de París.

Los gestos precedían frecuentemente al verbo. El pueblo de Nimes decía: "Cuando predica el Padre d'Alzon, su gesto te hace adivinar lo que va a decir".

Tenía costumbre de mirar hacia arriba, por encima de su audiencia, como si una mano misteriosa sostuviera abierto ante él el libro en el que iba leyendo los pensamientos que su elocuente boca desarrollaba. Sin embargo, cuando era conveniente, sus ojos se clavaban en sus oyentes. En cuanto aparecía en el púlpito, paseaba su mirada sobre la asamblea para darse cuenta cabal del modo como estaba compuesta. Aquella mirada era la del águila, veía el conjunto, pero las individualidades tampoco se le escapaban. Así se daba cuenta ante quienes iba a hablar, "con quienes iba a lidiar", de acuerdo con una de sus expresiones.

Fui testigo una vez de un espléndido movimiento oratorio en la catedral de Nimes. El Padre había predicado sobre la presencia de Dios. Tras hablar de la grandeza y el poder de Dios, con una elocuencia que había conmovido al auditorio, se detuvo de repente, luego incorporándose, con los brazos cruzados sobre el pecho, el ojo centelleante, en un ademán que le daba cierto aire sobrehumano, se dirigió al incrédulo... "¿Y tú, hombre sin fe, hijo de un día, átomo

inteligente, osas desafiar la majestad de este Dios que puede, con un soplo, reducirte a ceniza? ¿Qué eres tú, canijo pigmeo, al lado de una tal inmensidad? Y sin embargo, Dios es tan grande, tan poderoso, que respeta tu vida en su gran misericordia, cuando su justicia hubiera debido partirte por medio, para darte el tiempo de abrir tus ojos a esta luz que te inunda...".

La voz del Padre, sin ser armoniosa y justa en sus tonos, se tornaba vibrante con la animación del discurso. Su dicción era pura, las palabras descendían claras hacia al auditorio. Se hacía escuchar, se le seguía sin esfuerzo. Aunque no tenía un buen oído, sé por él que, desde el exordio, encontraba el punto hacia el que debía orientar su voz en una iglesia en que no tuviera costumbre de predicar.

He ahí una cosa en la que muchos predicadores debieran ejercitarse; es cosa importante tanto para el predicador como para la audiencia.

La manera de hablar del Padre d'Alzon distaba de ser monótona. Desde el comienzo se ponía en sintonía con sus oyentes. No sólo predicaba *delante* de ellos, sino que se dirigía *a ellos*. Entraba pronto en materia; la corriente pasaba rápidamente de su alma a las de quienes le escuchaban.

El pueblo decía en su lenguaje pintoresco: "Diríais que el señor d'Alzon, cuando predica, tiene el ovillo, mientras cada uno de nosotros tiene una bobina". Nadie, en efecto, perdía el hilo de su discurso, y cautivado, interesado, parecía enrollar el hilo de oro y de seda alrededor de su corazón.

Se elevaba a lo sublime. Descendía con gracia hasta el tono de la conversación. Después de las elevadas consideraciones generales, que su asombrosa capacidad de síntesis hacía admirables, sabía entrar en detalles, siempre interesantes, llenos de enseñanzas prácticas.

Tenía arranques soberbios, cuando al hilo del discurso se elevaba mediante una brillante prosopopeya y se colocaba frente a la divina faz del Redentor, de la dulce figura de la Santísima Virgen, o bien ante la majestad de la santa Iglesia Católica. Es sabido que el amor a la Iglesia era su pasión dominante.

En tales momentos es cuando todo su ser parecía transfigurarse; los tonos de su voz, el ademán de su persona, que parecía crecer un palmo, el fuego de sus ojos, la perceptible agitación de su pecho, como si el corazón quisiera escapársele, todo daba la impresión que, llevado de su amor y su fe, estuviera enteramente arrebatado en éxtasis.

Ya no sé qué poeta había enviado a un periódico del Mediodía algunos versos llenos de entusiasmo por el Padre d'Alzon. Se podían leer allí estas palabras:

"Y a veces tememos que tu fuerte pecho  
se rompa bajo el efecto del manantial divino  
impaciente por brotar".

Tras tales sermones, el Padre bajaba del púlpito exhausto, con el cuerpo roto. Le echaban un manto sobre los hombros y, si estaba en Nîmes, se daba prisa en volver a su habitación, donde se tendía en la cama para un descanso de varias horas.

Durante sus conferencias de Cuaresma o de Adviento, invitaba a los hombres a plantearle, por escrito, preguntas u objeciones; respondía a unas y refutaba las otras desde el púlpito, antes del sermón del día siguiente o de los días sucesivos.

¿Puedo comunicar una observación que he tenido a menudo ocasión de hacer? He constatado que casi todos los alumnos del Padre d'Alzon que han llegado a ser sacerdotes, tienen algo que recuerda a su maestro en la manera de predicar, tanto en cuanto al fondo como a la forma. Es normal; ¿cómo iba a ser de otro modo, cuando se sabe la influencia de este Padre, a quien sus hijos admiraban como a un modelo de perfección? Su prestigio era irresistible. Quisiera citar, entre tantos otros, dos nombres: el del señor obispo de Montpellier y el del Padre Emmanuel Bailly. Sus ademanes en el púlpito, sus gestos, su manera de manejar la voz, su forma original de enfocar un tema y de presentarlo, un montón de rasgos, en fin, me hacen encontrar en estos dos oradores las grandes líneas de la fisonomía del Padre. Su alta talla, su ancho pecho, es cierto, eran cosas que no se pueden comunicar y es imposible apropiárselas.

El Padre d'Alzon quería ante todo que el predicador fuera un hombre de gran fe; es precisamente lo que él era. A propósito de esto, me contaba un rasgo que cae bien aquí: "El célebre actor inglés Kemble, me decía, fue preguntado un día por un obispo anglicano en estos términos:

- ¿Cómo es, señor Kemble, que usted, un actor que sólo representa la ficción, atraiga tanto? ¿De dónde viene que sus inmensos auditorios, que saben que sus representaciones son de ficción, se vean impresionados a menudo hasta las

lágrimas, mientras que nosotros, predicadores de la verdad, producimos tan escaso efecto ante Congregaciones que tanto nos cuesta juntar?

- Milord, respondió el actor, nosotros, los comediantes, representamos la ficción como si fuese la verdad; y ustedes, predicadores, muy a menudo predicáis la verdad sin alma y sin fe, como si sólo fuera ficción".

El Padre había recibido esta historia de Donalson, dramaturgo, discípulo de Kemble. Como no se encuentra en la vida de Kemble, la tengo por inédita y creo hacer bien trayéndola aquí. Kemble y Donalson eran católicos.

### La letra del Padre

No tomo una sola vez la pluma sin experimentar cierto remordimiento. Me siento muy osado al atreverme a evocar recuerdos que me atañen tan de cerca y que a mi parecer no pueden interesar a nadie.

Un pensamiento me da ánimos: Recojo *nova et vetera* a granel; o mejor aún: tomo una cesta y voy metiendo en ella lo que recojo, a derecha e izquierda, en el jardín de mis recuerdos. Una vez llena la cesta, la paso tal cual, dejando a otros el cuidado de formar un ramillete tras haber echado a la basura las hierbas salvajes, las flores mustias, los tallos espinosos.

Dicho esto, voy a hablar de la letra del Padre. ¿Por qué? Por el gusto de garrapatear una nueva *Anécdota*, llevado por el humor del movimiento.

La escritura del Padre es muy conocida. No es siempre fácil de leer; las letras están mal formadas; las líneas tienen, entre ellas, un espaciado bastante regular, pero aspiran a subir. No sólo aspiran, sino que llevan una marcha ascendente y rápida, de izquierda a derecha. Es la carrera de un caballo fogoso, devorando el camino escarpado, agujoneados los hijares por la espuela de un jinete audaz.

La firma del Padre, aquel querido "E.d'Alzon", se parecía bastante, sobre todo en sus últimos años, a una oruga anillada, terminada en una cola larga y descendente. Sin embargo, digamos lo que digamos, esta escritura tiene su carácter: no carece de elegancia y distinción; tiene cierta desenvoltura, es viva, clara, regular dentro de su irregularidad. Está trazada por una mano rápida, ligera; es aristocrática.

Encontrándome una vez en el British Museum, tenía sobre mi mesa dos manuscritos preciosos: el sermón para la profesión de La Vallière, de mano de Bossuet, y el ejemplar de la *Relation sur le quiétisme*, del obispo de Meaux, cuyos amplios márgenes están llenos de notas de la pluma de Fenelon. Además, tenía ante mis ojos un escrito del Padre d'Alzon que me había mandado el año mismo de su muerte. Como distracción, tras varias horas de trabajo, me puse a estudiar y a comparar las tres escrituras.

Bossuet se preocupa poco de la regularidad, de la distinción de las palabras entre ellas, incluso de la ortografía. Forma remolinos, es un huracán que se precipita; cuando ha tachado una palabra o una frase se diría que las ha surcado un rayo.

Fenelon pareciera que escribía con una pluma metálica muy fina. Su pequeña letra es clara, límpida, ligera, como si la mano de una gran dama hubiera trazado los caracteres. Para tachar sólo pasa un trazo muy ligero. La regularidad, la ecuanimidad -si puedo decir así de esta escritura- es notable. En efecto, el gran arzobispo, que se deja arrastrar a veces en sus notas, que son la primera expresión de su pensamiento, a movimientos de elocuente indignación contra Bossuet, parece siempre dueño de sí mismo; su escritura es entonces tan serena como cuando dice cosas indiferentes.

La escritura del Padre d'Alzon es una mezcla de ambas: posee la energía, la impaciencia, ciertas negligencias de Bossuet; pero también encontramos en ella el talante aristocrático, la regularidad y, si no la calma de Fenelon, al menos la prueba de que dominaba a su corcel.

La grafología es una ciencia -si lo es en realidad- muy caprichosa. No me cuento entre sus adeptos y me guardaré de creer en mi habilidad tratando de explicar a fondo el carácter de una persona mediante su escritura. Por otra parte, conozco al Padre tan bien, que con toda probabilidad le haría decir a su escritura lo que en realidad saldría de mi memoria, de mi imaginación o de mi corazón. Prefiero sencillamente contar mis recuerdos y mis impresiones.

Un día, el Padre acababa de firmarme un *celebret*<sup>1</sup>. Aquello no era una firma, era como un trozo de "*papillote*"<sup>2</sup>, con las espirales deformadas, con dos rayas por encima, parecidas a esos trazos que en los grabados representan pájaros volando.

- Padre, le dije ¿quién va poder leer esto? ¿Qué quiere decir esto?

<sup>1</sup> Documento, emitido por la autoridad eclesiástica, con el que un sacerdote acredita que es tal y puede *celebrar* misa (nota del traductor).

<sup>2</sup> Trozo de papel rizado que sirve para envolver caramelos (nota del traductor).

- Esto quiere decir: Emmanuel d'Alzon.
- ¿Y esos pajaritos o esos insectos volando?
- Eso quiere decir: Vicario general. Así es como firmo siempre. Eres muy difícil de contentar. Luego, tomando la pluma para darle una mejor forma a sus letras, se echó a reír diciendo:
- Has de saber que en París, durante bastante tiempo, recibí clases de caligrafía de un famoso profesor, a quince francos cada una.
- ¿Y dio quince francos por cada una para llegar a este resultado?
- Sí. Y no sé, amigo mío, cuánto has pagado tú por las lecciones de impertinencia que al parecer has recibido. Constató que las has aprovechado bastante bien. En cuanto a mí, para darte gusto, voy a retocar mi escritura. Mi ejemplo quizá te lleve a corregir tu lengua.
- La lección era buena, bien aplicada; siguió un buen rato de sincera hilaridad entre nosotros.
- El Padre tenía una réplica pronta, ingeniosa, el golpe acerado y casi siempre exacto. Lo experimenté personalmente a menudo, doy fe de ello.

### **La primera carta del Padre**

Vivo con el pensamiento -quizá ilusorio- de que estas *Anécdotas* no salen del círculo familiar. Por eso lanzo mi pluma, la dejo ir, correr, a tontas y a locas, con tal de que trace aunque no sea más que una línea de aquella fisonomía amada. ¿Debo aventurarme a contar impresiones exclusivamente personales, recuerdos de infancia?

¡Oh! ¡cómo me acuerdo de la primera carta que me escribió el Padre! Era una sencilla hoja no sellada, dentro de una carta al señor Tissot. Era en 1845; el Padre había debido ir a los baños termales de Eaux-Bonnes por razones de salud. No hablaré del contenido de esa nota; era una auténtica letanía de mis defectos y todavía no me siento dispuesto a una confesión pública. Sospecho fuertemente que el señor Tissot la leyó, probablemente con permiso del Padre, pero sin el mío, que por cierto tampoco solicitó.

¡Esa primera carta! Todavía la tengo; o mejor dicho, tengo fragmentos. Cuando me llegó me puse loco de contento. La leía y la releía sin cesar; no me separaba de ella. Y sin embargo, les aseguro que no era nada halagadora; los cinco dedos de una mano bastarían ampliamente para contar las alabanzas que el Padre d'Alzon me haya dirigido en un período de treinta y seis años. Me quejaba de ello un día en plan jocosos, y coseché esta respuesta:

- ¡Oh! te conozco, ya te encargas tú de hacerlo.

Volvamos a la carta. En un principio la encuadré entre dos cristales; luego, como no podía llevar el cuadro en el bolsillo, la retiré para pegarla, doblada, en mi libro de oraciones. Poco satisfecho del arreglo, compré una billetera, una bolsita, para conservar mi tesoro. Finalmente, no sé cómo -quizá por exceso de mimos- terminé por extravíarla, por no saber ya dónde la había puesto. Así quedó enterrada por largos años durante los que mi correspondencia con el Padre fue frecuente.

Un día, urgando en un montón de papeles, reapareció, con gran alegría por mi parte. Era yo misionero en aquel entonces en el oeste de las Cornouailles inglesas. Me puse tan contento, que pese a mi aislamiento profundo, me reencontré con mi jovialidad de niño. Iba a pasearme a grandes zancadas a los acantilados que bordean el océano Atlántico; me reía de gusto, lloraba acordándome de los tiempos pasados y de la felicidad que mi maestro venerado había vertido en mi alma, cuando siendo niño la Providencia me había colocado bajo su cuidado. Aquí termino. El Padre C..., mi censor, tirará quizá esta *Anécdota* a la papelera. Si no lo hace, que me permita añadir una palabra. Me estoy dejando llevar a confidencias. Corro el riesgo de parecer ridículo. Me someto a todas las críticas si logro hacer comprender el encanto que el Padre d'Alzon ejercía sobre sus discípulos. Ese encanto no se ha roto; le tengo delante de mí mientras trazo con rapidez sus rasgos venerados, posa con afectuosa condescendencia.

Sólo escribo para hermanos. Dirán que tenía auténtico culto por el Padre. Sí, lo confieso, tenía ese culto por mi maestro en vida; se ha vuelto más acentuado desde que murió. ¿Quién se atreve a reprochármelo?

### **Extraña lógica característica**

Un predicador de palabra fácil, estilo acicalado y gesto efectista, pero de fondo muy pobre y dialéctica muy floja, había predicado en Nimes un sermón de controversia. El Padre lo había escuchado; le pidieron su parecer. Respondió:

- Antaño en la feria de Gignac había un charlatán que vendía cierta pomada para curar no sé qué. Con grandes gritos y muchas gesticulaciones alababa su mercancía. "Todo el mundo debe tener en casa un pomo de esto, gritaba,

porque, o mi pomada es buena o no es buena. Si es buena, hay que llevarla; y si no es buena...¡pero es buena, es buena!". Ese es el estilo del predicador y su poderosa argumentación.

### **Escenario y bastidor**

Se podría escribir un libro, picante, de gran interés, de éxito asegurado si fuera posible publicarlo, lo que parece difícil. El título de tal libro sería: *Las pequeñeces de los grandes hombres*, o bien *Los grandes hombres entre bastidores*.

¡Cuántos comediantes se agitan en la escena del mundo, admirados, aplaudidos, colmados de honores, abrumados de elogios pomposos, como si fueran actores geniales, mientras son en realidad bufones ridículos, despreciables peleles.

Los santos son por dentro lo que parecen por fuera. Mejor aún, cuanto más se los observa y más a fondo se los estudia, más se descubre en ellos incomparables riquezas.

Los santos poseen lo que se suele llamar virtudes macizas. Nada hay de falso en ellos; nada de apariencias. Libres de honores, de dignidades, de reputación, de poder, de todo, su vida resiste el análisis más minucioso, y la luz proyectada sobre sus palabras y sobre sus acciones hace resaltar la belleza y la grandeza que hay en ellos.

Así fue el Padre d'Alzon. Muchos son los que pueden atestiguarlo. Por mi parte, tras haberle conocido durante treintaiséis años, tras mil ocasiones para observarle de cerca, en su vida pública como en su vida privada, afirmo que no descubrí nunca en él nada de pequeño, de poco franco, de subrepticio o de falso en el más mínimo grado. Todo en él era de buena ley: sus virtudes eran sólidas, más grandes en realidad de lo que parecían en lo externo; en la escena o sorprendido entre bastidores, le encontrabas siempre auténtico gentilhomme, santo sacerdote y perfecto religioso.

### **"La venturosa silueta de su rico pensamiento" (Dicho del señor Germer-Durand)**

El Padre Edmond, excelente juez donde los haya, ha escrito sobre su Padre: "Su imaginación era rica sin ser exuberante, su sensibilidad exquisita y delicada...".

Recorriendo los escritos del Padre d'Alzon encontramos páginas llenas de poesía, de metáforas magníficas, de comparaciones exquisitas. He sentido un auténtico gozo al recoger estas flores dispersas para formar una deliciosa colección. ¿Qué pensar, por ejemplo, de esta bella comparación que abre las *Memoires d'un Ancien*? El espíritu de la Asunción ... "ha oscilado a veces; pero, como los abetos sacudidos por el vendaval, tras haber inclinado la cabeza en distintas direcciones, se dan prisa en fijar su cima apuntando hacia el cielo, así quisiera yo que nuestro viejo y tan buen espíritu de antaño, *tempora mea*, como diría Cicerón, tras los distintos avatares, volviera a su primitiva dirección...".

En 1846, el Padre predicó el mes de María en la iglesia de Santa Perpetua, en Nimes. Era por la tarde a las ocho. El predicador hablaba al pie del altar en la capilla de la Santísima Virgen. Los decorados eran magníficos: arbolitos verdes extendían graciosamente sus ramitas alrededor del altar; las flores desplegaban la opulencia de sus colores bajo la luz titilante de las numerosas velas; aromas variados que subían de sus cálices dilatados por el suave calor se mezclaban, se confundían, perfumando el aire con una suavidad celestial. Sobre este fondo gracioso destacaba la noble silueta del predicador.

Había tomado como tema de su predicación las letanías de la Santísima Virgen y cada tarde explicaba una de las advocaciones.

Nunca, creo, el Padre d'Alzon pareció más hermoso; nunca su estilo brilló tanto por su riqueza, esplendor y armonía. De principio a fin, una serie ininterrumpida de imágenes poéticas, de pensamientos valiosos, de aplicaciones delicadas; era, en una palabra, como una guirnalda artísticamente tejida, compuesta por flores elegidas, perfumada con los olores más suaves, que salía de los labios del orador y envolvía a los oyentes en sus volutas llenas de encanto.

Siempre recordaré su discurso sobre la *Rosa Mystica*. Mirad al Padre, con sólo treintaiséis años, en todo el esplendor de su hermosa persona y de su magnífico talento, con su gesto expresivo y su cara iluminada. Habla de la augusta Virgen y de la Rosa Mística. Se diría que tiene en su mano aquella flor que describe y analiza. Escuchadle:

"Así como la reina de las flores destaca por su esplendor sobre el fondo verde del arbusto que la sostiene, así la Reina Madre y Virgen brilla sobre cuanto la rodea, sobre los hombres y sobre los ángeles. De la rosa se extrae una esencia concentrada que supera al nardo más precioso; de la Virgen brota el perfume de las virtudes cuya suave pureza supera las perfecciones de los ángeles y de los santos.

¡Cuán bella, majestuosa y regia, sobre su tallo, la rosa que entreabre su corola! ¡Qué flor de santidad se puede comparar con la que es toda bella y sin defecto: *Tota pulchra es, et macula non est in te!* (*¡toda hermosa eres, en ti no hay tacha!*:Cantar de los Cantares 4, 7).

¿Y sabéis por qué la rosa ha recibido su dignidad, su esplendor, su perfume? ¿Por qué sus pétalos están dispuestos en círculo y parecen formar otros tantos espejitos reflectores que recogen los rayos de luz y de calor? ¿Por qué? Por el centro, a causa de ese cáliz misterioso que contiene la semilla y la fecundidad de la flor. *Et benedictus fructus ventris tui Jesus!* (*¡y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús!*).

Así, todo en María, la Inmaculada Concepción, la abundancia eminente de las gracias, la acumulación de todas las virtudes y perfecciones; la unión en ella de aquellas dos purezas que no pueden existir juntas en ningún otro lugar: virginidad y maternidad; todo en la Rosa Mística se concentra en aquel seno virginal que es el tabernáculo misterioso del Verbo encarnado..."

No sigo. He dicho suficiente para poner de relieve la rica imaginación del Padre. Sin embargo, no me privaré del gusto de añadir un rasgo:

Había yo pedido a un inglés distinguido, un protestante, que me diera su opinión sobre el talento oratorio del Padre d'Alzon, a quien había escuchado en Santo Tomás de Aquino, en París. Me respondió con una carta encantadora, llena de interesantes apreciaciones. Rescato esta frase, tan justa y tan linda, con el pesar de no poder conservar en la traducción el lacónico y enérgico lenguaje del original: *He had the actor's face with his power of illuminating the spoken word*: Tenía la figura de un gran actor, con el poder de iluminar la palabra que salía de sus labios".

### **El Padre d'Alzon en casa de la sabihonda**

Nos paseábamos un día. ¿Dónde? Poco importaría que se sepa; pero lo prudente es ocultarlo, pese a que la heroína ya no es de este mundo.

Pasa un carruaje.

- Mira, dice el Padre, ahí va Monseñor Mermillod.

El prelado nos divisó, hizo detener el coche, abrió la portezuela y nos dijo:

- Estoy solo. Me vais a demostrar vuestra amistad subiendo y viniendo conmigo a donde voy. No es lejos, voy a devolver a la señora de N... la visita que tuvo a bien hacerme hace algunos días.

El Padre no parecía muy dispuesto a aceptar la propuesta, porque conocía a la dama, aunque nunca habían conversado. Sin embargo, para darle gusto a un obispo, amigo suyo, subió al carruaje y yo le seguí.

Llegados a la casa y avisada la señora, ésta descendió rápidamente hasta el pie de la escalinata, seguida de su marido, para recibir a Su Excelencia. Monseñor presentó al Padre:

- Me siento muy honrada, dijo la dama, de recibir en mi casa a un Vicario general tan distinguido.

El marido hizo eco repitiendo palabra por palabra el cumplido de su mujer. Sólo introdujo una modificación. En vez de decir "Nos sentimos muy honrados", dijo:

- La señora se siente muy honrada...

Sólo esto, decía el Padre d'Alzon, describía muy bien la situación. Llegado mi turno, fui introducido, pero no merecí más que una ligera inclinación de cabeza por parte de la señora y una mirada oblicua por parte del señor. Realmente yo era poca cosa ante sus ojos.

Todo ello al pie de la escalinata. Subimos hacia el salón. La señora y Monseñor van delante. El marido les sigue de cerca, para vigilar la cola del vestido de la dueña y soberana de la casa y para impedir, sin duda, que se la pisáramos. El Padre d'Alzon me miraba sin soltar palabra; aquella mirada me decía más que un discurso. Si no hubiéramos dejado de mirarnos, yo habría estallado; la risa me estaba ahogando. Pero henos ya en el salón. La señora ofrece un sillón a Monseñor, nos muestra un sofá al Padre d'Alzon y a mí, señala con el dedo una silla a su tímido marido; luego va a sentarse al lado de Su Excelencia. Se acomoda como una reina. Es una mujer alta, flaca, seca; su figura es alargada, sus ojos azules tirando a verdes. Sus cabellos, demasiado negros, están llenos de flores y de hojas: un auténtico vergel. Al sentarse ejecutó con destreza pero sin gracia una pirueta que hizo crujir la seda de su amplio vestido color tabaco, dándole el aspecto de un globo a medio inflar. Se cree majestuosa, sólo es ridícula. ¡Qué pena no poder decírselo!

Me hubiera gustado hacer el retrato del Padre d'Alzon. ¡Pensad en aquel auténtico gran señor, tan digno y tan distinguido, que nunca fue amigo de poses, sentado en aquel sofá y formando con aquella gran mujer un contraste tan llamativo!

Como estábamos bastante separados, él y yo conversábamos en voz baja, mientras que más allá, *ella* le contaba al prelado el éxito de su última obra, la impresión causada por su artículo más reciente y el efecto maravilloso de cierta pieza poética. Obra, artículo y poesía de las que nunca habíamos oído hablar. Captábamos la conversación sin tomar parte en ella; cada palabra se dirigía exclusivamente al obispo.

El Padre me dijo, inclinándose hacia mí:

- Querido amigo, hemos caído en una encerrona. Estamos perdidos; verás qué pronto nos lee alguna de sus producciones... ¿Cómo escapar?... ¡Estamos ante una cultalatiniparla! ¡Pon a su lado a nuestra pobre Marie Chauvelly, por ejemplo! La muchacha nunca ha escrito un verso y su prosa no es de las que corona la Academia; pero su alma está llena de poesía celestial; su lenguaje tiene una pureza, una fuerza de persuasión que una sabihonda nunca encontrará, a menos que deje de ser una sabihonda y vaya a la escuela de una Marie Chauvelly... Y mira a ese pobre hombrecillo de marido...

En este momento, Monseñor se levanta al fin para despedirse. Nos levantamos con prontitud; se vuelve a formar la procesión para descender en el orden que tomó para subir; intercambiamos, a la puerta, los cumplidos habituales de cortesía y saltamos rápido al carruaje que nos lleva a la residencia de Monseñor en el palacio episcopal del obispo que no nombraré, por supuesto. Camino de regreso ni una palabra sobre la visita; se habló de cualquier otra cosa. Monseñor Mermillod tenía un gusto demasiado delicado para no pensar como el Padre d'Alzon a propósito de la sesión a la que acabábamos de asistir.

¿Quién era Marie Chauvelly? Monseñor de Cabrières lo dijo en su discurso con motivo del cincuentenario de la Asunción: "Marie Chauvelly, encanecida en el amor a la religión, auténtica heroína de piedad cuyo nombre es digno de recuerdo junto al del Padre d'Alzon, a quien siempre rodeó con un respeto tan profundo y abnegado...". Todos los antiguos alumnos de la Asunción recuerdan a esta humilde muchacha, vestida de negro, caminando siempre con paso rápido, y con una gran cesta, colgada del brazo, llena de pan para los pobres y rosarios, libros, medallas, estampas que distribuía, a su costa, a los obreros en las obras, a los niños a la puerta de las escuelas, a cuantos el Padre d'Alzon le indicaba.

Cuando Marie Chauvelly murió, su modesta herencia pasó por voluntad propia a manos de Monseñor Plantier, obispo de Nimes. Aquel poco dinero sirvió para iniciar las obras de una nueva parroquia en Nimes, en el barrio populoso del *Chemin de Montpellier*. Es verdad decir que Marie Chauvelly ha sido la fundadora de la iglesia de San Francisco de Sales, cuyo primer párroco fue el abate Barnouin. ¡Distancia inconmensurable entre la sabihonda y Marie Chauvelly!, pese a que la sabihonda de que hemos hablado, mujer honrada y virtuosa, era en el fondo una buena cristiana; pero era, por desgracia, ¡una cultalatiniparla!

### **Sabios consejos de un Padre**

Una espantosa tormenta acababa de desencadenarse sobre la cabeza de un joven sacerdote, antiguo alumno de la Asunción. Éste escribió al Padre d'Alzon una larga carta para rendirle cuenta exacta del asunto. Terminaba con estas palabras, escritas en el calor de la juventud:

"No se preocupe por mí, Padre. Ya había previsto lo que está pasando; estoy dispuesto a luchar y me siento fuerte para ello. No me arrepiento de lo que hice, porque creo servir a la causa de la Iglesia".

A vuelta de correo recibió la siguiente paternal reprimenda:

"¿Qué estás diciendo, amigo mío? ¿Que te sientes fuerte para luchar? ¿Cómo has podido escribir una frase semejante? El apasionamiento de la juventud puede excusarte hasta cierto punto; pero, te conjuro, no te hagas el valiente. Reza, humíllate, sé prudente, sobre todo cuando hablas o escribes. ¡Oh!, amigo mío, qué palabra más insensata: "¡Me siento fuerte!". ¿Y qué podemos sin la gracia de Dios? De ahí, y de ahí solamente, viene la fuerza. Al contar con nuestros pobres recursos, arruinamos las mejores causas. Si quieres tener la bendición de Dios en tus problemas presentes, te lo repito: humíllate, deja de lado cualquier sentimiento de amor propio, retírate a la soledad, lejos de tantos falsos amigos; trata en todo de cumplir la voluntad de Dios, pero no aspire a conseguir ningún triunfo. Hazte pequeño, huye de los aplausos y ponte sin reservas en las manos de Dios y de quienes él ha establecido para juzgar tu causa. No te apartes ni un instante del espíritu católico, que es el de la sumisión, del sacrificio y de la humildad. Dios sabrá compensarte por el olvido de ti mismo si se digna servirse de ti para algún fin bueno. Sabes muy bien cuán vivamente me intereso por cuanto te atañe, por lo tanto, te diré para terminar: No nos comprometamos.

Adiós, completamente tuyo en Nuestro Señor,

E. d'Alzon".

### **Recreos literarios**

El Padre d'Alzon leía mucho. Nunca encontré a un hombre que leyera más rápidamente, con más atención y que retuviera mejor que él. A veces en la conversación citaba pasajes enteros de autores clásicos. Cuando daba cuenta de una obra que acababa de leer, su análisis era lo más completo posible. Tenía un talento único para captar las ideas clave del autor y exponerlas con claridad. Tenía una asombrosa capacidad de síntesis, pero su fuerte era el análisis. A menudo me causó la impresión del relojero que desmonta un reloj y coloca juntos resortes con resortes, tornillos con tornillos,

ruedas con ruedas. Luego, tras haber analizado cada pieza en detalle, explicado su uso, juzgado de su valor, recompone con orden el mecanismo que conoce a fondo. Así es como el Padre analizaba un libro.

Cuando estaba cansado, se distraía leyendo a los antiguos clásicos. Se ha dicho a menudo que poseía una hermosa colección elzeviriana<sup>1</sup> de estos autores célebres. De ello estaba orgulloso.

Sus autores preferidos eran: Cicerón, Salustio y Séneca el Viejo. De Cicerón leía sobre todo sus obras filosóficas.

A veces, si me encontraba por allí de vacaciones, me leía ciertos pasajes que le habían llamado la atención con explicaciones y comentarios.

- Admiro, me decía, la majestad del estilo de Cicerón, el laconismo y el nervio de Salustio, la claridad y la sencillez de Séneca. Me admiran los hermosos sentimientos que encuentro en sus escritos; pero ¡cómo palidece toda esta filosofía al lado de la revelación cristiana! Cuanto más leo a Séneca, más me convenzo de que debió conversar con cristianos. Durante su magistratura en Asia Menor, ¿no se habrá encontrado con san Pablo? ¿No habrá hablado con él? ¿Cómo explicar su manera de tomar, en sentido cristiano, palabras como *caro*, *spiritus*, *sanguis* y tantas otras? Mira, te voy a leer un pequeño tratado sobre el examen de conciencia escrito por Séneca. Vas a ver cómo nunca se acostaba sin haber examinado minuciosamente su jornada y sin haberse dado cuenta de sus pensamientos, de sus palabras, de sus acciones...

Después de los Latinos, el Padre admiraba a los Ingleses; no sólo a los teólogos como Newman, Manning, Faber y otros, sino también a los autores políticos, como lord Macaulay y a historiadores como Lingard. Dejaba de lado a los poetas, a quienes no comprendía lo bastante, decía él, para disfrutar de la belleza de sus pensamientos y del encanto de sus versos, aunque había retenido algunos pasajes de Shakespeare que expresan sentimientos más afines con el catolicismo.

Es muy cierta aquella palabra de Monseñor de Cabrières en un acto fúnebre por el Padre d'Alzon, que ya hemos citado en otro lugar: "Durante sus vidas nos codeamos con grandes hombres pero no los conocemos... No vimos más que la superficie de aquéllos de quienes fuimos incluso discípulos o compañeros" (discurso en el acto fúnebre por el Padre d'Alzon en 1895).

En efecto, desde que la muerte colocó por así decir al Padre d'Alzon a cierta distancia de nosotros, le contemplamos como un majestuoso monumento cuyas proporciones nos impresionan más que cuando estábamos cerca. Las líneas nos parecen más nítidas, más armoniosas; la grandeza de su carácter resalta en toda su belleza, y quedamos asombrados de haber sido los discípulos de un tal maestro, los compañeros de un hombre tan eminente y de tener derecho a llamarnos hijos de un tal Padre.

### **El ojo del piloto**

Nos han hablado a menudo del poder de intuición y de la fuerza de penetración del Padre d'Alzon. Su mirada sondeaba el porvenir con tal seguridad que algunas de sus palabras escritas parecen profecías. ¿Sería temerario llamarlas profecías, ahora que los acontecimientos las han validado tan claramente? He aquí tres ejemplos escogidos, que es bueno recordar:

I.- En el Capítulo general de 1868 el Padre decía:

"El carácter distintivo de la Congregación puede también resultar de la participación que tenga en el movimiento social y en los acontecimientos políticos...

Se puede tomar parte en el movimiento social, sea como *iniciador* de un nuevo orden de cosas, o como *restaurador* de un pasado en ruinas, o como *defensor* de un presente que se ama con un amor exclusivo, o como *adorador* no menos parcial de no sé qué porvenir maravilloso que uno se complace en esperar o predecir...

...La restauración del pasado nunca es posible en todo aquello que lo constituía; hay ruinas que sin duda hay que lamentar y levantar; pero hay otras que lo mejor es dejarlas en el polvo...

En nuestros días, por ejemplo, el mundo camina entero hacia la democracia, y va hacia allá por la incredulidad. ¿No se podría participar en este movimiento como iniciador, en primer lugar vertiendo en los engranajes de la sociedad civil el espíritu católico que les va faltando cada vez más, en detrimento de la civilización? Y para conseguirlo con mayor seguridad, ¿no estaría permitido, aunque con todo respeto, decir adiós a ciertas instituciones antiguas, que no eran sino formales y cuya resurrección poco importa para los principios?

¿Habría peligro en perdonar al presente ciertos defectos secundarios que responden más a la necesidad del momento que a ideas anticristianas bien determinadas?..."

---

<sup>1</sup> Ver nota en pág. 80.

II.- En 1878, el Padre d'Alzon escribía a uno de sus antiguos alumnos:

"Estudio mucho a Rusia. Algo irresistible me impele a seguir de cerca los movimientos de este coloso que Dios parece empujar para llevarle allí donde no quiere ir. Cuando la Providencia quiso renovar la sangre viciada de Europa, puso en marcha a los innumerables batallones de bárbaros de los que la Iglesia se adueñó para bautizarlos y hacerlos suyos.

Algo me dice que Rusia tiene una misión respecto de la Iglesia y de la Santa Sede. Las razas latinas son infieles; sus gobiernos se han vuelto perseguidores. ¿Veremos venir la salvación de las estepas y de las llanuras heladas del gran Imperio? ¿Cuándo y cómo? Lo ignoro. El ojo cristiano y observador no puede apartarse de aquello que se anuncia como un fenómeno que no ha tomado aún una forma determinada y bien definida, pero que cobra cada día dimensiones asombrosas. Hay ahí una poderosa fermentación, para un gran mal o para un inmenso bien. Me inclino a esperar el bien".

III.- La carta siguiente no lleva fecha alguna, pero los hechos que menciona no dejan duda sobre la época en que fue escrita.

"Mi querido amigo, dile a Monseñor Manning que he creído mi deber presentar la dimisión como Vicario general; es lo que acabo de hacer. Me voy a consagrar enteramente a mi Congregación. Tendré que asumir, pienso, la defensa de las Congregaciones religiosas en Roma, frente a la tendencia de ciertos obispos que temen lo que ellos llaman invadir sus atribuciones y quisieran verlas suprimidas o fusionadas bajo una regla común.

Créeme que si Dios quiere la existencia de Congregaciones diversas, sabrá, mediante acontecimientos imprevistos y que sólo él conduce, llevar a los mismos obispos a defender valientemente, contra los enemigos futuros, a estas mismas Congregaciones de las que les gustaría quizá deshacerse. Quien conduce a la Iglesia es Dios...".

Basta comparar las fechas y recordar los acontecimientos ya pasados para comprender el alcance de los tres documentos precedentes.

¿No se diría que el Padre d'Alzon había conocido todas las Encíclicas de León XIII y adivinado la línea política que este gran Papa iba a trazar para la dirección cristiana de todos los partidos en Francia? ¿Acaso la carta sobre Rusia no nos da una idea clara del poder de esa mirada de águila que descubría en un lejano y aún oscuro porvenir acontecimientos que hoy nos impactan, porque se anuncian mediante signos ciertos o bien porque ya se han cumplido? En los artículos firmados: "Un amigo de Rusia", el Padre ha escrito cosas dignas de ser repetidas: "El campesino ruso... ciudadano, sabe obedecer; soldado, sabe sufrir; cristiano, sabe esperar...".

"Veremos en Rusia algo de lo que pasaba hace doscientos años en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Irlanda. Poco a poco la libertad religiosa recuperará sus derechos, y se verá a la Iglesia Católica esparcir su semilla divina en esas tierras donde la ignorancia y la superstición habían preparado la ruina de todo orden moral ...".

En la clausura del Capítulo general, el 18 de septiembre de 1875, el fundador de los Agustinos de la Asunción exclamaba en un impulso de celo apostólico: "Los discípulos, hechos apóstoles, realizaron la conquista del mundo. Ved, hermanos míos, si queréis conquistar Rusia y llevar su abundante cosecha a los graneros del Padre de familia. Tiemblo al hablaros así, y sin embargo, algo me dice que si la Asunción lo quiere, con la ayuda de Dios, la cosecha le pertenecerá...".

¿Se ha olvidado la valiente conducta de los obispos en el momento de la expulsión de los religiosos? ¿Acaso no nos alegramos hoy, en 1895, viendo el espectáculo del despertar del espíritu católico bajo la influencia del episcopado francés tan maravillosamente unido? El Padre d'Alzon había previsto y descrito estos acontecimientos. La fe iluminaba su hermosa inteligencia; su mirada era clara y penetrante, porque veía todas las cosas en Dios y para Dios.

En esta *Anécdota* se encuentran algunos documentos ya citados en otras *Anécdotas*. Me pareció bien reunirlos aquí junto con otras citas, porque este conjunto muestra en qué medida el ojo de nuestro Piloto era vivo y seguro.

Si yo fuera monje de los Agustinos de la Asunción, querría tener siempre sobre mi mesa de trabajo, al lado de mi santo Tomás, un libro con los escritos del Padre d'Alzon. Con eso tendría suficiente alimento para mi inteligencia y para mi corazón. Esos escritos de mi Padre serían para mí como esas célebres aguas de Toledo, en las que templan el acero. La hoja de las espadas sale endurecida, al mismo tiempo que adquiere una asombrosa flexibilidad y su filo resiste al desgaste. Templaría en ellos mi alma, que saldría enérgica y flexible.

### Controversia familiar

El Padre había predicado en no sé qué localidad de los Cevenas. Su predicación había conmovido a la población protestante que era la mayoría. Cierta predicador metodista vino un día a verlo, para traerle, eso decía, argumentos contundentes. Le recibió con benevolencia; la conversación se inició con calma al principio. El Padre se mantuvo dueño de sí mismo en todo momento, mientras su adversario se irritaba bajo el cerco de una lógica tan cerrada, que el pobre disidente exclamó una vez:

- ¡Usted me ahoga, vayamos más despacio!

He aquí algunos fragmentos de la controversia:

*Metodista:* - Después de todo hay una cosa cierta, fuera de duda, y es que la Biblia es la Palabra de Dios.

*El Padre:* - Admito como usted que la Biblia es la Palabra de Dios, pero no es toda la Palabra de Dios.

*M:* - ¿Cómo? ¿hay otra Palabra de Dios fuera de la Biblia?

*P:* - Sí, la Biblia es la palabra escrita; existe además la palabra hablada, que es la tradición.

*M:* - ¡No necesito ninguna tradición! Con mi Biblia, que llevo siempre conmigo, tengo suficiente.

*P:* - No, no tiene usted suficiente, está usted engañado. ¿Quién le dice que la Biblia que usted tiene es la verdadera Biblia?

*M:* - La he recibido de mis antepasados.

*P:* - La ha *recibido*, dice usted, de sus antepasados, que a su vez la han recibido de otros que se remontan a la Iglesia Católica, de eso puede usted estar cierto. Pero finalmente, alguien le ha dicho, alguien de quien usted se fía: "He ahí la Biblia". Ahí tenemos, confiéselo, un trozo de tradición.

*M:* - Es cierto, pero no necesito ninguna tradición para leer en el libro.

*P:* - Se equivoca usted otra vez. Dígame, ¿no ha encontrado algunos pasajes oscuros que no entiende bien? ¿Qué ha hecho usted para encontrar luz?

*M:* - He leído a los comentaristas más autorizados.

*P:* - ¡He ahí otra vez la tradición! Más de una vez incluso habrá consultado usted a sus hermanos o a sus vecinos, ¿cierto? Entonces no fiándose de la libre interpretación individual, ha recurrido a la ciencia de los demás. Me parece que en eso hay al menos un cierto tinte de tradición. Déjeme continuar; usted dice que la Biblia es la Palabra de Dios, y es muy cierto. ¿Pero no ha notado usted que sin una tradición autorizada, en otras palabras sin una autoridad docente, la Palabra de Dios se puede transformar en mera palabra de hombre e incluso en palabra del diablo? Todo reposa sobre la interpretación: cuando es fiel, es Dios quien habla; cuando es falsa, es el hombre o el diablo quien habla. Ya sabe usted: "La letra mata, pero el Espíritu da vida" (2 Corintios 3, 6).

*M:* - Oh, no voy a romperme la cabeza con todas esas argucias. Yo leo mi Biblia, la predico a los demás y estoy seguro de ser salvado por mi fe en Jesucristo. Vosotros católicos no sois los verdaderos adoradores, tenéis ceremonias, flores, velas, confesonarios, vais contra la Palabra de Dios. ¿Acaso Jesucristo no ha dicho en Juan 4, 23 : "Llega la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán en espíritu y en verdad"?

*P:* - Nosotros, católicos, tenemos la costumbre de dar a cada uno los títulos que le pertenecen. A usted le llamo *señor*; no sé por qué iba a decir, como hace usted, *Juan* a secas. Digo, pues: *san Juan* ha dicho realmente las palabras que usted cita; pero se vuelven contra usted; admitamos que usted adora al Padre en *espíritu*, pero eso no basta. ¿Qué hace usted con el *en verdad*? ¿Acaso no quiere decir eso que hay que adorar a Dios como él exige *verdaderamente* ser adorado? La antigua Ley tenía sus ceremonias; la nueva ley tiene las suyas. ¿Por qué bautizáis y celebráis la Cena? Sed lógicos: hacedlo todo en espíritu y contentaos con la intención. Pero si admiten ustedes algunas ceremonias, están admitiendo de hecho el principio de que adorar en *espíritu* no basta; hay que adorar en *verdad*, conformándose a algunas prescripciones del culto, de una manera determinada que nos ha sido transmitida.

Llegados a este punto de la entrevista, el metodista estaba harto. Cambió de tono, de forma y de argumentos.

*M:* - Después de todo, yo soy feliz como soy. Lo sé, estoy salvado.

*P:* - ¿Qué? ¿está usted seguro, lo que se llama estar seguro, de estar salvado? ¿Y quién se lo ha dicho?

*M:* - Sí, estoy salvado. El Espíritu me lo dice con "gemidos inefables".

*P:* - ¡Oh!, entonces, le ruego se ponga de pie mientras doy tres vueltas alrededor de su afortunada persona ¿Me preguntará por qué? Para contemplar bajo todos sus aspectos el raro fenómeno de un hombre de carne y hueso, todavía vivo en la tierra, y que lleva en sí mismo la seguridad de estar salvado. Jamás exposición universal ha exhibido un prodigio semejante. Si fuera cierto, le envidiaría su suerte. Escuche: la Biblia es la Palabra de Dios, ¿no es cierto? ¿Ha leído usted a san Pablo?

*M:* - ¿Pablo?, él es nuestro gran hombre, nuestro apóstol por excelencia. Claro que lo he leído y releído.

*P:* - Pues vuestro gran hombre, vuestro apóstol por excelencia nunca osó decir que estuviera salvado; y usted, que pese a todas sus cualidades es, como yo, muy poca cosa al lado de san Pablo, usted, digo, ¿osa proclamar, tan atrevido, que está salvado? No que usted *espera* ser salvado, sino que actualmente está usted salvado. Escuche pues a san Pablo en Filipenses (2, 12): "Trabajad con temor y temblor por vuestra salvación". El Eclesiastés había dicho (9, 1): "Y sin embargo, el hombre ignora si es digno de amor o de odio". Y usted, mucho más feliz que los hombres inspirados, más que los apóstoles, más que todos los elegidos, ¿usted sabe desde ya que está salvado! Le felicito. Vamos, vamos, querido señor, seamos serios, porque el tiempo acucia y, al agradecerle la visita, déjeme decirle una palabra sacada también de la Biblia: "La noche está avanzada, el día se avecina. Despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz". Esto está también en san Pablo (Romanos 13, 12), querido señor.

Los dos antagonistas se separaron como buenos amigos. Es todo lo que sé.

Esta entrevista me fue comunicada cuando yo era coadjutor en Montpellier por un eclesiástico que tuvo a bien dejarme copiarla de su manuscrito.

### Salidas y gracias

**Cupido con gafas** - El buen abate B..., simple tonsurado, unas veces profesor, otras encargado de la vigilancia en la Asunción, era muy miope. Pero, por otra parte, tenía un corazón tierno, un tanto versátil, que se encariñaba con rapidez y luego se distanciaba, para volver a encariñarse. Las peregrinaciones afectivas de aquel corazón eran legendarias en la Asunción. En un orden del día, el Padre había ridiculizado las amistades particulares con aquella finura de la que era maestro consumado. Al terminar disparó esta flecha que los alumnos esperábamos de alguna manera desde hacía rato: "Los antiguos, dijo el Padre, se representaban al dios del amor terreno con los ojos vendados. Si Cupido era ciego, no hay que asombrarse de que el príncipe de los pensamientos tiernos sea miope".

**Distracción perdonable** - Había una misa solemne en el colegio. El Padre celebraba, el abate Barnouin oficiaba de diácono y el Padre Brun de subdiácono. Después del canto de la epístola, el subdiácono vino, como pide el ceremonial, a arrodillarse para recibir la bendición. El Padre le dijo:

Has cantado falso de principio a fin...; pese a todo, te bendigo.

Y trazó la señal de la cruz.

**Flecha aterciopelada** - El Padre se encuentra con un digno y tierno sacerdote; se detienen, se saludan, charlan. De repente el sacerdote dice:

- Perdóneme, tengo que salir corriendo para la iglesia, para dirigir mi coro de muchachas.

- No necesita correr, mi querido sacerdote, siempre lleva con usted su *corazón* de muchacha. Ese es el que hay que dirigir sobre todo<sup>1</sup>.

**El pesebre** - Había reunión de hombres; no de obreros sino de *señores*; se trataba de entenderse y tomar las medidas oportunas para asegurar la elección de los candidatos católicos. Estábamos en tiempos del Imperio. Se habló mucho, sin avanzar gran cosa, porque gran parte de aquellos *señores* querían evitar comprometerse y temían perder ciertas posiciones oficiales. Había mucha valentía oratoria y mucha cobardía en la acción.

- ¡Vamos, señores, dijo el Padre riendo, ármense de pies a cabeza pero no pierdan de vista el pesebre!

Esta palabra hizo cambiar la corriente; un generoso impulso se sobrepuso a los intereses mezquinos; se pusieron de acuerdo, la lucha se organizó y la victoria quedó asegurada.

**El corazón de un padre** - Un prelado criticaba un día con aspereza la conducta de un joven sacerdote, antiguo alumno del Padre d'Alzon. Se dirigía al Padre, pero éste tomó inmediatamente la defensa de su alumno.

- Sin embargo, dijo el prelado, usted no siempre aprobó a este sacerdote, cuyo celo es a menudo imprudente y demasiado audaz.

- Monseñor, tengo para con mis hijos el corazón de un padre y las debilidades de una madre. Sé castigarlos cuando es necesario, pero les defenderé siempre. Cuando los atacan delante de mí, sobre todo si es con exceso, siento mi corazón saltar como el de una tigresa irritada.

<sup>1</sup> *Choeur* (coro), suena en francés igual que *coeur* (corazón). (Nota del traductor).

**Cuervos y ranas** - Pasábamos un día ante la puerta de una catedral.

- Entremos, dijo el Padre, a ofrecer nuestro homenaje a Nuestro Señor.

Los canónigos estaban en el coro; los cantores salmodiaban el Oficio de la tarde. ¡Pero de qué modo!

- ¿Has escuchado alguna vez, me dijo el Padre, una cacofonía semejante? ¿No te parecen cuervos que responden desde la orilla graznando a unas ranas que croan desde una charca fangosa? ¡Vaya una manera indigna y desvergonzada de hablar a Dios y de profanar las Sagradas Escrituras masacrándolas de este modo! ¡Oh!, si Dios me concede la gracia, quiero presentarle algún día coros de religiosos que articulen la oración con calma y que hablen a Nuestro Señor con el respeto que se le debe!

**Simiente y cosecha** - Había una ciudad dividida en varias parroquias. Tenía, pues, varios párrocos. Ahora bien, ciertas dificultades se habían interpuesto entre aquellos párrocos. ¿De qué clase eran esas dificultades? Para el interés del relato importa poco saberlo; por lo tanto no lo diré, pero sí declaro que yo me encontraba implicado en ellas, aunque no a título de párroco. Hablé de ello al Padre d'Alzon, diciéndole:

- ¿Ve a todos estos curas? ¡Pues no se aman!

- Querido amigo, respondió el Padre riendo, no *siembran* pero cosechan, puedes estar seguro. ¡A que esas dificultades no han hecho disminuir las colectas!<sup>1</sup>.

### Un padre orgulloso de sus hijos

Cierto canónigo de cierto Capítulo, canónigo a quien el Padre d'Alzon había más de una vez llamado al orden, a causa de sus opiniones galicanas que frisaban a veces el jansenismo y a causa de su mal gusto artístico en cuestiones de arte cristiano, tomaba su represalia diciendo:

- ¡Pretenden que el señor d'Alzon tiene un gran ademán aristocrático! Yo digo que lo que tiene es un aire de *¡me importa un bledo!*

Suavizo el disparo final para hacerlo menos vulgar, se comprenderá; hay que guardar ciertas formas, incluso cuando uno cita. Algo había de cierto en este dicho; el buen canónigo habría podido añadir, si se hubiera aventurado a citar en latín: *Experto crede Roberto* (*¡Cree a Roberto, que es experto!*).

El Padre d'Alzon no era amigo de polémicas; pero no tenía ningún miedo cuando se trataba de defender cualquier verdad. Aquella excelente solterona, Marie Chauvelly, tenía costumbre de decir, cuando le informaban sobre palabras ofensivas dichas contra el Padre d'Alzon:

- Bueno, eso le da igual, "sabe peinarse para atrás".

Poco le importaban los juicios de los hombres; sólo buscaba lo que agrada a Dios en todas las cosas.

Es completamente cierto; el Padre nunca agachaba la cabeza ante una tormenta de insultos. En el fondo, las aprovechaba para humillar su alma repitiendo aquella palabra del salmo que he encontrado en varias de sus cartas íntimas: *Bonum est mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas* (*un bien para mí ser humillado, para que aprenda tus preceptos*: Salmo 119, 71), y que una vez cita en inglés: *It is good for me that I have been afflicted*.

Tenía un corazón demasiado bien hecho, sentimientos demasiado delicados, para que le faltara sensibilidad. Se sacudía fácilmente los golpes que iban dirigidos sólo a él, pero se erguía prestamente cuando atacaban a los suyos. Les amó hasta el fin con un afecto puro y sin nubes.

Recordemos aquella última palabra dirigida a los testigos privilegiados de sus últimos momentos:

- Queridos hermanos, sabéis que después de Dios y la Santísima Virgen, ¡sois lo que más he amado en el mundo!

Se sentía orgulloso del éxito de sus discípulos en el mundo, pero ante todo de su comportamiento cristiano. Les seguía con la mirada, a los sacerdotes sobre todo; les animaba en las luchas, les sostenía en las dificultades y se deleitaba contando lo que llegaba a saber de sus victorias en la buena causa.

Era feliz cuando *sus antiguos* venían a verle para volver a impregnarse del brioso espíritu que les había comunicado.

Sin decir nada, sin ruido, les seguía en sus diferentes carreras y no les perdía nunca de vista en los momentos de sufrimientos, tan frecuentes en la vida de los hombres, sobre todo de aquellos que ejercen funciones públicas; en esos momentos penosos, en que uno se ve abandonado de repente de todo el mundo, hasta de los amigos miedosos, estabas seguro de encontrar, de pie a tu lado, a aquel padre entregado, tierno, nunca cansado de ayudarte, siempre en la brecha para defenderte.

<sup>1</sup> Las palabras *s'aiment* (se aman) y *sèment* (siembran) suenan igual en francés (nota del traductor).

Monseñor Besson hizo bien aplicándole aquella palabra de Bossuet: *La sombra del Padre d'Alzon aún podrá ganar batallas.*

¿Acaso no es esa sombra gloriosa la que dirige todavía la marcha de los Agustinos de la Asunción? ¿No es ella la que mantiene y empuja hasta el heroísmo, por el camino de la voluntad de Dios, a esos hijos numerosos, sacerdotes, religiosos, laicos, imbuidos por él de aquel espíritu al que "pertenece hoy el mundo, no el mundo de la fuerza, sino el mundo del respeto y del derecho...", de la entrega absoluta a la única causa digna de todos los esfuerzos: el Reino de Jesucristo? Este espíritu del Padre d'Alzon me ha llamado siempre la atención por su fuerza de resistencia en el alma de sus discípulos. Resiste a los sufrimientos, a los desfallecimientos, a las tentaciones; los que ha formado la mano de este maestro llevan en sí una huella que nada puede borrar.

### Adioses a un misionero

¿Conviene publicar los consejos siguientes, siendo así que el lector se dará cuenta de que están dirigidos a una sola persona, para su uso personal? Es probable que esta audacia sea perdonada, ya que consejos tan sabios pueden ser útiles para otros y que, por otra parte, son una irradiación del espíritu amplio y práctico de un maestro ilustre.

Un hijo del Padre d'Alzon partía como misionero a Inglaterra. Tras haberle bendecido, el Padre le habló en estos términos<sup>1</sup>:

"El Papa te envía a Inglaterra, querido hijo. Tu misión es la de trabajar para extender el Reino de Jesucristo salvando y santificando a las almas. Sé fiel a ese mandato; harás el bien y al mismo tiempo se te hará un gran bien. Tu temperamento fogoso se calmará con las brumas del Norte. Tu imaginación y tu espíritu aventurero se moderarán, en su justa medida, al contacto con una raza seria, práctica y paciente. Tu ardor bajará algunos grados bajo la influencia de la frialdad británica; pero no se destruirá, siempre te quedará bastante.

Aquí te consideran demasiado lleno de fuego. No me extrañaría nada que, tras algunos años de ministerio en Inglaterra, te volvieras frío como un bretón.

La opinión bastante generalizada, a mi alrededor, es que de todos mis hijos, eres el que parece menos adaptado a vivir con los ingleses. Yo pienso todo lo contrario; tengo una opinión hecha al respecto. Los apóstoles son enviados y no pertenecen, por lo general, a las razas que van a evangelizar. Se puede decir que se distinguen de ellas en el temperamento tanto como en la sangre.

He estudiado mucho a Inglaterra. Este gran pueblo no es un pueblo apóstata; ha sido engañado, le han robado su fe católica. Nunca ha rechazado esta fe; ha sido despojado de ella por la astucia de sus jefes. Esa es la opinión de los doctores Newman y Manning.

Pío IX es el primer Papa que ha popularizado realmente el papado. Antaño se profesaba, como ahora, que Nuestro Santo Padre el Papa era el jefe visible de la Iglesia; pero prácticamente el pueblo sólo conocía a su párroco, y quizá a su obispo.

El pueblo inglés oía hablar de las querellas entre Enrique VIII y el Papa, rezaba por que la paz se restableciera entre ellos; no iba más allá. Después de la ruptura del rey con Roma, las Iglesias seguían teniendo obispos y sacerdotes; las misas seguían celebrándose y los sacramentos administrándose; la Santísima Virgen seguía siendo honrada en el culto. Aparentemente no había ningún cambio; el pueblo no iba al fondo de las cosas. Veían pasar a los mártires camino de la muerte; los consideraban rebeldes a la autoridad real. Hubo, es cierto, algunas tentativas en el norte de Inglaterra, de defender la supremacía del Papa, pero la masa del pueblo seguía tranquila y continuaba creyéndose católica.

Bajo María Tudor, el cardenal Pole había reconciliado solemnemente a Inglaterra; Isabel consumó el cisma gradualmente y estableció el reino de la herejía.

Ahora, querido hijo, tendrás que predicar la fe católica a un pueblo que la ha perdido completamente de vista desde hace tres siglos.

El pueblo inglés permanece religioso en el fondo. Gusta de instruirse; no es indiferente y sobre todo no es sarcástico. El número de almas de buena fe es inmenso en Inglaterra. Creen en la inspiración de la Biblia; es una base sólida para la controversia. Estudia, pues, mucha exégesis. Bajo este aspecto, tendrás en Inglaterra poderosos medios de cultivarte, porque la Biblia es seriamente estudiada allí. Predicarás algún día en inglés. Tu ardor francés, moderado por la flema inglesa, puede hacer de ti un predicador popular. No busques el efectismo; sé sencillo, claro y lógico. Huye de los aplausos: *Pro Christo legatione fungimur (somos embajadores de Cristo: 2 Corintios 5, 20).*

Predica sobre todo el dogma; cita con precisión la Sagrada Escritura; apóyate en los primeros Concilios y en los Padres de los cinco primeros siglos, ya que son aceptados por los anglicanos.

<sup>1</sup> No es difícil constatar que estos consejos iban dirigidos al señor Galeran. Pueden servir a otros.

Evita la controversia agresiva. Como los apóstoles, predica, expón la verdad y deja actuar a las conciencias bajo la acción de la gracia.

Un célebre inglés, el protestante lord Macaulay, ha escrito: "No se convierte a la gente a golpe de in-folios". San Ambrosio ¿acaso no ha dicho?: "¡No es mediante la dialéctica como Dios quiere salvar al mundo!". Sé apostólico en tu enseñanza. Estudia mucho; prepara tus predicaciones con esmero; en cuanto llegues a dominar el inglés ya no las escribas, si tienes la palabra fácil. Entra en relación directa con tu auditorio; no te contentes con predicar *delante* de él. El estilo de la conversación elevada, que no excluye raptos oratorios que surgen con naturalidad y a propósito, es, créeme, el auténtico estilo del predicador del Evangelio. Además es el auténtico estilo inglés.

El inglés gusta de la oratoria, pero según me decía el cardenal Wiseman, quiere ver al hombre dueño de sí mismo mediante un ardor contenido, un gesto sobrio, una pasión comprimida. El jinete que regula los movimientos de su corcel es más de admirar que el que deja flojas las riendas y se deja llevar.

Predica a menudo sobre la Iglesia, su constitución política, su gobierno, su justicia, su derecho a enseñar. Muestra a los ingleses que Jesucristo fundó la Iglesia, que es un reino gobernado por un monarca, su Vicario en la tierra.

Todos esos innumerables mártires ingleses, caídos en defensa de la supremacía pontificia, bendecirán tu ministerio. En Inglaterra, en Londres sobre todo, pisarás un suelo que ha bebido la sangre de los héroes de la fe católica. ¿Crees que tantos santos, coronados en el cielo, permanecen indiferentes a la conversión del pueblo inglés?

Ve, pues, hijo mío, a donde Dios te envía. Hazte un santo, un sacerdote desligado de todo, sin otro pensamiento que la gloria de Dios y la extensión del Reino de aquel Rey a quien tenemos el honor de servir.

Antaño llamaban a Inglaterra la isla de los santos y la dote de la Santísima Virgen. Vete a colaborar para que le sean devueltos estos títulos gloriosos. No nos perdamos de vista, querido hijo; escríbeme a menudo y tenme al corriente de tus trabajos. Mi corazón seguirá, ya lo sabes, junto al tuyo".

El misionero que recibió del Padre d'Alzon tales consejos en el momento de su partida afirmaba, tras treinta años de ministerio activo en Inglaterra, cuán sabios, prácticos y de alcance asombroso le habían resultado estos consejos, de parte de alguien que no habiendo visitado nunca el país lo conocía tan bien. Una correspondencia continua, sólo interrumpida por la muerte, prolongó estos consejos de un padre a su hijo. Estas cartas serán publicadas un día, así lo espero, para ilustración de los jóvenes Asuncionistas destinados a trabajar en medio de los pueblos, sobre todo entre los pueblos de lengua inglesa. Estas cartas, en efecto, con tales consejos formarían un manual del misionero apostólico.

Nadie se asombrará al saber que el misionero en cuestión se apresuró a poner por escrito los consejos paternos que le sirvieron de regla de conducta.

El Padre d'Alzon leía el inglés con fluidez. Un librero de Londres tenía el encargo de enviarle las obras importantes que sobre cuestiones religiosas iban apareciendo, escritos por escritores católicos o protestantes. Conocía bien la literatura inglesa; admiraba sobre todo el estilo de lord Macaulay, un protestante de quien le gustaba citar las elocuentes palabras sobre la grandeza del papado y de la Iglesia Católica.

Durante su vida de estudiante en París, el Padre había hecho amistad con jóvenes ingleses, algunos de los cuales le deben su conversión a la fe verdadera. Entre otros hay que destacar al Reverendo Allies, capellán del arzobispo de Cantorbery, célebre por sus hermosas obras sobre la Iglesia y la supremacía del Papa. Debe de existir una serie de cartas del Padre al Reverendo Allies. Éste hablaba a menudo de ellas, así como del agradecimiento que conservaba hacia el Padre d'Alzon. Ya ha muerto hace algunos años.

### **Escudo protector**

Un antiguo alumno del Padre d'Alzon, párroco de una parroquia importante del Departameto del Hérault, estaba siendo perseguido por el Gobierno imperial y por serias medidas de la autoridad diocesana. Como sucede ordinariamente en casos semejantes, el miedo alejaba a los amigos del joven sacerdote y su desgracia provocaba los aplausos de los adoradores del César. Lo que había provocado esta persecución era la cuestión de la autoridad del Papa.

El Padre d'Alzon no dudó un momento en tomar la defensa de su alumno. Abandonó Nimes y vino a fijar su residencia en el castillo de Lavagnac, del que hizo la base de sus operaciones. Recorrió las parroquias circundantes, preguntó a los sacerdotes y a los laicos, recogió testimonios escritos sobre la buena conducta y el celo del sacerdote atacado, luego compiló un dossier al que añadió un largo informe de su puño y letra y lo envió a Roma, a la Congregación de los Asuntos eclesiásticos extraordinarios, designada por el Papa para examinar el caso. Monseñor Franchi, arzobispo de Tesalónica era el secretario.

El joven sacerdote estaba ya en Roma. ¡Cuál no fue su sorpresa al enterarse por boca de Monseñor Franchi de que un canonista distinguido se había encargado de instruir a la Congregación; se trataba del Padre d'Alzon que se había encargado de defender a su hijo!

### **Ambiciosos sin cabeza**

"La alondra, decía el Padre d'Alzon, se deja cazar con espejo; el eclesiástico ambicioso se deja cazar con mitra. ¿Cuál de los dos es más atolondrado? La pobre alondra es desplumada, asada y comida; el otro, una vez cazado, no sirve para nada; si se le comiese, resultaría indigesto. Vive decepcionado, descontento, infeliz, aplastado por el peso de la carga. ¡Si, al menos, dejara a los demás tranquilos! Pero no, les ofende con su humor raro; los irrita con sus golpes de autoridad imprudentes; los sume en la confusión con medidas arbitrarias carentes de sabiduría. Cuando tuvieron que tomar la mano de san Anselmo y abrírsele a la fuerza para que empuñara el báculo pastoral, estaban seguros de tener un obispo y no una alondra aturdida. Es desastroso cuando los ambiciosos son peores que las alondras... Entonces sobre todo es cuando hay que alertar a las almas para que se guarden y se refugien en la roca de san Pedro".

### **Nuestro Padre según el espíritu**

No estaríamos faltos de precisión doctrinal si dijéramos que somos hijos de los dolores, de las penitencias, de las tribulaciones, de la muerte del Padre d'Alzon. Debió beber el cáliz de la amargura antes de engendrarnos a aquel espíritu tan bien definido por nuestro hermano mayor, Monseñor de Cabrières, cuando exclamó ante la estatua de nuestro ilustre maestro: "¿A quién pertenece hoy el mundo, no el mundo de la fuerza, sino el mundo del respeto y del derecho? Sólo a las ideas, notadlo bien, que han formado, que forman todavía a la Asunción...".

La Asunción ha recogido y guarda religiosamente esta rica herencia, que es su razón de ser, su fuerza y su gloria. Ahora bien, la Asunción abarca a esta imponente multitud integrada por religiosos, religiosas, antiguos alumnos y el incalculable número de almas que han experimentado la influencia del Padre y recibido de su poderosa dirección un sello imborrable.

Y como este espíritu sigue vivo y se activa constantemente bajo el soplo de la gracia, se comunica mediante el celo de sus antiguos discípulos a las jóvenes generaciones que, a su vez, inflamarán a otras.

No sólo Francia, sino también Oriente y el Occidente lejano están impregnados hoy de la corriente eléctrica que enciende los corazones, ilumina las inteligencias y hace vibrar a las almas con el ardor de las grandes cosas, el amor al sacrificio y el celo impetuoso, irresistible, que fue el de los apóstoles.

Remontémonos a la fuente de donde han manado con fuerza estos impulsos generosos, es decir, al corazón del Padre d'Alzon, trabajado y moldeado por la gracia de Dios.

Nunca resistió a esta gracia; se dejó llevar por ella. Atento a las manifestaciones de la voluntad divina se sometía a ella enseguida sin calcular el número de sacrificios, a menudo angustiosos, que tendría que hacer.

En la marcha gloriosa que debía llevarle a las más altas dignidades, se detuvo para volverse y descender, según la opinión de los hombres, hasta transformarse en maestro de escuela, vivir en medio de los niños en la sociedad de los hombres de los que la gran mayoría le eran inferiores desde el punto de vista del rango y de la cuna.

Poseía una gran fortuna; la dilapidó sabiendo perfectamente que la perdía hasta la humillación, a los ojos del mundo, de encontrarse en serias dificultades pecuniarias. Salió de ellas pero para volver a caer nuevamente, porque su corazón de auténtico caballero, su alma generosa hasta el heroísmo, no sabían medir los recursos con parsimonia cuando de extender el Reino de Jesucristo se trataba. Encontró contradictores entre sus propios discípulos, hombres y mujeres. En algunos momentos de prueba suprema se encontró casi solo, aislado, ridiculizado; se mantuvo firme, fija su mirada en el cielo y sin jamás desviarse de la línea que Dios le había trazado.

Hasta el final de sus días le atormentó el sufrimiento; no es temerario afirmar que su muerte se vio acelerada por una amarga decepción que no le ahorraron personas a las que había dirigido por los senderos de la perfección y en las que tenía fundadas legítimas esperanzas.

Todos lo sabemos: si sufría en su corazón tan delicado y tan sensible, si fue engañado, él que no engañó a nadie, poseía en el fondo de su alma aquella paz que el mundo ni conoce, ni puede dar, ni puede arrebatarse. Decía a menudo con el apóstol: *gloriamur in tribulationibus (nos gloriamos hasta en las tribulaciones: Romanos 5, 3)*. ¿Acaso no ha salido victorioso? Tal es el espíritu legado a sus hijos por este Padre que nos ha realmente engendrado a la vida en la Asunción mediante una gracia inefable de Dios.

### Aristocracia religiosa

Durante mi permanencia en Jerusalén, uno de mis más dulces descansos ha consistido en repasar la vida del Padre d'Alzon con ayuda de mis notas y mis recuerdos. He realizado una investigación especial de los documentos contenidos en *La Asunción y sus obras*, porque en este delicioso volumen -hablo del fondo y no de la forma del libro- he encontrado las huellas del Padre recorriendo un camino sobre el que sólo le he seguido de lejos.

Este hombre suscitado por Dios, a quien se ha osado tachar de inconstante, siguió siempre con constancia heroica una línea recta en la realización de sus planes y en la exposición de las ideas maestras de su doctrina como fundador. Sería un trabajo largo, pero yo podría trazar, volviendo a un lejano pasado, el desarrollo misterioso y progresivo de una semilla que llegó a ser, por la gracia de Dios, este hermoso árbol de la Asunción, cuyas ramas robustas, cubiertas con un auténtico follaje, siguen creciendo y dando ya frutos abundantes de salvación.

En el Capítulo general del 18 de septiembre de 1873, el Padre pronunció estas palabras:

"¿Habéis pensado conmigo que la meta principal del Capítulo era en primer lugar la constitución de una aristocracia de capacidad, de ciencia y de virtudes, colocada a la cabeza de nuestra familia religiosa? Es una osadía hablar así, cuando se tiene el honor de presidir un grupo semejante; pero no hablo de lo que es sino de lo que debe ser..."

En 1892, antes de la publicación de *La Asunción y sus obras*, en un discurso dirigido a la comunidad de Jerusalén, citaba yo una nota que reproduzco ahora. Me decía un día durante un paseo:

"La Iglesia está compuesta por monarquía, aristocracia y democracia admirablemente combinadas. En una Congregación religiosa, es bueno que haya una aristocracia que se renueve mediante la democracia. Es la única manera de mantener las tradiciones, de dar el tono suscitando una emulación que en nada dañe a la humildad. La regla ha de ser absolutamente la misma para todos; no debemos aceptar a ningún precio situación alguna que signifique privilegios, dispensas, mitigaciones para siempre; motivadas, no por razones de salud u otras, sino concedidas para recompensar un trabajo o algunos éxitos que sólo Dios debe recompensar algún día".

Estas palabras datan de 1846. Por lo tanto, en 1873, en su lenguaje oficial de legislador que se dirige a la Congregación, el Padre reproducía con precisión los pensamientos expresados ya en 1846. Se esforzó por dar a su Congregación un toque aristocrático.

Pero he aquí lo que entendía por aristocracia. Para él, consistía en la elevación del pensamiento, la grandeza del corazón, la distinción en los modales. He ahí, si no me equivoco, el espíritu de la Asunción.

Para ver las cosas desde arriba y bien, se colocaba lo más cerca que podía, por su veneración y obediencia, del Jefe de la Iglesia; desde la cima radiante de la roca de Pedro su mirada planeaba sobre los acontecimientos del mundo. Caminando sin reservas con el Papa, nunca se desvió, nunca tuvo que deplorar un paso en falso.

Su corazón generoso no tenía nada de seco ni de estrecho. Daba, prodigaba sus recursos y su entrega. Nunca conoció la falsa prudencia que calcula sus larguezas y la amplitud de sus sacrificios cuando se trataba de servir a la Iglesia. Tuvo en poco su popularidad; no dudó en comprometerse. Nunca se volvió hacia sí mismo para admirarse; no se había colocado a medias o con reservas al servicio del Rey Jesús que era la pasión de su alma.

Quería ver en sus discípulos un exterior modesto, pero con naturalidad. Hablaba a menudo de la modestia religiosa y recomendaba siempre un porte sencillo, natural, sin exageración alguna. Citaba a menudo un refrán inglés que dice: "Piedad y limpieza han de ir juntas": *Cleanliness is next to godliness*.

Le gustaba repetir que la cortesía del mundo, con mayor razón la del religioso, reposa sobre el principio siguiente: "Saber molestarse por los demás".

"La distinción en los modales, añadía, debe caracterizar al religioso que está sin cesar en contacto con la sociedad. No se trata de maneras afectadas, dulzonas, melindrosas, afeminadas. No, algo decidido y digno que atrae la simpatía y aleja la familiaridad".

Decía a un religioso que caminaba balanceando los brazos:

- ¿Te han encargado de sembrar perejil?

A otro:

- Cuando quieras sonarte en el coro con tanto ruido, por favor, avísanos y suspenderemos el Oficio para esperar el fin de la tempestad.

A quien comía demasiado inclinado sobre su plato:

- Necesitas mucho tiempo para contemplar tu comida; vamos, hombre, tómatelo con más sencillez.

El Padre no tendría que hacer comentarios así en la nueva Asunción.

Un postrer rasgo: Acompañaba yo al Padre atravesando la explanada de Nimes. Vio a un joven religioso que venía hacia nosotros.

- Vas a ver, me dijo, cómo se da un cabezazo contra ti o contra mí; a menos que nos separemos y le dejemos pasar entre medio. ¡Mírale! Mira al suelo, cabeza gacha, vuela en línea recta... Apartémonos un poco... pasará sin vernos.

En efecto, el buen Hermano se nos vino encima de proa, hasta que el Padre lo detuvo llamándole. Levantó la vista y miró con grandes ojos de sorpresa. Recibió enseguida lo que no buscaba:

- Amigo mío, le dijo el Padre, las normas de la modestia están dadas para hacernos dueños de nuestros sentidos y no para darnos el aspecto y el ademán del bruto. Huyamos de la exageración en todo.

Observaba a un joven religioso que recitaba el Oficio. Notó que sus labios no hacían ningún movimiento perceptible. Fue donde él y le dijo:

- Homero define al hombre como animal con voz articulada. La articulación la dan los labios que son distintivo del hombre. Articula, pues, tu oración empleando los labios que Dios te ha dado para cantar y pronunciar su Verbo.

El Padre d'Alzon, tan amplio en su manera de ver las cosas, no despreciaba, sin embargo, detalle alguno. Se le ha tachado de exagerado, de inconstante; le han aplicado a menudo el refrán de los antiguos: *De minimis non curat Praetor* (el pretor no se ocupa de las cosas insignificantes). Quienes así lo han juzgado no han visto más que la cáscara de este hermoso carácter.

Su hijo mayor, Monseñor de Cabrières, dijo de su Padre, el día del decimoquinto aniversario de su muerte:

“Durante sus vidas nos codeamos con grandes hombres pero no los conocemos... y hemos de confesarnos a nosotros mismos, leyendo sus vidas, repasando en la propia memoria los recuerdos del pasado, que no vimos más que la superficie de aquéllos de quienes fuimos incluso discípulos o compañeros”.

El obispo de Montpellier tiene razón; todos los hijos del Padre d'Alzon comparten esta misma convicción, aunque no la expresen tan bien como el sabio prelado.

El señor Louis Allemand ha escrito algo que cae bien aquí: "Las pretendidas exageraciones del Padre d'Alzon consistían en prever sabiamente la víspera lo que había que hacer al día siguiente. Los hechos han probado que el talante caballeresco con el que se honra (a la Asunción) y a su fundador no es un espíritu de imprudencia y temeridad en busca aventuras, como en la obra de Cervantes".

### **Florilegio de apreciaciones sobre el P. d'Alzon**

He aquí un pequeño cofrecito de perlas, de formas y matices variados, recogidas con cariño, para disfrute íntimo del coleccionista. Las ofrezco a la contemplación de los Asuncionistas.

Estas perlas no están engarzadas en oro; tampoco están dispuestas en orden simétrico ni cronológico. Recogidas de aquí y de allá, a medida que las iba encontrando, formaron poco a poco una colección preciosa que cautivaba los ojos y el corazón durante las largas veladas de los severos inviernos del Norte, sobre los acantilados del Océano, en las soledades de las Cornouailles inglesas, mientras en el exterior la tempestad rugía y el oleaje que levantaba hacía rodar y bramar a las olas formidables.

Entrego este pequeño tesoro tal cual, con el añadido de nuevos y más recientes descubrimientos; tras haber expurgado sin embargo algunos rasgos conocidos por todo el mundo, para no decir sino lo que muy probablemente sólo sabe quien las ha coleccionado.

El cardenal Manning tuvo la bondad de escribirme para anunciarme en primicia la noticia de la elevación al episcopado de mi viejo amigo, el abate Anatole de Cabrières. Decía: "Comprenderá usted lo mucho que me alegro del nombramiento de un sacerdote que conozco y cuyas virtudes y cualidades aprecio. Me alegro sobre todo porque el abate de Cabrières es un alumno del célebre Padre d'Alzon. Estamos seguros, pues, de tener un obispo católico con toda la fuerza de la expresión".

Monseñor Guillermo Vaughan, obispo de Plymouth, con motivo de una visita, me dijo estas palabras: "Conozco mucho al Padre d'Alzon. Me ha parecido siempre el tipo perfecto del sacerdote y del gentilhombre. Mi tío, el cardenal Weld, le había apreciado mucho en Roma; hablaba de él como de un joven eclesiástico destinado a desempeñar un papel importante en la Iglesia. Nos agradaba ver su figura inteligente y distinguida en las conferencias que el doctor Wiseman pronunciaba en el salón del cardenal Weld.

Recuerdo que también el cardenal Wiseman me habló de él, en Clifton, en estos términos: El abate d'Alzon era, entre los jóvenes eclesiásticos de Roma, el más notable por su piedad, su distinción y su inteligencia. Tenía la pasión por instruirse; no era un gusto platónico por la ciencia, sino un deseo de saber para servir a Jesucristo en la Iglesia".

El digno obispo añadía:

- "El abate d'Alzon valoraba mucho a los ingleses; conocía al detalle nuestra historia religiosa y política".

El obispo de Clifton, Monseñor G. Clifford, hijo de lord Clifford y nieto del cardenal Weld, que había estado casado antes de abrazar el estado eclesiástico, viéndome por primera vez en Bristol, me dijo:

- "¿Es usted antiguo alumno del Padre d'Alzon? Eso vale por todas las recomendaciones. Quédese aquí en mi diócesis".

Hube de declinar la oferta de una parroquia, habiendo decidido ya ir a ejercer el ministerio en una zona alejada de toda ciudad populosa. Ignoraba yo entonces que más tarde mi destino sería vivir en Londres.

En Londres me relacionaba mucho con el señor Allies, antiguo protestante y capellán del arzobispo anglicano de Cantorbery. Una vez convertido, el señor Allies dedicó su vida y su asombrosa ciencia al servicio de la Iglesia. Es autor de notables libros sobre la supremacía del Papa.

- Después de Dios, me decía un día, al Padre d'Alzon le debo mi conversión a la Iglesia Católica. Le había conocido en París antes de ser sacerdote. Sus conversaciones de entonces eran para mí destellos de luz (*flashes of light*). Nos hicimos íntimos; y durante mucho tiempo hemos mantenido una correspondencia que ha guiado mis pasos como la luz de un faro.

El Padre Charles Faure, marista, fundador de la obra de Notre-Dame de France en Londres, me contó:

- Cuando hacía colectas en Francia para mi obra, yendo de diócesis en diócesis, vi al Padre d'Alzon por primera vez en Nimes. Es la figura más imponente que me haya sido dado encontrar, sin exceptuar a los obispos. Cuando supo de mi proyecto, me acogió con entusiasmo; esa es la palabra. Me animó vivamente, me procuró ayudas pecuniarias y me recomendó llamar a mi futura iglesia, en el centro de la inmensa City, *Notre-Dame de France*.

El doctor Forbes, obispo anglicano de Brechin, en Escocia, llamado por la prensa inglesa el único teólogo de la Iglesia de Inglaterra, decía mientras comíamos en casa de un amigo:

- El abate d'Alzon tiene el celo emprendedor de Manning y el espíritu sintético de Newman. Si fuera inglés estaría a la cabeza del movimiento hacia Roma".

Este digno doctor Forbes, que era imposible noamarlo, tenía tendencias católicas. Basta leer sus sabios trabajos para convencerse de ello. Afirmaba que el Papa no había perdido nada de su jurisdicción en Inglaterra, al menos en cuanto Patriarca de Occidente. Es de temer que Doellinger haya llevado consigo a la tumba la terrible responsabilidad de haber retenido en el anglicanismo a un prelado cuyo retorno a la antigua fe sólo era cuestión de tiempo, según muchos de sus numerosos amigos. Murió estimado y admirado por todos; pero murió en el cisma. No sería exacto, cuando se le ha conocido de cerca, decir que murió en la herejía.

El abate Argelliès, párroco de Frontignan, teólogo y delegado al Concilio provincial de Aviñón, decía:

- La fisonomía más impactante del Concilio era la del Padre d'Alzon. Canonista y teólogo, ejercía una gran influencia, sin olvidar nunca la discreción que le imponía la inferioridad de su rango jerárquico en presencia de los obispos. No sólo los sacerdotes sino los mismos padres del Concilio le consultaban. Cuando hablaba él, con su empuje y su franqueza, se hacía escuchar y se ganaba la admiración incluso de algunos que le eran contrarios. Reconocían en él a un valiente defensor de las ideas romanas; a él se deben los *non placet* que relegaron a la sombra y al olvido ciertos decretos propuestos por lo que quedaba del espíritu galicano.

El abate Martín d'Agde, párroco de Saint-Denis, en Montpellier, autor de una documentada vida de san Juan Crisóstomo:

- Cada vez que el Padre d'Alzon me honra con una visita, mi casa queda perfumada como por el paso de un santo.

El abate Cresseil, párroco arcipreste de Cette, antiguo párroco de Montagnac, cuando llegué para ser uno de sus coadjutores:

- Con alegría recibo como coadjutor a un sacerdote que ha sido formado por el Padre d'Alzon. Saliendo de una escuela semejante y siguiendo fielmente los consejos de un tal maestro, no podrás sino hacer un gran bien, aquí y en todas partes. Añadía:

- Tenía yo aquí en mi parroquia, a un joven alumno de la Asunción que venía todos los años de Nimes a tomar baños de mar. Comulgaba, asistía a todos los oficios, llevando el uniforme del colegio; era un ejemplo para todos mis feligreses. Cuando yo era párroco de Montagnac visitaba a menudo el castillo de Lavagnac, para que veas si conozco a los d'Alzon.

El joven alumno del que hablaba el señor Cresseil era Anatole de Cabrières, que el venerado arcipreste, antes de morir, tuvo la alegría de ver obispo de Montpellier.

Al final de un almuerzo de mucha etiqueta, el señor Pégat, presidente de la Cámara de Montpellier, se levantó de su sitio y vino hacia mí con un vaso de champán en cada mano:

- Como yo, dijo, usted es un amigo y admirador del Padre d'Alzon. Tome este vaso que he llenado para que usted y yo bebamos a la salud del Padre d'Alzon y por el éxito de todas sus obras.

Los vasos fueron vaciados al instante.

Monseñor de Mérode, a la sazón ministro de las Armas de Pío IX:

- No le extrañará si le digo que profeso una gran admiración por el Padre d'Alzon. El Papa me habla a menudo de él con un tierno afecto. Me gusta su aire decidido, franco, su entrega sin límites a la causa de la Santa Sede. Es el auténtico caballero Bayard de la Iglesia. Dice crudamente lo que piensa; uno siempre sabe a qué atenerse con él. Le felicito de poder honrarse con su amistad. Déjese guiar por él y no tropezará.

Pío IX, en Castel-Gandolfo, en una audiencia privada y en medio de la conversación, habiendo dicho yo que era antiguo alumno del Padre d'Alzon:

- ¡Oh!, me dijo el Papa alzando las manos, ¡d'Alzon!... ¡d'Alzon!... ¿cómo está? ¿Siempre de pie en la brecha?

El Padre Ventura me escribía: "Tienes cerca de ti al guía seguro y lúcido para dirigirte en los asuntos importantes de que me has hablado. Ponte en manos del Padre d'Alzon y no temas caminar bajo su dirección; no darás nunca un mal paso con él, lo sabes bien, y desde hace mucho..."

El abate Combalot, en su estilo original y a su manera desenvuelta: "Cierra los ojos, mete las manos en los bolsillos, adelanta el pie izquierdo y déjate empujar por el Padre d'Alzon. ¡Animo!, que no te dejará en el lodazal; por lo demás, si caes en él por tu culpa, te sacaré pronto, te lo garantizo, es uno de los más hábiles pescadores de hombres que conozco..."

En 1891, en el cementerio de San Baudile, en Nimes, andaba yo buscando la tumba del Padre d'Alzon, cuando una buena señora me la indicó diciendo:

- No necesita usted rezar por él..., encomiéndese a él, porque es un santo. Me obtiene cuanto deseo.

Un viejo portero del obispado de Nimes, antiguo gendarme:

- ¡Ah, el Padre d'Alzon!... cuando pasa me cuadro para saludarlo, como hacía antaño con mi coronel... Veo siempre sobre sus hombros las charreteras de hojas de espinacas...¿Usted no se las ve? ¡Yo sí!

Al sacristán de la sacristía de la catedral de Nimes se le oyó decir a su subalterno, un domingo por la mañana:

- Hoy canta la misa el Padre d'Alzon, mira a ver si las velas están bien derechas, el mantel del altar limpio y sobre todo ni rastros de cera en la alfombra, porque sus pies los encuentran siempre, no falla; de lo contrario, corre a esconderte antes del final de la misa y que el Padre d'Alzon no te encuentre.

El señor Prophète, dentista de la Asunción:

- Acabo de extraer una muela al Padre d'Alzon. La operación era una de las más dolorosas, y se lo advertí antes de comenzar.

- No tenga miedo, querido amigo, me dijo, tengo un ungüento que transforma el sufrimiento en alegría.

- ¿Qué ungüento?

- ¡Oh! ese crucifijo que está clavado ahí en la pared ante mis ojos... ¡Vamos! ¡Adelante!

A un joven desolado por las tentaciones:

- Tienes que distraerte; practica un poco de música.

- Yo no soy músico.

- ¡Oh! eso no importa; hay un instrumento pequeñito pero lleno de armonía, aunque los sonidos son un tanto monocordes; pero aunque no encanta al cuerpo arrebató al espíritu.

- ¿?!

- Se llama *pentacordio*, en términos menos científicos, disciplina. Te daré algunas lecciones iniciales, luego continúas solo; no tiene ni sostenidos ni bemoles; las pausas son facultativas y dependen de la inspiración del momento.

Monseñor Patherson, obispo titular de Emmaús:

- ¡Hombre distinguido el Padre d'Alzon! Sus conocimientos eran vastos; su espíritu planeaba sobre el mundo entero. Me quedé asombrado oyéndole hablar de nuestra Inglaterra como un observador que la hubiera habitado durante largos años. Parecía como si hubiera penetrado en todas las clases de la sociedad inglesa, desde la aristocracia hasta las filas más humildes del pueblo; cosa muy rara en un extranjero y poco común entre mis compatriotas. Y sin embargo, nunca estuvo en Inglaterra, pero había aprovechado bien sus amistades con algunos ingleses, en París y sobre todo en Roma. Leía constantemente las publicaciones de nuestros hombres más notables en todos los géneros serios.

El obispo hablaba también con admiración del abate de Cabrières, auténtico discípulo, decía, del Padre d'Alzon. Estos elogios, dirigidos a mi Padre y a mi viejo amigo, me llegaban al corazón: eran néctar perfumado.

### Primera piedra de la capilla

La antigua capilla del colegio de la Asunción estaba situada a la derecha, entrando en el patio grande, al lado del estudio del Padre d'Alzon. La entrada principal daba al principio a la calle de Serbia, cuya puerta, ahora tapiada y que ostenta una cruz, todavía existe.

El único altar se encontraba, pues, del lado de la "Taberna del Prado de los Clérigos", frente a la puerta de entrada. La sacristía sólo era el rincón bajo la escalera entre la capilla y la sala de biblioteca de los profesores, hoy sala de periódicos.

El abate Surel era el capellán.

Allí se celebró un funeral por el Papa Gregorio XVI. El señor Cusse había fabricado una tiara de papel blanco, con coronas y banderolas doradas. La bolita que servía de pie a la cruz, era sencillamente una patata forrada de papel dorado. No habían encontrado nada mejor. Sólo tres conocíamos el secreto; hoy se divulga probablemente por primera vez.

También en esta capilla es donde estuvo el cadáver del abate Fournéry, encargado de la vigilancia de la primera sección. Murió fulminado por un aneurisma. Es el primer fallecido del colegio y el primer enterrado en el panteón que contiene, junto con muchos otros, los ataúdes del señor Germer-Durand y del Padre Galabert, tras haber guardado durante varios años los restos venerados del Padre d'Alzon.

Más tarde la capilla sufrió una transformación. El altar fue trasladado al otro extremo, contra la antigua puerta tapiada. El Padre d'Alzon cedió la mitad de su estudio, de la que salió una pequeña sacristía.

Los primeros retiros, los del abate Gabriel, que luego fue párroco de Saint-Merry, en París, del Padre Corail y del Padre Milenta, fueron predicados en esta capilla. Allá aparecieron, en distintas fechas, el abate Cazalès, Monseñor Miaullaud, arzobispo de Toulouse, Monseñor Croizier, obispo de Rodez, y tantos otros preladados y hombres notables, entre ellos Monseñor Mazenod, obispo de Marsella, fundador de los Oblatos de María y Monseñor Guibert, de Viviers, más tarde arzobispo de París y cardenal.

En 1849, se puso la primera piedra de la capilla actual: era el primer día del mes de María.

Se ha dicho a menudo cómo los alumnos mismos habían cavado los cimientos, tras haber arrancado de raíz los laureles que formaban una valla entre el gimnasio y el patio. La capilla se levanta, en efecto, en el lugar del antiguo patio de los semipensionistas, como la sacristía está sobre el antiguo patio de los externos. En este último patio jugó el Padre Picard al principio de su vida de alumno de la Asunción. Allí tuvo como vigilantes al abate Léon d'Everlange, muerto párroco de Anduze, y al señor Durozoir, muerto sacerdote en Grenoble.

El 1 de mayo de 1849, fiesta de los santos apóstoles Felipe y Santiago, una procesión formada por profesores y alumnos del colegio de la Asunción salió de la antigua capilla. El Padre d'Alzon, revestido de capa, presidía. La primera piedra fue llevada en andas y a hombros de los cuatro alumnos más distinguidos de la sección de los mayores, condecorados con palmas de honor. Eran Anatole de Cabrières, François Picard, Henri Roqueplane y Paul de Pèlerin. Los nombres dicen por sí solos el valor de estos alumnos.

La piedra fue enterrada profundamente, tras haber encerrado en ella una caja de plomo que contenía el protocolo de la ceremonia, redactado por el señor Germer-Durand y firmado por Emmanuel-Marie-Joseph-Maurice Daudé d'Alzon, por los profesores y por los alumnos de primera fila por su conducta y su trabajo.

Esta piedra quedó colocada directamente bajo el altar mayor. Más tarde la capilla fue ampliada, el altar echado más atrás y el lugar del altar primitivo transformado en panteón.

Allí reposa el cuerpo del Padre d'Alzon.

Se encuentra, pues, acostado sobre la primera piedra que él mismo colocó. Allí es donde debía estar; porque ¿acaso no es él nuestro Padre, la piedra fundamental de todas esas obras que descansan sobre él y forman, por la gracia de Dios, un edificio tan majestuoso?

He ahí la auténtica cuna de la Congregación de los Agustinos de la Asunción. En esta capilla es donde el Padre tanto rezó y meditó la fundación de su Orden. Aquí es donde fueron pronunciados los primeros votos.

Hacia este santuario se dirigen los pensamientos de los hijos de este sacerdote ilustre y santo.

De estos huesos sagrados que recubre el mármol sale, como antaño de los huesos del profeta Elías, una fuerza sobrenatural que da la vida, inflama el celo, llena el corazón de amor a Dios y a la Iglesia.

Se podrían grabar sobre la lápida que cubre el ataúd aquellas palabras que nuestros Libros Sagrados atribuyen al gran profeta: *In diebus suis non pertimuit principem, et potentia nemo vicit illum. Nec superavit illum verbum aliquod,*

*et mortuum prophetavit corpus eius (En sus días no temió a príncipe alguno y no pudo dominarle nadie. Nada era imposible para él, y hasta después de la muerte profetizó su cuerpo) (Eclesiástico 48, 12-13).*

#### NOTA

Cierro aquí mi cofre, o para hablar sin metáforas, el cuaderno de mis notas, pues me doy cuenta de que lo que falta llenaría varios números de *Souvenirs*. Lo volveré a abrir más tarde para seguir sacando de él y acabar de publicarlo todo, a puñados o a trozos. Hago bosquejos, mejor o peor, pero nunca cuadros terminados.

Con esta *Anécdota* termino la segunda serie. La primera comprendía sesenta; la proporción queda a salvo, ya que las *Anécdotas* de la segunda serie han exigido mayor desarrollo. La tercera serie seguirá cualquier día, pero tampoco agotará lo que falta por escribir.

H.-D. G.

**ANÉDOTAS DEL P. D'ALZON****ÍNDICE DE LA 3ª SERIE**

<b>TERCERA SERIE</b> .....93	Lección de tiro al conejo..... 111
Introducción.....93	El arte de tratar con Dios..... 114
De paseo .....94	Formación de caracteres..... 115
"Forma gregis" ( <i>Modelo de la grey</i> ) .....95	Amigo fiel ..... 117
Sobre las amistades particulares .....97	Las Vincas..... 119
Extraña valoración del arte .....97	Los higos de Lavagnac..... 120
Sólidas virtudes.....98	NOTA ..... 122
Consejos a un neosacerdote .....100	
Invitado en apuros.....101	<b>APENDICE</b> ..... 122
Víctor Cardenne.....101	Oración fúnebre sobre el Padre Manuel d'Alzon ... 122
Víctor Cardenne "segundo" .....103	El perfecto gentilhomme..... 124
Cómo tratar a los niños .....105	El verdadero sacerdote ..... 125
Ocurrencia feliz .....106	El religioso santo..... 127
El pozo de la Asunción .....106	El Padre Pernet..... 131
Ambición contra lealtad.....106	El Crucifijo..... 134
Superiores .....108	El sentido común del Padre Pernet..... 134
La parte de Dios.....109	Proyectos de panegíricos..... 136
Final de controversia.....111	

**TERCERA SERIE**

*El señor Galeran había cerrado la segunda serie de sus Anécdotas del Padre d'Alzon con el número 259 de Souvenirs que lleva la fecha del 30 de mayo de 1896. Su silencio se prolongó hasta el número 299 del 24 de abril de 1897. ¿Por qué este silencio de casi un año? Algún cambio de humor debió ser la causa. Los Souvenirs anunciaban la tercera serie de esta manera:*

"Qué de veces hemos escuchado decir: los *Souvenirs* han dejado bruscamente de publicar las *Anécdotas* del Padre d'Alzon, ¿por qué?...

Nuestros deseos, nuestros suspiros, nuestros ruegos han finalmente vencido los "serios motivos" que condenaban a la oxidación una pluma de oro, digno instrumento de una memoria y de un corazón de oro.

...Tras un año de silencio, (el señor Galeran) realizó una amplia cosecha; ahora va a sembrar sin fatiga, sin parar, sin esperar otra recompensa que la de saberse acogido y apreciado tanto por los jóvenes como por los antiguos de la familia de la Asunción".

*Pese a esta acogida reconfortante, la pluma del señor Galeran, aunque siempre alerta y siempre joven, perdía entusiasmo. Las Anécdotas de esta tercera serie se hacían a veces de rogar y tardaron dos años y medio en publicarse: la última apareció el 14 de octubre de 1899. Y sin embargo, las notas del señor Galeran, según sus afirmaciones, estaban lejos de agotarse. (Nota del editor).*

**INTRODUCCION**

El Padre Emmanuel (Bailly) ha tenido a bien expresar el deseo de ver la reaparición de las *Anécdotas*. Lo ha hecho en términos tan benevolentes y tan afectuosos, y da la impresión de tomar tan a pecho esta publicación que, tras haber vacilado largo tiempo, retomo el lápiz y la pluma. Lo hago, no lo oculto, pese a ciertos motivos serios que deberían imponerme un silencio absoluto.

Creo necesario hacer preceder esta tercera serie de la siguiente introducción.

Nos queda una preciosa colección de escritos de nuestro Padre. Los archivos de la Congregación poseen discursos, conferencias, tratados sobre la vida espiritual, un buen número de artículos de periódicos y de revistas. Además existe una parte bastante considerable de su correspondencia.

Todos esos documentos forman un conjunto de considerable valor. Nos dan a conocer la inteligencia, la fuerza de penetración, la seguridad de su intuición, el profundo conocimiento de los hombres, la grandeza de alma y la amplitud de corazón de un hombre eminente.

Y sin embargo, hay que decir que cuando un hombre hace un discurso o entrega a la imprenta los pensamientos que su pluma ha redactado, no lo hace sin cierta preparación. Está más o menos en guardia, se vigila, y por otra parte ¿no es bueno que así sea? Si bien hay mayor abandono y descuido en la correspondencia, sobre todo íntima, también ahí hay una prudencia instintiva que impone cierta reserva.

Para conocer a fondo el carácter de un hombre, hay que sorprenderle y captarlo en sus revelaciones repentinas y espontáneas, trátase de un impulso, una efusión, una palabra, un grito; a veces de una sentencia breve, enérgica, que cae de repente de sus labios; de un rayo de luz, brillante y cálido, saliendo del corazón como de un fuego; de una reflexión súbita, un movimiento de entusiasmo, de admiración, de amor... ¿qué sé yo?

En esos momentos de abandono es cuando el alma sale y se confía. Entonces es cuando los sentimientos de un corazón bien formado saltan al exterior con todas sus fuerzas, en toda su limpidez. Entonces es cuando el espíritu de un hombre se deja captar como realmente es.

Estas son las consideraciones que nos convencen para que comuniquemos a los hijos del Padre d'Alzon algo de esos felices momentos de intimidad que nos han permitido gozar de la expansividad de una grande y hermosa alma.

El número de los mayores, de los discípulos de la primera hora, disminuye; son cada vez más raros los que han conocido al Padre; no es bueno que las olas del tiempo, rodando rápidamente hacia los insondables abismos del olvido, se lleven con ellas los menores detalles de una vida ilustre que es nuestra gloriosa herencia.

¿Acaso los más jóvenes no tienen el legítimo derecho a poseer todas las informaciones capaces de darles a conocer a un Fundador que debe ser su modelo? ¿Y los antiguos han de guardar enterrados en el fondo de su memoria los recuerdos que pertenecen al tesoro de las tradiciones asuncionistas?

Un cofre rico está lleno de piedras preciosas y raras, variables en brillo y en dimensiones. ¿Podemos decir que las más pequeñas, las que no tienen ni la deslumbrante belleza de los rubíes, ni el titilante brillo de los diamantes, no contribuyen al efecto del conjunto?

El historiador de Manuel d'Alzon dirá las cosas importantes de esta maravillosa y santa vida. En cuanto a nosotros, nos corresponde algo más modesto, entregar nuestros recuerdos, contando con sencillez lo que hemos visto, oído y observado.

Esta tercera serie contendrá confidencias que no tendrán para los demás -muy probablemente- el interés que tienen para el narrador. Harán bien en tomarlas como simples añadidos a las *Notes et Documents*<sup>1</sup>; así, en el momento de la selección resultará fácil ponerlas aparte.

H.-D. G.

\*\*\*\*\*

### De paseo

Era en 1849, el primer jueves del mes de mayo. Los alumnos del colegio habían salido para todo el día, menos un grupito del que yo formaba parte. Me apresuro a señalar que si nos habíamos quedado era fruto de nuestra voluntad, no de un castigo.

Por la tarde, hacia el anochecer, el Padre vino a buscarme para que le acompañara a dar un paseo y rezar con él el Breviario. Después de haber seguido la carretera de Saint-Gilles, hasta divisar el pueblo de Caissargues, tomamos el camino angosto que serpentea a través de los campos hasta dar con el *Prado de los Anèdes*.

La tarde era espléndida, el sol aún alto sobre el horizonte, el cielo puro, el aire en calma; en la tierra todo resplandecía de vida, de frescura, de alegría. Una brisa ligera, acariciadora, ondulaba graciosamente a nuestro paso, a lo largo de las vallas verdeantes, las tiernas ramas del marjoleto, cargadas de flores blancas cuyo perfume nos llegaba en suaves oleadas. En los grandes sauces, a lo largo del riachuelo, los pajarrillos gorjeaban; mil mariposas de ricos colores revoloteaban de flor en flor, entre los arbustos verdes o entre los botones dorados de las margaritas de las que el césped estaba suntuosamente sembrado.

Estábamos en Laudes, en el *Benedicite*. El Padre, parándose de repente, impresionado por el hermoso espectáculo de la naturaleza, levantó los ojos al cielo exclamando:

- ¡Dios mío!, ¡qué hermoso debe ser tu cielo, cuando tu tierra es tan bella!; las flores se abren bajo tu mirada; los pájaros te alaban con sus cantos; los insectos zumban para darte gracias. ¿Sólo el hombre se niega a cantar su *Benedicite* o lo

<sup>1</sup> Notas y documentos recopilados por el Padre Emmanuel Bailly con el fin de que sirvieran para escribir la historia del Padre d'Alzon y de sus obras. Bonne Presse, Paris, 1894-1910, 5 volúmenes. Ver también nota en página 179 (nota del traductor).

canta mal cuando consiente en hacerlo? Los malvados te olvidan, no ven la mano que ha adornado tan ricamente la tierra. ¿Pero acaso los buenos, te alaban como mereces?

Luego volviéndose hacia mí:

- Niño, me dijo, apliquémonos a alabar bien a nuestro Dios. No dejemos que el sol, las plantas, las flores, los pájaros nos ganen en himnos de alabanza, en agradecimiento mudo o acentuado. Nosotros tenemos un corazón y una lengua: un corazón para sentir y una lengua para expresar lo que sentimos....

Terminada la recitación del Breviario, el Padre me comunicó este pensamiento:

- Al recitar los salmos hemos hablado a Nuestro Señor y Nuestro Señor nos ha hablado. Estas conversaciones de corazón a corazón -más íntimas aún en la meditación- me han impactado siempre como un aperitivo de las alegrías del cielo. Tú, quizá no lo sabes, niño, pero te puedo asegurar lo difícil que es predicar sobre el cielo. ¡Pues bien! cuando quieras tener una preguetación de lo que es el cielo, aunque en cantidad ínfima, ponte directamente en contacto con Nuestro Señor. Pídele, en la oración o la meditación, una de esas conversaciones íntimas, de una suavidad inexpressable, que concede a quienes le dicen con fe y amor: *Loquere Domine, quia audit servus tuus!* (*¡Habla Señor, que tu siervo escucha!*). No oírás su voz, no es necesario; sentirás todo tu ser penetrado, lleno de una dulzura, de un perfume del que nada en el mundo puede dar idea. Le sentirás, a él, cerca de ti; experimentarás el santo estremecimiento causado por su presencia divina; dirás como Pedro en el Tabor: *Domine bonum est nos hic esse!* (*Señor, bueno es estarnos aquí*). Los grandes santos han sido arrebatados en éxtasis por la intensidad de esta delectación. Supón ahora una conversación así, prolongada durante horas, días, semanas, años, en una progresión ascendente, sobre el principio de que "toda fuerza constante es por su naturaleza aceleradora, ya que se añade constantemente a sí misma"; todavía no será el cielo, pero te harás una idea de lo que debe ser el cielo...

Estas efusiones espontáneas de nuestro Padre me han causado mayor bien que muchas largas lecturas espirituales. Su recuerdo es todavía tan vivo que su solo pensamiento enciende en mi corazón el entusiasmo que me hacía estremecerme, en los lejanos días de mi infancia, mientras el Padre esparcía así ante mí la unción de su hermosa alma. Él había disfrutado de aquellos maravillosos coloquios con Nuestro Señor.

### "Forma gregis" (*Modelo de la grey*)

Nos quedamos asombrados ante la alta estatura moral del Padre d'Alzon como ante aquellos monumentos antiguos, cuya grandiosa majestad ha hecho creer que habían sido construidos por genios y no por hombres.

El fundador de la Asunción es la obra de la gracia divina que ha querido suscitar entre nosotros un gran carácter. En un discurso magistral, Monseñor de Cabrières caracterizó así la actividad del Padre d'Alzon: "Era a veces como el corcel impaciente por devorar el espacio y que tasca el freno bajo la mano de quien lo gobierna...".

Quisiera comentar las elocuentes palabras de nuestro hermano mayor con la ayuda de algunos recuerdos y de mis impresiones. El ánimo guerrero de Manuel d'Alzon le habría colocado a la cabeza de batallones armados. Despreciaba el miedo, nunca huía ante la punta de la espada. Mezclada a los sonidos de las trompetas, su voz era: ¡Adelante! ¡Adelante!

Su grito de guerra se ha articulado en una forma vibrante y se ha tornado: *¡Adveniat Regnum Tuum!*

Hoy son numerosas las bocas que lo repiten; son valientes los corazones de los soldados de la Asunción que continúan la batalla bajo la influencia de su valeroso espíritu.

Como cualquier gran jefe que tiene una misión que cumplir, Manuel d'Alzon se había trazado un plan de ataque; las líneas son valientes, la táctica audaz, la estrategia sabia y combinada con una rara sagacidad.

Si tenemos en cuenta el modo de comprender las astucias del enemigo, la elección de los medios, la audacia de los ataques, la increíble rapidez de movimientos que distinguen a la Asunción, nos damos cuenta pronto de que el fundador ha introducido en la Iglesia un nuevo arte de la guerra.

Tuvo opositores empedernidos entre sus enemigos; era lo natural. Pero también entre algunos de sus amigos tuvo una oposición que uno no se esperaría, pese a que esto nunca deja de llegar como prueba suprema.

En 1872, en el banquete de los antiguos alumnos del colegio, el Padre hablaba así:

- La Asunción hasta hoy ha sabido ocupar su lugar en esta tarea general (de regeneración de la sociedad). Mis votos más sinceros son que sepa siempre hacer brillar su espíritu de franqueza, de iniciativa y de entrega.

He ahí al auténtico Padre d'Alzon y la marca que su mano ha dejado en todas sus obras en estas tres palabras: franqueza, iniciativa, entrega.

Con él siempre sabía uno a qué atenerse; su franqueza era proverbial; se le ha podido acusar de ser demasiado franco; pero nunca de haber utilizado la astucia, la simulación, los medios bajos de los que se sirven los espíritus mezquinos, estrechos e hipócritas. Iba directo a la meta, sin rodeos. Decía su pensamiento abiertamente, en el púlpito, en el confesonario, en las conversaciones familiares, lo mismo que en sus escritos.

No fue locamente precipitado ni imprudente en sus empresas. Cuando un plan bien madurado estaba claro en su pensamiento, decía abiertamente lo que pretendía hacer, y ponía inmediatamente manos a la obra. Cuando no tenía éxito de una manera, enseguida probaba otra. Eso es lo que algunas lenguas "templadas en el acibar", de acuerdo con la expresión del Padre, han llamado sus inconstancias, cuando en realidad se mantenía firme en su objetivo, aunque variando en los medios de conseguirlo.

La Congregación de los Asuncionistas heredó el espíritu de su Padre; desde que comenzó a moverse en la Iglesia, siempre supo lo que quería, y todo el mundo lo ha sabido por ella. Variable en sus medios de acción, no vacila en cuanto al objetivo. Recuerda estas máximas de su fundador: "El celo por los derechos de Dios en la tierra y la salvación de las almas, he ahí la forma esencial de nuestra caridad... No damos importancia a lo que nos suceda, con tal de que Jesucristo sea anunciado".

Decía también: "Cualquier terreno en que el pensamiento cristiano pueda desarrollarse legítimamente será nuestro terreno...". El poder de iniciativa supone audacia. Cuando el Padre d'Alzon tenía claro a dónde debía ir, se lanzaba de inmediato con ardor valeroso. Había consultado a Dios en largas y fervientes plegarias; había sometido sus puntos de vista al juicio de la Sede Apostólica; su audacia no era temeridad, ni su celo locura.

Es cierto que se preocupaba bastante poco de los recursos; contaba con la Providencia de aquel Amo a quien deseaba servir.

- En lo que a mí me atañe, decía, quisiera confiar siempre perdidamente en la Providencia de Dios, aunque abandonado por todos tenga que ir a morir al hospital.

Ante sus religiosos reunidos, en 1868, pronunciaba estas admirables palabras: "Nos acusan de comprometernos demasiado, ¡pues en eso consiste nuestra gloria!".

Tal era el espíritu del fundador, tal es el de su familia religiosa. Los Asuncionistas han tenido la audacia de emprender, para gloria de Dios y el servicio de la Iglesia, obras juzgadas como imposibles. Han osado, y cosa admirable, su iniciativa ha sido coronada con éxitos esplendorosos que hoy son realizaciones, justamente admiradas por los espíritus rectos.

¿Qué decir de la entrega de nuestro venerado Padre? ¿De este hombre eminente que lo ha sacrificado todo al servicio de Jesucristo, en la Iglesia, bajo la dirección de la Santa Sede? Él mismo ha dicho: "La Iglesia es tan admirable, que en la pluma de los escritores sagrados todas las expresiones parecen insuficientes para pintar sus grandezas, sus riquezas, su poder, su belleza, su gloria".

Escuchémosle aún en los consejos que da a sus hijos: "Tengamos, pues, la audacia de la fe; poco importa que la llamen temeridad... Llevamos en nosotros un principio divino de resurrección y de triunfo si sabemos ser auténticos cristianos y verdaderos soldados de Jesucristo. ¡Fijaos en un apóstol! ¿Hay algo más oscuro y más inculto? Pero, abre la boca y ¡sentimos que la Palabra de Dios ha pasado por sus labios! ¿Cuáles serán nuestros trabajos? Todas aquellas obras mediante las que se pueda elevar al pueblo, instruirlo, moralizarlo y mediante las que la democracia pueda ser cristianizada, son nuestras obras".

La entrega del gran religioso de quien estoy bosquejando el retrato se extiende, pues, a cuanto pueda salvar a las almas y dar gloria a Dios; es universal. Sus hijos siguen fieles en esta dirección, ya que su celo abarca todos los ministerios apostólicos y no excluye ninguno.

Hay que señalar aquí un aspecto muy notable del temple de carácter de nuestro Padre. El Padre d'Alzon era siempre grande; nunca se mostró pequeño; nunca fue posible rebajarlo, menos aún ignorarlo. Se le veía con los cardenales, los obispos, los hombres ilustres de todo rango y de toda elevación social; el Padre estaba dotado de un tacto demasiado exquisito para no saber mantenerse en su sitio en medio de estos personajes; pero por humilde que fuera el lugar que se escogía, dominaba desde allí a su pesar; el círculo se formaba en torno a su atractiva persona; se volvía pronto el centro de la reunión. No es inexacto decir: A veces eclipsaba, nunca fue eclipsado. Este prestigio asombroso y raro duró toda su vida; siempre fue grande. Desde su muerte, ¿no ha crecido aún más mediante esa reputación de santidad que rodea su memoria con tanto brillo?

A medida que la pluma traza estas líneas de la fisonomía moral de este sacerdote tan extraordinario, nos damos cuenta de que al reproducir al Padre, salen a la luz los rasgos de sus hijos, a tal punto la expresión del Fundador aparece de modo llamativo en sus discípulos, los religiosos de la Asunción.

La vida de toda Sociedad religiosa consiste, de un modo general, en el espíritu del Evangelio, y de modo particular en el espíritu propio que inspiró su fundación, presidió su nacimiento y llenó a sus primeros miembros. Fuera de este espíritu no hay sino decadencia y muerte para una Congregación.

Mientras el Padre d'Alzon siga siendo la *forma gregis* de la Asunción, cumplirá victoriosamente la hermosa vocación que la misericordia de Dios le ha asignado en la Iglesia.

### **Sobre las amistades particulares**

Un viento cálido del Mediodía había soplado sobre el colegio de la Asunción. En un orden del día, el Padre habló así a los alumnos reunidos:

- Señores, cuando fundé un colegio, no se me vino a las mientes la idea de hacer un palomar. Sin embargo, un número bastante grande de entre vosotros ha tomado ademanes de "pichones que se aman con tierno amor". Arrullan, y tales arrullos perturban la paz, molestan a los espíritus serios, dañan a los estudios y hacen ridículos a quienes los practican. Tenemos en estos momentos una colección de palomos bastante notable: tenemos pichones-pavo real que hacen la rueda, palomos calchones bastante torpes, palomas torcaces un tanto salvajes, pichones que se pavonean; también tenemos tórtolas quejumbrosas y los cándidos -por no decir los tontos- tortolitos. Sería para morir de risa, porque, os lo aseguro, no estoy en modo alguno alarmado. A pesar de todo, os ruego que abandonéis vuestros diversos plumajes y volváis a ser hombres, que juguéis en el recreo, dejéis los suspiros y terminéis con tanta ridiculez. ¡Oh, mi sección de mayores! ¿Qué ha sido de tu sensatez? *Quantum mutatus...*! (¡Cuán distinto...!) no, habría que decir: *Quantum mutata ab illa...*! (¡Cuán distinta de aquella...!), pero el final del verso no caería bien; ¿cómo decirlo entonces?

El señor Germer-Durand le sopló inmediatamente:

- *Mutatur ab illa* (¡Cuánto se diferencia de aquella...!).

- Eso es, respondió el Padre: *Quantum mutatur ab illa!* ¡Mi querida sección de los mayores!

El verso quedó bien; estas palabras pusieron fin a los arrullos de una vez; el viento cambió de repente de dirección.

### **Extraña valoración del arte**

Es probable que el rasgo siguiente, como otros parecidos, no habría aparecido en la colección de *Anécdotas*, si el Padre Picard no me hubiera animado a decirlo todo, con estas palabras:

- Todos hemos amado al Padre d'Alzon con sus salidas, que los mediocres llamaban sus grandes defectos, pero que en realidad hacían resaltar su carácter...

Tras una cita así, uno se siente autorizado para hablar y escribir con audacia.

Había antaño un sacerdote bueno, virtuoso, celoso. Por desgracia, estaba dotado de espíritu estrecho y visión miope; más aún, era escrupuloso del modo más desesperante..., escrupuloso al punto de resultar peligroso para las personas y para las cosas..., e incluso para los ángeles. He aquí una prueba entre muchas otras.

Aquel digno sacerdote, místico de un estilo nuevo, era el capellán de cierto convento cuyo nombre callaré por esta vez. En la capilla del susodicho convento, sobre la puerta principal, había un cuadro buenísimo de la escuela italiana. No era ni un Perugino, ni un Rafael; sin embargo, era realmente hermoso: una enorme tela de cerca de dos metros de alto, y ancha en proporción.

El tema representaba a santa Cecilia sentada al órgano, rodeada de ángeles que la escuchaban con arrobamiento. Había un gran número de estos espíritus celestes. Los habían revestido para la ocasión con cuerpos humanos con alas y algunas piezas de finas telas. Ninguno de ellos llevaba un vestido completo; el artista no había querido limitar sus movimientos. Mantenían posturas variadas: algunos revoloteaban en torno a la cabeza de la santa música, otros estaban posados sobre una moldura del órgano; los había de pie al lado del teclado.

Nada, absolutamente nada de inconveniente en tan variadas posturas, a menos que se estuviera decidido a verlo todo del revés.

El excelente sacerdote estaba incómodo. Hay quien dice que cerraba los ojos cuando pasaba ante el cuadro, porque había uno de los ángeles cuya vista le turbaba, incluso le escandalizaba. Este ángel, de pie junto al taburete, daba la impresión de leer la música por encima del hombro de la santa, empinándose sobre la punta de los pies. Daba la espalda

a los que contemplaban el cuadro y -hemos de decirlo a fuer de fiel historiador- no llevaba precisamente un traje de invierno. Este querido angelito, de buen ver en todo caso, sin saberlo, tenía un enemigo declarado.

Ahora bien, este enemigo declarado, este gran simplón de capellán, no aguantó más: poseído de repente de un violento acceso de celo, tomó un día una escalera y se encaramó hasta la soberbia tela. Allí, armado de un trapo tosco empapado con un ácido abrasivo, tuvo la atroz devoción de frotar el cuerpo inofensivo, aunque ligeramente vestido, del ángel así sorprendido de improviso. Aquel cuerpo fue frotado y raspado sin piedad, sin pausa, hasta el boceto de la tela. Tras una hora de violentos refrotos, sólo quedó una cabeza, dos trozos de ala y un pie. Estos fragmentos parecían restos dispersos al borde de un abismo cuya naturaleza era de difícil comprensión.

¡Horroroso espectáculo! Aquellos cuyos tristes ojos hubieron de contemplarlo, nunca habían visto algo semejante y nunca después se les presentó a sus miradas cosa tan indignante. ¡Y decir que semejante bárbaro estuvo asistido en su horrible tarea por tres monjas! Dos sostenían la escalera, la otra la botella de ácido.

El Padre d'Alzon conocía el cuadro, que había admirado, mucho tiempo antes del inconcebible atentado, cuando un sacerdote con sentido común era capellán de aquel convento.

La autoridad diocesana, justamente indignada, no logró hacer comprender al santificado Vándalo que había realizado un acto insensato, del que tenía el valor de vanagloriarse, creyendo haber actuado como un nuevo Pinjás<sup>1</sup>.

Aquel Pinjás no pertenecía a la diócesis de Nimes.

La idea de fundar una asociación de mozas viejas penetró un día en su estrecho cerebro; la única clase de ideas que podía aún entrar en semejante angostura. ¿Con qué fin una asociación semejante? Nunca he querido saberlo; el título me bastaba. Aquel iconoclasta, metido a fundador, quiso consultar con el Padre d'Alzon. A petición suya, se lo presenté al Padre en el colegio de la Asunción.

Esperé en el patio el final de la entrevista que se prolongaba en demasía. Estaba ya pateando el suelo de impaciencia, cuando se abrió al fin la puerta del despacho del Padre. Salió solo, vino derecho a mí y me dijo:

- Libérame, no puedo más. Ya he rezado dos rosarios mientras me exponía planes confusos, teorías absurdas, proyectos impracticables. Una de dos, o me libras inmediatamente de él llevándotelo, o le digo alto y claro que pase por sus planes el trapo con el que frotó hace algún tiempo la cara del ángel. Esta vez, al menos, hará un gran servicio a la causa del sentido común...

Me resultó fácil inventar un pretexto para sacar al Padre del atolladero, y luego un segundo para librarme yo mismo.

### Sólidas virtudes

La reputación de santidad que ilumina la noble fisonomía de nuestro Padre reposa sobre la convicción universal de la solidez de sus virtudes. Todos sabemos en efecto -sobre todo nosotros que le hemos conocido y seguido de cerca- que sus virtudes no eran artificiales, sino verdaderas y resistentes. Aparecían al exterior como una rica floración y la planta robusta que llevaba tales flores tenía raíces profundas.

En los informes canónicos para introducir la causa de un servidor de Dios, la primera cuestión que se examina es la de sus virtudes.

Esperemos que Dios nos conceda un día la introducción de la causa de Manuel d'Alzon. ¿Cuál será la generación asuncionista que disfrutará de esta felicidad? Dios lo sabe. ¿Ese día brillará sobre nuestra familia en una época que nadie puede precisar aún? Los que han conocido al Padre no pueden renunciar a la esperanza de que el nombre de Manuel d'Alzon sea inscrito, tarde o temprano, en los fastos de la Iglesia, entre sus héroes ilustres.

La virtud se da a conocer en los sufrimientos; el soldado despliega su valor en el campo de batalla; el marinero afirma su valentía cuando la tempestad ruge y levanta olas. Nuestro Padre demostró su valía. Dios y los hombres pueden contar con él: Dios, porque respondía fielmente a la gracia; los hombres, porque siempre fue franco, leal y desinteresado.

Daba a Dios lo que le es debido. Por ejemplo, su inteligencia, cuando se separó de Lamennais desde el momento en que el Papa hubo hablado. Leemos en una carta fechada en Roma, dirigida al abate Vernières: "Es probable que se me pida un acto de sumisión a los decretos de la Santa Sede. Estoy dispuesto a firmar de todo corazón, sin la mínima vacilación, todo lo que el Papa pida. Nunca he tenido más que un Maestro, y ése es Jesucristo. Quiero continuar siendo su discípulo al precio de todos los sacrificios, *usque ad effusionem sanguinis (hasta derramar la sangre) inclusive*".

Sabemos que el acta fue firmada antes de la ordenación sacerdotal, entre las manos del cardenal Odescalchi, Vicario de Gregorio XVI.

<sup>1</sup> Pinjás es el vengador que aplacó el furor de Dios contra los israelitas que adoraron a Baal Peor en el desierto (Números 25, 1-13; Salmo 106, 28-31). (Nota del traductor).

El Padre pasó también por encima de su propio punto de vista cuando, pese a las repugnancias de su alma altiva, sometió su voluntad cediendo a los meros deseos del Papa. No sólo se prestó a la gestión humillante de pedir la autorización gubernamental para su Congregación, sino que firmó su petición de rodillas. Se trató por su parte de una sumisión heroica en la que doblegó su propio juicio. No olvidemos que había expresado su pensamiento en estos términos: "Un árbol religioso así decapitado (por la autorización del Estado) perdería su savia ya que estaría destinado al desprecio...".

Admirable se muestra también cuando, tras haber firmado, escribe a quienes calificaban su gesto como una gran debilidad: "No he vacilado, he obedecido. Un superior de Congregación no tiene otra alternativa cuando el Papa ha hablado. ¿Qué es un coronel que discute en el campo de batalla? Es un rebelde que merece ser fusilado".

El corazón de nuestro Padre, aquel corazón tan cálido, tan generoso, "ardía siempre del lado del cielo, como el fuego del incensario", para decirlo con palabras de Bossuet. Hacia Jesucristo y su Madre inmaculada se elevaba siempre la nube olorosa de su oración ardiente, de su conversación íntima o de los cánticos apasionados de un alma que repetía a menudo estas palabras del Apóstol: *Mihi enim vivere Christus est! (para mí la vida es Cristo: Filipenses 1, 21)*. Su corazón no ha pertenecido nunca sino a Dios. Una vez, una sola vez antes de su sacerdocio, estuvo -no me atrevo ni puedo decir prendado- impresionado por una belleza humana, tan atractiva como pura. Mientras esta imagen inocente comenzaba a ejercer sobre él un encanto fascinante, vio de pronto ante sí al divino Maestro plegado bajo el peso de su cruz. Su corazón se lanzó inmediatamente con ardor hacia el Salvador, y exclamó:

- ¡Oh, Señor, tu rostro manchado y ensangrentado es más hermoso que todo cuanto hay de hermoso en las criaturas!  
¡Sólo quiero amarte a ti, y a ti en las almas selladas con tu sangre!

¿Qué clase de manifestación fue ésta? ¿De qué manera fue impactada la vista de nuestro Padre? Lo ignoro; no me lo dijo. ¿Obra de la sola imaginación? No lo sé. ¡Cuántas veces la gracia se sirve de las potencias y las facultades de nuestra alma, incluida la imaginación, para causar maravillosos efectos de salvación, sin que sea necesario que se produzca una intervención milagrosa!

Nuestro Padre amó a Dios en primer lugar y por encima de todo; después a los hombres por Dios y en Dios. "Amó a los suyos hasta el final". Nunca un corazón de hombre fue más fiel a la amistad. Algunos contrariaron sus puntos de vista, decepcionaron sus esperanzas, criticaron sus empresas. Otros torturaron su alma, sensible y tierna pese a su apariencia altiva y a veces desdeñosa, como aquellos caballeros antiguos cuyo corazón palpitaba de amor bajo una coraza de hierro.

Temblábamos antes de acercarnos a él cuando sabíamos que había buenas razones para esperar un reproche merecido. Nos separábamos de él siempre con el alma consolada, fortificada, a menudo incluso jubilosa. En más de una ocasión le vi lanzar miradas terribles, encogerse como un león que va a saltar, y luego, de repente, retomar su calma otra vez, relajarse, mirar con aire sonriente; ¡se había vencido a sí mismo!

Sí, sabía vencerse. Me gustaría contar aquí la historia de su perfeccionamiento; es decir, mostrar con hechos cómo corrigió sus defectos el Padre; cómo el abate d'Alzon, canónigo y Vicario general, y el Padre d'Alzon, monje Agustino de la Asunción, aun permaneciendo la misma persona, presentan sin embargo dos caracteres diferentes bajo más de un aspecto.

El abate d'Alzon había heredado los prejuicios de la antigua nobleza al mismo tiempo que preciosas tradiciones. Sin despreciar nunca a nadie, tenía aquel sentimiento -o mejor dicho aquel instinto de origen- de que las razas ilustres y con blasones, siendo superiores por el rango y la sangre, también lo son por el espíritu, la dignidad, la generosidad, la entrega, el heroísmo; en fin, por todo cuanto le parecía que marcaba la diferencia entre los caracteres elevados y las clases llamadas vulgares.

Nos dábamos cuenta en el colegio -nosotros, sobre todo los niños salidos de las capas humildes del pueblo- que el señor d'Alzon sin dejar de ser justo, se inclinaba sin embargo siempre, aunque ligeramente, hacia los alumnos de sangre llamada noble. Necesitó un tiempo largo para comprender que un retoño de la aristocracia podía disimular, mentir, ser grosero, carecer de dignidad y de lealtad tanto como el hijo del obrero o del labrador, y que los sentimientos de honor, el heroísmo de la entrega, la altivez caballeresca, no eran el patrimonio exclusivo de los condes y barones.

Desde la fundación del colegio, el director trató de rodearse de los jóvenes herederos de nombres ilustres del Mediodía. Con este fin mantuvo el precio de la pensión elevado, inaccesible, excepto para los más ricos.

Sin embargo, no obraba así por un sentimiento de vanidad de la que era incapaz; actuaba bajo la influencia de aquel prejuicio de raza, de que la aristocracia le ofrecería un plantel mejor de hombres distinguidos, de apóstoles, de sacerdotes, para servir a la Iglesia y extender el Reino de Jesucristo. Allí, en una palabra, pensaba encontrar "almas ambiciosas de predicar a Jesucristo crucificado".

Es sabido cómo, tras una experiencia de varios años, declaró un día en la capilla, ante el colegio en pleno, "que se había equivocado, que iba a volverse *hacia los gentiles* como san Pablo hizo en otro tiempo, y dirigirse hacia las clases inferiores según el mundo, pero sencillas, enérgicas, llenas de fe, capaces de grandes sacrificios...".

Este hábil movimiento estratégico nos dio los Alumnados. ¿Quién no ve hoy la mano de Dios en la fundación de estos semilleros de sacerdotes y de religiosos? Ciertamente que la aristocracia de la Asunción cuenta en la sociedad con hombres notables y del más alto valor; sin embargo, no ha dado a la vida religiosa y al sacerdocio sino unos pocos candidatos.

¿Tendré que decir aún, para acentuar los rasgos de esta *Anécdota* cómo nuestro Padre, nacido con un temperamento imperioso, incluso altivo, brusco y tajante, logró volverse dulce, sencillo, sumiso, sin desprenderse totalmente de aquel temple particular de su carácter? ¿Diré incluso que, cuando no había podido contener un exabrupto, sabía hacerse perdonar su descuido mediante una humildad conmovedora, con un tacto lleno de delicadeza y al mismo tiempo de grandeza?

Estudiaba yo un día en la habitación del querido y añorado Padre Alexis su colección de fotografías del Padre. Me parecía poder seguir con los ojos, de un retrato a otro y en orden cronológico, aquellos cambios progresivos hacia la perfección que las distintas fisonomías me parecían revelar.

Existen cartas del Padre d'Alzon que tienen como objetivo dirigir reproches severos y merecidos, y sin embargo, pese a ciertas expresiones ásperas y vivas, estas cartas, si puedo expresarme así, traspiran el amor más paternal y más tierno.

Todos los recuerdos que me permiten escribir estas apreciaciones de las grandes virtudes de quien es nuestro Padre en el espíritu, han invadido mi alma con una vehemencia irresistible, en la calma de la soledad, bajo el techo de Nuestra Señora de Francia (Jerusalén). Es cierto que los cristales se forman cuando el agua-madre, muy saturada, está tranquila.

Terminaré con una palabra de la pluma del Padre d'Alzon, que mis lectores no dejarán de aplicarle, con el deseo de verla un día sancionada por la autoridad de la Sede Apostólica y referida a él: "Uno de los más hermosos triunfos de la Iglesia es poder mostrar el ideal de lo grande, de lo bello, de lo justo, en las maravillosas figuras de aquellos de sus hijos que propone a la admiración de los pueblos y a *su invocación*".

### **Consejos a un neosacerdote**

El Padre escribía desde París, a uno de sus antiguos alumnos de cuya ordenación acababa de enterarse:

"¡Hete aquí sacerdote, querido amigo! Has recibido un poder temible sobre el cuerpo de Jesucristo. Que este depósito sagrado sea en adelante el objeto de tus más respetuosos, de tus más tiernos cuidados. Cumplirás con Nuestro Señor el oficio de María y de José. Dios te conceda poder decir, en el momento de tu muerte: ¡He guardado fielmente el depósito!

Que el sagrario que te será confiado, así como los objetos que sirven para el Sacrificio, estén siempre bien cuidados. No te ocupes de ti mismo, de la casa curial, o de tus apartamentos mientras no hayas puesto tu iglesia -cuando tengas que cuidar de una- tan digna del Santísimo Sacramento como sea posible. ¡Oh, hijo mío!, que el Maestro sea siempre lo primero. Es muy sensible a estas atenciones que le son debidas. ¡Desgraciadamente, cuántos sacerdotes le descuidan de modo vergonzoso! La Santísima Virgen nos estará agradecida si continuamos su misión para con su Hijo.

Después del Cuerpo sagrado de Jesucristo, debería decir mejor, al mismo tiempo, cuida del Verbo, es decir de la predicación. San Agustín ha dicho: *Non est minus Verbum Dei quam corpus Christi (no es menos la Palabra de Dios que el Cuerpo de Cristo)*.

De la jurisdicción sobre el Cuerpo de Cristo, se sigue para el sacerdote la jurisdicción sobre el Verbo de Dios. Sabes que son palabras de san Alfonso. Cuidarás, pues, de tus predicaciones con respeto, con fe, preocupándote únicamente de la gloria de Dios y del bien de las almas, desapareciendo tú mismo lo más posible.

Voy a citarte también al gran obispo de Hipona, cuyas enseñanzas han sido siempre mi norma. Escucha este magnífico pasaje: *Non minus reus erit qui Verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui corpus Christi in terram cadere negligentia sua permiserit (No es menos culpable quien escuchare con negligencia la Palabra de Dios, que quien permitiera caer en tierra el Cuerpo de Cristo por negligencia)*. Si esto se dice de los oyentes, ¿qué no habrá que decir de quien habla?

Bossuet ha dicho en algún sitio: "Existe la obligación de tratar de la misma manera a la Palabra santa que a los demás misterios sagrados".

Ya ves, querido hijo, que mis felicitaciones por tu ordenación toman la forma de consejos. Me alegro, no lo dudes, pero te quiero demasiado para callar aquello que me parece útil para el cumplimiento de tus arduas funciones sacerdotales... Con mi afecto, que ya conoces, te abrazo y te pido que me recuerdes en el altar". A estas hermosas palabras sólo añadiré yo ésta: ¡Bendito sea por siempre el Dios que nos ha dado un Padre así, un tal Maestro!

### Invitado en apuros

En todos los refectorios de los religiosos Agustinos de la Asunción, se lee en letras bien grandes la sentencia del gran doctor que prohíbe hablar mal de los ausentes. Esta sentencia no se lee en todos los obispos, en todas las casas curales, y tampoco en los comedores de las personas bien, pero en todas partes es conocida y apreciada. He aquí cómo el Padre d'Alzon recordó esta advertencia al tiempo que defendía con energía el carácter de uno de sus hijos.

Se almorzaba en el obispado de Nimes en grupo reducido. Estaban allí Monseñor Plantier, el Padre d'Alzon y el abate Boucarut, Vicarios generales, el abate de Cabrières y el abate Thibon, secretario general. También estaba un cierto abate extranjero de quien me siento feliz de haber olvidado su nombre.

Este extranjero, que el abate de Cabrières me señaló un día en la estación, entre la multitud de los viajeros, era alto, seco, rígido, con una complexión de mulato. Cuando me fue presentado no estaba yo de humor para encontrar en él una persona interesante, por ello no diré nada de mi impresión; pero otros han afirmado ante mí que el personaje era muy mediocre.

Todo esto sería poca cosa si no hubiera resultado ser galicano empedernido y admirador apasionado del *Ami de la religion*, dirigido en aquel entonces por el famoso abate Scisson, a quien Louis Veuillot lamaba *Saucisson* (*salchichón*).

El susodicho almorzaba, pues, en el obispado de Nimes. Acababa de recorrer varias diócesis; venía henchido de noticias. Era el momento en que la prensa y el público hablaban mucho de cierta carta, aparecida en los diarios, escrita por un joven párroco de la diócesis de Montpellier. La carta no era galicana, más bien todo lo contrario. Nuestro abate viajero, en viaje de chismeras, creyó de buen tono hablar de la carta con indignación, con disgusto, creyendo que así complacía al obispo de Nimes.

De la carta pasando a la persona del autor, declaró saber de modo positivo que todo el clero estaba contra él, que le criticaban en todas partes con severidad, y que finalmente el obispo había actuado correctamente castigándolo. Añadía que la Iglesia no estaba de su parte... y que por otra parte, aquel sacerdote era esto y lo otro... y lo de más allá.

Mientras el despiadado crítico quiso hablar, se lo permitieron sin interrumpirle; se le dejó enredarse a su gusto. Cuando terminó, Monseñor Plantier dijo:

- Tenga cuidado, está usted hablando ante los amigos del párroco del Hérault cuyos actos juzga usted tan severamente.  
- Sí, dijo inmediatamente el Padre d'Alzon, estoy asombrado, señor abate, de oírle decir: "la Iglesia no está con él". ¿Se lo ha dicho a usted la Iglesia? ¿En qué rincón de sacristía ha estudiado usted el Derecho Canónico? ¿Quién representa a la Iglesia y habla en su nombre? Aquél que es la cabeza y la boca: el Papa. El sacerdote de quien habla, que usted no conoce y cuya reputación está usted destruyendo, es mi antiguo alumno y le quiero como a un hijo... Es lamentable oírle a usted, un sacerdote, hablar semejante lenguaje cuando aquél a quien ataca no está aquí.

El infortunado parlanchín, abrumado -"Pierre l'Ermite"<sup>1</sup> diría: *devastado*- volvió la mirada hacia el abate de Cabrières como para implorar ayuda en el aprieto. Este comprendió la mirada y dijo:

- ¿No sabe usted que ese sacerdote es mi antiguo camarada y sigue siendo mi viejo amigo?

El almuerzo llegaba a su fin; el postre se tomó con rapidez y en semisilencio; el infortunado invitado no tomó café. Corrió a la estación para volverse a Montpellier donde tenía que predicar un retiro en no sé qué comunidad. Podía predicar *ex professo* de los inconvenientes de la lengua.

Esta anécdota prueba, una vez más, que jamás corazón de amigo fue más fiel que el de nuestro Padre.

### Víctor Cardenne

Mientras el Padre Alfred era mi superior en Kadi-Köi, a donde me había llamado, me pidió, pero sin que esto fuera una orden, que escribiera la monografía de cada uno de los primeros compañeros del Padre d'Alzon, o al menos, que redactara mis recuerdos en sus más minuciosos detalles.

<sup>1</sup> Pierre l'Ermite: seudónimo del abate Edmond Loutil (1863-1959), sacerdote y escritor francés; fue redactor en el diario *La Croix* desde 1889; autor de unas cuarenta novelas de gran tirada. (Nota del traductor).

He tomado la resolución de obedecer, y comienzo desde ahora eligiendo de entre los principales rasgos aquellos en los que aparece la figura del Padre d'Alzon. Así no saldré del cuadro de las *Anécdotas*.

En 1847, Víctor Cardenne, profesor de historia en el colegio de la Asunción, decidió cumplir con su largamente aplazado deseo de visitar la célebre feria de Beaucaire. Se preparó para ello con mucha antelación. Se hizo confeccionar para el evento un traje nuevo, cuyo diseño y colores decidió él mismo. Como era un gran original en todo, a veces incluso excéntrico, no era temerario pensar que el vestido de feria no estaría falto de distinción y sería a la vez extraordinario y raro. No nos equivocábamos.

Víctor Cardenne debía tomar el primer tren, de Nimes a Beaucaire, un jueves, hacia las ocho de la mañana. Debía, pues, atravesar el gran patio en el momento en que los alumnos de la primera sección estarían en recreo. Le esperábamos con toda la curiosidad del caso, todos los ojos estaban atentos. Formados en grupos diversos, esperábamos la aparición del viajero. El propio Padre d'Alzon estaba de pie en la escalinata de su despacho.

Por fin apareció, saliendo del "Arca de Noé". Estaba radiante como el sol, pero mucho más variopinto, matizado y abigarrado que el astro del día en su esplendor matutino. Para poder describir bien la aparición y dibujar la deslumbrante figura hay que comenzar por abajo. El ojo del transeunte mira en primer lugar el calzado; es lo que observó todo el mundo.

Víctor Cardenne llevaba polainas blancas sobre finos zapatos amarillos; pantalón blanco, chaleco blanco; corbata rosa tierna, con nudos de grandes orejas. El cuello era recto, el sombrero de copa, ala estrecha. La levita corta era verde olivo; los guantes, de gamo; sobre el pecho, en el centro de la camisa de pliegues fruncidos y brillantes, brillaba una piedra gris, con irisaciones, del grosor y las dimensiones de una avellana. Los joyeros llaman a esta piedra: ojo de gato.

Del bolsillo derecho del chaleco pendía una cadena de reloj, de hermoso acero pulido, terminada por una llave en forma de pequeña daga que se fijaba en uno de los ojales. Finalmente, de uno de los bolsillos de la levita salía a medias un pañuelo de seda del más hermoso azafrán. La mano enguantada sostenía a guisa de bastón una varilla ligera y flexible con el pomo dorado.

Una descripción tan detallada sorprenderá a los lectores. Han de saber que se trata de la copia exacta de mis notas tomadas en 1847, aunque con ciertas correcciones de estilo exigidas en 1897, época en que el autor ya no es un niño de quince años.

Así es como se presentó Víctor Cardenne saliendo hacia la feria de Beaucaire. ¡Tal era la indumentaria del futuro primer monje de los Agustinos de la Asunción, una hermosa mañana de verano de 1847! ¿Nada que decir de su fisonomía? Completemos el cuadro ya que tenemos en mano el pincel.

Cabello rubio, engominado, que le cubría las orejas; barba corta, bigote a cepillo; nariz muy acentuada; ojillos azules, inteligentes, socarrones y maliciosos. Imaginaos ahora la diversión de todos aquellos jóvenes traviesos que esperaban algo curioso, pero nunca tan incomparable. La realidad sobrepasaba todos los sueños de nuestras jóvenes imaginaciones meridionales.

El Padre d'Alzon no pudo aguantarse, fue el primero en dar la señal de una hilaridad que contagió a todos los grupos como una corriente eléctrica.

- Mi querido Cardenne, dijo el Padre, has logrado disfrazarte perfectamente de loro de una nueva especie. Si te presentas en el campo de la feria con semejante plumaje te auguro un éxito colosal. Todos los muchachos de Beaucaire correrán detrás de ti. Serás la gran atracción del día. Te lo suplico, no vayas a hacer reír a expensas de la Asunción. Toma el tren de las diez y mientras tanto, vete a retocar tu extraña apariencia con un toque de seriedad y de buen gusto...

El Padre podía hablar así a un profesor delante de sus alumnos que adoraban al señor Cardenne. Por otra parte, en aquellos hermosos días de la Asunción, el ambiente era tan excelente, que un reproche de este calibre, sazonado con risas burlonas, no podía dañar lo más mínimo el prestigio habitual de quien lo recibía.

Cardenne, cuya humildad era aún mayor que su originalidad, se unió cordialmente a la hilaridad general. Luego, como un buen novicio -pues ya lo era- sometiéndose con prontitud a la orden de su superior, volvió a subir a su habitación, de donde volvió a bajar en traje casi irrepachable, para ir a Beaucaire.

Este cuadro parece describir bien el primer Capítulo de culpas de la Asunción, al aire libre, en presencia de una comunidad irregular, implacable, pero que quedó edificada por una conducta que podría servir de modelo incluso a los novicios más fervorosos.

Pronto, en la próxima *Anécdota*, volveremos sobre Víctor Cardenne para presentar su otra cara, es decir, al religioso con el heroísmo de sus virtudes. El contraste hará resaltar el fiel retrato.

### Víctor Cardenne "segundo"

Tras la *Anécdota* titulada: *Víctor Cardenne*, era conveniente volver sin demora sobre el primer religioso de la Asunción. Después de haberlo presentado en un papel que habrá movido a risa, es justo que pongamos de relieve su aspecto serio, tan ricamente adornado de virtudes religiosas.

Cardenne tenía genio de cómico. Los antiguos alumnos de la Asunción han afirmado repetidamente que nunca habían encontrado su igual en ningún escenario. También decían que mediante sus papeles cómicos este profesor incomparable ejercía un auténtico apostolado entre sus alumnos.

¿Puede haberse olvidado aquella famosa sesión recreativa hacia el final de la cual Víctor Cardenne apareció de repente disfrazado de Satanás? ¡Sí, Satanás! Cuernos en la cabeza, cara negra, frente surcada por el rayo. ¡Y aquellos ojos lanzando chispas siniestras! ¡Aquellas manos ganchudas! ¡Aquella cola larga en forma de gran serpiente cuya punta Cardenne-Satanás levantaba graciosamente hasta acariciar su barba!

¡Si hubiérais visto al Padre d'Alzon, sorprendido como todos los demás con esta aparición inesperada! ¡Si le hubiérais oído reír con aquella risa suya tan franca!

Satanás pidió silencio con voz cavernosa. Luego, fijando sus ojos fosforescentes sobre uno u otro, les fue sirviendo a cada uno un examen de conciencia de lo más alarmante, con gracia, con encantadora malicia, sobre todo con tacto; reveló algunas maldades, contó algunas menudencias, refirió algunas conversaciones. Nadie tuvo motivo de enfadarse, todo el mundo se rió a mandíbula batiente, el Padre d'Alzon y el buen señor Germer-Durand más que los alumnos.

Pero he de frenarme; mi pluma se desboca; me arrastra hacia el lado cómico, cuando he declarado querer hablar del lado serio. Volvamos sobre nuestros pasos.

La monografía de cada uno de los compañeros del Padre d'Alzon, los verdaderos fundadores de la Congregación, no está hecha todavía.

Sin tener la pretensión de escribirla yo mismo, quizá esté en mis manos aportar numerosos detalles sacados de las notas tomadas durante los primeros años de mi vida en el colegio. ¡Quién me iba a decir en aquel entonces que aquellas notas de niño se transformarían en *Anécdotas* para edificar, un día, a una generación de monjes de los que casi ninguno existía en aquella época!

Para hablar de los antiguos a gusto, necesito gran libertad. Ahora bien, me encuentro limitado por la existencia de los dos supervivientes, los Reverendos Padres Hippolyte y Pernet. He aquí la razón: Esta presencia me ha molestado hasta hoy porque no puedo decir de ellos todo lo que sé. Tasco el freno sin embargo frente a esta limitación, estudio los medios de sacudírmela. ¿Por qué resistir al gusto de hacer el panegírico de los queridos Padres Hippolyte y Pernet, pese a sus protestas más que probables? ¿No sería por mi parte como una expiación ejemplar de los desvelos, de las molestias causadas a tan dignos maestros por el más desagradable aunque no el menos amante de sus alumnos?

Pero en este momento nos ocupamos de Víctor Cardenne. Tenemos sobre él la obra de Jules Monnier: *El Maestro cristiano*<sup>1</sup>. Cuando apareció este libro, nos interesó su lectura, porque nosotros los contemporáneos podíamos añadirle lo que sabíamos y lo que le faltaba: los detalles de su vida.

Hoy, *El Maestro cristiano* no sirve para que conozcamos a Cardenne. Este opúsculo nos ofrece sus escritos, meditaciones, oraciones, exámenes de conciencia; no nos presenta sus conversaciones, no nos cuenta sus acciones. Jules Monnier nos presenta a su amigo de rodillas, absorto, pero quisiéramos verle actuando, escucharle hablando. Hay muchísimo que decir sobre la vida íntima de los primeros discípulos de Manuel d'Alzon.

Una de las señales más impactantes, más características de la santidad de nuestro Padre ha sido su pureza de alma. Esta pureza nunca fue empañada. Nadie, con toda seguridad, conoció mejor al Padre d'Alzon que sus confesores. Eso es evidente. Pero me pregunto si, desde fuera (pido perdón por hablar así), alguien pudo observar más de cerca a este santo sacerdote que yo, el menor de sus discípulos; el que más le hizo ejercer su paciencia, debería haber agotado su afecto, si este afecto no hubiera sido inmovible por naturaleza. Aquí apelo al testimonio de mis venerables amigos, los Padres Hippolyte y Pernet.

Cuantos se han encontrado en contacto con nuestro venerado Padre, han aprendido de él la estima de la virtud de la pureza. Había a su alrededor como un ambiente saturado de santidad. Alguien ha dicho: "Cuando se ha estado algún

<sup>1</sup> *Un Maître chrétien, Victor Cardenne*, Bray, 1855, 298 páginas. (Nota del traductor).

tiempo en compañía del Padre d'Alzon, uno se retira perfumado como después de haber paseado en un bosque de naranjos en flor. Se siente uno impregnado de un aroma virginal". Está bien dicho, y sobre todo es muy cierto.

Víctor Cardenne, es cosa sabida, había tenido una juventud de lo más borrascosa. Había ido lejos, muy lejos por el sendero de la iniquidad y del desorden. Vuelto a Dios por uno de esos empujones de la gracia que purifican y transfiguran, tuvo la suerte de caer bajo la dirección de nuestro Padre. Trabajado por manos tan hábiles en el manejo de las almas, subió mediante admirables ascensiones a tan admirable grado de santidad, que al acercarse a él, el gran pecador de antaño, uno creía aspirar el perfume del lirio.

Su conversación, tan delicada y tan pura, impresionaba. Si el Padre no había podido devolverle aquella flor que sólo florece una vez, porque no está en el poder de nadie devolver la virginidad perdida, sin embargo, su sabia dirección había logrado afirmar a su ferviente discípulo en aquel estado de arrepentimiento que es una segunda inocencia.

El Padre d'Alzon estaba en su elemento entre las almas inocentes; tenía también el don de purificar los corazones manchados. "Todo cuanto había hecho le parecía poca cosa, decía, comparado con la cantidad de vírgenes que había dado a Nuestro Señor". Podía también hablar de la cantidad de almas caídas que había levantado y hecho subir muy alto. Era en efecto el sacerdote que se necesitaba para preparar y presentar a Dios el alma del primer fallecido de la Congregación; un alma recogida del barro, luego trabajada, purificada, ennoblecida, revestida de una blancura angélica. "La gracia es buena obrera". ¿Qué no hace cuando toma como instrumento las manos hábiles de un sacerdote según el corazón de Dios?

Un día, Cardenne fue sorprendido y atrapado por una tentación peligrosa. Los recuerdos de su vida desfilaron ante sus ojos. Desprevenido, asustado, encendió una vela y puso su mano derecha en la llama. El índice y el dedo medio se quemaron de tal modo, que el heroico converso pasó varios meses sin poder servirse de esa mano. He visto aquella mano sin las vendas, y sabía la causa de aquellas dos heridas, mientras todo el mundo, menos el Padre d'Alzon, creía que se trataba de un sencillo accidente.

Las paredes de la habitación de Cardenne estaban manchadas con la sangre que salpicaba de los golpes de implacables disciplinas.

Durante las vacaciones de no sé qué año, todavía era yo alumno, vino a alojarse en nuestra casa en Montpellier, durante tres días. Esperaba allí al Padre d'Alzon procedente de Lavagnac. Debían ir juntos a El Vigán. Cada noche, se daba la disciplina con crueldad, a tal punto que paredes, muebles y sobre todo la ropa de cama estaban manchados de sangre.

El Padre d'Alzon al llegar se alojó en el Hotel de Londres para estar más cerca del puesto de las diligencias. Me envió una nota invitándome a almorzar con él y "traerle al señor Cardenne con armas y bagajes".

Antes de pasar a la mesa, el Padre me tomó aparte:

- Háblame francamente, ¿qué ha hecho Cardenne desde que llegó a tu casa?
- Se ha paseado.
- Sin duda, ¿y luego? ¿Ha hecho penitencias?
- Atroces, espantosas, crueles. Se ha molido a palos; ha dejado sangre por todas partes.
- Querido amigo, no necesitas acumular tantos calificativos; habla con sobriedad. Ha hecho penitencias, pues; pero no debió regar de sangre una casa que no es la suya. Ya hablaré con él.

Efectivamente, debió de reñirle, porque después del almuerzo, antes de subir a la diligencia, Cardenne vino, orejas gachas, a presentarme sus disculpas.

He visto a aquel hombre, tan humilde, en casa de los pobres. Le he visto hacer sus camas, lavar a los niños, vaciar y lavar sus bacinillas, ¡todas sus bacinillas! Le he visto subir la colina de Nuestra Señora de Rochefort descalzo y con los pies sangrando. Y él, tan severo, tan cruel consigo mismo, era un modelo de dulzura con los demás. ¡Qué de sabios, tiernos, penetrantes consejos nos dió durante nuestra vida de colegio! En la Asunción, iba de patio en patio poniendo los juegos en movimiento, sabiendo bien que cuando los niños juegan, no piensan en hacer nada malo. Volveré de nuevo sobre esta vida admirable, que es la vida de un auténtico santo, poco conocido todavía. ¡Oh, cuántos tesoros escondidos en la historia de los primeros tiempos de la Asunción!

En la página 7 del número 1 de *Souvenirs* se puede leer esta nota: "Víctor Cardenne, muerto en Fontainebleau, el 11 de diciembre de 1851. Convertido como san Agustín, dotado de una viva inteligencia, tenía algo del ardor de nuestro

patriarca por la conversión de los pecadores y en ello empleaba todos los recursos de su celo y de su espíritu. El primero en abrir la puerta de la Asunción de la tierra hacia la Asunción del cielo".

### **Cómo tratar a los niños**

Nadie ignora cuánto estimaba el Padre d'Alzon el ministerio de la educación. Sobre eso, como sobre todas las demás cosas, tenía ideas elevadas y sobrenaturales. Fundó una Congregación docente: los Agustinos de la Asunción han tenido por cuna un colegio; los primeros religiosos han sido profesores y encargados de la vigilancia. Este origen no se debe perder de vista; es un origen glorioso.

He recogido con minucioso cuidado, desde la fundación del colegio de Nimes, una gran cantidad de consejos sobre el modo de tratar a los niños; consejos caídos en forma de sentencias breves, precisas y prácticas, de la boca de nuestro Padre y Maestro. He anotado solamente las que he oído yo mismo y lo que he cosechado en las cartas dirigidas a mí. Lo que diga aquí debe ser considerado como inédito; pero la cosecha más rica está guardada en los archivos de la Congregación.

¿Se me permitirá contar el uso que he hecho de estos preciosos consejos?

Si preguntara a todos los misioneros, me responderían que nada hay tan importante, vital, al tiempo que digno y elevado como la formación de los niños.

Cuando tuve que dirigir escuelas en Inglaterra, mi mayor preocupación era la de hacer comprender a los profesores y profesoras cuán elevada era su vocación y cómo exigía de su parte un espíritu sobrenatural, un corazón entregado, una acción paciente, prudente y delicada. Para instruirlos mejor había traducido consejos del Padre d'Alzon, tal como me los proporcionan mis notas y mis recuerdos, añadiendo lo que me parecía de importancia local, requerido por el carácter de niños de nacionalidad inglesa o irlandesa.

Terminé por componer un librito, impreso con gusto, que regalé a todos mis profesores y profesoras, lo mismo que a todos sus colaboradores y colaboradoras. Quiere decirse que aquellos niños ingleses e irlandeses recibían una formación auténticamente asuncionista en su base. Era lo que me importaba decir.

¿Por qué no haría yo hoy una *Anécdota* con los elementos que encuentro entre mis notas? He aquí lo que decía nuestro Padre y Maestro:

"El niño inocente es el templo del Espíritu Santo. Respetadlo como un sagrario.

Rezad a menudo a los ángeles custodios con los cuales compartís el cuidado *ex officio*.

Que los niños vean en vosotros algo más que un vulgar maestro de escuela.

Tened ideas justas y sobrenaturales sobre vuestra vocación, y creed que la educación, el cuidado, la vigilancia de los niños no es un ministerio indigno del sacerdote, ya que los ángeles mismos lo ejercen.

No os dejéis desalentar ni por los defectos ni por los pecados. No olvidéis que existen hermosas almas bajo cuerpos poco atractivos, y que en todo pecador existe madera para hacer un santo.

Ved siempre en los niños almas marcadas por la sangre de Jesucristo. Pensad en los sentimientos que debía tener san José respecto del Niño Jesús.

No los desmoralicéis mediante reproches imprudentes y guardaos de hacerles perder el sentimiento de su propia dignidad.

A menudo, a fuerza de llamar al niño con expresiones despectivas, se le empuja a interiorizarlo; termina por resignarse a perder su reputación; se hace testarudo; se vacuna contra todos los consejos y va de mal en peor. ¡Tened cuidado!

Cuando el niño es joven, se deja amasar y moldear como la cera, y las primeras marcas se endurecen y no se borran. ¡Ved, pues, con qué tacto, con qué sabiduría un buen maestro debe imprimir sus enseñanzas!

Vigilaos vosotros mismos; el niño tiene el ojo clarividente, pronto habrá descubierto vuestro lado débil y vuestros defectos. Sed naturales y no adoptéis poses; la raza de los teatreros es a la vez ridícula y detestable.

Mantened siempre un humor constante. Nada mejor para hacer *naufregar* a un profesor que un temperamento extravagante o una pasión mal controlada.

¡Sobre todo, respetad al niño! Los antiguos decían: *Maxima parvulis debetur reverentia (a los niños se les debe el mayor respeto)*. Los antiguos eran paganos. ¿No debemos nosotros subir más alto? ¿No vamos a ver en ellos almas que Dios nos ha confiado, almas que le son tan queridas como sus más preciosas joyas?

Evitad la rigidez; huid ante todo de la familiaridad, las preferencias, los afectos particulares.

No intentéis *confesar* a los niños bajo el pretexto falaz de conocerle a fondo. No intentéis sonsacarles secretos íntimos que son competencia exclusiva del tribunal sagrado. Perderíais en ello vuestro prestigio. Es una práctica peligrosa y

nada honorable. Una de dos: o el niño quedará herido o la confianza creará entre profesor y alumno una intimidad excesivamente peligrosa. Graves imprudencias han comenzado por ahí".

Estas breves notas, como se puede ver, no forman un tratado completo. Pero bastan para mostrar el espíritu del Padre y su pensamiento sobre el arte de tratar a los niños. Sólo publico hoy un elenco que me parece suficiente.

Nuestro Padre era él mismo un modelo perfecto de educador cristiano. Siempre digno, afable, de modales distinguidos, sin afectación, nos trataba con tal respeto que nos forzaba a respetarnos a nosotros mismos. Grave y reservado, actuaba sin embargo con un abandono encantador; era el amigo y el Padre.

¡Cómo le queríamos y nos quería! Había algunos alumnos a quienes quería de un modo particular, pero tan bien, con un tacto tan exquisito, por razones tan evidentes, que los menos privilegiados nunca sentían la tentación de la envidia.

Voy a repetir aquí lo que digo tan a menudo y que repetiré más veces: ¡Cuánto bien nos ha hecho aquel maestro admirable! ¡Felices los Agustinos de la Asunción, por haber heredado el espíritu y las enseñanzas de un fundador así, de un tal Padre, de un santo semejante!

### **Ocurrencia feliz**

El Padre d'Alzon, en París, sube a un ómnibus. Tiene la agradable sorpresa de encontrarse con un amigo, Monseñor Bessieux, Vicario apostólico de Guinea, que viaja en traje de simple sacerdote.

- ¡Ah, Monseñor, le dice de entrada, ya sabía yo hace tiempo que era usted obispo *in partibus*; encantado de verle, hoy, obispo *in omnibus*.

Monseñor Bessieux había sido profesor en el Seminario Menor de Saint-Pons, en la diócesis de Montpellier.

### **El pozo de la Asunción**

El buen Hermano Louis Prouvèze, uno de aquellos hermosos prototipos de la vieja Asunción, dijo un día algo que hizo reír tanto al Padre d'Alzon que creo que hago bien en traerlo a colación aquí.

Habían decidido limpiar el pozo de la Asunción, aquel pozo famoso cuyas aguas puras y deliciosas han refrescado a tantas generaciones de Asuncionistas. Está a dos pasos de la estatua de nuestro Padre: simboliza por la inagotable abundancia de su manantial la inagotable fecundidad de un corazón que ha volcado sobre el mundo, a mares, tantas obras que desalteran a las almas sedientas de la justicia de Dios y de la salvación de los hombres.

El Hermano Prouvèze era el encargado de dirigir los trabajos consistentes en bombear primero el agua y luego quitar el lodo del fondo. Esta operación se llama en lenguaje del Mediodía: *curar* un pozo.

Pero el pozo de la Asunción, alimentado por un manantial abundante, no era fácil de secar. Tras varias intenciones reiteradas durante varios días, los trabajadores declararon sus intentos baldíos y el pozo imposible de vaciar.

El Hermano Prouvèze, desalentado, vino a buscar al Padre d'Alzon y le dijo en su lenguaje meridional y además nimense:

- Padre, hay que renunciar... el pozo es *incurable*...

Imagínense ustedes la carcajada que soltó el Padre d'Alzon; cosa que se repetía cada vez que aparecía el tema del famoso pozo.

He ahí una vez más una escena de los tiempos primitivos. Poca cosa sin duda, pero esa poca cosa resulta preciosa, porque hace revivir la memoria de aquellos a quienes amamos y veneramos.

### **Ambición contra lealtad**

Cuando se escribe la vida de un hombre notable que ha vivido en contacto con un gran número de personas de todo estrato social, de caracteres diversos, de méritos dispares, se hace necesario hablar de los contemporáneos para hacer resaltar la fisonomía del héroe.

En un cuadro, el fondo y los contornos hábilmente dispuestos por el pintor mediante una luz favorable, es lo que pone de relieve a los personajes, los grupos o el movimiento del tema principal.

En una biografía, el escritor a menudo se siente incómodo por las piezas secundarias, es decir, por aquellos caracteres que se presentan con tintes oscuros y que sin embargo hay que mencionar.

El historiador, se dice, ha de pasar de puntillas sobre ciertas memorias, dejar a los muertos dormir su sueño, respetar a los que han entrado definitivamente y para siempre en la sombra del olvido. ¿Respetar? ¿Qué quiere decir eso? ¿Para

salvar a los que han hecho el mal, habrá que correr un tupido velo sobre las hermosas acciones de aquellos que han hecho el bien y que sólo se explican desvelando la conducta de algunos miserables intrigantes?

Osemos hablar audazmente: el historiador del Padre d'Alzon habrá de denunciar cosas escondidas. Escribirá con calma y moderación, sin duda, pero ¿habrá de callarse so pretexto de no dañar a los contemporáneos de este sacerdote eminente?

¿Habremos de ocultar o borrar aspectos del gran carácter de nuestro Padre, porque al ponerlos en evidencia, proyectamos una luz despiadada sobre la estrechez de espíritu o la ambición de aquellos hombres que habrían servido mal a la Iglesia si una mano firme no les hubiera frenado en sus caminos tortuosos?

¿Acaso han tenido miramientos quienes han criticado o perseguido a nuestro maestro? ¿Nosotros, los hijos de este valiente sacerdote, vamos a temer defender su ilustre memoria por creer necesario contar los hechos y gestos de algunos personajes mezquinos? No, no dejaremos en la sombra uno solo de los rasgos de una fisonomía amada y venerada.

El Padre d'Alzon tuvo enemigos implacables. He aquí la biografía de algunos de ellos.

Un sitial de canónigo titular estaba vacante en la diócesis de un obispo amigo del Padre d'Alzon. Un eclesiástico de muy poco mérito, escribió al Padre una carta de lo más tristemente obsequiosa para implorar la protección de su influencia. En aquellos tiempos predicaba yo en una ciudad donde el mencionado eclesiástico ocupaba el púlpito de una de las principales iglesias. Vino a verme sombrero en mano y con profundas zalemas para suplicarme que apoyara su petición ante el Padre d'Alzon. Me guardé bien de aceptar el encargo. Refiero esto para explicar cómo y por qué estoy enterado del asunto.

El Padre respondió mediante un frío acuse de recibo. Pero habiendo encontrado un día al eclesiástico en una calle de Montpellier, le dijo sin más:

- Señor abate, ha tenido usted a bien enviarme una petición. Me alegro de encontrarlo para decirle lo que pienso con toda franqueza. No sólo no le ayudaré en sus gestiones, sino que mientras tenga la mínima influencia, la usaré para impedirle alcanzar dignidades. Créame, trabaje en santificarse; tenga la ambición de revestir su alma con las virtudes de un buen sacerdote y no la de cubrir sus hombros con la seda y el armiño. ¿Me ha entendido? Adiós.

Otro -estaba yo presente en la entrevista- solicitaba una canonjía honoraria, tras predicar una estación de Cuaresma, bastante mal, según parecer unánime.

*El Padre:* - ¿Qué quiere usted hacer con una canonjía honoraria?

- Eso me daría prestigio en el púlpito.

- Señor abate, respeto como nadie en el mundo las dignidades que la Iglesia ha instituido; pero desde el punto de vista en que usted se sitúa, permítame que le diga: Predique siempre a Jesucristo y no se predique a sí mismo; intente convertir, no conseguir un efecto teatral; prepare sus sermones mediante el estudio, la penitencia y la oración. Así tendrá usted el verdadero prestigio de los apóstoles que no le dará nunca un roquete bordado o una esclavina de botones rojos. ¿Cree usted que san Pablo habría predicado mejor y más eficazmente si hubiera cubierto sus hombros con la púrpura imperial?

Un predicador bastante mediocre, pero de muy altas pretensiones, era canónigo honorario por duplicado. Tenía el privilegio de llevar botoneras y botones morados en la sotana. Con todo, se sentía desgraciado; quería la mitra. El Padre d'Alzon por entonces tenía influencias. Nuestro predicador se dirigió a él para ser promovido. El Padre, que le conocía muy bien, le escribió: "Señor canónigo, ya hace tiempo que usted predica. Usted mismo ha dado cuenta en los periódicos del éxito de sus predicaciones, añadiendo algunos de los más bellos pasajes de sus sermones. El día que las personas serias publiquen la lista de las conversiones operadas por usted podré pensar en serle útil si le creo capaz de servir a la Iglesia. Por el momento, no puedo hacer nada por usted, excepto pedir a Dios que le conceda vivir y morir como buen sacerdote".

Así como los dos anteriores murieron sin ser canónigos, éste murió sin mitra.

El cuarto, del que voy a dibujar la silueta, deseó la mitra, terminó por conseguirla y murió tras haber sido exonerado del peso del episcopado. He aquí cómo entró en relación con el Padre d'Alzon.

Tras la muerte de Moseñor Cart, obispo de Nimes, el Padre d'Alzon, antiguo Vicario general, fue elegido Vicario capitular. El Gobierno imperial, queriendo atraerse las simpatías de un hombre tan influyente, se dignó consultarle

directamente sobre la designación de un sucesor. Se decía que el abate d'Alzon podía disponer de la mitra de Nimes y los ojos de numerosos candidatos estaban fijos en él.

Cosa notable: a nadie se le ocurrió la idea de que el Vicario capitular tomaría para sí aquella mitra y aquel báculo pastoral. Si a alguien le tentó la idea, nadie osó expresarla.

Se encontraba por entonces en algún sitio hacia el Norte, un eclesiástico de blancos cabellos que había acariciado durante largos años la secreta idea de que sería un buen obispo. Esta ilusión había desarrollado en él un deseo que varias decepciones no habían logrado calmar. Este hombre venerable por la edad, tuvo el valor de escribir al Padre, para persuadirle de que apoyara su candidatura para Nimes. En su carta, desplegaba ingenuamente el catálogo de sus cualidades personales, las numerosas predicaciones que le habían granjeado una cierta reputación; sobre todo alababa una serie de homilías para señoras, homilías que dichas señoras habían mandado imprimir a su costa.

Añadía, con los más minuciosos detalles, el programa que se proponía desarrollar "una vez sentado" -decía- sobre el "trono de Fléchier"<sup>1</sup>. Un punto del programa mantenía al abate d'Alzon en el cargo de Vicario general.

Podéis figuraros al Padre leyendo semejante carta. Se contentó con acusar recibo, mediante una carta fría, digna y severa.

Habiendo sido elegido Monseñor Plantier, de Lyon, el candidato, frustradas sus esperanzas, escribió de nuevo al Padre una carta cuyo contenido se resume en estas palabras que son textuales: "No sabe usted lo que han perdido...".

El Padre ¿no había rendido un servicio a la Iglesia rehusando patrocinar una candidatura así? Sin embargo, una mitra descarriada terminó por caer sobre la blanca cabeza del ambicioso que, mediante uno de sus primeros actos de autoridad, se declaró adversario irreconciliable del Padre d'Alzon y de sus obras.

Dejémoslo aquí, a pesar de que me quedan muchas cosas que decir. He querido mostrar quiénes eran los enemigos de nuestro Padre. Soy probablemente el primero en revelar estas cosas; no lo lamento. Aquellos de quienes he hablado están muertos y juzgados; el Padre también está muerto y juzgado. Nosotros, los vivos, tenemos nuestro derecho a formarnos una opinión sobre todos esos muertos.

No contaré cómo el Padre d'Alzon, tras la muerte de Monseñor Plantier, no fue nombrado Vicario capitular; ni por qué, tras haber sido Vicario general de Monseñor Besson durante cierto tiempo, creyó deber presentar su dimisión. Sobre estos dos acontecimientos el Padre me escribió para explicarme las circunstancias y exponerme los motivos de su retiro. Me decía que comunicara su carta al cardenal Manning. Es lo que hice.

Como los grandes santos, el Padre tuvo en su vida tres etapas muy marcadas: el período de pruebas, el de la impopularidad y el del triunfo. Por el tipo de sus enemigos, se puede uno hacer la idea exacta del temple leal y franco de su espíritu. El triunfo se evidencia en la prosperidad de las obras que fundó. Nuestro corazón nos dice que su triunfo es completo en el cielo, ¡en el soberbio grupo de sus hijos coronados! Esperemos que la voz de la Iglesia lo proclame algún día.

### Superiores

Los jóvenes religiosos han aprendido de los antiguos, al recibir las tradiciones de familia, cuán estricto y enérgico era su Padre y Fundador en cuestión de superiores, depositarios de la autoridad. Sin duda tenía un espíritu amplio; pero repetía a menudo que amplio no quería decir sin límites y que la obediencia debía ser el nervio de la vida religiosa.

- El sistema nervioso del cuerpo humano, decía, mantiene el equilibrio, une los distintos miembros en un todo vigoroso, hace que la acción sea firme y precisa. La voluntad dueña actúa sobre los nervios; imprime el movimiento, lo activa o lo frena sin la menor resistencia. Tal es la admirable organización de nuestro cuerpo constituido en el orden y la salud.

Añadía: - Deseo que nuestra obediencia a los superiores sea no sólo leal, sino incluso heroica si se presenta la ocasión, pese a los defectos evidentes de esos mismos superiores.

El Padre gustaba de citar a menudo la palabra de san Pedro: *Subditi estote non tantum bonis et modestis, sed etiam discolis (sed sumisos... no sólo a los buenos e indulgentes, sino también a los severos: 1 Pedro 2, 18)*. Más de una vez nos recordó, a nosotros sus primeros discípulos que, puesto que el apóstol hablaba así de los superiores en la vida

<sup>1</sup> Fléchier, monseñor Valentin-Esprit (1632-1710): fue obispo de Lavaur (1685) y después de Nimes (1687); poeta, académico, célebre predicador y autor de libros de historia. (Nota del traductor).

ordinaria y en el orden natural, con mayor razón había que inclinarse ante quienes nos dirigían en virtud de los votos religiosos.

En una conferencia íntima, comentó un día el pasaje de san Dionisio que escribía al monje Demófilo para advertirle "que merecía la censura más severa y cargaría su conciencia si no venía en ayuda de la autoridad en apuros, incluso en el caso de que la culpa estuviera del lado de aquella autoridad". Esta conferencia será publicada más tarde, al menos lo que queda de ella: el plan y los pasajes esenciales.

Un sacerdote, antiguo alumno de la Asunción, estaba en desacuerdo en más de un punto con su obispo. El Padre le escribió:

- Ten paciencia, sé prudente, vigila tus palabras. No dudes en sobrepasar la línea del estricto deber en lo que atañe al respeto debido a tu obispo. Sube hasta el heroísmo si es necesario. Dios tendrá en cuenta tus sacrificios si adoptas este plan de conducta. Soy yo quien te da este consejo, yo que he sido abofeteado en tu mejilla...

El asunto habiéndose tornado serio fue necesario apelar a la Santa Sede y viajar a Roma para sostener la apelación. En tan graves circunstancias, el Padre escribió aún: "Hete aquí en lucha abierta con tu superior eclesiástico. Los periódicos se muestran preocupados. El Papa juzgará, y tú someterás tu juicio al suyo, sea cual sea, sin la menor vacilación. Más que nunca te recomiendo la prudencia. No te apartes por ningún concepto de la línea recta que es la del respeto por la autoridad, incluso cuando parece tener claramente la culpa. Dios así lo quiere. Cuento con tu buena voluntad; sin embargo, el fuego de tu sangre y la impetuosidad de tu carácter me inquietan.

No olvides esto: Cuando hemos luchado contra un superior, en el orden espiritual casi siempre queda algo, aunque la justicia esté de nuestra parte. Podemos ganar el pleito, ser plenamente justificados por la autoridad suprema; pero no hay que mostrarse triunfante por ello, sino más bien humilde y modesto. Cueste lo que cueste, actúa con deferencia y generosidad en el modo de reivindicar tus derechos. Hay casos como el tuyo, en que nada debe arredrarnos en la reivindicación de estos derechos; sin embargo, no nos separemos nunca de los principios de humildad, de caridad, de dignidad.

Me he detenido muchas veces en aquel pasaje del Génesis que cuenta la lucha de Jacob con un ángel. El ángel es ciertamente el superior de Jacob, él es quien provoca. El combate dura toda la noche; Jacob queda vencedor y es proclamado tal por el adversario. Sin embargo, este ángel toca el muslo de Jacob, el hueso se disloca e Israel victorioso queda cojo para el resto de su vida. Sin duda hay ahí un misterio, no hay que forzar las aplicaciones de la Sagrada Escritura. La experiencia prueba, sin embargo, cómo muy a menudo queda algo después de una lucha con la autoridad...".

Se puede afirmar del Padre d'Alzon que el principio primero establecido por él como piedra angular en el orden moral, tanto en el nacimiento del colegio como más tarde en el de la Congregación, fue el respeto absoluto a la autoridad, fuesen quienes fuesen sus agentes o depositarios. Los inferiores siempre tienen la facultad de recurrir a los superiores mayores, sin olvidar su propia condición ni el espíritu de su voto de obediencia.

Nota: En esta *Anécdota*, el autor no se ha sentido cómodo, porque ha tenido que decir cosas que se refieren sobre todo a la vida religiosa<sup>1</sup>. No olvidemos, para excusarlo, que los primeros discípulos del Padre recibieron de él cierta iniciación elemental, por así decir, cuya floración en todo el esplendor de su manifestación es el espíritu de los Agustinos de la Asunción.

### **La parte de Dios**

El abate Barre, de Montpellier, era profesor agregado de la Escuela de Medicina de aquella ciudad antes de abrazar el estado eclesiástico. Como doctor, aunque muy joven aún, había adquirido una reputación europea. La merecía por su asombrosa ciencia práctica; había llevado a cabo curas extraordinarias; su destreza y su éxito constante en las más delicadas operaciones le habían colocado en primera fila de los cirujanos de renombre.

El doctor Barre reunía en sí mismo todas las cualidades que han dado lustre a los genios del arte médico. Discípulo del sabio fisiólogo Lordat, venerable decano de la Facultad de Montpellier, era como su maestro un excelente cristiano. Su presencia simpática, su inteligencia amplia y cultivada, la seguridad de su ojo clínico en el diagnóstico, sus ademanes distinguidos, suaves y afectuosos le aseguraban una influencia preciosa sobre el ánimo de sus enfermos. Estaba en lo

---

<sup>1</sup> Sin ser temerarios, podemos pensar que la incomodidad del autor provenía también de la evidente alusión a su propia historia. El sacerdote que se encontraba en desacuerdo con su obispo y le entabló un proceso en Roma no era otro que el propio señor Galeran.

más alto de su reputación, cuando se extendió la noticia de que abandonaba la medicina para hacerse sacerdote. El doctor Combal debía heredar su envidiable clientela, y le nombramos aquí porque es él quien cuidó largo tiempo la salud de nuestro Padre con la abnegación de un auténtico amigo.

La noticia de la determinación del doctor Barre causó una especie de estupor en todos los estratos de la sociedad; se resistían a creerlo. Hubo que rendirse a la evidencia cuando se supo que el doctor había salido para Roma para seguir allí los cursos de teología; más aún, cuando en las siguientes vacaciones le vieron vestido con sotana.

Una vez sacerdote, pidió con insistencia la humilde capellanía de las Hermanitas de los Pobres, en Montpellier, por la que no quería recibir ningún salario. Solicitó el cargo al obispo por intermedio del autor de estas líneas. En este cargo, tras muchos años de entrega heroica y perseverante, es donde el abate Barre murió, dejando como sacerdote una fama de santidad mucho más estimable que la gran reputación de que había disfrutado como médico.

Esta vocación tan notable, preparada largo tiempo en secreto, sorprendió a todo el mundo y fue criticada por un cierto número de cristianos tanto como por la multitud de los mundanos. Los unos y los otros acusaron al Padre d'Alzon y a su amigo el abate Berthomieu, de haber arrebatado a la ciencia y a la beneficencia a un hombre tan hábil y ya célebre. El Padre, sobre todo, considerado como el más influyente consejero, fue objeto de los dardos acerados de las peores lenguas. Al principio dejó decir; luego, cuando se presentó la buena ocasión de exponer sus principios, no la dejó pasar sin cogerla al vuelo. Debía predicar a las señoras en cierta capilla. El auditorio era numeroso. Entre aquellas damas muchas eran clientes del doctor Barre, cuyo retiro habían juzgado severamente y cuya vocación calificaban de "deplorable".

Escuchemos al Padre d'Alzon, he aquí sus palabras:

- Dios es el supremo y absoluto Dueño de todo, ya que lo ha creado todo: hombres y cosas, espíritus y cuerpos. *Mea sunt enim omnia*, dice el Señor (Exodo 13, 2): *Todo me pertenece*. Todas las creaturas están bajo su dependencia soberana; puede hacer de ellas lo que le parezca. Tiene derecho al homenaje, al amor, al sacrificio de sus criaturas; en una palabra, a un culto que se resume en esta virtud: la obediencia. La sola razón, sin el auxilio de la revelación, ya nos enseña esta doctrina.

No hay, entre los hombres, ninguna excepción a esta ley del homenaje. Lo es para los poderosos como para los débiles, para los ricos como para los pobres, para los sabios como para los ignorantes. Abarca y obliga a los sanos y a los enfermos, a los que caminan derechos y a los cojos, a los que ven bien y a los ciegos, a los bienparecidos y a los feos, a los sanos de cuerpo y de espíritu tanto como a los leprosos y a los impedidos. Ya lo veis, no hay excepciones, ni siquiera para los médicos.

Por eso el doctor Barre, habiendo escuchado la llamada de Dios, creyó su deber obedecer. Mientras que ustedes, o al menos muchas de ustedes, le critican por haber obedecido.

¿Pero por qué le critican? Porque quedarán privadas de sus hábiles cuidados y de sus sabios consejos. Así es como uno se prefiere a Dios.

Me acusan de haber dado mi parecer en este asunto, cuya resolución habría, según dicen, precipitado. Si di mi parecer, probablemente es porque me lo pidieron; y si he precipitado la resolución, es porque siempre me pareció bueno levantarse y caminar en cuanto Dios ha hablado, poco importa de qué modo. Lo declaro aquí, no me arrepiento de nada. ¡Qué! ¡Os quejáis de la partida del doctor Barre porque era demasiado hábil, demasiado útil, demasiado solicitado en su profesión para abandonarla y hacerse sacerdote! ¡Oh, qué doctrina páfida, falsa, injusta, sin generosidad, injuriosa para con la Providencia divina! ¡Queréis, pues, dejar para Dios la parte que no queréis para vosotras, lo que no os sirve para nada, y guardar para vosotras y para el mundo lo que os gusta y os parece ventajoso! ¡Esas son las ofrendas escogidas que reservamos para Dios! Para él lo que es vil, feo, repelente y deforme, en lo moral como en lo físico; ¡para nosotros todo lo que es bueno y atractivo!

Muchos cristianos, por desgracia, piensan y actúan como mundanos: reparten las cosas entre Dios y el mundo o el diablo. La parte de Dios es siempre la más mezquina. Para Dios los pobres, los cojos, los tuertos, los imbéciles. He ahí una muchacha fea, ¡que se vaya a un convento para ser la esposa de Jesucristo! He aquí una muchacha rica, bella, perfecta, hay que guardarla para adornar la sociedad, y si se siente llamada a la vida religiosa, hay que destruir esta vocación. ¿Con qué derecho va Dios a privarnos de esta encantadora criatura? Que se tome a la hermana pequeña que es bizca y no vale mucho; nos someteremos entonces a su voluntad...

Éste es el lenguaje de las gentes del mundo que no tienen el sentido de Jesucristo, del que presumía san Pablo: *Nos autem sensum Christi habemus (pero nosotros tenemos la mente de Cristo)* (1 Corintios 2, 16).

Os digo con la mayor franqueza que, por lo que a mí me atañe, amo los cuerpos deformes tanto como los demás, a causa del alma que encierran, porque esa alma está sellada con la sangre real de mi Salvador. Pero me esforzaré toda mi vida por dar a Dios lo que encuentre de más perfecto entre los hijos y las hijas de los hombres, en cuanto encuentre en ellos o en ellas un signo de vocación. Moriré contento si he logrado llenar los conventos de jóvenes vírgenes arrancadas al mundo para consagrarlas al servicio de la oración y de la expiación de los pecados del mundo. Ciertamente prefiero el sacrificio virginal, realizado en la flor de la edad, en el florecimiento de un corazón puro, al de un viejo libertino o de una vieja mundana que, al final cansados, vacíos, decepcionados, renuncian a lo que no han podido retener, y consagran a Dios los tristes restos de una vida que, sin embargo, Dios les había dado para estar totalmente a su servicio. Los inválidos, los ignorantes, los desgraciados de la naturaleza son preciosos ante Dios, tanto como los convertidos tardíos. Pero nosotros no tenemos derecho, lo repito, a decidir cuál es la parte de Dios según nuestros caprichos y nuestras pasiones. Es como decir: "¡Toma para ti, Señor, lo que a nosotros ya no nos gusta!". Os conjuro, recemos por la conversión de los pecadores; pero recemos también por la conversión de los buenos, para que Dios eleve su espíritu, ensanche su corazón y les dé el auténtico sentido del Evangelio...".

Pensemos, después de esta cita, en quien pronunció estas palabras con tanta elocuencia y autoridad. ¿No era, él mismo, ejemplo vivo de la doctrina que predicaba? Él había ofrecido a Dios, con generosidad, su fortuna, sus talentos, su belleza física, todas las ventajas de una magnífica posición social a los ojos del mundo, al mismo tiempo que todas las dignidades que hubiera podido alcanzar con sólo poner las manos.

Nuestro Padre tenía el sentido de Jesucristo; vivió como un monje, murió como simple sacerdote; y cuando, en el último momento, su mirada entrevió el cielo abierto para él, pudo repetir con alegría inefable aquella palabra que resume su hermosa vida: *Deus meus et omnia!* (*¡Mi Dios y mi todo!*).

### Final de controversia

Un tal señor Puaux, pastor protestante en la región de los Cevenas, había atacado, con más insolencia que ciencia y más grosería que literatura, los sermones de un misionero jesuita que predicaba en Mende.

La discusión tomó poco a poco proporciones tales, que se organizó una seria controversia entre los jesuitas de Puy-en-Velay y el susodicho ministro, mediante una correspondencia que significó la fortuna de algunas hojas públicas de aquel tiempo.

Era el año de gracia de 1853. El señor Puaux, muy vapuleado por las respuestas de sus hábiles y sabios adversarios, pensó actuar bien cambiando de táctica. Abandonó el mosquetón para usar la artillería pesada, es decir que abandonó la correspondencia por carta y publicó un libro, un libro contra la Iglesia Católica.

Este libro, para hablar con mayor precisión este folleto, absurdo de punta a cabo, no decía nada nuevo, nada reseñable. El autor había recurrido a los rancios argumentos de la Reforma de los primeros calvinistas, a las antiguallas sobre "la Gran prostituta de Babilonia", sobre la "Mujer idólatra y adúltera", sobre la "Corruptora de todas las naciones", etc. Todo ello causó risa; pero el señor Puaux tuvo la desafortunada idea de mezclar en la controversia el nombre del Padre d'Alzon.

Éste respondió de inmediato. He aquí las primeras palabras de su respuesta ingeniosa, acerada, gallarda y al mismo tiempo doctrinal y erudita:

"El señor pastor Puaux, tras haber impregnado su larga correspondencia con los Padres jesuitas del tufo agrio que exhala una bilis recalentada, acaba de esparcir mediante un folleto, las esencias más fuertes que salen de su propio fondo. ¿Emanan de su cerebro? Estas esencias no tienen el perfume de la rosa, del jazmín, de la lavanda, del naranjo, ni el de la violeta; son *Puaux* destilado<sup>1</sup>. Para recorrer el folleto del señor pastor, hemos necesitado no sólo valor, sino heroísmo".

Tras esta entrada en materia, el Padre toma al hombre, lo sacude, lo fustiga, lo aplanar, lo cubre de ridículo. A tal punto que, convertido en el hazmerreír de todos, incluso de sus feligreses, el pastor Puaux, tuvo que abandonar el país.

### Lección de tiro al conejo

Hay pocas comunidades de los Agustinos de la Asunción donde no se críen conejos para engordarlos primero y para comerlos después, con motivo de una fiesta o de un día extraordinario.

<sup>1</sup> Juego de palabras por proximidad fonética con *puant*, que significa maloliente (nota del traductor).

¿Cómo explicar este fenómeno de la presencia del conejo, que vive, por decirlo así, codo con codo, cuando no bajo el mismo techo, con los monjes Asuncionistas? ¿De dónde procede este gusto tan pronunciado por la carne de este roedor? Sin intentar dar una respuesta, que surgirá quizá espontáneamente al final de este relato, voy a contar una partida de caza del conejo, organizada y dirigida por el fundador de la Asunción.

La partida fue muy corta y sin embargo notable por las incidencias y por la lección práctica que el Padre supo sacar de ella. Juzguen ustedes.

Un día del mes de septiembre del año 1859, el Padre d'Alzon me esperaba en el castillo de Lavagnac. Me había citado allí con el fin de hablar de asuntos serios, que para tratarlos necesitábamos, él y yo, de calma y soledad. Por eso ningún lugar nos pareció más apropiado que las solitarias avenidas del parque señorial, sombreado por grandes árboles. Llegué a pie hacia las cinco de la tarde, tras haber dejado en Montagnac el coche que había tomado en Pézenas.

El Padre, de pie en la escalinata del castillo, me vio de lejos llegar; corrió a mi encuentro hasta la gran verja.

- ¿Por qué vienes a pie? Debiste avisarme y te habría mandado la calesa.

- He preferido hacer a pie una parte del camino para gozar de la campiña, del aire y del buen tiempo.

- ¿Estás cansado?

- Nada, en absoluto, Padre.

- Entonces ven enseguida a refrescarte; luego iremos juntos a dar una vuelta que te agradará.

- ¿A dónde iremos?

- Siempre quieres saber el cómo y el porqué. Fíate de mí. ¡Verás, verás! No será lejos, te lo aseguro.

Estaba yo en el comedor ocupado en comer un bocado, cuando el Padre entró trayendo dos escopetas.

- Están cargadas, dijo, ésta es la tuya.

- Padre, ¿qué quiere decir? ¿Qué voy a hacer con esta escopeta y qué pretende usted con la suya?

- Está bien claro, amigo mío. Primero la vas a llevar con precaución, luego me vas a seguir y llegado el momento abrirás fuego. Por mi parte, haré lo mismo que tú, quizá lo haga mejor que tú. Vamos de caza. Hay unos cuantos conejos de monte en una finca cercana que pertenece a mi padre. Vamos a matar uno para asarlo y comerlo mañana para almorzar. Lo vas a matar tú; dispararás primero, aunque tengo mis dudas sobre el éxito de tu tiro.

Las escopetas eran unas magníficas armas, de dos cañones y de cartuchos.

En fin, henos aquí caminando a la hora en que el sol caía hacia el horizonte; la hora en que Juan Conejo sale a pacer entre el tomillo, o mejor -vista la hora- entre el rocío. Llegamos a la vista del campo, o mejor dicho, de la *garriga*, para dar el exacto color local. El Padre, con ojo alerta, se para de repente.

- Helos ahí, dice, están saliendo de sus madrigueras. Tomemos por la derecha para rodear este montículo y los tendremos a punta del cañón, a una excelente distancia. ¡Vamos! ¿Ves aquel grandote cerca de aquel olivo? ¡Rápido!, apunta..., dispara ya..., ¡pero dispara...!

Disparo, me creo seguro del tiro... ¡Oh!, ¡he ahí al conejo que corre y desaparece, rabo al viento! Todavía le estoy viendo... pero todavía oigo también la risa del Padre d'Alzon..., ¡aquella risa tan burlona!

- ¡Fallado!, querido amigo, ¡vergonzosamente marrado! Me lo esperaba al verte echar el arma al hombro; tu torpeza, lo confieso, superó mis previsiones... Mira, ahí va otro corriendo... Tiro yo... apunto a la cabeza...

Dicho y hecho; el animalito da un salto y cae inmóvil, muerto. No tenemos perro. Corro, recojo la presa. ¡Un golpe soberbio!, el animal había recibido los perdigones en plena cabeza.

Nunca hubiera creído al Padre d'Alzon tan experto. Ya sabía, sin embargo, que la señora d'Alzon se jactaba de la habilidad de su hijo. Había incluso mandado disecar el primer pájaro cazado por su querido Manuel; y es el mismo pájaro, un arrendajo creo, que el joven d'Alzon tiene en la mano en el retrato dado al Padre Picard por el señor conde de Puysegur.

Si tras la muerte del conejo tan bien apuntado y alcanzado, el Padre se hubiera contentado con eso, la cosa hubiera terminado bien para mí. Pero terminada la caza, me convertí en el punto de mira de una descarga de reproches, sazonados de risas y ¡qué risas!

"Escucha, me dijo el Padre, fallaste tu conejo como fallas un montón de cosas en otro orden de ideas. Eres precipitado, impaciente y demasiado impresionado por la idea entusiasta de que vas a dar un gran golpe. Con cualidades, que no quiero llamar incontestables, fallas a menudo el objetivo porque tus defectos paralizan tus cualidades. Voy a darte pues, al volver a Lavagnac, una lección de tiro que podrá servirte en el orden moral tanto como en el orden físico si sabes hacer buen uso de mis consejos.

Las principales cualidades para tirar bien son: tener nervio, estar atento, poseer un temperamento tranquilo, buen ojo, gran poder de concentración.

Para avanzar en la perfección, hay que ver bien las cosas, estar dotado de un juicio sano, actuar con calma, precisión y energía.

He leído en algún sitio que un inglés famoso en ejercicios corporales -se llamaba Benjamín Richardson- había escrito un libro sobre el arte de desarrollar las fuerzas musculares, de formar verdaderos atletas y diestros tiradores. En su libro plantea cuatro exigencias *específicas* indispensables.

Helas aquí: Abstenerse de todo cuanto sea perjudicial y debilitante; tener un temperamento tranquilo; estar movido por una ambición laudable; adquirir hábitos de regularidad en todo. El autor añade que es absolutamente necesario abstenerse de licores alcohólicos y del uso del tabaco de fumar. He ahí lo que los atletas deben hacer, según un hombre de gran experiencia.

Pon al lado de estas prescripciones la palabra de san Pablo: *Omnis autem qui in agone contendit ab omnibus se abstinet...*(*el que corre en el estadio...se priva de todo*: 1 Corintios 9, 25), y eso para ganar una corona corruptible. ¿Qué debremos hacer nosotros, que apuntamos a conseguir una corona incorruptible? Seguir las mismas reglas. Cambia los términos y pronto verás que los *específicos* para los atletas de Jesucristo son: mortificación de los sentidos y de todo, paciencia, celo y regularidad. Y será absolutamente necesario además practicar el desapego hasta de las cosas más pequeñas, para no ser esclavos de ningún hábito inútil, aunque sea inocente en sí mismo".

Así me hablaba el Padre mientras caminábamos hasta la entrada del castillo.

- Padre, le dije, cuando hubo terminado, estamos bastante lejos de los conejos...

- Amigo mío, deberías considerarte feliz de estar lejos de ellos, para hacer olvidar tu torpeza. Sin embargo, no olvides mi lección de tiro.

La lección no ha sido olvidada, la prueba...

Esta historia me trae a la memoria, con fuerza irresistible, ciertos recuerdos que me permitiré mencionar aquí. No me saldré de mi tema; se trata también de conejos.

En los viejos tiempos de la Asunción, cuatro alumnos del colegio se encontraban un día en Saint-Gervasy, en la casa paterna del Padre Picard. Sentados a la mesa, se les servía un suculento guisado de conejo con el que se regalaron alegremente. Aquel conejo quedó memorable para siempre porque, mientras lo saboreaban tuvo lugar una conversación a media voz entre dos de los invitados sobre los proyectos del Padre d'Alzon; François Picard, que escuchó tales revelaciones, vio brillar en seguida ante sí, como un relámpago, la luz que dirigió sus pasos hacia la vocación religiosa.

En estas *Anécdotas* hemos dado ya los detalles de aquella escena inolvidable.

En el colegio de la Asunción había conejos en una gran jaula que formaba la base de una pajarera adosada a la tapia que daba a la "Taberna del Prado de los Clérigos". Los alumnos les daban pan por la mañana al desayuno y por la tarde a la merienda. Desde que la Congregación fue fundada, los conejos aparecieron al mismo tiempo que los monjes. ¿Quién no conoce la historia del Padre Brun, criador de conejos en la casa de campo del canónigo Couderc de la Tour-Lisside?

Allí, en Miramont, el querido Padre Brun había encontrado el secreto para hacer engordar a los conejos y adelgazar al Hermano François Picard. Además, vino a causar grandes déficits, pérdidas regulares del 50 %, ya que conejos que le costaban, supongamos dos francos, los vendía en el mercado de Nîmes a uno o uno y medio. Aquello no duró, y el Padre Brun demostró en Australia, en Inglaterra y en los Estados Unidos que se puede ser un gran misionero y salvar muchas almas sin tener las cualidades necesarias para ser un buen criador de conejos.

En 1892, en una rápida visita a Livry, vi también conejos.

En 1896, he visto, contemplado y admirado los conejos del Hermano Marc, en Kadi-Köi. Los mostraba, uno tras otro, abriendo con precaución las portezuelas de las jaulas. Se hubiera dicho una *laura* de conejos, gordos como frailes, incluso como canónigos.

En Fanaraki, en el noviciado, se necesitaban conejos, y los había. Eran animales de élite, alimentados con celo por el Hermano Léandre, de dulce memoria. En Jerusalén, la casa de estudios posee una colección de conejos. Son tratados aquí como grandes señores: casa de invierno, casa de verano, refugio contra la lluvia.

Desde los orígenes de Nuestra Señora de Francia, el cuidado de los conejos ha sido confiado a Hermanos distinguidos, inteligentes y dotados de buen corazón. Estos Hermanos *conejeros*, forman ya un linaje honorable, con sus tradiciones, que no carecen de cierta gloria.

### El arte de tratar con Dios

Hoy es la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen María<sup>1</sup>. Cuando las campanas del *Angelus* proclamen a mediodía los grandes misterios de la fe, anunciarán al mismo tiempo el décimoctavo aniversario de la muerte del Padre Manuel d'Alzon, nuestro Padre.

¡Ha muerto! No diremos que nos ha abandonado; su recuerdo está vivo, su protección la sentimos, su espíritu sigue siendo, después de la gracia de Dios, el molde de nuestra vida. Cuando nuestros amigos han muerto, nos gusta recordar el pasado de su existencia, porque su memoria nos es querida; sin embargo, la mirada del recuerdo ha de detenerse en el momento del último suspiro cuando se dijo: "¡Se terminó! ¡Se fue! ¡Ya no está!". Nada ha terminado para nuestro patriarca. Al contrario, una nueva vida ha brotado de su tumba.

Podríamos decir que la corriente, lejos de desvanecerse, se ha remansado contra esa tumba para acumular allí sus aguas poderosas y lanzarse luego formando un río de curso majestuoso, de amplios bordes, de lecho profundo. ¿Acaso no es esto la familia de la Asunción cuya fuente fecunda es verdaderamente la tumba de Manuel d'Alzon, ya que de ella manó su nueva y abundante vida? Ya está muy mermado el número de los antiguos alumnos y de los primeros discípulos de este gran educador de almas. Los que quedan tienen la cabeza blanca por los años, y sus pies se arrastran y pronto van a detenerse; pero una multitud de religiosos y de religiosas se levanta, crece, se expande; la pequeña familia de antaño se torna un pueblo.

Que los Hermanos jóvenes interroguen a los raros testigos de los primeros días; les dirán todos que sus almas, modeladas por las manos de este sacerdote eminente, templadas por él en el auténtico espíritu que forma al hombre y al cristiano, no han dejado de ser fuertes en las pruebas, valerosas en la adversidad, calmadas en la tempestad, serenas en los días sombríos, siempre alegres y satisfechas en el servicio a Dios, porque su vida ha sido la vida de la Asunción. Afirmamos que los antiguos discípulos del Padre se honran más con el título de "hijos de Manuel d'Alzon" que con todas las dignidades y distinciones con que los han podido condecorar en sus largas carreras.

Los jóvenes saben todo esto, están ávidos de oír hablar de los comienzos. Decimos *comienzos*, porque en la Asunción, nada de lo que concierne al Padre parece pertenecer al pasado: *Defunctus adhuc loquitur!* (*¡después de muerto, todavía habla!*).

Hagámosle hablar, nosotros que le hemos visto y escuchado, y contemos a la joven generación cuanto sabemos de los pensamientos, palabras y actos de aquel que Dios nos ha dado como Padre, como maestro y como modelo.

El Padre d'Alzon decía a uno de sus penitentes:

"He aquí mi método para tratar con el divino Maestro, presente en el Sagrario:

Entro en materia con estas palabras: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus (habla, Señor, que tu siervo escucha)*. He aquí, Señor, Dios mío, mi Maestro y mi Doctor, que necesito luz en un asunto importante. Los libros no me dicen nada; los oráculos de la ciencia se quedan mudos o bien dan respuestas confusas, inciertas; los sabios confiesan su impotencia e ignorancia. Voy a examinar este asunto y discutirlo en presencia de tu Majestad, de acuerdo con mi manera de ver. Como en esto no busco más que tu gloria, me atrevo a pedirle a tu inefable bondad que ilumine mi inteligencia, que dirija mi juicio, que afirme mi voluntad...".

Estas palabras son textuales. El Padre declaraba que esta manera de resolver las dificultades de toda especie le había dado siempre buen resultado y que a menudo, habiendo llegado a una solución contraria a la que había previsto, se encontraba sin embargo en el camino recto, empujado por una fuerza suave al mismo tiempo que irresistible.

Podemos decir aquí que, en el transcurso de una conversación con el venerable cura de Ars, creímos deber nuestro someterle a aquel santo sacerdote un caso de conciencia que habíamos encontrado en nuestro ministerio, sobre el que el Padre d'Alzon nos había dado ya su parecer motivado. La decisión de aquel hombre de Dios, el señor Vianney, y la del Padre, fueron idénticamente las mismas, expresadas casi en los mismos términos.

Contábamos un día este hecho a Monseñor Ginouilhac, por entonces arzobispo de Grenoble y muerto más tarde como arzobispo de Lyon. El sabio prelado, gran teólogo y viejo amigo del Padre d'Alzon, nos dijo:

- Yo mismo he presentado al cura de Ars casos muy difíciles; me ha indicado decisiones que me han parecido a primera vista contrarias a todas las reglas; luego, tras examen más profundo, las he encontrado de una pertinencia muy notable.

<sup>1</sup> Es el 21 de noviembre de 1898. Se constata, según esta fecha, que esta tercera serie de *Anécdotas* se alargaba demasiado. La primera había aparecido en el número de los *Souvenirs* que lleva la fecha del 24 de abril de 1897.

Afirmamos lo mismo del Padre d'Alzon en lo concerniente a los casos que le hemos comunicado a menudo a lo largo de un prolongado ministerio, casos que habían puesto en apuros a más un eminente teólogo o sabio canonista.

### **Formación de caracteres**

El Padre d'Alzon era sobre todo competente como educador de almas. Conocía a fondo el corazón del hombre; su ojo era observador y penetrante; su juicio seguro, su dirección firme, precisa, práctica. Así es como formó hombres de carácter. Es interesante seguir su acción en el colegio de Nimes, para luego conocer bien el talante que infundió a su Congregación religiosa.

Este espíritu se encuentra en los antiguos profesores y alumnos, en los religiosos y religiosas; en todo cuanto recibió la impronta de una mano fuerte y suave, dirigida por un alma apasionada por la gloria de Dios.

El colegio fue la preparación de la familia de los Agustinos de la Asunción; es realmente la cuna de las obras de este eminente fundador. Las Hermanas Oblatas y las Hermanitas de la Asunción están formadas a imagen de un modelo creado por la inteligencia del patriarca de los Asuncionistas, con las modificaciones exigidas por su respectivo estado.

En el colegio de la Asunción teníamos maestros distinguidos, elegidos con cuidado por el Padre d'Alzon. Eran notables, no sólo por su ciencia, su prestigio y la autoridad de su enseñanza, sino también y sobre todo por sus cualidades morales y sus hermosas virtudes cristianas.

¡Qué hombre aquel Germer-Durand, tan grave, tan erudito; siempre lleno de tacto y delicadeza cuando tenía que dirigirnos algún reproche! ¿Quién no se acuerda del brillante Jules Monnier y del trabajador y heroico Víctor Cardenne? ¿Quién no piensa con gusto y agradecimiento en el intrépido y entregado Hippolyte Saugrain y en el dulce y simpático Esteban Pernet?

Sólo hablamos ex profeso de los profesores laicos: laicos entonces ya que hoy tenemos -Dios nos los guarde muchos años- a los venerados Padres Hippolyte y Pernet.

De este hermoso grupo de valientes cristianos, los primeros educadores de la Asunción, dos solamente sobreviven, cargados de años y de buenas obras. Los jóvenes que educaron en los primeros días de la Asunción, ya son hombres en declive, sobre la pendiente a la que les empuja el inevitable fardo de la edad.

En sus viejos días, cuando el crepúsculo de la vida comienza su descenso, tienen una alegría que los rejuvenece: la de pensar en su querido colegio y en los maestros que les formaron. A aquellos maestros es a los que deben este espíritu de la Asunción que les conserva frescos y animosos, pese a los años y a los sufrimientos de la existencia; todavía florecientes y robustos, pese a los años acumulados, porque desde muy pronto les han disciplinado y curvado bajo las costumbres de la temperancia en todo y de la regularidad en sus deberes.

Con semejantes instructores, no nos faltaban ni consejos ni dirección; eran nuestros amigos más que nuestros maestros. Si tuviéramos derecho, diríamos a todos los jóvenes religiosos que están en este momento en las obras: Si queréis triunfar en la formación de los niños que os están confiados, imitad a vuestros predecesores del colegio de Nimes, vuestra casa paterna; ¡que su espíritu sea vuestro espíritu, sus métodos vuestros métodos, sus virtudes vuestras virtudes! No se puede triunfar en las obras de una Congregación si no es obrando según el espíritu de esa Congregación. Dicho esto, dejémoslo aquí ya que estamos pisando terreno ajeno, sin haber recibido permiso.

El Padre d'Alzon ejercía tal influencia, que no hemos encontrado nunca nada parecido en ningún hombre, fueran cuales fueran su autoridad, sus talentos y su prestigio profesional: nos conocía mejor que nadie. Nos seguía con la mirada y nos estudiaba; poseía, como nadie, el arte de dirigirnos y de mantenernos en la rectitud del deber. Su mirada sondeaba las profundidades íntimas de nuestra alma; nos sentíamos atravesados, captados, descubiertos. Nos leía como en un libro.

Nos llevaba con tacto tan perfecto que, tomados de su mano, como un jinete que domina a su corcel, nos dejaba la satisfacción de creer que avanzábamos por nuestros propios esfuerzos, mediante nuestra enérgica voluntad. Le queríamos tanto, teníamos en él tal confianza, que con gusto dejábamos que su dedo volviera, una tras otra, cada página de nuestra conciencia para escrutar en ella nuestros secretos.

¿Qué hombre ha ejercido nunca tal influencia? Para encontrar algo comparable, habría que consultar la historia de los grandes directores de almas: un san Felipe Neri, un cura de Ars, por ejemplo. Lo confesamos: después de tantos años, sentimos que la impronta dejada en nosotros por aquella mano venerable está aún viva en nosotros.

El Padre nos contaba, en una época en que habíamos alcanzado ya la madurez, cómo rezaba día y noche por sus niños, pidiendo a Dios que le diera para ellos luz y dirección. Se preocupaba en particular de los que parecían tener vocación al sacerdocio y al estado religioso. Es sabido que la ambición de su alma apostólica era dar vírgenes a los conventos y jóvenes a los seminarios y monasterios.

Citemos algunas palabras textuales:

"Nunca sabréis, nos decía, ¡cuántas lágrimas he vertido para conseguir de Dios la perseverancia de ciertos alumnos que hoy son, unos, sacerdotes diocesanos, otros, sacerdotes religiosos!".

Los que repetimos estas cosas, ¿no seremos nosotros mismos hijos de esas lágrimas? El Padre tenía una manera irresistible de volver a encarrilarnos bien, de animarnos a mantenernos firmes en las resoluciones que él mismo nos impulsaba a tomar. No hacía largos sermones. Tenía aquel don, tan precioso y tan raro, de decir la palabra justa, en el momento más adecuado y del modo más persuasivo. Con una asombrosa destreza sabía servirse de nuestra pasión dominante para orientarnos hacia el bien. Lo que en nosotros era principio de caídas, se tornaba así en una fuerza transformada en principio de bien.

Tenía el talento de encender en nuestros corazones una emulación por la virtud. En un instante nos ponía en pie, en nuestros momentos de tentación y desfallecimiento. Sus consejos tenían algo de firme, lúcido, apuntando derecho a la meta. Salíamos de aquellas conversaciones entusiasmados para todo lo que es grande y noble. ¡Entusiasmados! Sí, la expresión no es exagerada; a menos que prefiramos decir que en la antigua Asunción reinaba una auténtica rivalidad para los actos de piedad y de entrega.

Hemos visto a hijos de familias aristocráticas y orgullosas de sus blasones honrarse lavando con sus propias manos a los niños pobres, repelentes de suciedad, sin vacilar en despojarles de la horrenda piojera que les devoraba. Servicios a menudo heroicos, realizados con espíritu sobrenatural que hacía ver en aquellos seres desgraciados a miembros de Jesucristo.

Podríamos dar los nombres de ciertos alumnos que consagraban la mayor parte de sus días de vacaciones a barrer la basura de cuchitriles infectos en los que vivían algunos míseros paráliticos abandonados de todo el mundo.

No contaremos lo que nos han dicho sino lo que hemos visto. Llenaríamos un libro bien gordo con la historia detallada de estas acciones virtuosas de la primera Asunción.

Una palabra más sobre este tema que nuestra pluma nunca conseguirá agotar. Queremos afirmar aquí para gloria del Padre d'Alzon y de nuestros maestros, en lo que atañe a las virtudes más delicadas, que la inocencia de los niños de la joven Asunción era sencillamente maravillosa. Y si he de hablar conforme a mis propias convicciones, era milagrosa. El Padre nos atraía, mediante sus oraciones y sus terribles penitencias, gracias excepcionales. Rodeaba a sus alumnos de precauciones que entonces no sospechaban, pero que comprendieron más tarde con un reconocimiento que durará tanto como sus almas.

¿Hay que asombrarse, después de lo que acabo de contar, de que el colegio haya llegado a ser la cuna de una Congregación religiosa? ¿No encontramos en los monjes, el espíritu y las virtudes de la infancia de la Asunción, llevadas sin embargo a ese grado tan alto de perfección que da por resultado al verdadero religioso? ¿No es cierto que los primeros hijos del Padre d'Alzon reconocen que están en su propia familia, con sus hermanos, entre los religiosos Agustinos de la Asunción, y que éstos miran a los antiguos como a sus hermanos mayores?

Terminemos esta *Anécdota* con un pasaje de Monseñor de Cabrières, sacado de su discurso para el cincuentenario de la Asunción. Encaja bien en nuestro tema: "Era mediante su acción paternal, a la vez suave y firme, vigorosa y dulce, tierna y sin blandura, como el Padre d'Alzon ganaba nuestro corazón y le llevaba a gobernarse y a reformarse a sí mismo. Felices confesiones de aquellos años lejanos, ¿hemos podido olvidarlas?... Nada de palabras inútiles, nada de explicaciones largas en sus labios, una palabra corta y penetrante que estimulaba el arrepentimiento, se adelantaba al desaliento, levantaba la conciencia y le devolvía la serenidad...".

### Amigo fiel<sup>1</sup>

Benedicto XIV declara, al principio de su tratado sobre la canonización de los santos, que para llegar a ser un héroe del cristianismo, hay que ser primero un héroe de la humanidad. De ahí su directiva de proceder al examen serio y detallado de la heroicidad de las virtudes cardinales. Son el fundamento de la perfección, y reciben su culminación de las virtudes sobrenaturales que las coronan; y el hombre en su ascenso progresivo no pierde nunca el contacto con esta base. ¡Nada tan bello como ver un alma adornada con todas las virtudes! Forman, en su admirable conjunto, aquel soberbio edificio que la Sabiduría se ha construido, reposando sobre siete columnas, de acuerdo con el lenguaje de la Escritura inspirada.

Dios mismo se deleita en la contemplación de un alma santa, reproducción de su imagen, a la que iluminan los rayos de su rostro. ¡Pues bien! nos ha sido dado contemplar de cerca un alma grande y bella. Podemos tomar una tras otra las virtudes del Padre d'Alzon, estudiar su fisonomía, los detalles; constatar su solidez, gozar de su esplendor, luego quedarnos maravillados ante el espectáculo de tanto heroísmo. A medida que vamos avanzando en este estudio apasionante, convendrá contar los hechos, citar las palabras preciosas y auténticas que prueban el grado de heroicidad de cada virtud. Más de una vez, sin duda, habremos de exclamar, tras las revelaciones del pasado: "¡Realmente no conocíamos aún a nuestro Padre!".

Penetremos hoy en el corazón de Manuel d'Alzon para admirar al *amigo fiel*. Los libros sagrados nos dicen: "El amigo fiel es una protección poderosa; quien lo encuentra encuentra un tesoro" (Eclesiástico 6, 14). La fidelidad es una virtud del orden natural que la fe hace sobrenatural. Supone la paciencia, la perseverancia, la magnanimidad, que son los complementos de la fuerza.

Dios nos ama; es fiel. Huimos de él, le ofendemos, nuestra ingratitud es sin límites; pese a todo él sigue siendo el mismo, sin cambio; en cuanto volvemos a él por el camino recto, encontramos que su amor por nosotros no ha cambiado.

No sabemos si ha habido alguna vez en el mundo un corazón más probado, más maltratado y torturado que el del Padre d'Alzon. Al mismo tiempo sigo convencido de que jamás corazón de hombre ha sido más inmovible en su fidelidad. Que quede claro que aquí no hablo de los enemigos del Padre, sino de ciertos amigos. Entre estos amigos, sinceros admiradores de Manuel d'Alzon, se encuentran quienes consideraron un deber contrariar sus designios, criticar su celo, poner obstáculos al desarrollo de sus obras. Afirmo con pleno conocimiento de causa, que esos amigos descarriados quisieron reanudar con el Padre los lazos que consideraban rotos para siempre; pues bien, le vieron venir a su encuentro, sonriente, con el corazón abierto y lleno de la vieja amistad que nada había podido alterar. Más de una vez, esta fidelidad conmovió a espíritus prevenidos contra él, y se vio a hombres poco simpatizantes al comienzo, recibir luego la influencia del Padre d'Alzon y pasar a ser sus amigos más abnegados. Era el prestigio de un corazón magnánimo, dotado de aquella amplitud realmente regia que Dios da a ciertos hombres privilegiados: *Dedit quoque Deus Salomoni... latitudinem cordis...* (Dios concedió a Salomón... un corazón dilatado) (1 Reyes 5, 9).

Guardando las debidas proporciones, se pueden aplicar al Padre d'Alzon aquellas palabras del Evangelio: *Cum dilexisset suos.. in finem dilexit eos* (habiendo amado a los suyos...los amó hasta el extremo: Juan 13, 1). No olvidemos que tuvo que luchar enérgicamente para conseguir vencerse; era por naturaleza orgulloso, impetuoso, acostumbrado a recibir servicios al instante. Quienes conocieron al joven y brillante Vicario general de Nimes, saben que estaba bien armado contra sus contradictores. Manejaba la ironía de un modo terrible; tenía un modo de plantarse, de tomar un aire de desdén que aterraba a cualquier adversario. Y este hombre extraordinario, en el trato íntimo de la vida, era el amigo más dulce, más sencillo, de una fidelidad a toda prueba.

<sup>1</sup> Esta *Anécdota* publicada en el número 392 de los *Souvenirs*, con fecha del 24 de junio de 1899, iba precedida de la nota siguiente del señor Galeran:

"Me piden, el Padre Picard en cabeza, *Anécdotas* del Padre d'Alzon, del Padre Pernet, de todos los antiguos. Me encuentro en apuros, como cogido en una trampa. No es la materia lo que falta, es la delicadeza de los temas lo que me frena. Me atrevo a lanzar el "Amigo fiel", pero con esta *Anécdota* tendré, como en otros casos, algunas dificultades, en el sentido de que habré de decir cosas que quisiera ocultar de ciertas circunstancias de mi vida. Lo que más he estudiado de la vida del Padre d'Alzon es

su alma. Parecerá pretencioso por mi parte, pero es la verdad. La belleza de esta alma me arrebató; pero para abrirla y ponerla de relieve, he de contar cosas íntimas que me harán quedar mal. Sólo se conocen las almas en sus relaciones confidenciales, en aquellas *conversaciones* en las que dos corazones se vuelcan el uno en el otro. Tendré, pues, que decir cosas poco elogiosas para mí, en detrimento mío. Deberé trazar episodios en los que ciertamente no brillaré. ¿Qué hacer? ¿Optar por ser algo heroico? Intentemos..."

No dudemos en expresar nuestro pensamiento en la forma que acude a nuestra imaginación. Pongamos al abate d'Alzon al lado del Padre d'Alzon: se trata del mismo hombre, pero ¡qué transformaciones tan admirables las de esta personalidad bajo la acción de la gracia! No sabríamos hacer nada mejor para trazar el retrato del amigo fiel, que contar la historia de su corazón en las distintas fases de una amistad de un temple excepcional.

Hemos conocido muy íntimamente a un antiguo alumno del colegio de la Asunción que nos contó algunas cosas confidenciales cuyos sellos se nos autoriza a romper hoy. No diremos todo lo que sabemos; diremos lo suficiente para poner de relieve un aspecto del alma cuyas virtudes queremos hacer apreciar.

El Padre d'Alzon quería tiernamente a este alumno. Le había recibido como niño al principio de la fundación del colegio de Nimes. Aunque este afecto paterno era correspondido con sincero amor filial, también es muy cierto que el Padre experimentó a menudo, por parte de este hijo, muchas dificultades y contrariedades. Sus más hermosas esperanzas fundadas sobre este niño fueron defraudadas y sus planes de futuro destruidos. En una palabra -para expresar mejor nuestro pensamiento con una imagen- el joven corcel, tan atolondrado como fogoso e indomable, se encabritaba bajo la espuela, resistía a la brida, para saltar y precipitarse sin freno *in regionem longinquam (en tierras lejanas)*.

¿No había en esta conducta motivo suficiente para cansar al amigo más abnegado y para enfriar el más cálido afecto? ¿Qué más se necesitaba para romper los lazos de la más fuerte amistad? No, el Padre d'Alzon fue fiel; esperó, paciente y magnánimo, hasta el final. Hizo más: con una destreza increíble, sin dejar adivinar la acción de su mano, no cesó de dirigir a aquel que se creía liberado de toda dirección. Decía a alguien sonriendo:

- Le aflojo la brida, pero la mantengo lo suficiente para impedirle abandonar el camino recto, aunque le dejo salirse un poco.

Sólo la muerte pudo interrumpir una correspondencia activa entre este sacerdote generoso y su discípulo. La última carta, fechada en la Cartuja de Valbonne, poco antes de la fecha memorable del 21 de noviembre de 1880, aporta un testimonio irrecusable y supremo a la verdad que hemos querido resaltar: el Padre d'Alzon fue el amigo fiel por excelencia: *in finem dilexit...(amó hasta el extremo)*.

Deberíamos callarnos tras haber hablado tanto. Mas, ¿por qué callarnos? cuando el velo que esconde el pasado se desgarrar ante nuestros ojos y nos muestra, viva, una escena cuya descripción puede dar a nuestra tesis un toque acabado. El Padre escribía en 1874: "¿Acaso Nuestro Señor no tuvo que sufrir mucho de la grosería y de la incredulidad de los propios apóstoles? A cada instante surgían las más absurdas pretensiones de prioridad, de dignidad, de ambición, de rivalidad; a cada instante vemos que no comprendían: *Et ipsi nihil horum intellexerunt...*" (pero ellos no entendían lo que les decía: Lucas 9, 45).

Un día, en 1859, en Montpellier, nos paseábamos el Padre y yo bajo los árboles de la explanada, frente a la ciudadela. La conversación rodaba sobre la inconstancia de los afectos humanos y su escaso valor; sobre los amigos diplomáticos, calculadores, de corazón estrecho, temerosos de comprometerse...y teníamos a nuestra disposición numerosos ejemplos para citar. El tema de esta conversación se basaba en una carta que el Padre tenía en la mano. Aquella carta no estaba dirigida a él. ¿Cómo había llegado a sus manos? Lo ignoro. Era autógrafa de un obispo que no necesitamos nombrar aquí. La conducta del Padre, bajo ciertas circunstancias, era criticada; su celo calificado de imprudencia; sus acciones tachadas de locura. Además se insinuaba que haría bien retirándose de la administración diocesana...

El Padre sonreía recorriendo aquellas líneas; ni una sola palabra de descontento salió de sus labios después de la lectura. Tras cerrarme la boca cuando comenzaba a proferir palabras de indignación, hizo las siguientes reflexiones, muy dignas, creo yo, de ser recogidas y conservadas:

"No hay amigo más perfecto que Nuestro Señor, el único con el que se puede contar en días de tormenta como en días soleados. Es el verdadero modelo de fidelidad; lo era ayer, lo es hoy, el mismo para los siglos que vengan. Nunca rechazó a nadie; valora nuestros mínimos servicios; recompensa hasta nuestra buena voluntad. Te lo aseguro, porque conozco el corazón de mi Maestro; si Judas hubiera dado el más mínimo signo de arrepentimiento, o manifestado un sencillo deseo de retorno, o dado un paso... su Salvador habría corrido hacia él con los brazos abiertos. Tú sabes cómo era amado Juan a causa de su pureza. Sin embargo, no fue el corazón virginal de Juan el que fue escogido para ser la piedra fundamental de la Iglesia; prefirió el corazón no virginal pero ardiente de Simón-Pedro. Me emociono cuando pienso en la fidelidad de Jesús para con Pedro, que le niega tres veces; a pesar de esta falta, el apóstol no es rebajado de rango en el colegio apostólico. No estuvo a la altura del honor; pero es perdonado a causa de su arrepentimiento; ¿pero

podía seguir considerándose jefe de los apóstoles? ¿Incluso simple apóstol? Confieso que se me conmueven las entrañas cada vez que leo el Evangelio de san Marcos, escrito bajo la mirada de Pedro. Encontramos ahí una palabra emocionante en grado superlativo: "El ángel dijo a las mujeres: *Id a decir a los discípulos y a Pedro...*". Lo que quiere decir: ¡sobre todo no olvidéis a Pedro! Sin esfuerzo de imaginación, veo al apóstol recibiendo el mensaje inesperado y exclamando: "¿De veras?, os ha dicho: ¿y a Pedro?". No se atrevía a creerlo. ¡Oh, amigo mío, qué corazón fiel y delicado el del divino Maestro!".

¡Nada que añadir a estas palabras de nuestro Padre! ¿Habré logrado describir un poco la fisonomía del *amigo fiel*?

### Las Vincas

He aquí el relato de un hecho del que no encuentro ninguna nota en mis cuadernos. El recuerdo habría quedado probablemente perdido, al menos en lo que respecta a los detalles, si una curiosa circunstancia, absolutamente fortuita, no hubiera devuelto ante mis ojos el cuadro vivo de una escena muy curiosa e interesante. Juzgad vosotros mismos, pero antes dejadme que os cuente a mi manera, el relato ingenuo de mis impresiones.

Durante la pasada primavera<sup>1</sup>, volvía yo de Belén a la hora en que el sol empieza a declinar en el horizonte. En vez de seguir el camino ordinario, tomé un estrecho sendero, campo a través, para disfrutar en paz del aire perfumado, del verdor y de las flores. Al bajar por una pendiente tapizada de césped, mis ojos tropezaron con un macizo de hermosas vincas abiertas, brillantes de frescor sobre el fondo verde de su tupido follaje.

Esta vista produjo en mí el efecto de una aparición sobrenatural: me quedé inmóvil bajo el efecto de ideas confusas. Los recuerdos de un pasado lejano invadieron mi alma. La gran figura del Padre d'Alzon se presentó ante mí. Volví a ver en sus detalles más ínfimos, una escena olvidada que me recordaron aquellas encantadoras flores y que parecían invitarme a contársela a mis hermanos jóvenes. Hela aquí.

En los primeros días de primavera -si no recuerdo mal era en 1858- había ido yo de Montpellier a Gignac para predicar en aquel lugar. Le había prometido al Padre ir a verlo al castillo de Lavagnac, que distaba poco de allí, y donde él se reposaba. Habíamos decidido pasar un día juntos. Llegué temprano por la mañana. Tras el almuerzo y la acostumbrada visita a la capilla, el Padre me propuso dar un paseo por el parque, a la sazón en toda su magnificencia.

Había yo preparado un tema de conversación referente a ciertos proyectos que me ocupaban. Desde la primera palabra, el Padre me cerró la boca con aquel aire de autoridad irresistible que le era connatural; hablaríamos de esos asuntos más tarde cuando él pasara por Montpellier. Comprendí que quería hablarme de algo distinto y que también él tenía preparado un tema de conversación. Efectivamente, comenzó una auténtica conferencia sobre la vida religiosa. Me atrevo a confesar que encontré en un principio el tema muy mal elegido, demasiado serio para un día de vacaciones en el campo, cuando yo habría preferido relajarme y reír un poco, tras haber predicado la víspera un panegírico muy solemne, al menos a mi propio parecer. Mi descontento no duró más que un momento; quedé inmediatamente subyugado por el encanto de la palabra de aquel maestro eminente. Cautivado, encantado, me dejé fascinar sin intentar resistir a su hechizo.

El Padre ampliaba constantemente su tema. Su poder de síntesis le permitía abrazar vastas visiones de conjunto; luego, desde las alturas en que se colocaba, sabía bajar, con facilidad, a los detalles del análisis más minucioso.

Lamento hoy no haber consignado por escrito, en aquel entonces, los retratos de los patriarcas de la vida monástica, esculpidos por este artista con mano segura y delicada. Nunca he escuchado nada tan hermoso como la apreciación del Padre con respecto al carácter distintivo de las obras ilustres de los fundadores de Órdenes. A los que más admiraba eran: san Basilio, san Agustín, san Benito y san Norberto de Magdeburgo.

Durante esta deliciosa conferencia bajo los castaños de Indias, fui iniciado a la doctrina de los célebres místicos de las escuelas benedictina, dominicana, franciscana y la de los Carmelitas. Sin duda, el Padre trazaba con rapidez las líneas maestras de esta teología, pero sus trazos tenían tal vigor, quedaban grabados con tal precisión y nitidez, que me han servido para guiarme más tarde en el difícil ministerio de la dirección de las almas. No diré todo lo que escuché y retuve sobre la vida religiosa durante aquel paseo memorable. Me acuerdo, sin embargo, muy bien de las ideas desarrolladas por este patriarca creador de una nueva Orden.

Tengo presentes en la memoria sus reflexiones sobre el tipo de religioso que deseaba ver establecerse en la Iglesia: la más enérgica y universal actividad, unida a la regularidad de las observancias monásticas. Aunque alabando a los jesuitas, deploraba que hubiesen abandonado las funciones más solemnes de la sagrada liturgia. Ningún servicio

<sup>1</sup> De 1899. Esta *Anécdota* fue publicada en el número 394 de los *Souvenirs*, fechado el 8 de julio de 1899.

religioso, decía, ningún ejercicio de piedad igualaba la belleza de las ceremonias de la Iglesia; ninguna oración pública podía superar a la salmodia o al canto del Oficio divino en coro.

Añadía: "La Iglesia es una monarquía cuyo Rey invisible está, sin embargo, presente bajo un velo misterioso. Esta presencia sagrada debe ser rodeada por una corte, con esplendores de una pompa verdaderamente regia. *Quantum potest tantum aude...*(*Osa llegar lo más lejos que puedas*). El Ceremonial contiene, bajo el nombre de rúbricas, las prescripciones que regulan el despliegue de aquella pompa o culto externo. Quiero -cito sus propias palabras- religiosos que salgan del Oficio para subir al púlpito, hombres que abandonen el claustro para mostrar caras decididas, en las que se pueda ver no los signos del miedo, sino las audacias de la fe...".

No es posible hacerse una idea del ardor del Padre durante esta conferencia; las palabras salían de su boca inflamadas. Yo le escuchaba encantado; no le había visto nunca en un tal arrebato de entusiasmo.

Caminábamos lentamente, la conversación se desarrollaba progresivamente, cuando a la vuelta de una de aquellas avenidas, al pie de un viejo roble, se nos presentó un soberbio lecho de vincas cultivadas. El Padre se paró silencioso para admirarlas. Luego, retomó la palabra, siguiendo el curso de sus pensamientos, y dijo:

"¡Oh, mira la hermosa imagen de una comunidad de monjes! ¡Mira estas hermosas flores! Lástima que Jean-Jacques Rousseau las haya hecho sus flores favoritas. Después de todo ese pobre hombre nunca vio en ellas lo que yo veo. Dios que creó a la vinca, la hace hablar para su gloria. ¿Acaso no es una ilustración de lo que acabo de decir sobre la vida religiosa?"

Mira bien, del centro inmóvil de la planta arrancan en todas direcciones sus tallos flexibles, vigorosos, llenos de savia. Estos tallos innumerables irradian en torno a su punto de partida, es decir, de su cuna. Crecen y se elevan cargados de hojas y flores. Se insinúan y penetran por todas partes, superando los obstáculos que terminan cubriendo con su verdor.

Las ramitas -míralas bien- sólo tienen vida y energía en cuanto están en contacto con la planta madre. ¡Y esas flores! Examínalas de cerca: llevan los colores de la humildad, como la violeta; pero lo que más admiro, es la actitud de su cabeza, que no se esconde bajo las hojas. No, está derecha, se yergue y domina. Estas flores presentan audazmente su corola al sol, abriendo su cáliz a la luz que las fecunda.

Mi querido amigo, ¡me gustan las vincas! Simbolizan a mis ojos mi ideal de una Congregación religiosa. No olvidemos que el divino Maestro se sirvió de una planta para dar a entender la organización de su Iglesia, cuando dijo: "Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos".

Aquí tengo que cerrar mi relato, una *Anécdota* no debe ser un volumen.

He citado las palabras del Padre con fidelidad, tal como las ha conservado mi memoria. Repito, mis notas escritas no me han dado datos sobre este episodio. No dudo, sin embargo, en garantizar la exactitud de los detalles que doy, aunque el discurso que reproduzco sólo sea un resumen abreviado.

Este discurso o conferencia se prolongó hasta tan tarde que me resultó imposible marcharme aquel mismo día. Con el encanto de su elocuencia se me olvidó la hora de partida, con gran alegría del Padre d'Alzon, que se guardó bien de avisarme. Se permitió incluso declarar, con la mejor gracia y su fina sonrisa, "que era el primer éxito de su enseñanza".

Ahora, ¿resultará difícil comprender mi emoción al ver de pronto las vincas en el camino de Belén, que me recordaron con tanta viveza las vincas del castillo de Lavagnac? Entre unas y otras, sin embargo, mediaba la distancia de cuarenta años.

### Los higos de Lavagnac<sup>1</sup>

¿En qué año preciso tuvieron lugar los hechos que voy a contar? Lo ignoro; lo he olvidado. No puede ser antes de 1857 ni después de 1859. Sin embargo, la estación exacta del año se fija por sí misma ya que se trata de la época en que maduran los primeros higos. Vayamos al grano.

El sol lanzaba sus primeros rayos a través de los vapores espesos de la noche cuando, cierto día, la diligencia de Pézenas se detuvo ante la casa de la Providencia de Montpellier. En ese momento preciso el capellán salía de su casa para ir a la iglesia. El conductor le entregó una hermosa cesta, de formas elegantes, de la que sobresalían por encima de la tapadera medio cerrada, algunas hojas verdes y frescas.

- Conductor, ¿de dónde viene esta cesta?

<sup>1</sup> Esta *Anécdota* del Padre d'Alzon es la última publicada por los *Souvenirs*. Se encuentra en el número 405, fechado el 14 de octubre de 1899. El 11 de noviembre siguiente comenzaron las pesquisas... Fue el fin de las *Anécdotas* y de muchas otras cosas.

- De Montagnac; fue entregada en la oficina del relevo, la recogí al pasar.
- ¿Quién la envía?
- No sé nada. Me han encargado entregársela sin falta.

Cuando se marchó la diligencia, el capellán entró de nuevo en su casa con gran curiosidad. Hizo entonces lo que hacen muchas personas que reciben un paquete o una carta: en vez de abrir inmediatamente la cesta, la gira, le da vueltas en todas direcciones, la interroga. La escritura de la dirección le es desconocida. ¿De dónde procede el envío? ¿Será del Padre d'Alzon? Montagnac está cerca del castillo de Lavagnac; pero no, de memoria de hombre, el Padre d'Alzon jamás ha enviado una cesta.

¡Una cesta! Es demasiado gran señor para eso. Sólo envía cartas; aunque una vez, por san Enrique, hizo llegar una caja, sellada con el escudo de la familia, que contenía una disciplina nueva y una nota con esta consigna, bajo la forma de un consejo benevolente: "utilizarla generosamente".

Tales eran los pensamientos que flotaban en el espíritu de nuestro capellán en presencia de tan misteriosa cesta.

Finalmente, hela aquí abierta; sobre una capa de hojas se encuentra una nota del puño y letra del Padre d'Alzon. "Mi querido amigo, acepta los primeros frutos de Lavagnac. Los he cogido yo mismo al amanecer. Están maduros y muy dulces. Necesito endulzarte para entrar en materia en un asunto que hemos de tratar juntos. Mañana, llevo en la diligencia. Celebraré misa, luego te pediré que me des de desayunar. Luego, el día mismo, salgo para Nimes.

Bajo la nota y bajo los pámpanos frescos estaban los higos. Nada de higos vulgares de mercado, sino ese hermoso higo negro, perfumado, repleto, blando al tacto, maduro, a punto; en fin, una fruta regia, formada con la más pura savia del árbol, buscada, codiciada, saboreada con delicia: ¡el incomparable higo de flor, de las riveras del Hérault! ¡Juzguen ustedes! ¡Una cesta de frutos exquisitos, recogidos por el Padre; una nota del mismo anunciando su llegada: todo eso junto, llegado con los primeros rayos de sol! Se lo preguntamos a quienes tengan gusto y corazón, ¿no era un día para señalar con una raya en la pared?

Henos aquí al día siguiente. La diligencia de Montagnac se acerca... Se escuchan las campanillas, los chasquidos de la fusta... Llega, se para. El Padre d'Alzon, ágil como siempre, desciende enseguida del coupé. Parece tan fresco y mil veces más delicioso que sus higos, sin comparación.

Escuchad el breve diálogo de entrada:

- Padre, debió mandarme la nota por alguien, en mano. Habría podido no abrir la cesta inmediatamente... Se ha expuesto a no encontrarme aquí...
- ¡Oh! ¡Oh!, amigo mío, te conozco a fondo. Te sé de memoria... ¡Tú! ¿recibir una cesta cerrada y no abrirla enseguida? Nunca. No eres capaz de una abnegación semejante... ¿Has abierto la cesta, verdad? Mientras leías la nota ¿has comido uno de mis higos? Vamos, sé franco...
- Padre, usted desea celebrar misa, creo...

El Padre entonces cambió de tono; tomó un aire serio, preocupado, se quedó en silencio algunos instantes, luego con emoción en la voz me dijo:

-Sí, deseo celebrar misa; quiero que me ayudes, tú mismo, en cuanto no haya nadie en la iglesia. Necesito estar solo...

Mientras se revestía con los ornamentos, me dijo en voz baja:

- ¿Sabrás guardarme el secreto? Tengo un problema serio para el que necesito la intercesión de las almas del purgatorio. En el *Memento* de los difuntos, me detendré cierto tiempo, déjame. Pero si me quedo absorto más de cinco o seis minutos, ven a sacudirme y a decirme que siga la celebración.

Es sabido que nuestro Padre, aun conservando una gran dignidad, celebraba la misa con rapidez, en veinte minutos. Un *Memento* de al menos cinco minutos no podía menos de indicar algo extraordinario.

Llegado a ese punto del augusto sacrificio, el sacerdote, las manos juntas, la cabeza inclinada, los ojos cerrados, pareció como enterrado en una fervorosa oración. Su cuerpo, erguido, inmóvil, con la rigidez de una estatua de piedra. Uno se podía preguntar si no había dejado de respirar.

Mirando desde un ángulo del altar para ver mejor su cara, se podía percibir un ligero, pero sensible movimiento de los labios, cerrados sin embargo. Parecía que el Padre decía interiormente palabras que no articulaba exteriormente.

Al séptimo minuto medido con reloj, le advertí tocándole el brazo. Inmediatamente sus ojos se abrieron, las manos se extendieron. Sin la menor vacilación, como si no hubiera tenido la menor interrupción, el Padre pronunció claramente las palabras de la liturgia: *Ipsis, Domine...* y el rito sagrado retomó su curso sin otro incidente.

Se comprenderá fácilmente que durante el desayuno no hubiera, ni por parte suya ni mía, alusión alguna a lo que acababa de suceder; el Padre, volvió a ser él mismo, alegre, lleno de buen humor, lanzando sus flechas de encantadora malicia contra quien, hoy, por primera vez, publica estas cosas que no ha olvidado, porque guarda esos preciosos recuerdos en el fondo de su alma.

#### NOTA

*Aquí terminan bruscamente las Anécdotas del Padre d'Alzon publicadas por el señor Galeran en los Souvenirs. Nada hacía prever esta interrupción y en ninguna parte se ha dado una explicación escrita. Pero la auténtica explicación está en los mismos acontecimientos como se ha dicho en el Prefacio: habiendo sido suprimida en Francia la Congregación, los Souvenirs desaparecieron y en consecuencia no hubo más Anécdotas del Padre d'Alzon. La guerra de 1914, al expulsar brutalmente a la comunidad de Jerusalén, consumó el desastre, porque destruyó lo que quedaba de los papeles y notas del señor Galeran y que causó la muerte del mismo, cuya edad avanzada fue incapaz de soportar semejante sufrimiento.*

*Que el lector tenga a bien elevar una oración por el alma de este hijo tan querido del Padre d'Alzon, en agradecimiento a sus esfuerzos por pintarnos el carácter y el espíritu de nuestro Padre.*

#### APENDICE

*Añadimos en apéndice, una oración fúnebre sobre el Padre d'Alzon que el señor Galeran pronunció en la comunidad de Nuestra Señora de Francia en el duodécimo aniversario de la muerte del Padre. Fue publicada en Souvenirs en el número 143, del 4 de junio de 1893.*

*Algunos celebrarán leer también en apéndice, tres Anécdotas del señor Galeran sobre el Padre Pernet. Dos fueron dedicadas a las Hermanitas de la Asunción, que acababan de perder a su fundador y publicadas por Souvenirs, n° 393 y 399, en las fechas respectivas del 1 de julio y 9 de septiembre de 1899. La tercera fue enviada al Padre Vincent de Paul, que la publicó en noviembre de 1900, en el número 29 de su carta "A los Hermanos de la Dispersión en Oriente". No habiéndole dado título el señor Galeran, la titulamos "El sentido común del Padre Pernet" y la colocamos después de las otras dos.*

*Finalmente, completamos esta interesante serie de Anécdotas con un "Proyecto de Panegírico" del Padre Hippolyte que el señor Galeran envió a su protagonista en vida y donde describía con mucha verba y exactitud el carácter, el ánimo, la fuerza de alma, la energía natural y sobrenatural de su antiguo prefecto de disciplina en el colegio de Nimes. Es un retrato muy bienvenido. Se puede leer en el n° 398 de los Souvenirs del 19 de agosto de 1899. En cuanto al panegírico del Padre Pernet, en el que trabajaba el señor Galeran cuando envió al Padre Hippolyte esta original oración fúnebre, ignoramos si ha sido pronunciado alguna vez.*

**Oración fúnebre**  
**sobre el Padre Manuel d'Alzon**  
**pronunciada el 22 de noviembre de 1892**  
**en Jerusalén**  
**en la capilla de Notre Dame de France**  
**por el señor abate Galeran**

Mementote praepositorum vestrorum,  
qui vobis locuti sunt verbum Dei,  
quorum intuentes exitum conversationis,  
imitamini fidem.

Recordad a vuestros dirigentes  
que os transmitieron la Palabra de Dios;  
imitad su fe, considerando el fin de su vida  
(Hebreos 13, 7)

He ahí lo que san Pablo escribía a los Hebreos. Estas palabras me parecen convenir admirablemente a la ceremonia que nos reúne aquí, ya que estamos celebrando el duodécimo aniversario de quien fue nuestro jefe, cuya boca nos ha predicado la Palabra de Dios tan a menudo y cuyo gran espíritu de fe -a través de sus ejemplos a lo largo de su vida y con la última y suprema lección de su santa muerte- nos anima a todos a seguir valientemente las huellas de sus pasos. ¡Qué nombre el de Manuel d'Alzon! ¡Qué recuerdos llenan y perfuman el alma desde el momento en que los labios lo pronuncian! Dejó la tierra, hace doce años, pero no nos dejó huérfanos; a vosotros sobre todo, Padres y Hermanos queridos, de quienes decía antes de morir: "*Ya sabéis que después de Dios y de la Santísima Virgen, sois lo que más he amado en el mundo*". ¿No es cierto que todavía está vivo en medio de vosotros, como vuestro jefe, mediante las reglas que os ha dejado; como vuestro guía, mediante los sabios consejos que os ha transmitido; como vuestro Padre, mediante ese valiente espíritu del que sois herederos y que debe ser, por la gracia de Dios, el molde de vuestra vida religiosa? En este momento todo indica que estamos asistiendo a una ceremonia fúnebre: los cantos, las palabras de la liturgia, el lienzo mortuorio en medio del coro, los ornamentos de los ministros sagrados. Pero si lo externo recuerda el duelo, ¿no sentimos como un soplo vivificante que pasa sobre nuestras almas y las refresca disipando la tristeza?

Al fin y al cabo, esta tumba al borde de la que nos encontramos, apenas cerrada por mano de hombres, pareció abrirse de nuevo bajo la acción de una fuerza misteriosa. El que estaba muerto pareció hablar de nuevo; todo estaba terminado, decían, y he aquí que todo recobró de repente un vigor nuevo e inesperado. Y se han visto salir de este ataúd, como de un manantial fecundo, aquellas aguas que desde hace doce años se expanden por el mundo entero, multiplicándose por diversos canales que son las Congregaciones de religiosos y de religiosas asuncionistas. Sois de ayer, mis queridos Padres y Hermanos, estáis apenas formados y ya lo llenáis todo, y vuestra acción se deja sentir lejos. ¿Qué extraño fenómeno es éste? El Padre d'Alzon lo había anunciado: "Después de mi muerte las obras se desarrollarán".

Los que han visto los comienzos de lo que ha venido a ser un fenómeno prodigioso, podrían contaros, entre otros, un incidente que -eso espero- no parecerá aquí fuera de lugar y cuyo recuerdo no se ha perdido.

Hace muchos años, un día de fiesta, un hombre eminente, amigo abnegado de vuestro fundador, el padre del religioso que es aquí vuestro superior<sup>1</sup>, recitaba al abate d'Alzon una encantadora poesía que había improvisado para animarle a continuar la empresa de una obra buena que, se decía, no iba a tener éxito. No encuentro en mi memoria más que dos estrofas, pero se aplican tan bien, como una profecía, al incremento inaudito de la Congregación, tanto en sus miembros como en sus trabajos, que la voy a citar con gusto. Helos aquí:

La obra que nace es como un río,  
muy estrecho en su cuna,  
pero que, en cuanto el cielo lo abreba,  
cesa de ser un arroyuelo.  
Y de los flancos pedregosos  
de las montañas,  
huyendo con rapidez,  
se va llevando hacia las campiñas  
la alegría y la fertilidad.

Así es, en efecto. El sucesor del Padre d'Alzon ha constatado más de una vez que la obra se duplica bajo la bendición de Dios.

¿Podemos olvidar que estábamos en París y luego en Livry, en el momento del último retiro, pocos días antes de la celebración del Capítulo general?

Allí, hemos visto llegar del Norte y del Mediodía, de Oriente y Occidente, las cohortes numerosas de estos religiosos, viniendo de los distintos campos de combate, para encontrarse reunidos en la casa-madre y rehacerse de nuevo, tras sus labores. En nuestro asombro a la vista de este espectáculo, decíamos al Padre general, que recuerda, al igual que nosotros, la pequeña cuna de esta amplia familia:

- Sólo con que silbara, se han reunido a su derredor estos batallones que Dios ha multiplicado y diseminado entre los pueblos: *Sibilabo eis et congregabo illos...et multiplicabo eos... et seminabo eos in populis (Les silbaré y les reuniré... y*

<sup>1</sup> El señor Germer-Durand, padre del Padre Germer que era entonces superior en Nuestra Señora de Francia.

*los multiplicaré y los enviaré a las naciones*) (Zacarías 10, 8-9). Y he aquí en el comedor de Livry a sus hijos reunidos en torno a su mesa, numerosos y llenos de savia, como brotes de olivo. *Filii tui sicut novellae olivarum in circuitu mensae tuae?* (¿Tus hijos, como brotes de olivo en torno a tu mesa?) (Salmo 127, 3).

He ahí la obra del Padre d'Alzon, dócil instrumento de la gracia divina.

Venid, tratemos de dibujar a grandes rasgos el retrato de este hombre notable, tal como nos ha sido dado conocerlo: *un perfecto gentilhombre, un verdadero sacerdote, un santo religioso*.

### **El perfecto gentilhombre**

La gracia transforma la naturaleza sin absorberla. La personalidad humana no es nunca destruida por el elemento sobrenatural; lo mismo que en Nuestro Señor la humanidad no quedó absorbida por la naturaleza divina. El santo, que es un hombre transformado, sigue siendo él mismo. Antes, pues, de entrar en el estudio de la vida de un santo, es bueno conocerle en sus inclinaciones, en sus cualidades y con sus defectos, en el orden natural, para poder seguir la obra de la gracia y las transfiguraciones que ella opera en un sujeto que no se resiste a su influencia, sino que se somete a ella voluntariamente.

Emmanuel-Joseph-Marie-Maurice d'Alzon era notable por la nobleza de su porte, sus maneras distinguidas y su espíritu caballeresco. A los dieciocho años era un joven apuesto, amable, de un talante alegre, cuya compañía era buscada y cuya conversación llena de vida y de sabor, sin sombra de ostentación, cautivaba a cuantos se le acercaban. Su aire natural, siempre digno, denotaba al hijo de un gran señor.

Más tarde, los que tuvimos la suerte de tenerlo como maestro, admirábamos su hermosa estatura, su amplio tórax, su cabeza siempre alta y echada hacia atrás, sus ojos penetrantes, sus labios expresivos. Sus alumnos le amaban con pasión porque les fascinaba.

La historia nos dice de san Basilio el Grande que cuantos le rodeaban trataban de imitar su porte; recuerdo a más de un maestro y de un antiguo alumno que, quizá sin darse cuenta, trataban de reproducir en sus actitudes y sus modales los de un hombre en quien no queríamos ver ninguna imperfección.

¿Quién no recuerda, entre los antiguos, la distinción con la que asistía en el altar a su obispo, Monseñor Cart? Más de una vez le vimos en medio de un grupo de obispos, como con ocasión de la consagración de la iglesia de San Pablo, en Nîmes, y nos decíamos (perdón por la franqueza tan simple): "¡los eclipsa a todos!".

El encanto de su espíritu quedaba embellecido por el talante caballeresco que le caracterizaba. En vano buscaríamos en el pasado, en los más minuciosos detalles, una sola circunstancia en que el Padre d'Alzon haya actuado *un poco por debajo*, según la expresión al uso; una sola ocasión en que se haya mostrado pequeño o estrecho. Le vimos ponerse colorado cuando tenía que hablar de temas delicados, él, sacerdote de virtud angélica; pero jamás tuvo que bajar los ojos ante el recuerdo de alguno de esos actos que, sin ser pecados, recuerdan a un hombre bien nacido que le ha faltado franqueza, amplitud de alma, generosidad de corazón, o incluso decoro. Manuel d'Alzon actuaba en todo por principio de honor, y este sentimiento, cuando es sobrenaturalizado, lleva lejos y alto; mantiene siempre vigilante.

Nos enseñaba siempre a tener con Jesucristo la fidelidad y la lealtad de súbditos fieles a su Rey. "Amigos míos, nos decía en una de sus instrucciones del sábado por la tarde, la cuestión no es si el pecado es ignoble o atractivo; porque tal acto, que es pecado porque está prohibido, puede ser bueno en sí mismo, cuando es legítimo en ciertos estados de vida. La cuestión para vosotros ha de ser ésta: esta tentación me fascina; no veo en ella al fin y al cabo un gran mal; pero mi Rey no la quiere, el honor pide que yo siga fiel a sus órdenes y sin discutirlos".

Seguid la marcha, por la vida, de la mayoría de sus antiguos alumnos; los reconoceréis por esta señal: han sido fieles a Dios, a la Iglesia y a la patria por honor. No hay un solo hombre, formado por el Padre d'Alzon, que no haya salido de sus manos transformado en auténtico y sincero gentilhombre, en el exacto sentido del término, que procediera de raza aristocrática o de clase inferior.

Manuel, hijo único de una familia ilustre, heredero de un hermoso nombre y de una gran fortuna, acostumbrado a ser servido, mimado, tenía tendencia por naturaleza a ser altanero, imperioso, a veces incluso desdeñoso, brusco y acerado en su lenguaje. Por virtud, era de una sencillez y de una condescendencia inolvidables.

Un día, siendo ya Vicario general, insistió en llevar él mismo, de la estación al colegio de la Asunción, una pesada maleta del Padre Corail, jesuita. Rechazó el ofrecimiento de nuestros servicios.

Temía a su madre; temblaba en su presencia. Lo vi más de una vez, en el castillo de Lavagnac: se levantaba y se descubría siempre delante de su padre y de su madre.

Un día, tras haber gastado su último céntimo, tenía necesidad de una suma de dinero considerable; fue a pedirle a su madre que se la diera. En el viaje, encontró a algunos amigos íntimos y les dijo:

-Tengo miedo, tengo que ir a ver a mi madre para pedirle dinero y me temo que me va a reñir.

De vuelta, los mismos amigos le vieron venir con la cara radiante y alegre, y decirles:

- ¿Lo vais a creer?, mi madre no me ha reñido, me ha dado todo lo que le pedí.

Cuando el joven Manuel estaba en Roma, escribía a menudo al abate Vernières, a la sazón párroco de Montferrier, cerca de Montpellier, y muerto siendo párroco de Capestang. He tenido la suerte de leer aquella correspondencia en la que encontramos a cada línea al gentilhomme cristiano. Habla allí del acta que firmó a petición del papa Gregorio XVI que condenaba los errores de Lamennais. Anuncia su ordenación y pide consejos sobre su porvenir. Ahora que es sacerdote piensa en partir para las misiones; luego, le parece que París ha de ser el centro de su ministerio en medio de los jóvenes estudiantes. Pero el cardenal Micara, escribe, le ha dado el sabio consejo de seguir la vía ordinaria poniéndose entre las manos de su obispo. Es lo que se propone hacer.

Cuando el abate Vernières fundó más tarde una casa de retiro para los sacerdotes en aprietos de toda clase, pocos son los que saben que el abate d'Alzon le animó y le ayudó generosamente con su propio dinero. Ése fue el comienzo de sus gastos incontrolados, que han sido tachados de extravagancias entre los hombres, pero que los ángeles del cielo ponían en el haber de nuestro Padre, en aquel gran libro que algún día hemos de ver. Se empobrecía en la tierra, atesoraba en el cielo.

Sé por el abate Vernières un detalle muy interesante, que he de contar, aunque sea de un carácter muy íntimo, pero pone tan de relieve su carácter de gentilhomme y la delicadeza exquisita de su corazón puro, que no vacilaré en decir lo que sé.

Cuando Manuel volvió de París terminados sus primeros estudios, estaba en todo el esplendor de un joven de raza noble. Las familias aristócratas del entorno de Lavagnac venían a menudo a visitar a los d'Alzon, y las madres traían con ellas a sus hijas. Aquellas señoritas, cuidadosamente educadas, cuya piedad y virtud realzaban su belleza y sus gracias, gustaban del trato de nuestro Manuel. Era cosa muy natural. Varias se enamoraron de él y muy pronto. Él se dio cuenta y entonces, decía el venerable sacerdote, mostró aquel hermoso carácter que le hemos conocido. Con un tacto exquisito, con una delicadeza admirable, sin cambiar bruscamente su conducta, sin dar el menor aliento y, sobre todo, sin ofender nunca aquellos corazones inocentes y sencillos, mantuvo a aquellas jóvenes a distancia con una fuerza suave que paró en seco cualquier pasión naciente e impuso la estima y el respeto. Tal fue el perfecto caballero.

### **El verdadero sacerdote**

¿Qué es un verdadero sacerdote? Aquél que une al carácter sagrado el espíritu de su vocación; el que no sólo ofrece el sacrificio, sino que ofrece también a los demás aquello de lo que es depositario: los sacramentos, la Palabra de Dios, la ciencia divina, añadiendo a eso el ejemplo y, si necesario fuera, su propia inmolación. En una palabra, el verdadero sacerdote es predicador, director y doctor.

El Padre d'Alzon era hermoso en el púlpito, su gesto tenía amplitud y gracia. Tenía la costumbre de no fijar su mirada en el auditorio, excepción hecha de algunos momentos de apasionamiento o de apóstrofes elocuentes; pero se veían siempre los relámpagos de su mirada. Su voz no siempre era justa en su entonación; decía que tenía la voz falsa, pero el oído justo; nunca se equivocó con más candor.

Más de una vez su elocuencia se elevaba a lo sublime. De entrada era tranquilo y sencillo; poco a poco se remontaba mediante impulsos que parecían, según la exacta apreciación de Monseñor Besson, "vigorosos aletazos". No escribía. Rezaba, meditaba y se mortificaba. Decía: "El estudio recoge los materiales y los pone en orden. La víspera de predicar es mejor dejar los libros de lado, a menos que sea necesario precisar una cita. Sólo la oración da unción y poder de penetración. El sermón que da fruto no es siempre el más correcto desde el punto de vista literario, sino el que ha sido preparado ante el Santísimo y mediante la penitencia, la meditación y la oración".

Se ha dicho del Padre d'Alzon, en versos bien inspirados, lo que reproducimos aquí:

Cuando en las llanuras del cielo,

el águila audaz se lanza,  
 no lejos de nosotros, primero,  
 sus alas la mantienen;  
 mas, pronto se le abren vastos horizontes,  
 y sube, hiende el espacio, y la multitud atónita  
 la admira, triunfante en medio de la nube.  
 ¿De rayos divinos coronada?

Así, sacerdote inspirado, se eleva tu palabra.  
 Cuando deseas levantar el velo del símbolo,  
 el vulgo se turba y teme la oscuridad;  
 esperad, el relámpago desgarrará la nube;  
 y sé que a su luz los espíritus más ciegos  
 han saludado la verdad.

Lacordaire decía un día al Padre d'Alzon: "Usted predica demasiado, se agotará". El le respondió: "Los grandes torrentes lo arrasan todo en un instante, pero la gota de agua ha de caer constantemente para horadar. Yo soy la gota de agua".

Era a menudo el torrente que arrastra. Nimes no olvidará nunca las conferencias impartidas en la iglesia de San Carlos, en 1848, después de la revolución a la que el Padre d'Alzon acababa de asistir en París. Varias horas antes del discurso, la iglesia estaba literalmente invadida. Había hombres sentados a horcajadas en las balaustradas del coro; otros, subidos a los bancos detrás del altar mayor, enseñaban la cabeza por entre los candelabros.

Sus instrucciones de los sábados en la Asunción y sus explicaciones sobre las epístolas de san Pablo en la misa de los domingos, han quedado grabadas en el espíritu de sus antiguos alumnos. Aquellos que han llegado a ser sacerdotes han bebido en ellas para preparar sus sermones, como de un manantial abundante.

Sus Cuaresmas, en París, en Nimes y en otras partes, tuvieron un auténtico éxito. El clero de Montauban ha conservado el recuerdo de sus hermosos retiros eclesiásticos y de sus conferencias prácticas, siempre llenas de ingenio, de finura y de acierto.

Hablemos de lo más íntimo. Nosotros, los antiguos alumnos, no podremos perder de vista el recuerdo de las exhortaciones improvisadas, aquellos momentos sublimes de inspiración repentina de las que hemos sido felices testigos. ¿Quién puede olvidar aquella noche de Navidad en la que el Padre, sosteniendo la Hostia sobre el copón en el momento de la Comunión, nos habló de repente, con una voz temblorosa de emoción, de la presencia real? Su rostro iluminado, su actitud, su mirada, el tono de sus palabras, todo era sobrenatural; era un éxtasis. Pensar en ello, es volver a experimentar aquella suavidad que nos invadió a todos en aquel augusto momento.

Hablemos aquí de un cumplido que dirigió a Monseñor Cart, obispo de Nimes, el día de una primera Comunión. Nunca he podido atravesar el umbral del santuario de nuestra querida Asunción, incluso después de largos años, sin pensar en aquel delicioso incidente.

El obispo, llevado en procesión, llegó mitra puesta y báculo en mano a la entrada de la capilla. El Padre d'Alzon le leyó el cumplido, que contenía estas palabras:

"Es usted el único, Monseñor, por quien hayamos podido consentir en privarnos de la felicidad de distribuir la primera Comunión a nuestros niños. Le hemos pedido que presida esta santa ceremonia; y deseamos darle las gracias diciéndole que el sacrificio que hacemos se convierte en gozo, para nuestro corazón, porque es por Su Excelencia por quien nos privamos de ese gran consuelo".

El obispo, inclinándose ante su Vicario general, respondió con gracia infinita: "Mi querido abate d'Alzon, no tengo más que consultar a mi propio corazón para comprender el sacrificio del vuestro y para apreciar la generosidad de vuestro acto al invitarme a dar la primera Comunión a vuestros niños. Sin embargo, está bien así; nada sale de la familia. Sucede a menudo que el día de la fiesta de un padre, éste renuncia a sus derechos y toma a sus hijos de la mano para ir a pedir al abuelo que les dé una caricia y una bendición. Si usted es el padre, yo soy el abuelo aquí; en su nombre y a petición suya, vengo a dispensar las gracias y los favores que usted mismo hubiera podido distribuir. Estos queridos niños nos verán a usted y a mí en el altar durante la ceremonia; saben que nuestros dos corazones no forman más que uno y que lo que uno dé el otro ayudará a darlo".

Dios sabe que estos viejos recuerdos de hace cuarenta años están frescos aún en mi memoria y su aroma no ha perdido la suavidad del primer día.

El verdadero sacerdote es director de almas. La experiencia prueba que un excelente director de conciencia de hombres, de soldados, de marinos no es siempre un buen director de mujeres, de muchachas y sobre todo de religiosas. El Padre d'Alzon era sin embargo una cosa y otra. Su dirección tenía esta particularidad: era rotunda y al mismo tiempo muy precisa. Era original pero práctico. Sus decisiones eran seguras y motivadas. Profundamente versado en la ciencia de la vida espiritual, familiarizado con los escritos de los grandes místicos, era muy buscado por las almas a quienes Dios llamaba a una más alta perfección. Los hombres, las mujeres, los niños, todos querían tenerlo como confesor.

En el colegio de la Asunción, donde había varios sacerdotes entre los profesores y se garantizaba a los alumnos la más absoluta libertad, a él era a quien buscaban preferentemente. Era realmente padre y juez; su acción sobre las almas tenía algo de prodigioso. Este hombre tan vivo, tan rápido en sus movimientos, tan cortante, tan masculino en sus ademanes, estaba sin embargo dotado de una unción que penetraba con fuerza y se expandía en el alma como aceite de suave olor.

Sabremos un día hasta qué grado de perfección habrá hecho elevarse a Huet, aquel conductor de diligencia a quien se sentía orgulloso de llamar su amigo y cuyos actos de caridad, de abnegación y de penitencia ilustrarían la vida de un santo canonizado.

La ciencia no era descuidada por el Padre d'Alzon. Estudiaba siempre, a los Padres de la Iglesia sobre todo. Era canonista y se mantenía al corriente de los trabajos de las Congregaciones romanas. Las cuestiones modernas le interesaban vivamente; ningún hombre ha comprendido mejor a su tiempo, ni ha conocido mejor a sus contemporáneos en todos los niveles de la sociedad. Leía mucho a los autores ingleses a quienes valoraba con precisión. Los clásicos le resultaban familiares. Le hemos visto a menudo deleitarse con la lectura de Cicerón, del viejo Séneca, de Salustio y de los poetas. Poseía, para este estudio, una colección de elzeviros de la que estaba muy orgulloso.

No hemos escuchado nunca nada comparable a su curso de historia eclesiástica, que daba los jueves a los alumnos más avanzados. Sus visiones amplias, sus juicios seguros, la claridad de sus narraciones, el orden cronológico de los hechos, la exactitud y la inmensa variedad de las citas, todo denotaba al sabio y al profesor completo. Tenía, como Bossuet, hermosas apreciaciones de conjunto, pero cuando bajaba a los detalles, el interés de los oyentes era intenso y la hora del final de la clase llegaba siempre demasiado pronto, a nuestro parecer.

### **El religioso santo**

Henos aquí ahora en presencia del religioso. El Padre d'Alzon era un hombre de regla, de mortificación y de espíritu interior.

Debería guardar silencio aquí y dejar hablar a sus hijos que le han conocido íntimamente en la vida religiosa. Sólo ellos pueden contarnos las cosas de su interior que acabaron de perfeccionar a nuestro Padre. Diré sin embargo lo poco que sé y que se armoniza bien con nuestro tema.

Su puntualidad era proverbial: no le gustaba esperar, le horrorizaba hacer esperar; iba por la calle con el reloj en la mano para no retrasarse.

La constitución de la Iglesia le maravillaba. Nos decía un día durante un paseo:

"La Iglesia está compuesta por monarquía, aristocracia y democracia admirablemente combinadas. En una Congregación religiosa, es bueno que haya una aristocracia que se renueve mediante la democracia. Es la única manera de mantener las tradiciones, de dar el tono suscitando una emulación que en nada dañe a la humildad. La regla ha de ser absolutamente la misma para todos; no debemos aceptar a ningún precio situación alguna que signifique privilegios, dispensas, mitigaciones para siempre; motivadas, no por razones de salud u otras, sino concedidas para recompensar un trabajo o algunos éxitos que sólo Dios debe recompensar algún día".

Su mortificación, lo sabemos, era extrema. Pudo haberse contentado con los sufrimientos crónicos que le causaban sus retorcionones estomacales. Dormía pese a todo en un jergón de paja molida, duro como una tabla, en una habitación sencillamente pintada con cal. Se daba disciplinas hasta sangrar; utilizaba un cilicio que las Carmelitas habían trenzado para él, a petición suya, y que hemos visto ensangrentado; usaba cadenas de hierro con puntas de acero. Dejádme

deciros con toda sencillez que una vez me regaló, para gran sorpresa mía, una de esas cadenas, enrollada en una hermosa cajita, como aguinaldo de año nuevo en 1849.

Otros hablarán de sus peregrinaciones a Rochefort, realizadas incluso descalzo, y de sus frecuentes retiros en la Cartuja de Valbonne. Pero lo que otros no saben probablemente es que subiendo un día la colina de Rochefort, nos confió que sus pies estaban sangrando. Llegó a pesar de todo al Santuario y celebró la misa; pero casi se desvanece al bajar del altar. El excelente Padre Séon, por entonces superior de los maristas, adivinó la causa de sus sufrimientos y le obligó, no sin resistencias, a aceptar un par de zapatos de lona. Cuando se descalzó, cosa que quiso hacer sin ser visto más que de nosotros que le asistíamos, hubiérase dicho que tenía sus pies a remojo en sangre.

Haré bien, me parece, en contar otro hecho, porque los hechos, aunque sean de carácter familiar, hablan mejor y más alto que las palabras más elocuentes.

Un día salimos de Nimes hacia Rochefort con algunos profesores, bajo la guía del Padre d'Alzon. Yo era el único alumno presente. Tras una larga marcha, llegamos al albergue de Lafoux bastante tarde en la noche y nos encontramos con que no había bastantes camas para todos. Finalmente pudimos arreglarnos; el Padre dijo que me llevaba consigo a su habitación. Al entrar no vimos más que una cama.

- Espera un momento, dijo el Padre, y déjame hacer.

Arrastró la alfombra hasta la otra extremidad de la habitación, echó allí un cojín que había en un viejo sillón del cuarto y luego extendió una manta; yo miraba en silencio pensando, como es natural, que aquello iba a ser mi cama. El Padre dijo entonces:

- Tú vas a dormir en la cama; yo me acostaré aquí; date prisa y buenas noches.

- De ninguna manera, Padre, no aceptaré un arreglo semejante.

- Lo tomas o lo dejas, dijo, yo no cambiaré de idea. Pero si no estás contento, te abro la puerta y te vas a dormir al pasillo. Eso es todo. ¿Está claro?

Hube de someterme. Se echó en el suelo, pese a la fatiga de la larga caminata a pie.

Su espíritu de oración era maravilloso. Sé por él, en una conversación de padre a hijo, que le resultaba fácil aislarse y poder orar y meditar en medio de una multitud, pese al ruido. ¡Cuántas veces le sorprendí con la cara inflamada, después de la santa misa, cuando se detenía en Montpellier para estar a solas con el Santísimo en la capilla que yo atendía por entonces! En tales ocasiones yo le servía de acólito; le agradaba, decía, para poder estar a gusto hablando con Dios.

Veía a Dios en todas partes; nada le motivaba tanto como el deseo de hacer la voluntad de Dios: era su potente y único motor; de ahí su absoluto desprendimiento. Decía al cardenal Mermillod que, cuando era joven, quería entrar en su Congregación:

- No, quédese donde está, allí hará mucho bien. Además, algún día será obispo de Ginebra.

Salía una vez de la catedral de Nimes; un pobre le pidió una limosna; no tenía dinero a mano; tornó a la sacristía, se quitó la camisa de fino lino y al salir la dejó entre las manos del pobre. Este hecho no es único: acciones como ésta o semejantes son innumerables en su vida.

Podemos afirmar sin temor que si el Papa le hubiera dicho: "Renuncie a su Congregación, cambie sus planes y modifique sus ideas", no habría dudado un instante en obedecer. Y mi convicción absoluta respecto de los Agustinos de la Asunción, hoy florecientes, es que una sola palabra del Papa les haría abandonar sus empresas, sus proyectos, sus obras, todo. Ése es el talante de la Asunción: servir a Dios y a la Iglesia como Dios y la Iglesia quieren ser servidos y no de otra manera.

Al santificarse, el Padre d'Alzon entraba por el camino de los grandes santos. Ahora bien, en la vida de las almas de élite que han dejado huella en la tierra encontramos un triple carácter, a saber, una etapa de luchas, un período de impopularidad y una época de triunfo.

1º Manuel conoció la lucha muy pronto. Pocos corazones han estado sometidos a más torturas que el suyo. Ha de luchar primero con su padre y su madre a quienes ama tiernamente, tan tiernamente que parece ceder un instante; pero la llamada de lo alto es más fuerte que todo y sale victorioso. Es conocida su partida a Montpellier, luego a Roma. Su

madre escribía al abate Vernières: "¡Ah, usted no sabe lo que supone la pérdida de este hijo querido! ¡El vacío y la noche nos rodean desde que él nos dejó!".

En Roma encuentra también el sufrimiento; allí se topa primero con envidias y luego con ciertas desconfianzas a causa de su estrecha relación con el abate Lamennais.

Regresa ya sacerdote, los obispos se lo disputan. Se establece finalmente en Nimes, donde Monseñor de Chaffoy le hace su Vicario general, no sin suscitar vivos clamores de ciertos miembros del clero.

Pasemos rápidamente los años. Su familia vive en la diócesis de Montpellier; él solicita del obispo diocesano, Monseñor Thibault, la facultad de oír confesiones allí; pero Monseñor Thibault ha sido prevenido contra él por una tenebrosa intriga; los poderes le son denegados. Me acordaré siempre de la tristeza del Padre cuando le vi después de la muerte de su madre. Con lágrimas en los ojos me dijo:

- Hijo mío, mi madre murió en mis brazos y no tuve el consuelo de poder darle una última absolución. El abate Berthomieu, nuestro viejo amigo, estaba allí; yo no tengo poderes.

Otras luchas que entristecieron un corazón tan bueno entran en otra etapa, la de la impopularidad.

2º Decían: "Es un original, un excéntrico, un pródigo, un extravagante». Los enemigos han dicho eso y más de un amigo lo ha repetido, pero sin la misma mordacidad.

Otros decían: "¡Qué pena! ¡Estaba tan hermoso con su sotana, su alzacuello y su fajín! ¿Cómo ha podido resignarse a tomar ese capuchón tan feo? ¡Qué magnífico obispo habría sido!".

El Padre sabía todo eso, escuchaba mucho, pero no por eso dejaba de seguir adelante a toda vela.

Monseñor Plantier, un momento influido por malos espíritus, le decía secamente tras la muerte del vizconde d'Alzon:

- Ahora que su padre ha muerto, pienso que no seguiré de Vicario general.

Apresurémonos a decir que Monseñor Plantier reconoció pronto que había cedido a un momento de impresión desfavorable; hasta su muerte, siguió siendo amigo sincero del Padre, quien por otra parte le rindió eminentes servicios, sobre todo el de hacerle abandonar el galicanismo.

Un día, en Roma, encontrándose solo con Pío IX, vio sobre la mesa del Papa una fotografía de Monseñor Pie, de Poitiers. Tenía el retrato de Monseñor Plantier en su Breviario; le pidió al Papa que lo aceptara y lo pusiera junto al de Monseñor Pie. Pío IX sonrió diciendo:

- ¡Pero si es un galicano!

- Es cierto, dijo el Padre, pero le vendrá bien estar en esta compañía bajo vuestra mirada.

El Papa aceptó.

Hay que señalar como un hecho que relato, pero sin juzgar las motivaciones, que tras la muerte de Monseñor Plantier, el Padre d'Alzon fue apartado por el Capítulo, que eligió como Vicarios capitulares precisamente a aquellos que no compartían las ideas del antiguo Vicario general.

He aquí otro tipo de prueba que os toca de más cerca, queridos Padres y Hermanos míos, y que les comunico muy a gusto.

Cuando una asociación está formándose, no es de extrañar que haya entradas y salidas entre los candidatos que se presentan. El Padre d'Alzon había puesto sus ojos en dos de sus alumnos, muy diferentes el uno del otro, a quienes quería mucho y de los que quería hacer sus colaboradores. Sus esperanzas quedaron frustradas: uno llegó a obispo, el otro nunca ha sido gran cosa, pero la gracia de Dios le ha mantenido en una cierta línea en que ha intentado hacer un poco de bien. Estos dos alumnos fueron los primeros en conocer los proyectos del Padre d'Alzon. Aquí aparece la mano de Dios: el Padre había hecho su elección pero Dios había hecho una mejor. Sin saberlo, los dos elegidos del Padre empujaron hacia él al que Dios quería y que se llamaba François Picard. Ni el que es obispo, ilustre por más de un título, ni el otro, pese a todos los dones que se le quieran conceder, estaban hechos para tomar en la Congregación la posición que el Padre Picard ocupa en ella con tanta sabiduría y tanta energía. Cuando Dios, cuyos caminos son admirables, quiere perpetuar una obra, sabe hacer que a un hombre notable suceda otro hombre que complete al primero. El Padre d'Alzon y el Padre Picard se completan maravillosamente. El primero, lleno de audacia, de fuego y de impetuosidad, corriendo rápidamente de un sitio a otro, creando y enseguida pasando a otra cosa, era realmente el hombre que se necesitaba para poner todo en movimiento y para abrir camino. Después de él, el timón ha sido tomado por una mano enérgica guiada por un espíritu tranquilo, positivo, hábil en la administración. En el primero como en el segundo brillan el mismo espíritu de fe, el ardor del mismo celo, el amor a la Iglesia; pero mientras el uno expandía

todo su fuego hacia fuera con erupciones espléndidas y majestuosas, el otro sabe contener la ebullición de su alma y gobierna, no a la aventura, sino como el navegante reflexivo que mira primero al cielo y luego fija la mirada en la aguja de la brújula, mantiene firmemente, en la dirección que se ha trazado, la nave que le lleva a él y a los suyos.

Se decía en tiempos del Padre d'Alzon, pero ¡cuán sin razón!, que siendo un hombre tan superior parecía imposible sustituirle: "Cuando se muera, todo se vendrá abajo". Bajo el gobierno del Padre Picard, se dice: "A los Asuncionistas, todo cuanto emprenden les sale bien".

Se criticaba mucho a nuestro Padre por sus extraordinarios dispendios. Sin duda, hay que alabar a quienes tienen la sabiduría de la economía. El Padre d'Alzon iba adelante, sin calcular, es cierto; pero no fue para sí mismo, sino para los demás, por lo que se arruinó más de una vez.

El doctor Combal le decía un día:

- Si continúa usted así, destruirá su salud, como si despilfarrara su capital.
- Oh, si es por eso, respondió sonriente, ya he arruinado más de uno.

El Evangelio trae una palabra notable del divino Maestro: "Los hijos de este mundo son más sagaces en su generación que los hijos de la luz". Sin duda, el divino Maestro quiere decir que los hijos de la luz deberían tener en los negocios la prudencia de las gentes del mundo. Sin embargo, no deja de ser cierto también, como marca característica de los hijos de la luz, que les falta muy a menudo esa prudencia deseable y que la ausencia de esta cualidad no les impide sin embargo seguir siendo verdaderos hijos de la luz.

Dejémoslo aquí, sin hablar de ciertos sufrimientos que entristecieron el final de la vida de nuestro Padre y que le llegaron de parte de aquéllos o aquéllas a quienes había mostrado tanta entrega, en quienes había depositado tanta confianza para luego quedar defraudado. Nada habrá faltado a sus sufrimientos morales. Hizo de su cuerpo y de su espíritu un sacrificio viviente.

3º ¡El triunfo! No lo disfrutó. Lo había previsto y anunciado: "Después de mi muerte, había dicho, las obras se desarrollarán".

En su ocaso, pudo a través de espesas tinieblas entrever las primeras luces de la victoria. Su muerte fue un triunfo. Cuando Agustín moría en Hipona, los Vándalos se detuvieron para no asediar la ciudad antes de que hubiera exhalado el último suspiro. Así, los modernos Vándalos hubieron de suspender su obra de expulsión para dejar morir en paz a este ilustre discípulo de Agustín.

Aquella habitación de la Asunción, tan conocida, donde murió y donde he celebrado la misa con tanta emoción, se ha convertido en un santuario muy querido para todos sus hijos. Entremos en él con el pensamiento, para escuchar allí con respeto sus últimas palabras. Son sagradas para nosotros; no perdamos nada de ellas y repitémoslas una y otra vez.

"Sólo quiero la voluntad de Dios". - "Sólo deseo el cielo". - "Mis queridos Hermanos, ya sabéis que después de Dios y de la Santísima Virgen, sois lo que más he amado en el mundo". - "Vamos a separarnos... Sumisión a la voluntad de Dios... Él es el Dueño". - "Hay muchos otros buenos religiosos que no están aquí; mi corazón los abraza a todos". - "Soy yo quien debiera ponerme de rodillas y pedirlos a todos perdón". - "Voy a partir, pero mi corazón estará con vosotros". - "(Os ayudaré)... cuanto pueda". - "Sed buenos religiosos".

Murió y su triunfo comenzó de inmediato. Sus funerales fueron espléndidos, no por la pompa, sino por la concurrencia inmensa y espontánea de todos los estratos de la población.

Monseñor Besson, obispo de Nimes, dirigió a su clero una carta pastoral, auténtico panegírico, obra maestra cuya elocuencia, interés y nobleza de sentimientos nadie sobrepasará.

Monseñor de la Bouillerie escribía: "Era un gran católico, un gran religioso y uno de los hombres que más honor han dado a la Iglesia en la última mitad de nuestro siglo. Ha dejado a la Congregación que fundó la tradición de una virtud sólida, de un espíritu elevado, de un carácter firme e inaccesible a cualquier componenda del mundo, de una entrega sin límites a la Sede Apostólica".

Monseñor Vitte, a su vez, aportaba este testimonio: "Sí, era un valiente soldado, un fuerte entre los fuertes de Israel. Su alma había seducido a la mía".

Monseñor Mermillod: "La Iglesia pierde a un valiente y fiel servidor".

El obispo de Rodez decía: "Le trataban de imprudente, de apasionado, de hombre capaz de perderlo todo, y es él por el contrario quien lo ha ganado todo".

El obispo de Anthédon llamaba al Padre d'Alzon, "ese sacerdote tan eminente, tan dotado, tan generoso, tan valiente, tan prendado de la gloria de Dios, tan celoso de sus derechos, tan apasionado por su Reino".

Monseñor Besson le aplica aquella palabra de Bossuet: "La sombra del Padre d'Alzon podrá aún ganar batallas".

Pío IX tenía la costumbre de decir: "d'Alzon es nuestro amigo".

¿Qué más se puede desear tras estos testimonios de un gran Papa y del episcopado? Es la Iglesia quien nos habla para decirnos lo que valía nuestro Padre. ¿No hay ahí un gran triunfo?

Mirad a vuestro alrededor: ¡qué espectáculo esos maravillosos progresos de una Congregación tan pequeña y tan débil en sus comienzos! ¡Cuántas obras magníficas irradian de ese centro que es la tumba de la Asunción en Nimes, donde reposan ahora los restos venerados de nuestro Patriarca!

Vuestro éxito, Hermanos míos, se debe primero a la gracia de Dios, y después, sobre todo a lo que yo llamaría, explicándome, vuestra política decidida, franca y determinada. Sabéis lo que queréis y adónde pretendéis llegar y vais adelante con confianza. El mundo conoce vuestras pretensiones; las ve claramente, porque no las escondéis; os mira asombrado.

El programa que seguís con perseverancia está contenido en esta preciosa nota que conocéis, escrita del puño y letra de vuestro fundador en 1877, literalmente reiterada luego por él mismo el primero de junio de 1879, y legada a su sucesor. Hela aquí:

"Recuerdo la divisa de la Asunción: *Adveniat Regnum Tuum*.

1° Trabajar en la restauración de la enseñanza superior cristiana sobre los principios de san Agustín y de santo Tomás.

2° Combatir a los enemigos de la Iglesia encuadrados en las sociedades secretas, bajo la bandera de la Revolución.

3° Luchar por la unidad de la Iglesia entregándome a la extinción del Cisma.

Para mí, en adelante, todo está ahí".

Para vosotros, Padres y Hermanos, todo está ahí.

Considerad atentamente la marcha de la Congregación. Sigue exactamente este orden del día de su jefe.

Vuestros estudios continúan según el plan trazado, y se da la circunstancia de que coincide con el de León XIII. Ninguna rama de las ciencias sagradas y de las ciencias auxiliares es descuidada por vosotros; lo abrazáis todo con éxito asegurado.

Contra las sociedades secretas y las sectas hostiles a la Iglesia y a la sociedad tenéis, manejada por hombres hábiles, el arma poderosa de la prensa; y Dios ha bendecido esta obra de una manera extraordinaria más allá de toda esperanza.

Contra el espíritu de cisma, tenéis obras grandiosas, tales como las peregrinaciones a Lourdes, a Roma, a Jerusalén, que despiertan el entusiasmo católico y obligan a las multitudes a reconocer la grandeza y la majestad de la Iglesia romana.

En una palabra, vuestros proyectos se tornan acontecimientos; los pueblos los observan con admiración. El mundo se ha puesto en marcha para seguiros cuando se auguraba que fracasaríais.

Sois los depositarios de una rica herencia: sed fieles a vuestro Padre.

A él le aplicaremos, para terminar, aquellas hermosas palabras del primer libro de los Reyes: "*Me suscitaré, dice el Señor, un sacerdote fiel que actuará según mi corazón y mi pensamiento. Construiré para él una casa fiel; caminará todos los días de su vida ante la faz de mi Cristo*". (1 Reyes 2, 35).

He ahí el retrato de Manuel d'Alzon; un sacerdote realmente suscitado por Dios, que ha buscado en todo la voluntad de Dios; para quien Dios, a cambio, ha construido una casa, una familia, cuyos miembros elegidos sois vosotros.

Que él obtenga para sus hijos, que le aman y veneran en la tierra, la gracia de caminar, como él, sin desviarse jamás, ante la faz de su Cristo, el único Maestro y Señor, que será nuestra recompensa eterna. Así sea.

### **El Padre Pernet**

Las Hermanitas de la Asunción me han escrito para pedirme que consigne para ellas algunos recuerdos de su venerado fundador. Lo haré con gusto a medida que el pasado se vaya presentando a mi memoria.

Lo haré para la edificación de las hijas de este admirable Padre, y también como testimonio de agradecimiento a la memoria de quien ha sido mi maestro y mi amigo.

Claude Etienne Pernet llegó al colegio de la Asunción de Nimes en 1847: tenía veintitrés años. Yo era entonces alumno de la primera sección, llamada de los mayores, de cuya vigilancia quedó encargado el señor Pernet. He recordado en otro sitio, en una carta al Padre Hippolyte, cómo el nuevo vigilante fue apreciado de todos nosotros y desde el primer momento<sup>1</sup>.

Su exterior simpático, el timbre mismo de su voz tan dulce, su timidez encantadora y luego poco a poco el conocimiento de su buen corazón, todo en él atraía nuestro más vivo afecto.

Evitábamos causarle la más mínima pena, lo que por parte de los alumnos respecto de un vigilante es algo sencillamente heroico. Nos esforzábamos incluso por hacer que se sintiera a gusto, por facilitarle el desempeño de su cargo.

Se daba cuenta de ello, aprovechaba todas las oportunidades para hacernos comprender con delicadeza, cuánto apreciaba nuestras maneras para con él.

Me parece estar asistiendo a la presentación del señor Pernet. Fue durante el recreo del almuerzo, mientras estábamos en filas, cuando nos lo presentó el Padre d'Alzon.

Llevaba sombrero de copa, levita marrón oscuro. Tenía barba y pelo largo. También tenía una tabaquera y esnifaba mucho tabaco, costumbre que dejó más tarde.

Le llamábamos *Fantasma* (*Fantôme*). ¿Por qué? He de rectificar aquí una leve inexactitud del Padre Picard en su alocución a las Hermanitas, reproducida en los *Souvenirs*. He aquí en qué circunstancia le pusimos el nombre de *Fantasma*.

Poco tiempo después de su llegada al colegio el señor Pernet desapareció de repente.

- ¿Dónde está?, preguntaban los alumnos.

Alguien respondió:

- En la enfermería, enfermo.

- Enfermo, ¿de qué?

Silencio. Eso nos intrigó y picó nuestra curiosidad. Tuvimos la idea de preguntar al médico a su paso hacia la enfermería. Nos dijo la verdad. El señor Pernet estaba seriamente enfermo de fiebre tifoidea. Estaba aislado, nadie debía acercársele.

Finalmente un día, tras dos meses de ausencia, reapareció en el patio del gimnasio, bien arropado en un abrigo. Era su primera salida. Parecía un espectro. Cara pálida, descarnada, con los ojos hundidos. Ya no era él.

- ¡Es un fantasma!, exclamó Edgard de Balincourt.

Era la palabra justa; ha quedado hasta el día de hoy entre los antiguos.

Se notó inmediatamente que una amistad estrecha se establecía entre Esteban Pernet e Hippolyte Saugrain, dos hombres de un temple de carácter tan distinto, pero de un corazón igualmente tierno y generoso. Iban a ser la alegría del Padre d'Alzon, la gloria y el honor de la familia asuncionista.

Estos dos maestros amados se habían comprendido. Su amistad en Dios y para Dios no ha sido rota por la muerte.

Un día, mirando hacia arriba, hacia el cielo, veremos en la hermosa constelación de la Asunción dos estrellas cercanas brillando con el mismo resplandor en el conjunto de todos estos astros; y quienes vivan dirán: "He ahí dos almas, unidas en la tierra, que no se han separado en la gloria".

<sup>1</sup> Esta carta ha sido publicada en el n° 391 de los *Souvenirs* con fecha del 17 de junio de 1899. Extraemos aquí los rasgos particulares que no están en esa *Anécdota*.

"Su timidez natural (del Padre Pernet) no le impedía tener los ojos abiertos. Nos conocía a fondo, porque estudiaba nuestro carácter, nuestro humor, nuestras pasiones. Sabía, en un momento dado, decir palabras cortas, enérgicas, que iban derecho al blanco. Era observador sin parecerlo; sus comentarios a menudo llenos de finura, sobre distintos temas, probaban que si un día lograba romper la envoltura de su timidez, se volvería un hombre de acción y de heroísmo sin perder nada de la admirable suavidad de su carácter. Ese día llegó: el Padre Pernet y el señor Pernet eran el mismo hombre, pero ¡qué maravillosa transformación había hecho del humilde vigilante del colegio el santo fundador de las Hermanitas de la Asunción! ¡Qué espíritu sobrenatural guió todos sus pasos! ¡Qué amplitud de miras! ¡Qué sabiduría de gobierno, habilidad de organización, previsión, paciencia en los sufrimientos! Pero lo que más asombra es ¡la energía indomable en la persecución de la meta! Si el Padre d'Alzon no hubiera trabajado toda su vida más que para dar a la Iglesia de Jesucristo un Pernet, esa vida hubiera estado bien llena. Porque, ¡mirad las obras de ese gran religioso! Leed los informes anuales sobre el bien realizado por las Hermanitas de la Asunción: ¡qué maravillas!, ¡qué milagros!, ¡qué rica cosecha de almas! Es una siega periódica cada vez mayor que los ángeles recolectan para el cielo. Esperemos tener algún día, junto con la vida del Padre d'Alzon, la de su ilustre hijo y discípulo, el Padre Esteban Pernet. Los religiosos de la Asunción le deben al mundo esos dos libros, que darán a conocer a dos grandes almas, cuya única pasión fue el Reino de Jesucristo...".

¿Debo contar un rasgo no carente de sabor?

He dicho que el Padre Pernet era muy tímido. Un día de paseo largo, en el bosque de *Campagne*, habíamos almorzado sobre la hierba. El calor era insoportable; habíamos bebido, más que de costumbre, vino blanco muy poco rebajado con agua. Además habíamos cometido la imprudencia de comer gran cantidad de esos cebollines salvajes que crecen en el campo. El vino blanco y los cebollines, con la ayuda de los rayos solares, nos traicionaron: estábamos todos en un estado parecido a la borrachera.

Bailábamos, cantábamos, aullábamos. Nunca una granja de animales diversos ha producido semejante bulla.

El vigilante, asustado, da la señal de partir. Respondemos con gruñidos, con los gritos más disparatados; todo el mundo patea, da saltos, pero las filas no se forman.

He de confesar que yo me entregaba en cuerpo y alma al desorden. Pido permiso al Reverendo Padre Picard, con el más profundo respeto, para recordarle que él también estaba allí... y no digo más.

El pobre Esteban Pernet, pálido, descompuesto, se acerca a mí, me toma por el brazo y me dice:

- ¡Henri, tú también! Esto es un motín, una revuelta; ¡no quieren obedecerme!

- No se preocupe, señor Pernet, nos divertimos, nada más; cante como nosotros...

Vi entonces que el vigilante estaba muy afectado. Pronto hicimos circular esta sencilla consigna:

- Basta, el señor Pernet está muy apenado.

El orden se restableció inmediatamente; el regreso al colegio se efectuó con la mayor calma.

He aquí otra historia, que podrá interesar al mismo tiempo que edificar; es algo más larga de contar.

Un día de septiembre de 1849, durante las vacaciones, debíamos salir a pie el señor Pernet y yo para hacer una peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort, a unos 40 kilómetros de distancia, entre Nimes y Aviñón.

¿Seré culpable de indiscreción o de falta de delicadeza dando ciertos detalles íntimos, cuya revelación me temo que no aprobará todo el mundo? Los considero necesarios, sin embargo, para la claridad del tema.

A partir de 1845, el Padre d'Alzon me había confiado su designio de fundar una Orden religiosa. En 1849, sabía yo del proyecto probablemente más que el señor Pernet. Era yo en cierto modo novicio, sometido a obediencia y a ciertas reglas y prácticas que llamaré *conventuales*. A causa de ello, Esteban Pernet mantenía hacia mí, en la vida privada, modales casi de respeto. A tal punto que había puesto como condición para nuestra peregrinación colocarse bajo mi absoluta obediencia. Fue dicho en serio, en serio fue tomado.

Lo confieso: la propuesta fue aceptada sin la menor objeción. Analizando mis sentimientos de entonces, llego a la conclusión siguiente: teniendo que practicar yo mismo la obediencia al Padre d'Alzon, debí saborear la idea de verme yo mismo, por un tiempo, siendo un poco el superior de otro.

Por desgracia, el día señalado para la partida estaba yo en Cette; perdí el tren que debía tomar y llegué a Nimes por la noche muy tarde.

En el colegio supe que mi compañero, tras una larga espera, había marchar solo. ¿Qué hacer? Todos insistían para que no me pusiera en camino. Me fui pese a todo, esperando que el peregrino, siguiendo la costumbre asuncionista, se habría detenido a dormir en el albergue de Lafoux.

¡Noche negra! Nada de luna, todo daba miedo; el camino parecía no tener fin.

He aquí la puerta del albergue. Llamo, me abren.

- ¿Ha llegado un viajero así y asá?

- Sí.

- ¿A qué hora ha dejado dicho que le despierten?

- A las tres.

- Bien, deme la habitación contigua a la suya; despiérteme a mí primero, y sobre todo no le diga que estoy aquí.

No faltaba mucho para las tres; me adormilé más o menos en un sillón. A las tres, en pie, espero la salida de mi amigo. Abre la puerta, yo hago lo mismo. Lanza un grito, y nos echamos en los brazos el uno del otro, como tras una ausencia de años.

¡Ah, el corazón de aquel querido maestro! ¡Si hubiérais visto aquella escena! ¡Estaba tan contento de aquella sorpresa tras haber perdido toda esperanza!

Finalmente, henos en ruta, en silencio y meditación. Él había traído un libro: en cuanto la claridad lo permitió, me leyó no sé cuántas páginas. ¡Dios mío, qué largo se me hacía el camino! ¡Con qué gusto me habría sentado sobre las piedras partidas y apiladas por los camineros, al borde de la carretera! Debíamos comulgar en el santuario y mi compañero se lanzaba hacia adelante sin piedad, sin ni siquiera moderar el paso.

Al pie de la santa montaña, el señor Pernet comenzó a descalzarse: quería subir descalzo. No podía más de cansancio; yo estaba tan molido como él. Yo no hubiera tenido fuerza ni energía para escalar el sendero pedregoso sin zapatos. Hice, pues, un acto de autoridad por el bien de mi compañero y por el mío propio. Le prohibí aquel acto de mortificación.

¿Sabe alguien el objetivo de aquella peregrinación? Nadie lo sabía en aquel momento, excepto el Padre d'Alzon que lo había autorizado, el señor Pernet y yo. Es probable que hasta hoy todo el mundo lo ignore y sólo lo sabrán por mí. Voy, pues, a revelarlo. Nuestra meta era pedir a Dios para Esteban Pernet, por intercesión de la Santísima Virgen, la gracia de la vocación religiosa en la Asunción, tal como el Padre d'Alzon pensaba fundarla.

En los misterios de la voluntad divina ¿no se remontaría también a esta peregrinación el origen de las Hermanitas?

¡Lástima que no hubiera habido una segunda intención por la perseverancia del segundo peregrino! ¡Qué no hubieran conseguido las oraciones de mi santo amigo!

En 1850, poco después de esta peregrinación, se firmó el acta tan importante mediante la cual Henri Brun, sacerdote, Víctor Cardenne, Hippolyte Saugrain y Esteban Pernet prometían seguir al Padre d'Alzon. Además, se comprometían a adoptar las futuras Constituciones de la Congregación desde el momento en que fueran aprobadas por Roma.

Este documento memorable se puede leer en el primer número de los *Souvenirs*.

Aquí dejo el relato de nuestro viaje. Tiene una continuación, una larga continuación, rica en incidentes y aventuras. Para decidirme a publicar lo que queda necesitaré mucha calma, gran fuerza de voluntad y, más que nada, una especie de abnegación, que llegará tal vez. Esperemos.

### **El Crucifijo**

De vuelta de la peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort, en septiembre de 1849, Esteban Pernet quiso pasar por Aviñón, para contemplar el famoso crucifijo de marfil de Jean Guillermin.

En aquel tiempo la obra maestra estaba guardada en la capilla del hospital; hoy está en el museo de la ciudad.

Es sabido que la cara del Salvador crucificado es sobre todo notable por dos expresiones que se armonizan en él, pero permanecen diferenciadas: la resignación y el dolor. En eso consiste el gran mérito de esta maravilla, obra de un genio iluminado por la fe.

Al verlo, Esteban Pernet pareció embargado por una impresión repentina y profunda. Se quedó silencioso, absorto en la contemplación. Su mirada estaba fija en la imagen sagrada; sus labios temblorosos parecían esforzarse por articular una oración.

De repente empezó a sollozar; luego, besando los pies del crucifijo que vi mojados de lágrimas, cayó de rodillas. Entonces, sin poder contener la emoción que desbordaba de su corazón, exclamó:

- ¡Así!, ¡así es como lo he visto en la meditación...!, ¡así es como me lo he representado siempre...!, este marfil respira y me habla... ¡Dios mío!, ¡qué hermoso eres en ese estado de sufrimientos aceptados por nosotros!

Este acto de fe espontáneo me emocionó hasta el fondo del alma, se comprenderá.

La religiosa que nos enseñaba el crucifijo lloraba, e inclinándose hacia mí me dijo:

- Este señor debe ser un santo, ¡mire cómo ama a Nuestro Señor!

### **El sentido común del Padre Pernet**

El Padre d'Alzon dijo una palabra que me parece caracterizar tan bien la rectitud del Padre Pernet que la voy a citar como exordio de este "recuerdo".

Hela aquí: "Hay que reconocer de entrada este primer rasgo de nuestro Instituto: la sencillez de medios. Dicen que la cosa más rara del mundo es el sentido común. ¿Será una paradoja afirmar que en el mundo católico, la cosa más rara, es el sentido común católico? Por eso tratamos de apropiárnoslo como un rasgo original".

He ahí lo que decía el maestro, veamos lo que ha hecho el discípulo.

El lenguaje del Padre d'Alzon está impregnado de un cierto orgullo que encanta. Encontramos en él ese aire digno e independiente del cristiano que quiere servir a Dios como Dios quiere ser servido: con franqueza, sencillez y generosidad.

Esteban Pernet, laico, sacerdote, religioso, ha sido siempre el hombre del sentido común, enérgico, sencillo en sus ademanes, en sus palabras, en los medios que ha elegido para dirigir sus maravillosas empresas. Poseía a la perfección

el espíritu de la Asunción; aquel espíritu, como una savia fecunda, dirigido por "el sentido común católico" ha producido en la Iglesia este árbol vigoroso, cuyas ramas espesas abrigan, en el frescor y en la paz, a tantos pajarillos de Dios que ignoraban las dulces alegrías del alma antes de ser recogidos y cuidados por una Hermanita de la Asunción.

Escuchad un rasgo del sentido común, recto y práctico del Padre Pernet. Hablará más fuerte y más alto que cualquier reflexión caída de una pluma.

Esteban Pernet e Hippolyte Saugrain, aquellos dos hermanos, ligados por un afecto emocionante, eran ya sacerdotes cuando yo era capellán de la Providencia de Montpellier. Yo iba a menudo a Nimes, sin dejar nunca de pasar por el colegio.

Por aquel entonces la Congregación de los Agustinos de la Asunción se desarrollaba lentamente. Se presentaban postulantes, que entraban por una puerta y pronto salían por otra. Recuerdo bien la desolación del Padre d'Alzon ante los candidatos que le venían recomendados sobre todo por sacerdotes.

- Mira esto, decía el Padre, sus recomendaciones les salen del corazón, no de la cabeza. ¿No saben que el corazón es una lente que agranda las cualidades? Quieren ser serviciales por caridad, caridad mal entendida. Un canónigo me ha enviado a un joven que ha tenido un síncope de epilepsia a la segunda aparición en el coro. Un cura de pueblo me ha enviado a un tuerto. Seguro que me llega un cojo cualquier día. Y ahora acaba de llegarme un joven judío convertido, que me envía un venerable sacerdote afirmando que ha descubierto en este judío una auténtica vocación religiosa... pero no dice para qué Orden.

Vamos a hablar de este joven judío, pero frente al Padre Pernet.

Estábamos sentados una noche en el banco de piedra del patio del colegio el judío postulante, el Padre Pernet y yo.

Durante la conversación, me pareció evidente que el Padre Pernet, con mucho tacto, trataba de sondear lo profundo del alma de su interlocutor. El judío se encontraba en un estado de entusiasmo que no parecía de buena ley. Hablaba alto, gesticulaba mucho, una auténtica Sibila en su escaño.

- Sí, gritaba, quiero entregarme a Dios, quiero ir a predicar la nueva ley a los idólatras... Quiero derramar mi sangre...

- No tan rápido, amigo mío, decía el Padre Pernet; antes de eso, si quieres ser religioso, y buen religioso, irás a pelar patatas a la cocina, lavar platos, barrer pasillos... Luego, quieres predicar la nueva ley ¿pero la conoces bien para enseñársela a los demás?... Habrá que estudiar...

- ¡Cómo!, respondía el hijo de Israel, ¿acaso no sé que Cristo ha venido, y no basta con anunciarlo?

Aquí el energúmeno (eso parecía) se llevó las dos manos a la cabeza diciendo:

- ¿No ve usted la sangre de Cristo que ha caído sobre mi cabeza?

- Amigo mío, le dijo el Padre Pernet con la mayor calma, no veo nada, excepto que empiezas a estar un poco calvo. Por otra parte, estás bautizado y la sangre de la misericordia ha borrado los restos de la sangre de la maldición. Dejemos ahí toda esa declamación y permíteme decirte que Jesucristo ha resumido en dos palabras el espíritu que deben tener sus verdaderos discípulos. Ha dicho: "Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas". Para un religioso, la prudencia consiste en obedecer... y la sencillez es el sentido común, el vulgar, verdadero y buen sentido común. No declames, habla una sencilla prosa, límpida, y sobre todo tranquila...

Resultó que el israelita no tenía vocación. La conversación fue larga. Yo no podía dejar de admirar a aquel Esteban Pernet que había visto llegar al colegio en 1847, entonces tímido, afable, simpático, es cierto, pero del que nada hacía sospechar los tesoros que se escondían bajo aquella timidez y aquella suavidad: tesoros de energía, de penetración, de acierto en sus apreciaciones, de juicio y de fortaleza de alma en los sufrimientos.

Confieso que durante la conversación con el judío, el Padre Pernet se me reveló con las cualidades maestras que yo no le conocía todavía, aunque ya tenía la más elevada idea de sus virtudes. ¿Pero quién me iba decir que allí estaba el futuro fundador de las Hermanitas de la Asunción?

Podría aún contar conversaciones algunas íntimas con mi venerable amigo, durante las cuales pude palpar la verdad de aquellas palabras del Padre d'Alzon: "No hay santo que se parezca enteramente a otro, y sin embargo todos se parecen a Jesucristo. ¡Fijaos en un apóstol! ¿Hay algo más oscuro y más inculto? Pero, abre la boca y ¡sentimos que la Palabra de Dios ha pasado por sus labios!".

Esteban Pernet me ha hablado a menudo desde la intimidad y *cada vez he sentido que la Palabra de Dios había pasado por sus labios.*

### Proyectos de panegíricos

Me paseaba yo por la ribera con la fresca de la tarde, cuando me puse a componer un panegírico del querido Padre Pernet. He tomado como texto: *Justus qui ambulat in simplicitate, beatos post se filios (filias) derelinquet (El justo que camina en la integridad dejará tras de sí hijos (hijas) felices)*. (Proverbios 20, 7).

Cuando ya tuve este panegírico bien organizado en la mente, en el momento en que el sol emitía su rayo verde, pasé con toda naturalidad al panegírico del Padre Hippolyte. Hojeé la Biblia, en la medida en que podía hacerlo mentalmente, buscando un texto; tomé uno, luego otro; ninguno parecía resumir mis ideas. Quería *retratar* a mi Hippolyte en el vigor de su madurez, en el fulgor de su intrepidez. ¿Pero qué texto podía decir en pocas palabras todo lo que yo pensaba?

No era un versículo lo que yo necesitaba, sino un capítulo. Tomé un capítulo que me gustó: el 39 de Job. Éste es Hippolyte. Su solo nombre me llevó a Job. Hippolyte es el noble caballo de Job. Todos los rasgos del autor inspirado le convienen y se le aplican de maravilla. Ejemplos:

He visto a Hippolyte vigilante general, alta la cabeza, ojos llameantes, narices dilatadas, mirando de frente a los distraídos, a los perezosos, a los desobedientes: *gloria narium eius terror (terror infunde su relincho: Job 39, 12)*.

Le he visto impaciente e impetuoso, patear, dar órdenes audaces pero justas: *terram ungula fodit, exultat audacter (piafa escarbando con su pezuña, gozoso de su fuerza: Job 39, 21)*.

Le he oído, cuando de su corazón indignado salían palabras de fuego contra los enemigos de su Dios y de la Iglesia. Entonces le veíamos precipitarse hacia adelante, llevado por su ardiente entusiasmo: *fervens et fremens sorbet terram (enardecido y trepidante devora la distancia: Job 39, 24)*.

¡Escuchad! Da la orden de batalla, respira el olor a pólvora... nos arrastra tras de sí... nos enardece, grita *¡Adveniat Regnum Tuum! - Dicit: Vah! procul odoratur bellum... (oh, de lejos olfatea el combate...: Job 39, 25)*.

El hermoso corcel está ahora en reposo; pero su alma tiembla por no poder ya lanzarse al fuego... etc...etc...

¡Ah!, Padre Hippolyte, ¡ya te tengo!

Querido Padre y amigo, heme aquí contento de haber charlado contigo. Si he dicho tonterías, no te extrañará: ya has oído muchas de mi boca. Sabes muy bien que cuando te digo: "te quiero", no es una tontería, sino una verdad como el agua más cristalina.

Henri-Dieudonné Galeran